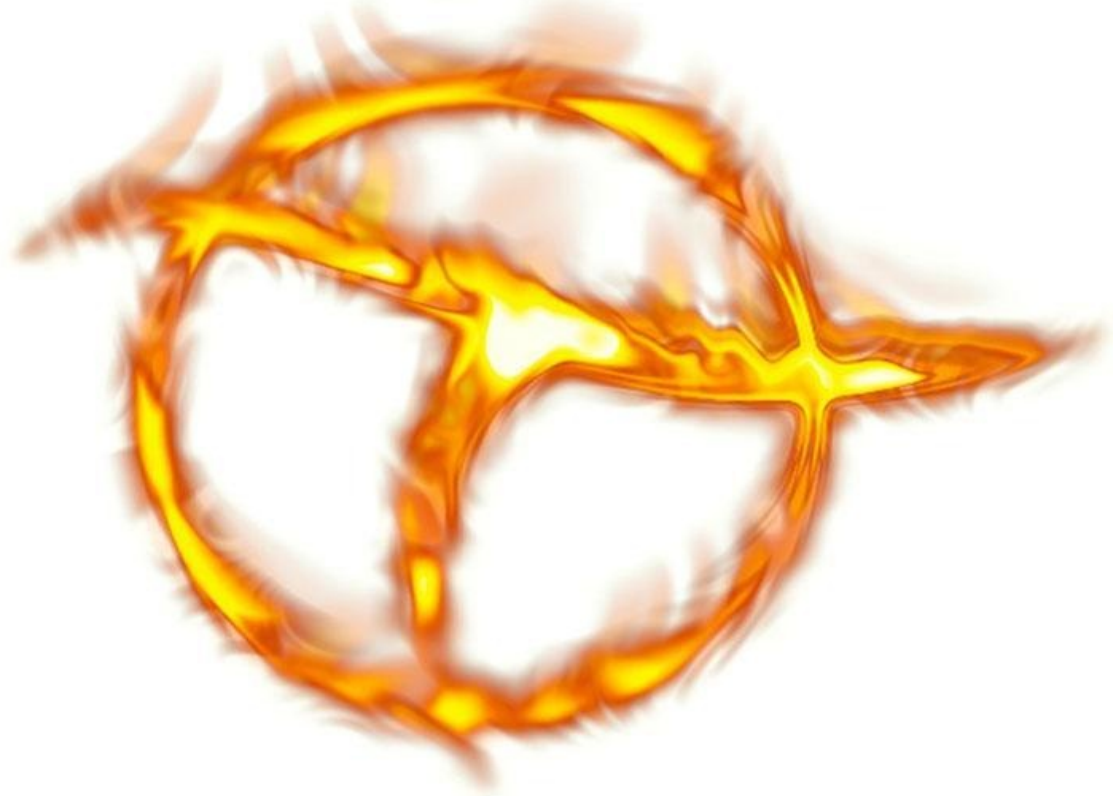


SABRIEL



GARTH
NIX



UN GUERRERO PARA ENFRENTARSE

Lectulandia

Desde pequeña Sabriel ha vivido fuera del Reino Antiguo, lejos del temible poder de la magia libre y de los muertos vivientes que vagan por la tierra. Pero ahora su padre, el mago Abhorsen, ha desaparecido y Sabriel debe aventurarse al territorio desconocido al otro lado de la muralla que encierra el Reino Antiguo. Le acompaña Zafirón, cuya apariencia felina alberga un poderoso espíritu, posiblemente maligno, y un joven mago, Piedra de Toque. En su viaje Sabriel debe luchar contra las fuerzas del mal y hacer frente a su propio destino. Sabriel es la primera novela de la trilogía Abhorsen, y ha recibido recientemente el premio Aurealis Award en Australia.

Lectulandia

Garth Nix

Sabriel

Trilogía Abhorsen - I

ePUB v1.0

Zephyr 07.02.12

más libros en lectulandia.com

Esta publicación ha sido subvencionada por Australia Council, el Consejo Asesor y Administrativo de las Artes del Gobierno Federal de Australia.

Título original: Sabriel

Autor: Garth Nix Traducción: Celia Filípetto

©1995, Garth Nix

© de la traducción: 2004, Celia Filipetto © de esta edición: 2.004, RBA Libros, S.A. Pérez Galdós,
36 - 08012 Barcelona Rba-libros@rba.es / www.rbalibros.com

Primera edición: 2004

Para mi familia y amigos

PRÓLOGO

Entre el Muro y el Reino Antiguo mediaban poco más de cuatro kilómetros, pero eran suficientes. Al otro lado del Muro, en Ancelstierre, era mediodía, lucía el sol y el cielo aparecía despejado. De este lado, la puesta de sol estaba cubierta de nubarrones y una lluvia persistente había comenzado a caer, más deprisa de lo que se tardaba en colocar las tiendas.

La partera se subió la capa para taparse el cuello y volvió a inclinarse sobre la mujer; las gotas de agua resbalaban por su nariz e iban a caer sobre la cara vuelta hacia ella. La mujer despedía una blanca nubecilla cuando respiraba, pero de la boca de su paciente no salía una nubecilla similar.

La partera suspiró, se enderezó despacio con un gesto que, por sí solo, comunicaba a sus observadores cuanto debían saber. La mujer que había entrado a trompicones en el campamento del bosque estaba muerta y se había aferrado a la vida el tiempo suficiente para transmitírsela a la criatura tumbada a su costado. Cuando la partera levantó el bulto lastimosamente diminuto que yacía junto a lá muerta, notó que se estremecía en su envoltorio y que luego se quedaba inmóvil.

—¿La criatura también ha muerto? —preguntó uno de los observadores, un hombre que llevaba la marca del Gremio recién dibujada con ceniza sobre la frente—. Entonces no será necesario el bautismo.

Levantó la mano con intención de borrarle de la frente aquella marca, pero se contuvo de repente, al comprobar que otra mano, pálida y blanquecina, aferraba la suya y se la bajaba con ágil y rápido movimiento.

—¡Que haya paz! —dijo una voz tranquila—. No te deseo ningún mal.

La mano blanquecina dejó de apretar y su dueño entró en el círculo de luz de la hoguera. Los demás lo observaron sin darle la bienvenida, y las manos que habían dejado a medias las marcas del Gremio o se habían dirigido a los arcos y las empuñaduras de los cuuhillos, siguieron tensas y apretadas.

El hombre se acercó a grandes zancadas a los cuerpos y los miró. Se volvió para enfrentarse a los observadores, se bajó la capucha, dejando al descubierto el rostro característico de quienes eligen recorrer senderos donde no llega el sol: su piel tenía la palidez de la muerte.

—Me llaman Abhorsen —dijo, y sus palabras estremecieron a cuantos lo rodeaban, como si acabara de lanzar una piedra enorme y pesada en una charca de agua estancada—. Y esta noche habrá bautismo.

El mago del Gremio bajó la vista hasta el bulto que la partera sostenía en sus brazos y dijo:

—La criatura está muerta, Abhorsen. Somos viajeros, nos pasamos la vida al raso y sufrimos lo nuestro. Conocemos la muerte, señor mío.

—No como yo —repuso Abhorsen con una sonrisa que le arrugó la cara blanca como el papel y dejó al descubierto los dientes igualmente niveos—. Y digo que esa criatura aún no ha muerto.

El hombre intentó mirar fijamente a los ojos de Abhorsen y, tras una vacilación, desvió la mirada y la clavó en sus compañeros. Nadie se movió ni hizo gesto alguno hasta que una mujer sugirió:

—Pues bien. Procedamos. Marca a la criatura, Arrenil. Levantaremos un nuevo campamento en el vado de Leovi. Reúnete con nosotros cuando hayas acabado.

El mago del Gremio inclinó la cabeza en señal de asentimiento y, a paso lento, los otros se fueron a recoger el campamento a medio levantar; se movían despacio, como reacios a marcharse, pero se veía claramente que se sentían todavía más reacios a permanecer junto a Abhorsen, pues su nombre estaba cargado de secretos y de tácitos teeores.

Cuando la partera se disponía a dejar a la criatura y marcharse, Abhorsen le ordenó:

—Espera. Te necesitaremos.

La partera bajó la vista y comprobó que el bebé era una niña y que, a no ser por su quietud, muy bien podría haber estado dormida. Había oído hablar de Abhorsen, y si la pequeña llegaba a sobrevivir... Volvió a levantar a la niña con cautela y se la entregó al mago del Gremio.

—Si el Gremio no... —comenzó a decir el hombre, pero Abhorsen levantó una mano pálida y lo interrumpió.

—Veamos cuál es el deseo del Gremio.

El hombre volvió a mirar a la pequeña y suspiró. Sacó una boteeita del morral y la alzó en el aire al tiempo que entonaba un cántico, el inicio de un rito del Gremio, en el que se enumeraban todas las cosas que vivían y crecían, que habían vivido alguna vez o volverían a vivir, y los vínculos que las mantenían unidas. Mientras hacía esto, de la botella surgió una luz que titilaba al ritmo del cántico. A continuación, el cantante se sumió en el silencio. Tocó el suelo con la botella, luego se rozó con ella la señal que llevaba dibujada en la frente con ceniza y a continuación la suspendió sobre la niña.

Un enorme destello iluminó el bosque circundante a medida que el brillante líquido se derramaba sobre la cabeza de la pequeña y el sacerdote gritaba:

—Por el Gremio que vincula todas las cosas, te imponemos el nombre de...

En circunstancias normales, los padres de la criatura pronunciaban entonces el nombre. En esta ocasión, el único que habló fue Abhorsen, que dijo:

—Sabriel.

Al decir esta palabra, la marca de la ceniza desapareció de la frente del sacerdote para formarse poco a poco en la de la niña. El Gremio había aceptado el bautismo.

—¡Pero si está muerta! —exclamó el mago del Gremio, tocándose ligeramente la frente para asegurarse de que la ceniza había desaparecido de veras.

No obtuvo respuesta, pues la partera miraba a Abhorsen desde el otro lado de la hoguera y Abhorsen miraba..., miraba el vacío. El reflejo de las llamas bailoteaba en sus ojos, pero él no veía nada.

Poco a poco, una fría bruma se elevó de su cuerpo y se extendió en dirección al hombre y la partera, que buscaron refugio al otro lado de la hoguera, ansiosos por huir, pero demasiado asustados para echar a correr.

Oía el llanto de la niña; era buena señal. Si la recién nacida había llegado más allá de la Primera Puerta, Abhorsen no iba a poder traerla de vuelta sin preparativos más rigurosos y el consiguiente debilitamiento del espíritu de la pequeña.

La corriente era fuerte, pero conocía ese brazo del río y lo vadeó pasando por remolinos y zonas profundas que tiraban de él hacia abajo. Empezó a notar que las aguas le succionaban el espíritu como sanguijuelas, pero tenía una voluntad de hierro, de manera que sólo se llevaban el color y no la sustancia.

Se detuvo para escuchar y, al oír que el llanto se amortiguaba, apuró el paso. Tal vez la pequeña estuviera ya en la puerta, a punto de cruzarla.

El velo de la bruma envolvía la Primera Puerta, y en ella se veía una única abertura negra a la que iba a desaguar el río, en medio del silencio que reinaba más allá. Abhorsen avanzó rápidamente hacia la abertura y luego se detuvo. La pequeña todavía no había cruzado; algo la había atrapado y la tenía en sus brazos. De pie, como una mole surgida de las negras aguas, se alzaba una sombra más oscura que la puerta.

Era unos metros más alta que Abhorsen, y en el lugar donde tenía los ojos, ardía una luz pálida cual fuego fatuo, y de ella se desprendía el olor a carroña, un hedor cálido que hacía olvidar el frío de las aguas.

Sin apartar la vista de la niña, Abhorsen avanzó despacio hacia aquella cosa, que sostenía a la pequeña en el hueco de un brazo. La pequeña dormía; su sueño era agitado; se retorció hacia aquella criatura, buscando el pecho materno, pero aquel ser la alejaba de sí, como si la niña estuviera hecha de ácido y le quemara la piel.

Muy despacio, Abhorsen sacó una campanilla de plata de la ristra que llevaba en bandolera sobre el pecho, y se dispuso a hacerla repicar. Pero aquella cosa levantó a la pequeña en alto y habló secamente, su voz siseó como las culebras al deslizarse por la brava.

—Espíritu de tu espíritu, Abhorsen. No puedes hechizarme mientras la tenga en mis brazos. Tal vez la lleve al otro lado de la puerta, pues su madre ya ha emprendido el viaje.

Abhorsen frunció el ceño al reconocer su derrota y volvió a colocar la campanilla

en su sitio.

—Compruebo que has adoptado una forma nueva, Kerrigor. Y estás a este lado de la Primera Puerta. ¿Quién ha sido tan insensato para ayudarte a llegar tan lejos?

Kerrigor esbozó una amplia sonrisa y Abhorsen atisbó las llamas que ardían en lo profundo de su boca.

—Alguien con la vocación de siempre —graznó—. Pero sin experiencia. No se dio cuenta de que se trataba de un intercambio. ¡Mas ay! Su vida no me bastó para atravesar el último portal. Aunque tú has acudido en mi ayuda.

—¿Yo, que te encadené más allá de la Séptima Puerta?

—Sí —susurró Kerrigor—. Toda una ironía y compruebo que lo has notado. Pero si quieres a la niña...

Hizo además de lanzar a la pequeña al agua, y con eso, consiguió despertarla. De inmediato rompió a llorar y estiró los puños para aferrar, como si se tratara de los pliegues de una túnica, la materia oscura con la que estaba hecho aquel ser abominable. Kerrigor lanzó un grito, intentó separarse de la niña, pero las manitas se aferraban a él con tanta fuerza que se vio obligado a lanzarla lejos de él. La pequeña aterrizó berreando y la corriente del río comenzó a arrastrarla, pero Abhorsen se abalanzó hacia ella y la rescató de las aguas y de las manos avariciosas de Kerrigor.

Abhorsen dio un paso atrás, sacó la campanilla de plata con una mano y la hizo tintinear dos veces. El sonido salió extrañamente amortiguado, aunque muy real, y el repique claro flotó en el aire, fresco y punzante, lleno de vida. Kerrigor se encogió de miedo al oír el sonido y fue engullido por la oscuridad de la puerta.

—Algún otro insensato volverá a traerme hasta aquí y entonces... —gritó antes de que el río lo acogiera en su lecho. Las aguas rebulleron formando remolinos y luego volvieron a fluir pacíficas.

Abhorsen clavó la vista en la puerta durante un instante, suspiró y, guardando la campanilla en el cinto, miró a la pequeña que descansaba en sus brazos. Ella lo miró a su vez con ojos tan negros como los de Abhorsen. La piel de la niña comenzaba a palidecer. Nervioso, Abhorsen pasó la mano por la marca que la pequeña tenía en la frente y notó cómo refulgía su espíritu. La marca del Gremio había impedido que el río le absorbiera la vida. Precisamente ese espíritu vital era lo que había quemado tanto a Kerrigor.

La pequeña sonrió y soltó un gorgorito; Abhorsen notó que una sonrisa comenzaba a esbozarse en la comisura de sus propios labios. Sin abandonar la sonrisa, se volvió y empezó a vadear el río contracorriente, en dirección a la puerta que los devolvería a sus cuerpos vivos.

La pequeña lanzó un brevísimo gemido que hizo que Abhorsen abriera los ojos; la partera rodeó de inmediato el fuego medio apagado, dispuesta a tomarla en brazos. El suelo estaba cubierto de crujiente escarcha y de la nariz de Abhorsen pendían unos

carámbanos. Se los quitó con el dorso de la manga y se inclinó sobre la niña, como haría un padre preocupado, después del nacimiento de su retoño.

—¿Cómo está la pequeña? —inquirió.

La partera lo miró sorprendida, porque la criatura muerta estaba vivita y coleando y lucía una palidez tan cadavérica como la de Abhorsen.

—Tal como puedes oír, mi señor —contestó ella—, goza de buena salud. Quizás haga algo de frío para ella...

Abhorsen señaló el fuego, pronunció una palabra, y las llamas cobraron vida, derretieron la escarcha y convirtieron en vapor las gotitas de lluvia.

—Arderá hasta la mañana —dijo Abhorsen—. Entonces me la llevaré a mi casa. Necesitaré una nodriza. ¿Vendrás conmigo?

La partera vaciló y miró al mago del Gremio, que se había entretenido en el extremo más alejado de la hoguera. No quiso mirarla a los ojos y entonces ella bajó la vista una vez más hacia la pequeña que berreaba en su brazos.

—Eres..., eres... —susurró la partera.

—¿Un nigromante? —sugirió Abhorse—. Algo parecido. Amaba a la mujer que ves ahí tendida. La pobre estaría ahora viva si se hubiese enamorado de otro, pero no fue así. Sabriel es nuestra hija. ¿No notas acaso el parecido?

La partera lo observó mientras se le acercaba y tomaba a Sabriel en brazos para acunarla contra su pecho. La niña se calmó, y al cabo de nada, se quedó dormida.

—Si —dijo la partera—. Iré contigo y cuidaré de Sabriel. Pero tendrás que buscar un ama de cría...

—Y me atrevería a decir que algunas cosas más —reflexionó Abhorsen—. Mi casa no es lugar para...

El mago del Gremio carraspeó y rodeó la hoguera.

—Si lo que buscas es alguien que sepa algo del Gremio —dijo, vacilante—, me gustaría servirte, porque he visto en ti, mi señor, la obra del Gremio, aunque no me siento muy inclinado a abandonar la compañía de los trotamundos que van conmigo.

—Es posible que no tengas necesidad de hacerlo —repuso Abhorsen sonriendo, pues acababa de ocurrírsele una idea—. Me pregunto si vuestro jefe tendrá algún inconveniente en que dos nuevos miembros se unan a la banda. Mi trabajo me obliga a viajar y no hay rincón del Reino que no haya hollado mi pie.

—¿Qué trabajo? —preguntó el hombre, temblando ligeramente, pese a que ya no hacía frío.

—Soy nigromante —respondió Abhorsen—:

Volvió a mirar a la pequeña y añadió casi en tono de sorpresa: . Aunque no me parezco a los otros. Mientras que otros de mi oficio despiertan a los muertos, yo los devuelvo al descanso eterno. Y a aquellos que se resisten a descansar, los amarro con un vínculo, o eso intento. Soy Abhorsen...

—Padre de Sabriel.

Capítulo 1

El conejo había sido arrollado minutos antes. Sus ojos rosados y vidriosos quedaron fijos en un punto y tenía la blanca pelambre manchada de sangre. Una pelambre extrañamente limpia, pues acababa de huir de un baño. Todavía seguía desprendiendo un leve olor a agua de lavanda.

Una mujer joven y alta, de una palidez llamativa, miraba al conejo desde arriba. La cabellera, negra como la noche, cortada a la moda, le cubría ligeramente la cara. No llevaba maquillaje ni joyas, salvo el distintivo esmaltado del colegio en la solapa del blazer azul marino del uniforme. Aquello, más la falda larga, las medias y los cómodos zapatones, decía claramente que se trataba de una colegiala. En la plaquita que llevaba debajo del distintivo, se leía «Sabriel» y el número romano «VI», y la corona dorada proclamaba que no sólo iba al sexto curso sino que era monitora.

El conejo estaba muerto, sin lugar a ninguna duda. Sabriel apartó la vista de él y observó el sendero de ladrillo que partía del camino y, tras describir una curva, llegaba hasta unas imponentes verjas de hierro forjado. El cartel que había en lo alto de la verja, en caracteres dorados que imitaban la letra gótica, anunciaba que eran las verjas del Colegio Wyverley. En letras más pequeñas se leía: «Fundado en 1652 para muchachas formales».

Una figura diminuta se afanaba por trepar por encima de la verja, poniendo sumo cuidado en evitar las púas cuyo objetivo no era otro que el de disuadir tales actividades. Cuando se encontraba a pocos metros del suelo, se dejó caer y echó a correr, las coletas al viento, los zapatones taconeando sobre los ladrillos. Avanzaba con la cabeza gacha, para ganar impulso, pero en cuanto alcanzó la velocidad de crucero, levantó la mirada y descubrió a Sabriel y al conejo muerto y lanzó un grito.

—¡Conejito!

Sabriel dio un respingo al oír el grito de la niña, vaciló un instante, luego se inclinó al lado del conejo y, con una mano pálida, lo acarició entre las dos largas orejas. Cerró los ojos; su rostro adquirió una expresión ausente, como si se hubiera convertido en piedra. De sus labios entreabiertos salió un leve silbido, como el del viento cuando sopla a lo lejos. Las puntas de sus dedos se llenaron de escarcha hasta caer sobre el asfalto, bajo sus pies.

La otra niña, que seguía corriendo, la vio de pronto inclinarse hacia delante y caer hacia el suelo, pero a último momento, puso una mano y se contuvo. Un segundo después, había recuperado el equilibrio y con ambas manos intentaba retener al conejo, un conejo que volvía a estar inexplicablemente vivo, con los ojos relucientes, tan deseoso de huir de allí como cuando había escapado del baño.

—¡Conejito! —volvió a chillar la niña más pequeña, cuando Sabriel se levantó sujetando al bicho por el cogote—. ¡Gracias, Sabriel! Cuando oí al coche derrapar,

pensé que...

Se interrumpió al ver que Sabriel le entregaba el conejo y sus manos expectantes se manchaban de sangre.

—Se pondrá bien, Jacinth —le dijo Sabriel con tono cansino—. Ha sido un rasguño. Ya casi se le ha cerrado.

Jacinth examinó a Conejito con sumo cuidado y luego miró a Sabriel; el miedo comenzó a agitarse en el fondo de sus ojos.

—Debajo de la mancha de sangre no tiene nada —balbuceó Jacinth—. ¿Qué es lo que has he...?

—¡Nada! —le soltó Sabriel—. Y a ver si me explicas qué hacías fuera de los límites del colegio.

—Iba tras Conejito —contestó Jacinth. El miedo desapareció de sus ojos cuando notó que la vida volvía a su cauce normal—. Verás...

—No quiero excusas —le advirtió Sabriel—. Acuérdate de lo que dijo la señora Umbrade el lunes, en la reunión general de alumnos.

—No es una excusa —insistió Jacinth—. Es un motivo.

—Entonces tendrás que explicárselo a la señora Umbrade.

—¡Ay, Sabriel! ¡No seas así! Sabes que no hacía más que correr detrás de Conejito. No habría salido si...

Sabriel levantó ambas manos para indicar que tiraba la toalla y señaló las verjas que había a sus espaldas.

—Si en tres minutos estás otra vez dentro, no habré visto nada. Y esta vez abre la verja. No echarán la llave hasta que yo haya regresado.

Jacinth sonrió y se le iluminó toda la cara, dio media vuelta y salió sendero arriba, con Conejito firmemente apretado contra el pecho. Sabriel se la quedó mirando hasta que traspuso la verja, luego dejó que los temblores se apoderaran de ella hasta quedar doblada en el suelo, presa del frío. En un momento de debilidad había roto la promesa que se había hecho a sí misma y le había hecho a su padre. Era un simple conejo y Jacinth le tenía mucho cariño... ¿pero a qué conduciría aquello? Entre traer de vuelta a un conejo y traer de vuelta a una persona sólo había un paso.

Y lo peor de todo era que había sido muy fácil. Había apresado el espíritu justo en la fuente del río y lo había devuelto con apenas un gesto de fuerza, sanando el cuerpo con sencillos símbolos del Gremio al tiempo que ambos iban abandonando el Reino de la Muerte para regresar al de la vida. Ni siquiera le habían hecho falta campanillas ni ninguno de los diversos instrumentos de los nigromantes. Un silbato y su voluntad.

La muerte y lo que había más allá de la muerte no eran ningún misterio para Sabriel. Deseó que lo fueran.

Aquel era el último trimestre de Sabriel en Wyverley, en realidad, las últimas tres

semanas. Ya había terminado los estudios; había quedado primera en inglés, casi primera en música, tercera en matemáticas, séptima en ciencias naturales, segunda en artes marciales y cuarta en etiqueta. También había sido primera, y con mucha diferencia, en magia, pero de esa nota no quedaba constancia en el certificado. La magia sólo funcionaba en las regiones de Ancelstierre cercanas al Muro, que hacía de frontera con el Reino Antiguo. Lo que había del otro lado, si es que existía algo, se consideraba extramuros, y las personas afamadas no hablaban de ello. El Colegio Wyverley se encontraba a apenas sesenta kilómetros del Muro, gozaba de muy buena reputación y enseñaba magia a los alumnos con permiso especial de sus padres.

Por ese motivo lo había escogido el padre de Sabriel cuando salió del Reino Antiguo y, acompañado de una niña de cinco años, fue en busca de un internado. Había pagado el primer año por adelantado, en denarios de plata del Reino Antiguo que superaban la prueba de los toques furtivos con hierro templado. Después, había ido a ver a su hija dos veces al año, en verano y en invierno, en ambas ocasiones se había quedado varios días y había llevado consigo más plata.

Como es comprensible, la directora le tenía mucho cariño a Sabriel. Sobre todo porque, al contrario de lo que les pasaba a las demás muchachas, a ella nunca se la veía preocupada por las raras visitas de su padre. En cierta ocasión, la señora Umbrade le había preguntado a Sabriel si le importaba y se quedó bastante intrigada cuando la chica le contestó que veía a su padre con mucha más frecuencia que cuando estaba realmente presente. La señora Umbrade no enseñaba magia y lo único que le importaba del asunto era saber que algunos padres estaban dispuestos a pagar considerables sumas de dinero para que a sus hijas les enseñaran los rudimentos de la hechicería y los encantamientos.

Estaba claro que la señora Umbrade no tenía ningún interés en saber cómo se las arreglaba Sabriel para ver a su padre. La muchacha, por su parte, siempre esperaba con ilusión las visitas no oficiales de su padre y se quedaba mirando la luna, y con el dedo seguía sus movimientos en el almanaque encuadernado en piel donde aparecían las fases lunares de ambos Reinos y abundante información sobre las estaciones, las mareas y otras efemérides que en ningún momento coincidían a ambos lados del Muro. El enviado de Abhorsen, copia exacta del nigromante, aparecía siempre con luna nueva.

En esas noches, Sabriel se encerraba en su estudio (privilegio reservado a las alumnas de sexto curso; cuando no contaba con estudio propio, tenía que colarse en la biblioteca), ponía agua a hervir, tomaba té y leía un libro hasta que se levantaba el viento característico que apagaba el fuego y la luz eléctrica y sacudía los postigos; todos éstos eran, al parecer, los preparativos necesarios que precedían la llegada del enviado fosforescente de su padre y que le permitían materializarse en el sillón vacío.

Aquel mes de noviembre, Sabriel esperaba con especial ilusión la visita de su

padre. Sería la última, porque las clases estaban a punto de terminar y ella quería hablar de su futuro. La señora Umbrade quería que fuese a la universidad, pero aquello implicaba alejarse todavía más del Reino Antiguo. Sus poderes mágicos se debilitarían y las visitas paternas se verían limitadas a las presencias físicas reales, por lo que era muy posible que fuesen todavía menos frecuentes. Por otra parte, ir a la universidad implicaba continuar en compañía de las amigas que había tenido prácticamente desde siempre, muchachas con las que había comenzado a estudiar a los cinco años. Iba a tener ocasión de ampliar su círculo social, sobre todo con la presencia de jóvenes, de los que en el Colegio Wyverley había una notable escasez.

La desventaja de perder sus poderes mágicos tal vez podría verse compensada por una disminución de su afinidad con la muerte y los difuntos...

En todo esto pensaba Sabriel mientras esperaba, con el libro en la mano y una taza de té medio llena, en precario equilibrio sobre el brazo de su sillón. Eran casi las doce de la noche y Abhorsen seguía sin aparecer. Sabriel había comprobado dos veces el almanaque, incluso había abierto los postigos para echar un vistazo al cielo. No cabía duda: había luna nueva, la oscuridad era total, pero su padre seguía sin dar señales de vida. Era la primera vez que su padre no aparecía; le entró una súbita inquietud.

Sabriel rara vez pensaba en cómo sería la vida en el Reino Antiguo, pero en ese momento, a su mente acudieron antiguas historias y borrosos recuerdos de cuando había vivido allí con los viajeros. Abhorsen era un poderoso hechicero, pero aun así...

—¡Sabriel! ¡Sabriel!

Una voz aguda, seguida de un rápido golpe en la puerta y de una sonora sacudida del pomo, interrumpió sus pensamientos. Sabriel suspiró, se levantó del sillón, recogió la taza de té y abrió la puerta.

Se encontró delante a una niña pálida y asustada que, con manos temblorosas, retorció el gorro de noche.

—¡Olwyn! —exclamó Sabriel—. ¿Qué ocurre? ¿Se ha vuelto a poner enferma Sussen?

—No —sollozó la niña—. Oí ruidos detrás de la puerta de la torre y pensé que Rebeca e Ila se estaban dando un festín de medianoche sin mí, así que fui a ver y...

—¿Qué? —exclamó Sabriel, alarmada.

Estaba prohibido abrir las puertas que daban al exterior en plena noche, y menos estando tan cerca del Reino Antiguo.

—¡Lo siento! —se excusó Olwyn—. No era mi intención. No sé por qué lo hice. No eran Rebeca e Ila... Era una silueta negra que intentaba entrar. Le cerré la puerta en las narices...

Sabriel dejó la taza de té y salió disparada, dejando atrás a Olwyn. Se encontraba casi en mitad del pasillo cuando, a sus espaldas, oyó que la taza se hacía añicos y que

Olwyn reaccionaba con un grito de horror al comprobar que se trataba la porcelana con tanto desdén. No hizo ningún caso y echó a correr encendiendo las luces a medida que avanzaba hacia la puerta abierta del dormitorio oeste. Cuando llegó, en el interior se oyeron gritos aislados que fueron sumándose hasta formar un coro histérico. En el dormitorio había cuarenta niñas, la mayoría del primer curso, todas ellas menores de once años. Sabriel inspiró hondo y cruzó la puerta, los dedos de la mano preparados para lanzar un hechizo. No le hizo falta ver nada para notar la presencia de la muerte,

El dormitorio era muy largo y angosto, con el techo bajo y varios ventanucos. Las camas y los tocadores se alineaban a ambos lados. En el extremo más alejado, una puerta conducía a la escalera de la torre Oeste. Se suponía que estaba cerrada a cal y canto, pero las cerraduras no siempre resistían los poderes del Reino Antiguo.

La puerta estaba abierta. En el marco se alzaba una silueta profundamente oscura, como si alguien hubiese recortado un trozo de cielo nocturno dándole forma humana y poniendo sumo cuidado en elegir un trozo despojado de estrellas. Carecía de facciones, pero la cabeza se movía afanosamente, como si los sentidos que poseía tuviesen un alcance muy limitado. Aunque pareciera mentira, en una mano de cuatro dedos, llevaba un saco de lo más prosaico, cuya tela rústica resaltaba sobre el fondo irreal de su carne.

Sabriel hizo un ademán complicado; dibujó en el aire los símbolos del Gremio que inducían el sueño, la calma y el descanso. Con un ágil movimiento, señaló ambos lados del dormitorio y dibujó uno de los símbolos maestros que lo abarcó todo. En un periquete, todas las niñas dejaron de gritar y, de una en una, volvieron a acostarse.

La cabeza de la criatura dejó de moverse y Sabriel supo entonces que la estaba mirando. Aquella cosa avanzó despacio, levantó torpemente la pierna y la desplazó hacia delante, se detuvo un momento, luego levantó la otra pierna y avanzó un poco más. Los pasos lentos y desmañados iban acompañados del sonido fantasmal que producían los pies al rozar la delgada alfombra. Al pasar junto a cada cama, las luces se encendían y se apagaban.

Sabriel bajó los brazos a los costados del cuerpo y clavó la vista en el torso de la criatura para percibir la materia de la que estaba hecha. La muchacha no disponía de sus instrumentos, por lo que tuvo un momento de vacilación antes de trasponer la frontera y hundirse en la muerte, sin apartar en ningún momento la vista del intruso.

El río fluía entre las piernas de Sabriel, frío como siempre. La luz, grisácea y helada, se proyectaba hacia el horizonte completamente plano. A lo lejos, alcanzó a oír el estruendo de la Primera Puerta. En ese momento vio con claridad la verdadera forma de la criatura, despojada del halo de la muerte que llevaba al mundo de los vivos. Se trataba de uno de los moradores del Reino Antiguo, un ser con vagos rasgos humanos, más simio que hombre, de escasa o nula inteligencia. No todo estaba

a la vista, y Sabriel sintió en sus carnes la garra del pánico al descubrir el hilo negro que salía de la espada de la criatura y se hundía en el río. En alguna parte, al otro lado de la Primera Puerta, e incluso más allá, el extremo de aquel cordón umbilical, descansaba en las manos de un adepto. Mientras el hilo existiera, la criatura se encontraba bajo el dominio absoluto de su amo, que podía utilizar sus sentidos y su espíritu como mejor le pareciera.

Algo tiró del cuerpo físico de Sabriel; renuente, la muchacha enfocó sus sentidos hacia el mundo de los vivos y una ligera sensación de náusea le subió a la garganta, al tiempo de una ola de calor envolvía su cuerpo helado como la muerte.

—¿Qué ocurre? —susurró una voz tranquila al oído de Sabriel. Una voz antigua, dotada del poder de la magia del Gremio.

Era la señorita Greenwood, la magistrix del colegio.

—Es un siervo muerto, un espectro —respondió Sabriel, concentrada otra vez en la criatura, que se hallaba ahora en mitad del dormitorio, moviendo decidida una pierna y luego la otra—. No tiene voluntad propia. Algo lo ha enviado de vuelta al mundo de los vivos. Lo controlan desde la Primera Puerta.

—¿A qué ha venido? —preguntó la magistrix.

Su voz sonó tranquila, pero Sabriel notó que en su interior se iban reuniendo los símbolos del Gremio para tomar cuerpo en su lengua, símbolos que desatarían el trueno y las llamas, las fuerzas destructivas de la tierra.

—No es abiertamente malvada, ni ha intentado hacer verdadero daño... —contestó Sabriel con cautela, mientras sopesaba mentalmente todas las posibilidades.

Estaba acostumbrada a explicarle a la señorita Greenwood aspectos puramente nigrománticos de la magia. La magistrix le había dado clases de magia del Gremio, pero la nigromancia no estaba en el programa. Sabriel había aprendido más nigromancia de la que hubiera querido de su padre... y de los muertos.

—Pero no haga nada por ahora. Intentaré hablar con la criatura.

El frío la envolvió otra vez y le hincó los helados dientes cuando las aguas del río se arremolinaron entre sus piernas, ávidas por engullirla y arrastrarla lejos. Sabriel echó mano de su voluntad y el frío no fue más que una sensación inocua, la corriente apenas una vibración placentera en los pies.

La criatura se encontraba cerca, pues estaba en el mundo de los vivos. Sabriel tendió ambas manos y dio una palmada; el eco de aquel sonido repentino se propagó durante mucho rato, mucho más que en ninguna parte. Antes de que se acallara, Sabriel silbó varias notas que también resonaron, sonidos melódicos mezclados con el ruido seco de la palmada.

La cosa dio un respingo al oír aquellos sonidos y retrocedió tapándose los oídos. Al hacerlo, dejó caer el saco. Sabriel se sobresaltó. No había reparado en el saco, probablemente porque no esperaba nada semejante. Eran pocos los objetos inanimados que lograban existir en los dos Reinos, el de los vivos y el de los difuntos.

La sorpresa de la muchacha fue mayúscula cuando la criatura se inclinó de pronto y se zambulló en busca del saco. Lo encontró casi de inmediato aunque perdió pie. El saco salió a la superficie y la corriente se tragó a la criatura. Sabriel lanzó un suspiro de alivio al comprobar que desaparecía, y acto seguido, reprimió un grito al ver que sacaba la cabeza y exclamaba:

—¡Sabriel! ¡Mi mensajero! ¡Coge el saco! —Era la voz de Abhorsen.

Sabriel echó a correr y una mano salió a su encuentro, con el saco firmemente asido. La muchacha se estiró para aferrarlo, pero se escpó y volvió a intentarlo. Lo rescató justo antes de que la corriente arrastrara a la criatura llevándosela consigo. Sabriel se quedó mirándola; el estruendo de la Primera Puerta aumentó de pronto, como solía hacerlo siempre cuando alguien cruzaba sus cascadas. Se dio media vuelta y echó a andar pesadamente contra la corriente hasta llegar a un punto donde pudiera volver a la vida. El saco le pesaba y notaba un nudo en el estómago. Si era cierto que Abhorsen había enviado el mensaje, entonces significaba que no podía regresar al mundo de los vivos.

Aquello sólo podía significar dos cosas, o que estaba muerto, o que estaba atrapado por algo que había logrado trasponer la Última Puerta.

La náusea volvió a subirle como una oleada a la garganta y Sabriel cayó de rodillas, presa de los temblores. Notaba la mano de la magistrix en el hombro, pero toda su atención estaba fija en el saco que tenía firmemente asido. No le hacía falta mirar para saber que la criatura había desaparecido. Su aparición en el mundo de los vivos concluyó en cuanto su espíritu traspuso la Primera Puerta. A la mañana siguiente, de su paso sólo quedaría un montoncito de tierra de la sepultura que alguien se encargaría de barrer.

—¿Qué has hecho? —le preguntó la magistrix, mientras Sabriel se pasaba las manos por el pelo y de sus dedos caían cristales de hielo sobre el saco, tendido ante sus rodillas.

—Traía un mensaje para mí —contestó Sabriel—. Y lo recogí.

Abrió el saco y metió la mano dentro. Se topó con la empuñadura de una espada, la sacó, todavía envainada, y la dejó a un lado. No le hizo falta desenvainarla para ver los símbolos del Gremio grabados en el acero: la esmeralda sin brillo del pomo y el guardamano de gastado bronce le resultaban tan familiares como la cubertería poco elegante de la escuela. Era la espada de Abhorsen.

La bandolera de cuero que sacó luego era un cinto desgastado, de color marrón, de un palmo de ancho, que desprendía siempre un ligero olor a cera de abeja. De ella colgaban siete morrales de cuero, el primero, grande como un frasquito de pildoras, y los siguientes iban aumentando de tamaño hasta llegar al séptimo, del tamaño de una jarra. La bandolera se llevaba cruzada sobre el pecho, con los morrales colgando. Sabriel abrió el más pequeño, sacó una campanilla de plata con un mango oscuro de caoba pulida. La sostuvo con cuidado, pero el badajo osciló ligeramente y la campanilla emitió una nota aguda y dulce que, por motivos desconocidos, quedaba grabada en la mente mucho tiempo después de haberse apagado el sonido.

—Son los instrumentos de mi padre —musitó Sabriel—. Los utensilios del nigromante.

—Pero la campanilla lleva grabadas las marcas del Gremio... y el mango también —observó la magistrix, que la miraba fascinada—. La nigromancia es magia libre, no está sujeta a las reglas del Gremio...

—La de mi padre es diferente —contestó Sabriel, distante, sin apartar la mirada de la campanilla que tenía sujeta, pensando en las manos bronceadas y llenas de arrugas de su padre sosteniendo las campanillas—. Su oficio consiste en atar a los muertos con un vínculo, no en resucitarlos. Fue un fiel sirviente del Gremio.

—Nos vas a dejar, ¿verdad? —le preguntó la magistrix de repente, mientras Sabriel guardaba la campanilla y se ponía de pie con la espada en una mano y la bandolera en la otra—. Acabo de verlo, en el reflejo de la campanilla. Cruzabas el Muro...

—Sí. Entraba en el Reino Antiguo —dijo Sabriel como si en ese momento comprendiera lo que acababa de ocurrir—. Algo le ha pasado a mi padre, pero lo encontraré... Lo juro por la marca del Gremio que me impusieron al nacer.

Se tocó la frente, donde la marca brilló durante un instante tan fugaz que fue como si nunca hubiese existido. La magistrix asintió y se llevó la mano a la frente, allí, una marca brillante ocultó todo rastro del tiempo. A medida que iba apagándose, a ambos lados del dormitorio comenzaron a oírse susurros y leves gemidos.

—Ya me ocupo yo de cerrar la puerta y de explicarles a las niñas lo ocurrido —dijo la magistrix con firmeza—. Será mejor que te vayas y... y que te prepares para mañana.

Sabriel asintió y se marchó, tratando de concentrarse en los aspectos prácticos del viaje, más que en lo que podía haberle ocurrido a su padre. Tomaría un coche lo más temprano posible para ir a Bain, el pueblo más cercano, y luego un autobús hasta la frontera de Ancelstierre que lindaba con el Muro. Con suerte, llegaría a primeras horas de la tarde...

Todos aquellos planes no consiguieron que se quitara de la cabeza a Abhorsen. ¿Qué habría podido ocurrirle para que quedara atrapado en la Muerte? Y aunque

consiguiera llegar al Reino Antiguo, ¿qué podía hacer ella para remediarlo?

Capítulo 2

La frontera de Ancelstierre discurría de costa a costa, paralela al Muro y, en ciertos tramos, se alejaba de él algo más de medio kilómetro. La alambrada plegable se alzaba como gusanos atravesados por estacas de acero oxidado; las defensas de la vanguardia estaban formadas por una enmarañada red de trincheras y fortines de hormigón. Muchos de estos puntos de apoyo estaban pensados para controlar tanto el terreno que había detrás como el que había delante, y detrás de las trincheras se alzaban más vallas de alambre espinoso que protegían la retaguardia.

En realidad, la frontera servía más para evitar que la gente de Ancelstierre entrara en el Reino Antiguo que para impedir que de él salieran ciertos elementos. Cualquier cosa que tuviese poder suficiente para cruzar el Muro solía conservar magia suficiente para adoptar forma de soldado, o para volverse invisible e ir donde le daba la gana, pese al alambre espinoso, las balas, las granadas de mano y las bombas de mortero, la mayor parte de las veces, completamente inútiles, sobre todo cuando el viento soplaban desde el norte, es decir, desde el Reino Antiguo hacia fuera.

Dado que la tecnología era poco fiable, los soldados ancelsierranos de la guarnición fronteriza lucían cotas de malla sobre el traje de campaña color caqui, llevaban espadas muy anticuadas, en vainas desgastadas, y sus yelmos estaban dotados de refuerzos a la altura de la nariz y el cuello. Los escudos, o por utilizar la jerga militar, «las rodela pequeñas, exclusivas para la guarnición fronteriza», se los colocaban en la espalda; el color caqui de fábrica había quedado oculto, hacía mucho tiempo, bajo emblemas e insignias personales y del regimiento, pintados con brillantes colores. El camuflaje no era una cuestión prioritaria en ese destino específico.

Sabriel observó un pelotón de jóvenes soldados marchar delante del autobús, mientras esperaba a que los turistas que la precedían pasaran en estampida por la puerta delantera, y se preguntó qué pensarían de la extraña misión que les había sido encomendada. Gran parte de aquellos soldados eran reclutas del extremo Sur, donde la magia no saltaba por encima del Muro para ampliar las grietas de aquello que tenían por realidad. Aquí, notaba el potencial mágico en ebullición, agazapado en la atmósfera como el aire cargado antes de la tormenta.

Al otro lado del páramo de alambre espinoso y trincheras, el Muro en sí tenía un aspecto bastante normal. Como cualquier otro vestigio medieval. Era antiguo, de piedra, medía unos doce metros de altura y estaba almenado. Nada extraordinario, hasta que caías en la cuenta de que se conservaba a la perfección. Y para el observador de vista aguzada, las piedras estaban completamente cubiertas con marcas del Gremio, marcas en constante movimiento, que se retorcían, giraban, se deslizaban y se reorganizaban bajo la pétrea piel.

La confirmación definitiva de la rareza se encontraba detrás del Muro. Del lado de Ancelstierre hacía un día claro, fresco y soleado, pero del otro lado, Sabriel veía caer la nieve a ritmo constante, y apelotonarse gruesos nubarrones cargados de nieve justo donde se alzaba el Muro para interrumpirse de repente, como si el cuchillo poderoso del tiempo hubiese partido el cielo en dos.

Sabriel contemplaba cómo caía la nieve y dio las gracias por llevar el almanaque. Confeccionado en una tipografía, los caracteres lucían trazos hacia la izquierda sobre el magnífico papel de hilo, lo que hacía que las muchas anotaciones manuscritas bailaran en precario equilibrio entre los renglones. Una observación escrita con trazo delgado e inseguro, con una letra que sabía que no pertenecía a su padre, indicaba el tiempo que haría en los calendarios de ambos países. En la columna de Ancelstierre se decía: «Otoño más bien fresco». En la del Reino Antiguo se informaba: «Invierno. Nevadas seguras. Se recomienda el uso de esquís o raquetas de nieve».

Salió el último turista, ansioso por llegar a la atalaya de observación. Pese a que el ejército y el gobierno disuadían la práctica del turismo, y aunque no había alojamientos a menos de treinta kilómetros del Muro, se permitía la llegada diaria de un autobús para que los visitantes pudiesen ver el Muro desde una torre situada muy por detrás de las líneas de la frontera. Esta concesión quedaba a menudo sin efecto, porque cuando soplaba viento del norte, el autobús se averiaba inexplicablemente a pocos metros de la torre y los turistas tenían que bajarse y ayudar a empujarlo de vuelta en dirección a Bain, y entonces comprobaban que arrancaba por los mismos misteriosos designios que lo habían hecho detenerse.

Las autoridades también se mostraban indulgentes en los casos de las escasísimas personas autorizadas a viajar de Ancelstierre al Reino Antiguo, tal como Sabriel comprobó después de descender con éxito los escalones del autobús, cargada con la mochila, los esquís de fondo, los palos y la espada, que amenazaban con ir cada uno por su lado. Un cartel inmenso, situado junto a la parada del autobús, proclamaba:

MANDO FRONTERIZO EJÉRCITO DEL NORTE

Queda terminantemente prohibido salir de la zona fronteriza.

Se disparará sin previo aviso a toda persona que intente cruzarla.

Los viajeros autorizados deberán presentarse en el Cuartel General del Mando Fronterizo.

SE RECUERDA A TODOS QUE SE DISPARARÁ SIN PREVIO AVISO

Sabriel leyó el cartel con interés y notó que en su interior bullía de entusiasmo.

Sus recuerdos del Reino Antiguo eran vagos, conservados desde la infancia, pero comprobó que el misterio y el asombro despertaban con la fuerza de la magia del Gremio que palpaba a su alrededor; tenía la sensación de que allí había algo mucho más vivo que el asfalto de la plaza de armas y el cartel de advertencia de rojas letras. Y mucha más libertad que en el Colegio Wyverley.

Pero aquella sensación de asombro y entusiasmo iba acompañada de un terror del que no lograba desprenderse, un terror al que se sumaba el miedo a lo que podía ocurrirle a su padre..., a lo que podía haberle ocurrido ya...

La flecha del cartel que indicaba dónde debían dirigirse los viajeros autorizados parecía apuntar en dirección a la plaza de armas, flanqueada de piedras pintadas de blanco y cierto número de construcciones de madera carentes de atractivo. Aparte de eso, se encontraban las trincheras de comunicación que se hundían en el suelo y, zigzagueando, se abrían paso hacia la doble línea de trincheras, blocaos y fortificaciones que se enfrentaban al Muro.

Sabriel los estudió un momento y vio una mancha de color cuando varios soldados emergieron de una trinchera y avanzaron hacia la alambrada. Daban la impresión de ir armados de lanzas en lugar de fusiles y se preguntó por qué la Frontera estaba construida para la guerra moderna, pero guarnecida por gentes que esperaban un enemigo algo más medieval. Recordó entonces una conversación con su padre y que éste le había comentado que la Frontera había sido diseñada muy lejos, en el sur, donde se negaban a reconocer que este límite era diferente de cualquier otro en disputa. Más o menos un siglo antes, también se alzaba un muro del lado de Ancelstierre. Un muro bajo, de tierra y turba apisonadas, pero muy efectivo.

Al recordar aquella conversación, distinguió una pequeña elevación en el terreno accidentado, en medio de la desolación de alambre espinoso, y se dio cuenta de que allí era donde se había levantado en otros tiempos el muro del sur. Tras observarlo detenidamente, descubrió también que lo que había tomado por estacas sueltas entre las líneas de alambrada plegable eran otra cosa, elevadas construcciones que parecían troncos de árboles despojados de todas las ramas. Le resultaban familiares, pero no lograba descifrar qué eran.

Sabriel seguía mirándolas con atención, mientras pensaba, cuando una voz atronadora, nada agradable, sonó a sus espaldas.

—¿Se puede saber lo que hace, señorita? No puede andar merodeando por aquí. ¡Regrese al autobús o suba a la torre!

Sabriel dio un respingo y se volvió lo más deprisa que pudo, al tiempo que los esquís se inclinaban hacia un lado y los palos hacia el otro, enmarcando su cabeza en una cruz de San Andrés. La voz pertenecía a un soldado corpulento, pero bastante joven, cuyos bigotes hirsutos eran más signo de ambición castrense que prueba de ella. Lucía dos brazaletes dorados en la manga, pero no llevaba el plaquín y el yelmo

que Sabriel había visto en los demás soldados. Olía a crema de afeitar y talco, e iba tan aseado, pulcro y engréido que la muchacha lo catalogó inmediatamente como una especie de burócrata innato disfrazado de soldado.

—Soy ciudadana del Reino Antiguo —le contestó con calma, clavando la vista en la cara arrebolada y los ojos de cerdito, tal como la señorita Prionte, profesora de Etiqueta IV, había enseñado a hacer a sus alumnas cuando debían dirigirse a la servidumbre—. Regreso allí.

—¡Los papeles! —exigió el soldado, tras vacilar un instante al oír las palabras «Reino Antiguo».

Sabriel le ofreció una sonrisa gélida (otro tema del programa de estudios de la señorita Prionte), y con la punta de los dedos hizo los movimientos rituales, el símbolo de la revelación, de las cosas ocultas que salen a la luz. A medida que sus dedos dibujaban en el aire, visualizó mentalmente el símbolo y lo enlazó con los papeles que llevaba en el bolsillo interior de la túnica de cuero. Los símbolos trazados con la mano y dibujados mentalmente se fundieron y los papeles se materializaron en su mano. Un pasaporte ancelterriano y otro documento mucho más raro, que el Mando Fronterizo de Ancelstierre expedía a quienes tenían asuntos en ambos países: un certificado impreso en tipografía, en papel fabricado a mano, con el boceto de un pintor en lugar de fotografía y las huellas digitales de pies y mano en tinta color morado.

El soldado parpadeó, pero no dijo palabra. Sabriel pensó que tal vez, al aceptar los documentos que ella le ofrecía, el hombre considerase aquello como un truco de feria. O tal vez no se hubiese dado cuenta de nada. A lo mejor, aquí, tan cerca del Muro, la magia del Gremio era algo frecuente.

El hombre repasó los documentos detenidamente, pero sin verdadero interés. Sabriel tuvo entonces la certeza de que no se trataba de un personaje importante por la forma en que manoseaba su pasaporte especial. Estaba claro que era el primero que veía en su vida. Pícaramente, comenzó a entrelazar la marca del Gremio correspondiente a la sustracción, arrancó los papeles de las manos del soldado y se los metió otra vez en el bolsillo antes de que sus ojos de cerdito adivinasen lo que estaba ocurriendo.

Al iniciar el movimiento, notó el destello de otra magia del Gremio a ambos lados y a sus espaldas, y oyó el repiqueteo de tachuelas sobre el asfalto. Volvió la cabeza bruscamente y el cabello le azotó la frente cuando miró primero a un lado, luego al otro. Los soldados salían en tropel de las chozas y las trincheras, empuñando las espadas, las fusiles en bandolera. Algunos llevaban distintivos que los identificaban como magos del Gremio. Sus dedos entrelazaban símbolos de protección y barreras que frenarían los pasos de Sabriel atándola a su propia sombra. Hechizo poco sutil, pero lanzado con fuerza enorme.

Instintivamente, la mente y las manos de Sabriel elaboraron a toda velocidad una secuencia de símbolos para borrar estos vínculos, pero los esquís se movieron de sitio y fueron a caer sobre su brazo doblado, y al recibir el golpe, la muchacha dio un respingo.

Al mismo tiempo, un soldado se adelantó a sus compañeros a todo correr mientras la luz del sol destellaba sobre las estrellas de plata de su yelmo.

—¡Alto! —gritó—. ¡Apártese de ella, cabo!

El cabo, sordo al murmullo de la magia del Gremio, ciego al resplandor de los signos a medio forjar, apartó la vista de los papeles, se quedó boquiabierto durante un segundo, el rostro desfigurado por el miedo. Soltó los pasaportes y dio un paso atrás.

Al ver su cara, Sabriel tuvo conciencia de lo que implicaba utilizar la magia en la frontera y permaneció muy quieta al tiempo que borraba de su mente los signos a medio trazar. Los esquís se deslizaron de su brazo, las fijaciones se le engancharon un instante antes de soltarse y caer al suelo con gran estruendo. Los soldados se abalanzaron hacia ella y, en un periquete, la rodearon apuntando las espadas a su garganta. Vio unas vetas plateadas que recubrían las hojas así como los símbolos del Gremio escritos con trazos rudimentarios, y entonces comprendió. Aquellas armas estaban hechas para matar cosas ya muertas, eran versiones inferiores de la espada que llevaba colgada al cinto.

El hombre que había gritado —Sabriel comprobó que era oficial—, se inclinó y recogió los pasaportes. Los analizó un instante, luego miró a Sabriel. Sus ojos eran azul celeste y la miraban con una mezcla de dureza y compasión que a Sabriel le resultó familiar, aunque no logró precisar por qué, hasta que se acordó de los ojos de su padre. Los ojos de Abhorsen eran de un castaño tan oscuro que parecían negros, pero en ellos se reflejaba un sentimiento parecido.

El oficial cerró el pasaporte, se lo metió en el cinturón y con dos dedos se ladeó el yelmo dejando al descubierto una marca del Gremio que seguía brillando con los coletazos del hechizo de protección. Sabriel levantó la mano despacio y, al comprobar que el hombre no ofrecía resistencia, con dos dedos le tocó la marca. Al hacerlo, él también rozó con los suyos la que ella llevaba en la frente; Sabriel notó el conocido remolino de energía y la sensación de estar cayendo en una galaxia infinita de estrellas. Pero en este caso, las estrellas eran símbolos del Gremio, entrelazados en una danza monumental, sin principio ni fin, que contenía y describía el mundo con sus evoluciones. Sabriel conocía una parte muy pequeña de los símbolos, pero sabía que danzaban y sintió que la pureza del Gremio la envolvía.

—Una marca del Gremio inmaculada —anunció el oficial en voz alta, y los dos dejaron caer las manos a los costados—. No es ninguna criatura ni ningún enviado.

Los soldados retrocedieron envainando las espadas y corrieron los fiadores de los fusiles con un chasquido. El único que siguió inmóvil fue el cabo de mejillas

arreboladas, que no apartaba la vista de Sabriel, como si no estuviera muy seguro de lo que tenía ante los ojos.

—Se acabó el espectáculo, cabo —le dijo el oficial, con mirada y tono severos—. Regrese a contaduría. Mientras dure su misión aquí, verá cosas más raras. ¡No se meta, es posible que así conserve la vida!

Sacó los documentos del cinturón, se los devolvió a Sabriel y dijo:

—Así que tú eres la hija de Abhorsen. Soy el coronel Horyse, comandante de una pequeña parte de esta guarnición, a la que el ejército gusta llamar Unidad de Reconocimiento de la Frontera Norte, pero que aquí todo el mundo denomina Exploradores del Paso Fronterizo, una mezcla variopinta de ancelstierranos que han conseguido obtener una marca del Gremio y rudimentarios conocimientos de magia.

—Encantada de conocerlo, coronel —profirió la boca de Sabriel, haciendo gala de lo aprendido en el colegio, antes de que la muchacha pudiera contenerse. Respuesta típica de colegiala que tiñó de rubor sus pálidas mejillas.

—El gusto es mío —dijo el coronel haciendo una reverencia—. ¿Me permites que te lleve los esquís?

—Por favor, tenga la bondad —dijo Sabriel, escudándose otra vez en los formulismos.

El coronel los recogió con un diestro movimiento, volvió a atar con cuidado los palos a los esquís, colocó las sujeciones en su sitio y, una vez todo estuvo en orden, se lo metió debajo del brazo musculoso.

—Entiendo que vas a cruzar al Reino Antiguo, ¿no es así? —le preguntó Horyse, equilibrando la carga y señalando el cartel de rojas letras que había en el extremo más alejado de la plaza de armas—. Habrá que presentarse al Cuartel General Fronterizo, hay que cumplir con ciertos trámites que no demorarán mucho. ¿Irá alguien..., irá Abhorsen a recibirte?

Se le entrecortó la voz al mencionar a Abhorsen, le salió un tartamudeo que resultó extraño en un hombre tan seguro de sí mismo.

Sabriel lo miró de reojo y vio que el coronel le echaba un rápido vistazo a la espada que llevaba colgada de la cintura y a la bandolera de campanillas que llevaba cruzada sobre el pecho. Era evidente que había reconocido la espada de Abhorsen y el significado de las campanillas. Muy pocos llegaban a encontrarse con un nigromante, pero todo aquel que lo hacía, recordaba siempre las campanillas.

—¿Conoció usted a mi padre? —preguntó—. Tenía por costumbre visitarme dos veces al año. Supongo que pasaría por aquí.

—Sí, lo vi en esas ocasiones —respondió Horyse, y echaron a andar por el borde de la plaza de armas—. Pero lo conocí por primera vez hace más de veinte años, cuando fui destacado a este puesto como subalterno. Fueron tiempos extraños, muy malos tiempos, tanto para mí como para el resto de los que estábamos en la frontera.

Guardó silencio y se dispuso a dar un paso, haciendo crujir las botas, y sus ojos volvieron a observar las campanillas y la palidez de Sabriel, que contrastaba enormemente con su cabello negro como el asfalto que pisaban.

—Eres nigromante —le soltó sin más preámbulos—. Probablemente lo entiendas. El paso fronterizo ha sido testigo de muchas batallas, de muchas muertes. Antes de que los imbéciles del Sur se hicieran con el mando central

—Seguir muerto —sugirió Sabriel con calma. el paso fronterizo se trasladaba cada diez años, hasta la puerta siguiente del Muro. Pero hará unos cuarenta años algún..., algún burócrata decretó la interrupción de los traslados. Porque era un despilfarro de recursos públicos. Éste era y seguirá siendo el único paso fronterizo. Poco importa el hecho de que, con los años, fuera a producirse aquí una concentración de muerte, mezclada con la magia libre que se filtra por el Muro, de tal magnitud que nada podría...

—Sí. Cuando yo llegué, el problema no había hecho más que empezar. Los cadáveres se negaban a seguir enterrados..., tanto los de nuestra gente como los de las criaturas del Reino Antiguo. Los soldados difuntos el día anterior volvían a presentarse a formación. Las criaturas a las que se les impedía el paso, resucitaban y causaban más daño del que habían hecho en vida.

—¿Y qué hicieron ustedes? —preguntó Sabriel.

Sabía bastante sobre cómo se imponía y se aplicaba la muerte verdadera, pero no a semejante escala. En ese momento, no había criaturas fallecidas a su alrededor, porque siempre percibía instintivamente la interacción entre la vida y la muerte, tanto allí como cuando se encontraba a sesenta kilómetros, en el colegio Wyverley.

—Nuestros magos del Gremio intentaron resolver el problema, pero no existían símbolos específicos para..., para hacer que siguieran muertos..., sólo para destruir sus cuerpos. A veces con eso bastaba, pero no siempre. Nos veíamos obligados a desplazar a la tropa a Bain o a lugares más lejanos para que los soldados pudiesen recuperarse de lo que el Cuartel General gustaba describir como ataques de histeria o locura colectiva.

«Entonces yo no era mago del Gremio, pero acompañaba a las patrullas en las incursiones al Reino Antiguo y así fue como aprendí. Durante una de estas misiones de reconocimiento, nos encontramos con un hombre que estaba sentado junto a un pilar del Gremio, en lo alto de un cerro que daba tanto al Muro como a la frontera.

»Como era evidente que estaba interesado en la frontera, el oficial al mando de la patrulla decidió interrogarlo y acabar con él en caso de que llevase una marca del Gremio corrupta o fuese un engendro de la magia libre disfrazado de hombre. Pero no lo hicimos, claro está. Se trataba de Abhorsen y venía a nuestro encuentro porque había oído hablar de los muertos.

»Lo escoltamos hasta el cuartel general y se reunió con el general al mando de la

guarnición. Ignoro qué acordaron, pero imagino que Abhorsen se comprometió a vincular o atar a los difuntos a cambio de obtener la ciudadanía de Ancelstierre y libertad para cruzar el Muro. Después de aquello, consiguió los pasaportes, eso está claro. En cualquier caso, se pasó los meses siguientes tallando las flautas eólicas que ves en la alambrada...

—¡Ah! —exclamó Sabriel—. Sentía curiosidad por saber qué eran. Flautas eólicas. Eso lo explica todo.

—Me alegro de que lo entiendas —dijo el coronel—. Yo todavía no logro entender cómo funcionan. Por un lado, no emiten sonido alguno por más fuerte que el viento sople a través de ellas. Llevan grabados símbolos del Gremio que no había visto en mi vida hasta que él los talló, y que no he vuelto a ver en ninguna otra parte. Pero cuando empezó a distribuirlos... una por noche..., los muertos desaparecieron poco a poco y, a partir de entonces, no volvió a resucitar ni uno solo más.

Llegaron al extremo opuesto de la plaza de armas, donde otro cartel de rojas letras, colocado junto a una trinchera de comunicación, proclamaba: «Cuartel General de la Guarnición Fronteriza. Llame y espere al centinela».

El auricular de un teléfono y una ristra de campanillas indicaban la habitual dicotomía de la frontera. El coronel Horyse levantó el auricular, giró la palanca, escuchó un instante y volvió a colocarlo en su sitio. Contrariado, tiró de la ristra de campanillas tres veces, en rápida sucesión.

—En fin —siguió diciendo, mientras esperaban la llegada del centinela—. Fuera lo que fuese, funcionó. De manera que estamos en deuda con Abhorsen y eso hace que nos sintamos honrados con la visita de su hija.

—Es posible que sea menos honrada y más vilipendiada como mensajera de mal augurio —dijo Sabriel sombríamente. Dudó un instante, le costaba hablar de Abhorsen sin que se le llenasen los ojos de lágrimas, por eso añadió a toda prisa, para acabar de una vez—: El motivo que me lleva al Reino Antiguo es..., es buscar a mi padre. Algo le ha ocurrido.

—Abrigaba la esperanza de que fuese otra la razón por la que llevas su espada —observó Horyse. Se colocó los esquís en el hueco del brazo izquierdo, para tener el derecho libre y hacer la venia a los dos centinelas que salían a paso ligero de la trinchera de comunicación, haciendo repiquetear las tachuelas sobre las tablas de madera.

—La cosa es seria, me parece —añadió Sabriel inspirando hondo para reprimir un sollozo—. Está atrapado en la muerte... o puede que..., puede que esté muerto. Sus vínculos se romperán.

—¿Las flautas eólicas? —inquirió Horyse, apoyando el extremo de los esquís al tiempo que la mano que se disponía a hacer la venia se detenía antes de llegar a la sien—. ¿Y tendremos a todos los muertos aquí?

—Las flautas tocan una canción que sólo se escucha en el Reino de la Muerte — le explicó Sabriel—, reforzando así el vínculo puesto por Abhorsen. Este vínculo está ligado a él y las flautas no tendrán poder alguno si..., no tendrán poder alguno si Abhorsen se encuentra entre los difuntos. Las flautas no podrán mantener el vínculo intacto.

Capítulo 3

—No acostumbro a culpar al mensajero por las noticias que trae por malas que sean —dijo Horyse y le ofreció una taza de té a Sabriel, que estaba sentada en el que parecía el único sillón cómodo del refugio subterráneo donde el coronel tenía su cuartel general—, pero las que acabas de darme son las peores que he recibido en muchos años.

—Al menos soy una mensajera viva... y amistosa —dijo Sabriel con calma.

La preocupación por su padre no le había permitido pensar en otros aspectos del problema. Empezaba ahora a ampliar sus conocimientos sobre él, a comprender que era algo más que su padre, que representaba distintas cosas para distintas personas. La imagen ingenua que de él tenía, relajado en el sillón de su estudio en el colegio Wyverley, hablando con ella de sus estudios, de tecnología ancelterriana, de magia del Gremio y nigromancia, era una visión limitada, como un cuadro que sólo capta una de las tantas dimensiones de un hombre.

—¿Cuánto nos queda hasta que los vínculos de Abhorsen se rompan definitivamente? —preguntó Horyse, interrumpiendo la evocación de Sabriel.

La imagen que tenía de su padre, tendiendo la mano para aceptar una taza de té en su estudio, desapareció y fue sustituida por el té de verdad vertido en la jarra de esmalte que le quemaba los dedos.

—¡Vaya! Perdóneme. Estaba distraída... ¿Cuánto nos queda para qué?

—El vínculo de los muertos —reiteró el coronel con paciencia—. ¿Cuánto falta para que los vínculos fallen y los difuntos vuelvan a las andadas?

Sabriel recordó otra vez las lecciones de su padre y las vacaciones dedicadas a memorizar el antiguo grimorio. *El Libro de los Muertos* se titulaba, algunas partes de aquella obra todavía le producían escalofríos. Su aspecto era inocuo, encuadernado en piel verde, con broches de plata deslustrada. Al mirarlo con atención, se veía que tanto la piel como la plata llevaban marcas del Gremio grabadas. Marcas para vincular y cegar, encerrar y aprisionar. Sólo a los nigromantes avezados les estaba permitido abrir aquel libro... y sólo un mago incorrupto del Gremio podía cerrarlo. Su padre se lo dejaba cuando iba a verla, pero siempre se lo llevaba al marcharse.

—Depende —contestó con cautela, obligándose a analizar la cuestión con objetividad, sin que las emociones se interpusieran. Trató de recordar las páginas en las que se explicaba cómo tallar flautas eólicas, los capítulos sobre música y la naturaleza del sonido en el vínculo de los muertos—. Si papá..., si Abhorsen está... realmente muerto, las flautas eólicas se desintegrarán a la luz de la próxima luna llena. Si está atrapado antes de la Novena Puerta, el vínculo se mantendrá hasta la primera luna llena después de que la haya cruzado o si un espíritu particularmente fuerte rompe los vínculos debilitados.

—O sea que la luna nos lo dirá a su debido tiempo —observó Horyse—. Disponemos de catorce días hasta la luna llena.

—¿Sería posible que yo atara a los muertos de nuevo? —preguntó Sabriel, cautelosa—. Aclaro que no lo hice nunca a tan gran escala. Pero sé cómo hacerlo. El único inconveniente es que..., que si papá no está..., no está más allá de la Novena Puerta, entonces tengo que acudir en su ayuda lo antes posible. Y antes de que pueda hacerlo, debo pasar por su casa a recoger unas cuantas cosas y..., y a comprobar ciertas referencias.

—¿A qué distancia del Muro se encuentra esa casa? —preguntó Horyse con expresión calculadora.

—No lo sé —contestó Sabriel.

—¿Cómo?

—No lo sé. No he vuelto a ir desde que tenía cuatro años. Por lo visto, su localización es secreta. Mi padre tenía muchos enemigos, no sólo entre los muertos. Nigromantes de poca monía, hechiceros de magia libre, brujas...

—No parece inquietarte el hecho de no saber dónde está la casa —la interrumpió el coronel secamente.

Por primera vez, se percibía en su voz un asomo de duda, incluso de condescendencia paternalista, como si la juventud de Sabriel socavara el respeto que se le debía como maga del Gremio y nigromante.

—Mi padre me enseñó cómo invocar a un guía que me indicará el camino —contestó Sabriel fríamente—. Sé que son menos de cuatro días de viaje.

Eso le tapó la boca a Horyse, al menos por el momento. Asintió, se puso en pie con cautela para no golpear con la cabeza las vigas desnudas del refugio subterráneo, fue hasta el archivador metálico herrumbrado por la acción del barro pardusco que rezumaba entre las pálidas tablas de la pared de contención. Abrió el archivador tirando de él con fuerza y movimiento experto, sacó un mapa mimeografiado y lo desplegó sobre la mesa.

—Nunca hemos podido hacernos con un mapa original del Reino Antiguo. Tu padre tenía uno, pero era la única persona capaz de entender sus indicaciones, para mí no era más que un cuadrado de piel de becerro. Hace falta un pequeño truco de magia, pero como no pudo enseñármelo, tal vez no fuera tan pequeño... En fin, este mapa es una copia de la última versión de nuestro mapa de patrullaje, de manera que sólo cubre quince kilómetros desde el paso fronterizo. El reglamento de la guarnición prohíbe superar ese límite. Las patrullas que se arriesgan a internarse más allá no suelen regresar. Quién sabe, a lo mejor desertan, o a lo mejor...

El tono de su voz sugería que a las patrullas les ocurrían cosas más terribles, pero Sabriel no quiso preguntar. Una pequeña parte del Reino Antiguo estaba desplegada sobre la mesa y, una vez más, Sabriel ardió de entusiasmo.

—Por lo general, enfilamos el Antiguo Camino del Norte —dijo Horyse, siguiendo su recorrido con el dedo, mientras los callos dejados por la espada en sus dedos rascaban el mapa, como si un maestro carpintero lo estuviese lijando—. Luego las patrullas regresan, en dirección sureste o suroeste, hasta que topan con el Muro. A partir de allí, siguen todo su recorrido hasta llegar a la puerta.

—¿Qué significa este símbolo? —preguntó Sabriel señalando un cuadrado negro en lo alto de una de las colinas más alejadas.

—Es un pilar del Gremio —contestó el coronel—. O lo que queda de él. Hará cosa de un mes, se partió en dos, como si lo hubiese alcanzado un rayo. Las patrullas han empezado a llamarlo «Cima Partida» y procuran evitarlo. Su verdadero nombre es Monte Barhedrin, y en otros tiempos, el pilar llevaba el hechizo del Gremio correspondiente a una aldea de ese nombre. De todos modos, ocurrió antes de que yo viniera aquí. Si la aldea sigue existiendo debe de estar más al norte, donde no llegan nuestras patrullas. No tenemos noticias de sus habitantes desplazados al sur, a Cima Partida. Para ser más exacto, debería decir que tenemos pocas noticias de la gente y punto. En el diario de la guarnición se conservan bastantes datos que prueban la interrelación con los habitantes del Reino Antiguo, granjeros, mercaderes, viajeros, pero en los últimos cien años, los encuentros se han ido haciendo cada vez más raros, y en los últimos veinte, rarísimos. Con suerte, ahora las patrullas avistan a dos o tres personas al año. Me refiero a gente auténtica, no a criaturas ni a engendros de la magia libre, ni a los difuntos. De esos vemos demasiados.

—No lo entiendo —musitó Sabriel—. Mi padre solía hablar de aldeas y pueblos..., incluso de ciudades del Reino Antiguo. Recuerdo algunos de mi niñez..., bueno, creo que los recuerdo.

—Seguramente estarán más en el interior del Reino Antiguo —comentó el coronel—.

Las actas mencionan varios nombres de pueblos y ciudades. Sabemos que la gente de allí denomina «Tierras Fronterizas» a la zona que rodea el Muro. Y cuando usan el apelativo, no lo hacen con cariño.

Sabriel no respondió, inclinó la cabeza sobre el mapa, mientras pensaba en el viaje que la aguardaba. Cima Partida podía ser una buena parada. Se encontraba a poco más de doce kilómetros, podía esquiar hasta allí y llegar antes del anochecer si partía bien temprano y si del otro lado del Muro no nevaba demasiado. Un pilar del Gremio roto no presagiaba nada bueno, pero seguramente conservaría algo de magia y el camino hacia la muerte sería más fácil de transitar. Los pilares del Gremio se ponían a menudo en los lugares donde fluía la magia libre porque las encrucijadas de las corrientes producidas por esta magia solían ser entradas naturales que conducían hasta el Reino de la Muerte, Sabriel notó un escalofrío en la espalda al pensar en las cosas que podían utilizar dicha entrada; el temblor la recorrió toda hasta llegar a la

punta de sus dedos, posados en el mapa.

Levantó la vista de golpe y vio que el coronel Horyse contemplaba sus manos alargadas y pálidas y el pesado papel del mapa que seguía estremeciéndose bajo sus dedos. Hizo acopio de todas sus fuerzas y contuvo el estremecimiento.

—Tengo una hija más o menos de tu edad —le dijo el coronel con voz calma—. Está en Corvere, con mi mujer. Ni se me ocurriría dejarla ir al Reino Antiguo.

Sabriel le sostuvo la mirada; sus ojos no eran los faros inseguros y titilantes de la adolescencia.

—Por fuera tengo apenas dieciocho —dijo, y con un movimiento casi nostálgico se tocó el pecho con la palma de la mano—. Pero caminé por la muerte cuando tenía doce. Me topé con un vigilante de la Quinta Puerta a los catorce y lo desterré al otro lado de la Novena. Al cumplir los dieciséis perseguí y desterré a un mordicante que merodeaba por mi escuela. Un mordicante debilitado, pero aun así... Hace un año, pasé la última página de *El Libro de los Muertos*. Imposible volver a sentirme joven.

—Lo lamento —dijo el coronel y al notar que tal vez lo malinterpretaría, aclaró —: Quiero decir, que te deseo algunas de las tontas alegrías que experimenta mi hija, esa despreocupación, esa falta de responsabilidad propia de la juventud. Pero no te las deseo si con ellas vas a perder fuerzas para afrontar los tiempos que te esperan. Has escogido un camino espinoso.

—¿Es el caminante quien escoge el camino, o el camino el que escoge al caminante? —citó Sabriel.

Aquellas palabras, cargadas de ecos de la magia del Gremio, se demoraron en su lengua, como el sabor persistente de las especias. Acababa de citar la dedicatoria puesta al comienzo de su almanaque. Eran también las últimas palabras que flotaban solas en la última página de *El Libro de los Muertos*.

—No es la primera vez que oigo la cita —observó Horyse—, ¿Qué significa?

—No lo sé —contestó Sabriel.

—La sentencia contiene cierta fuerza cuando tú la pronuncias —agregó el coronel, cauteloso. Tragó saliva con la boca entreabierta, como si el sabor de las marcas del Gremio siguiera en el aire—. Si yo la pronunciara, no serían más que palabras.

—No sé explicarla —admitió Sabriel encogiéndose de hombros, sonriendo tímidamente—. Pero conozco otros dichos más adecuados a este momento, como: «Viajero, abrázate a la luz del día, mas de la mano de la noche desconfía». Es preciso que me ponga en marcha.

Horyse sonrió al oír el antiguo refrán, tan adorado por abuelas y niñeras, pero la suya era una sonrisa hueca. Apartó ligeramente la vista de Sabriel y la muchacha comprendió que estaba pensando en cómo impedirle que cruzase el Muro. Luego lanzó ese suspiro corto y quisquilloso de quienes se ven obligados a decantarse por

ciertas soluciones a falta de otras mejores.

—Tus papeles están en regla —le dijo mirándola otra vez a los ojos—. Y eres la hija de Abhorsen. No me queda más remedio que permitirte pasar. Aunque no consigo quitarme esta sensación de que te estoy enviando al encuentro de horribles peligros. Ni siquiera puedo mandar una patrulla para que te acompañe, porque ya tenemos a cinco ahí fuera.

—Esperaba ir sola —le aclaró Sabriel.

Y así era, pero en su fuero interno asomó el arrepentimiento. Un grupo de soldados protectores habría sido todo un consuelo. El miedo a estar sola en tierras extrañas y peligrosas, aunque se tratara de su país natal, minaba en parte su entusiasmo. Además, no se quitaba de la cabeza la imagen de su padre. De su padre en apuros, atrapado y solo en las aguas heladas de la muerte...

—Muy bien —dijo Horyse—. ¡Sargento!

Una cabeza tocada por un yelmo asomó de pronto en el vano de la puerta y Sabriel cayó en la cuenta de que seguramente había dos soldados montando guardia a la entrada del refugio subterráneo, en la escalera que conducía a la trinchera de comunicación. Se preguntó si habrían oído la conversación.

—Prepare un grupo para el cruce —ordenó Horyse—. Cruzará una sola persona. La señorita Abhorsen, aquí presente. ¡Sargento, una advertencia! ¡Si a usted o al soldado Rahise se les ocurre hablar aunque sea en sueños de lo que tal vez acaban de escuchar, se pasarán el resto de sus días llevando uniforme de enterradores!

—¡Sí, mi coronel! —se oyó vociferar al sargento y le hizo eco el desventurado soldado Rahise que, según comprobó Sabriel, estaba medio dormido.

—Después de ti, por favor —agregó Horyse, indicando la puerta—. ¿Me permites que te lleve otra vez los eskuís?

El ejército no corría riesgos cuando se trataba de cruzar el Muro. Sabriel se quedó sola bajo el enorme arco de la puerta que lo atravesaba, pero los arqueros se dispusieron de pie o de rodillas para formar una punta de lanza invertida alrededor de la entrada y una decena de espadachines se adelantaron, acompañados del coronel Horyse. A unos cien metros detrás de Sabriel, más allá de un sendero zigzagueante de alambre espio, dos soldados lovanienses, apostados detrás de sendas ametralladoras, oteaban el horizonte desde un emplazamiento en la vanguardia, aunque Sabriel notó que habían desenvainado las espadas y las tenían listas, sobre los sacos terreros, demostrando así escasa fe en sus armas de destrucción, refrigeradas con aire, capaces de disparar cuarenta y cinco balas por minuto.

En el pasadizo abovedado no había una puerta de verdad, pese a que los goznes herrumbrados giraban como manos mecánicas a ambos lados y del suelo se proyectaban aguzados fragmentos de roble, como dientes de una mandíbula rota, testigos de alguna explosión, producto de la química moderna o de las fuerzas

mágicas.

La nieve caía ligera en el Reino Antiguo y el viento arrastraba copos sueltos llevándolos más allá de la puerta, hasta Ancelstierre, donde se derretían en el suelo más cálido del sur. A Sabriel se le prendió uno en el pelo. Se lo quitó con la mano, le rozó la cara y quedó atrapado en su lengua.

El agua fría le resultó refrescante y, pese a que no sabía distinto de otra nieve derretida que había tomado, era el primer contacto que tenía con el Reino Antiguo en los últimos trece años. Recordó vagamente que en aquella ocasión también nevaba. Su padre la cruzó en brazos la primera vez que la llevó al sur, a Ancelstierre.

Un silbato la puso sobre aviso y vio aparecer una figura entre la nieve, flanqueada de otras doce, que formaron en dos filas que partían de la puerta. Miraban hacia fuera, sus espadas brillaban, las hojas reflejaban la luz que desprendía la nieve. Sólo Horyse se asomó al otro lado y la esperó.

Con los esquís al hombro, Sabriel pasó los restos de madera de la puerta. Al cruzar el arco, fue del barro a la nieve, del sol reluciente a la pálida luminiscencia de la nevada, de su pasado a su futuro.

Las piedras a ambos lados del Muro y encima de su cabeza parecían darle la bienvenida a casa; las marcas del Gremio las recorrían formando arroyuelos, como la lluvia en el polvo.

—El Reino Antiguo te da la bienvenida —dijo Horyse, pero no la miró a la cara, sino que observó las marcas del Gremio moviéndose por las piedras.

Sabriel salió de la sombra proyectada por la puerta y se subió más la capucha para protegerse la cara de la nieve.

—Que tengas éxito en tu misión, Sabriel —prosiguió Horyse, volviendo a mirarla—. Espero..., espero volver a veros pronto a ti y a tu padre.

Le hizo la venia, giró con elegancia hacia su izquierda, la rodeó y atravesó la puerta marcando el paso. Sus hombres abandonaron la formación y lo siguieron, Sabriel se agachó mientras los soldados se alejaban, frotó los esquís sobre la nieve y colocó las botas en las fijaciones. Nevaba sin pausa, pero no copiosamente, en algunos lugares todavía se veía la tierra. Divisó sin esfuerzo el Antiguo Camino del Norte. Por suerte, la nieve se había acumulado en las cunetas, a ambos lados del camino, con lo cual podría avanzar bastante si seguía su curso. Aunque daba la impresión de que en el Reino Antiguo llevaban varias horas de adelanto con respecto a Ancelstierre, calculaba que llegaría a Cima Partida antes del anochecer.

Sabriel empuñó los palos, comprobó que la espada de su padre se deslizara sin tropiezos en la vaina y que las campanillas colgaran de su tahalí, como estaba mandado. Consideró la posibilidad de realizar un rápido hechizo del Gremio para calentarse, pero prefirió no ceder a la tentación. El camino era ligeramente empinado, por lo que esquiar le iba a resultar bastante dificultoso. La camisa de lana grasienta,

tejida a mano, el jubón de cuero y el pantalón bombacho de esquiar, acolchado por dentro, en cuanto emprendiera la marcha le darían demasiado calor.

Con un diestro movimiento, adelantó un esquí mientras se impulsaba con el palo que empuñaba en la mano opuesta, y se deslizó hacia delante en el mismo momento en que el último espadachín pasaba a su lado y desaparecía por la puerta. Le sonrió fugazmente, pero ella no se percató, estaba muy concentrada en imprimir cierto ritmo a los esquís y los palos. A los pocos minutos, su silueta delgada, oscura sobre el fondo blanco del suelo, casi volaba camino arriba.

Capítulo 4

Por la tarde, cuando la luz comenzó a debilitarse, a unos nueve kilómetros del Muro, Sabriel se topó con el primer soldado ancelstierrano muerto. El cerro, que a su parecer era Cima Partida, se encontraba a poco más de un kilómetro en dirección norte. Había hecho un alto en el camino para observar su oscura mole, que se alzaba del suelo cubierto por un blanco manto, imponente y despojada de árboles, la cima momentáneamente oculta tras una de las tantas nubes algodonosas y ligeras que, de tanto en tanto, soltaban una descarga de nieve o aguanieve.

De no haberse detenido, probablemente no habría descubierto la mano blanca y helada que asomaba en un ventisquero, al otro lado del camino. En cuanto la vio, se concentró en ella y Sabriel notó la conocida punzada de la muerte.

Cruzó hasta allí; sus esquís tabletearon contra la piedra desnuda, en el centro del camino, se inclinó y apartó la nieve.

La mano pertenecía a un hombre joven, vestido con la cota de malla reglamentaria sobre el uniforme ancelstierrano de sarga color caqui. Era rubio, de ojos grises; Sabriel dedujo que lo habían sorprendido, porque no había miedo en su mirada vidriosa. Le pasó un dedo por la frente, le cerró los ojos sin vida y puso la mano delante de su boca abierta. Calculó que llevaría muerto unos doce días.

No había signos evidentes de qué había acabado con él. Para averiguar más, tendría que seguir a aquel joven en su viaje a la muerte. Al cabo de doce días, era poco probable que hubiese pasado de la Cuarta Puerta. Pese a ello, Sabriel era reacia a internarse en el Reino de la Muerte mientras no fuese absolutamente necesario. Era muy probable que, fuera lo que fuese que hubiese atrapado o matado a su padre, estaría allí, acechándola. Y ese soldado muerto podía muy bien ser un señuelo.

Sabriel dominó su curiosidad natural por averiguar exactamente lo ocurrido, cruzó los brazos del hombre sobre el pecho, no sin antes desprender de su mano derecha la empuñadura de la espada que tenía asida con fuerza; tal vez, después de todo, no lo habían tomado desprevenido. Se incorporó y dibujó en el aire, encima del cadáver, las marcas del Gremio correspondientes al fuego, la purificación, la paz y el sueño, al tiempo que murmuraba los sonidos ligados a esas mismas marcas. Se trataba de una letanía conocida por todos los magos del Gremio, que tenía el efecto habitual. Un ascua refulgente chisporroteó entre los brazos cruzados del hombre, se multiplicó en muchas llamas punzantes y danzarinas hasta que el fuego abarcó en un soplo el cuerpo entero. Segundos después, se apagó dejando sólo cenizas, cenizas que manchaban el peto ennegrecido de cota de malla.

Sabriel rescató la espada del soldado de entre la pila de cenizas y la enterró en la nieve derretida, traspasando la tierra. Se hundió recta y firme; su empuñadura proyectó una sombra en cruz sobre las cenizas. Algo destelló en las sombras y Sabriel

recordó tardíamente que el soldado llevaba un disco o una plaquita de identificación.

Deslizó los esquís para recuperar el equilibrio, se agachó, enganchó en un dedo la cadena del disco de identificación, le dio la vuelta para leer el nombre del soldado que había encontrado allí su fin, solo, en la nieve. Tanto la cadena como el disco estaban confeccionados a máquina, en Ancelstierre, y no resistían el fuego mágico del Gremio. Cuando Sabriel intentó acercárselo a los ojos, el disco se deshizo, convertido en ceniza, y los eslabones de la cadena se desprendieron uno a uno entre sus dedos, como moneditas de acero.

—Tal vez te conozcan por la espada —dijo Sabriel. Su voz sonó extraña en el silencio del páramo nevado y, tras cada palabra, de su boca salió el vaho en tenues nubéculas.

—Viaja sin arrepentimiento —dijo—. No vuelvas la vista atrás,

Sabriel siguió su propio consejo y se alejó esquiando. Notó en su interior una ansiedad que hasta ese momento había sido sólo teórica; todos sus sentidos estaban en alerta. Siempre le habían dicho que el Reino Antiguo era peligroso y que las Tierras Fronterizas, que bordeaban el Muro, lo eran mucho más. Ese dato aprendido quedaba matizado por vagos recuerdos de infancia, en los que se veía feliz, junto a su padre y la pandilla de viajeros. Sin embargo, en ese momento, empezó a tomar conciencia de la realidad palpable de ese peligro...

Medio kilómetro más adelante, aminoró la marcha y se detuvo para echar otro vistazo hacia Cima Partida; inclinó hacia atrás la cabeza y observó el sitio donde el sol se filtraba entre las nubes, iluminando el granito amarillo rojizo de los riscos. Se encontraba en una zona de sombras proyectadas por las nubes, por lo que el cerro se le ofrecía como un destino atractivo. Mientras observaba, se puso a nevar otra vez; los copos chocaron contra su frente y se disolvieron en sus ojos. Parpadeó y la nieve derretida le dejó un rastro de lágrimas en las mejillas. Ante sus ojos brumosos, un ave de presa —un halcón o un milano— se lanzó al vuelo desde los riscos y planeó en el aire, concentrada en algún ratón de campo que corría por la nieve.

El milano cayó en picado como una piedra y, segundos más tarde, Sabriel sintió que una vida diminuta se apagaba. Notó también el tirón de la muerte humana. En algún sitio, allá adelante, cerca de donde el milano se daba el banquete, había más gente muerta.

Sabriel se estremeció y volvió a mirar en dirección al cerro. Según el mapa de Horyse, el sendero que llevaba a Cima Partida discurría por un estrecho barranco entre dos riscos. Logró precisar con claridad dónde se encontraba, pero en esa dirección imperaba la muerte. Lo que los había matado podía seguir allí.

El sol brillaba, sobre los riscos, pero el viento empujó los nubarrones cargados de nieve hasta ocultarlo; Sabriel calculó que faltaría apenas una hora para el anochecer. Había perdido tiempo liberando el alma del soldado, y ahora no le quedaba más

remedio que darse prisa si quería llegar a Cima Partida antes de que oscureciese.

Tras pensar brevemente en lo que le esperaba allá adelante, se decantó por proceder con una mezcla de velocidad y cautela. Hundiendo los palos en la nieve, aflojó las sujeciones, se quitó los esquís, los ató a los palos y los colocó de través, sobre la mochila. Ató el nudo bien fuerte para que no volvieran a distraerla, como en la plaza de armas, esa misma mañana, cuando al caer habían roto su hechizo del Gremio, aunque el incidente parecía haber ocurrido hacía semanas, a kilómetros de distancia.

Terminada la operación, echó a andar por el centro del camino, manteniéndose alejada de la nieve amontonada en la cuneta. Pronto se vería obligada a abandonar el camino, aunque parecía que en las laderas rocosas y empinadas de Cima Partida había poca nieve.

Como medida de precaución, desenvainó la espada de Abhorsen y volvió a envainarla dejando fuera un par de centímetros de la hoja. De ese modo, saldría fácilmente cuando la necesitara.

Sabriel esperaba encontrar los cuerpos en el camino, o cerca de él, pero estaban tirados mucho más adelante. Durante un buen trecho, desde el camino hasta el sendero que llevaba a Cima Partida, vio muchas huellas y la nieve pisoteada. El sendero corría entre los riscos, siguiendo el canal excavado por un arroyo que fluía desde un manantial profundo, cerro arriba, y cruzaba el arroyo varias veces, con pasaderas o troncos de árboles dispuestos en el agua para evitar que los caminantes se mojaran los pies. A media ascensión, donde los riscos se juntaban, el arroyo se hundía en una corta garganta, de tres metros de ancho por nueve de largo y profundidad. En ese punto, quienes construyeron el sendero se vieron obligados a levantar un puente siguiendo el curso del arroyo en lugar de cruzarlo.

Sabriel encontró al resto de la patrulla ancelstierrana en ese lugar, tumbada en la madera oscura de olivo del puente, mientras el agua fluía murmurante allá abajo y la piedra roja formaba arco en lo alto. Eran siete; estaban tirados a lo largo del puente. A diferencia del primer soldado, en el caso de estos hombres estaba claro qué los había matado. Los habían abierto en canal, y cuando Sabriel se acercó más, descubrió que habían sido decapitados. Lo peor de todo era que... la persona o la cosa que los había matado se había llevado sus cabezas, garantía casi segura de que sus almas regresarían.

La espada de Sabriel salió de la vaina con gran facilidad. Con cuidado, la mano derecha pegada a la empuñadura, Sabriel rodeó el primero de los cuerpos despedazados y entró en el puente. Las aguas del arroyo se habían congelado en algunos puntos, pero eran poco profundas y mansas; estaba claro que los soldados habían intentado huir de ellas. El agua corriente constituía una buena forma de protegerse de las criaturas muertas o de los engendros de la magia libre, pero aquel

arroyo aletargado no habría abatido ni siquiera a uno de los muertos menores. En primavera, con el deshielo, el arroyo cubriría los riscos y el puente quedaría sumergido en aguas claras y rápidas hasta la altura de la rodilla. Probablemente, los soldados habrían sobrevivido en esa época del año.

Sabriel lanzó un leve suspiro mientras pensaba en la sencillez de las cosas: siete personas que en un momento dado están vivas y, pese a todos sus esfuerzos, pese a sus últimas esperanzas, al momento siguiente están muertas. Una vez más sintió la tentación del nigromante de reunir las cartas que la naturaleza había repartido, mezclarlas y volver a repartirlas. Tenía el poder de hacer que aquellos hombres volviesen a vivir, a reír, a amar...

El problema era que sin las cabezas, sólo podría traerlos de vuelta como «mano de obra», el término peyorativo utilizado por los nigromantes que practicaban la magia libre para denominar a sus espectros deslucidos, que conservaban muy poco de su inteligencia original y carecían por completo de iniciativa. Como sirvientes resultaban útiles, ya fuera en forma de cadáveres reanimados o, algo más difícil de conseguir, los braceros fantasmas, que se obtenían devolviendo a la vida sólo el espíritu.

Sabriel hizo unas muecas mientras pensaba en el hechizo de los braceros fantasmas. A los nigromantes experimentados no les costaba demasiado hacer surgir braceros fantasmas de las cabezas de los recién muertos. Pero sin las cabezas no podía, como tampoco podía practicar los ritos finales y liberar sus espíritus. Lo único que le quedaba por hacer era tratar aquellos cuerpos con cierto respeto y, de paso, despejar el puente. Estaba a punto de anochecer, y en el interior del barranco ya imperaban las sombras; hizo caso omiso de la vocecita interior que la exhortaba a dejar los cuerpos en paz y salir corriendo hacia el espacio abierto de la cima.

Cuando hubo terminado de arrastrar los cadáveres de vuelta al camino y de tenderlos con las espadas hundidas en la tierra, junto a los troncos sin cabeza, también había oscurecido fuera del barranco. Estaba tan oscuro que tuvo que arriesgarse, echar mano de un conjuro del Gremio y crear una luz que colgó como una pálida estrella sobre su cabeza mostrándole el camino antes de apagarse.

Se trataba de un conjuro de poca importancia, pero que tendría consecuencias inesperadas porque, al dejar atrás los cuerpos, como si estuviera respondiéndole, una luz cobró vida en lo alto del puente. Casi de inmediato, se transformó en rojas ascuas que dejaron tras de sí tres marcas del Gremio incandescentes. Una de ellas le resultó extraña a Sabriel, aunque al asociarla a las otras dos, consiguió adivinar su significado. Las tres juntas expresaban un mensaje.

Tres de los soldados muertos desprendían el aura de la magia del Gremio y Sabriel adivinó que habían sido magos. Llevarían, pues, la marca del Gremio en la frente. El último cuerpo que había encontrado en el puente había pertenecido a uno de

estos hombres y Sabriel recordó que era el único desarmado: sus manos estaban aferradas al tirante del puente. Aquellas marcas contendrían, sin lugar a dudas, su mensaje.

Sabriel se tocó la marca del Gremio que llevaba en la frente y luego tocó el tirante del puente. Las marcas volvieron a encenderse para apagarse poco después. De la nada surgió una voz, que sonó junto al oído de Sabriel. Era la voz de un hombre, ronca por el miedo, que lograba imponerse al fragor de la lucha, los gritos y el terror.

—¡Uno de los muertos mayores! Nos sorprendió por la retaguardia, desde el Muro. No podíamos dar la vuelta. ¡Va acompañado de siervos, braceros, un mordicante! Soy el sargento Gerren. Dile al coronel...

El mensaje destinado al coronel Horyse se perdió en el instante mismo en que el sargento expiró. Sabriel no se movió, siguió escuchando, como si pudiera haber algo más. Sintió náuseas e inspiró aire a bocanadas. Olvidaba que pese a lo familiarizada que estaba con la muerte y los difuntos, nunca había visto ni oído fallecer a nadie. Había aprendido a lidiar con las secuelas de la muerte... pero no con el hecho en sí.

Volvió a tocar el tirante del puente con un solo dedo y sintió que las marcas del Gremio se retorcían a través de las vetas de la madera. El mensaje del sargento Gerren quedaría grabado para siempre, a disposición de cualquier mago del Gremio que quisiera escucharlo, hasta que el tiempo cumpliera con su misión y el tirante del puente y el puente mismo se pudrieran o fueran arrastrados por la crecida.

Sabriel volvió a inspirar hondo, reprimió las ganas de vomitar y se obligó a escuchar un poco más.

Uno de los muertos mayores había regresado a la vida, algo que su padre había jurado impedir. Era casi seguro que esta aparición estuviese ligada a la desaparición de Abhorsen.

Una vez más, el mensaje se hizo oír y Sabriel lo escuchó. De un manotazo se enjugó una lágrima, echó a andar sendero arriba, alejándose del puente y de los muertos, y enfiló hacia Cima Partida y el pilar del Gremio.

Los riscos se separaban y en el cielo comenzaron a titilar las estrellas; el viento sopló con más fuerza desplazando hacia el oeste los nubarrones cargados de nieve. Apareció la luna llena y su brillo cobró fuerza hasta proyectar sombras sobre el suelo nevado.

Capítulo 5

La ascensión a la cumbre aplanada de Cima Partida no llevaba más de media hora. Había que ir por un sendero que se iba haciendo más y más empinado y escabroso. El viento soplaba con mucha fuerza limpiando el cielo; la luz de la luna dio forma al paisaje. Desaparecieron las nubes y comenzó a hacer un frío intenso.

Sabriel consideró la posibilidad de utilizar un hechizo del Gremio para calentarse, pero estaba cansada y el esfuerzo le iba a costar más de lo que iba a ganar en calor. Hizo un alto y se envolvió en un impermeable forrado de borrego que había heredado de su padre. Estaba algo gastado, le quedaba demasiado grande y tenía que atárselo con el cinto de la espada y el tahalí de las campanillas, pero no dejaba pasar el viento.

Algo más abrigada, Sabriel siguió subiendo el último tramo del sinuoso sendero, tan empinado que quienes lo habían hecho se vieron obligados a tallar escalones en la dura piedra, escalones tan gastados y maltrechos que de milagro no se desmoronaban bajo los pies.

Tan concentrada iba en mirar dónde pisaba, que llegó a la cima sin darse cuenta. Inclino la cabeza y, a la luz de la luna, buscó con la vista la porción intacta del escalón siguiente, pero ya había levantado el pie antes de caer en la cuenta de que la escalera había terminado.

Se encontró de frente con Cima Partida. Un cumbre estrecha en la que varias laderas del monte se unían para formar una diminuta meseta, con una ligera depresión en el centro. La depresión estaba llena de nieve, un ventisquero gruesísimo, con forma de cigarro, brillante bajo la luz de la luna, de un blanco reluciente que destacaba contra el rojo granito. No había árboles, ni una brizna de hierba, pero en el centro mismo del ventisquero, una piedra gris y oscura proyectaba una sombra alargada. Tenía una circunferencia que doblaba en tamaño la de Sabriel y era tres veces más alta; parecía entera, hasta que se acercó más y descubrió la grieta en zigzag que la partía por la mitad.

Sabriel nunca había visto un verdadero pilar del Gremio, pero sabía que guardaban cierta similitud con el Muro, y llevaban marcas del Gremio que se movían por su superficie como el azogue, formándose y disolviéndose, para volver a formarse, en un cuento de nunca acabar que narraba cómo se había hecho el mundo.

La piedra del pilar exhibía las marcas del Gremio, aunque estaban inmóviles, tan congeladas como la nieve. Signos muertos, inscripciones sin sentido, talladas en la piedra esculpida.

No era lo que Sabriel esperaba, aunque se daba cuenta en ese preciso instante de que no había reflexionado demasiado al respecto. Había creído que la partición de la piedra era obra de un rayo o algo por el estilo, mas todas lecciones olvidadas y recordadas demasiado tarde le indicaban que no era así. Sólo un poder inmenso de la

magia libre era capaz de partir un pilar del Gremio.

Se acercó más al pilar; el temor creció en ella como un dolor de muelas incipiente que presagia que lo peor está aún por llegar. El viento redobló su fuerza, se hizo mucho más frío en lo alto de la meseta, y el impermeable le pareció menos abrigado cuando, al pensar en su padre, recordó ciertas páginas de *El Libro de los Muertos* y los cuentos de miedo contados por niñitas en la oscuridad del dormitorio, lejos del Reino Antiguo. Los recuerdos llegaron acompañados de temores, hasta que Sabriel consiguió arrinconarlos en el fondo de su mente y se obligó a acercarse más al pilar.

Unas manchas oscuras de..., de algo... tapaban algunas de las marcas y hasta que Sabriel no pegó casi la cara a la piedra, no logró descifrar lo que eran, tan negras y opacas bajo la luz de la luna.

Cuando por fin alcanzó a verlas, apartó la cabeza de golpe y a punto estuvo de perder el equilibrio y caer en la nieve. Las manchas eran de sangre reseca y al verlas, Sabriel supo cómo habían partido la piedra y por qué ni la lluvia ni la nieve habían lavado la sangre... por qué la piedra no volvería a estar limpia.

Sobre esa piedra habían sacrificado a un mago del Gremio. Aquello era obra de algún nigromante que, con una acción tan ruin, se había propuesto acceder a la muerte o ayudar a un espíritu muerto a irrumpir otra vez en la vida.

Sabriel se mordió el labio inferior hasta hacerse daño; sin darse cuenta, sus manos se levantaron y, con movimiento nervioso y aterrado, comenzaron a esbozar las marcas del Gremio. El hechizo para esa clase de sacrificios estaba descrito en el último capítulo de *El Libro de los Muertos*. Lo recordaba con claridad, hasta el último y escalofriante detalle. Era una de las muchas cosas que parecía haber olvidado de aquel tomo encuadernado en verde... o que la habían obligado a olvidar. El hechizo estaba reservado a nigromantes poderosísimos. A nigromantes malignos dispuestos a utilizarlo. El mal engendra el mal, mancilla los lugares y los hace atractivos para otros actos de...

—¡Basta! —ordenó Sabriel en voz alta para impedir que su mente siguiera imaginando cosas.

Había oscurecido, soplaba el viento y la temperatura bajaba por momentos. Tenía que tomar una decisión: acampar y llamar a su guía o seguir viaje de inmediato, tomando una dirección al azar, con la esperanza de convocar a su guía desde algún otro lugar.

Lo peor de todo era que su guía estaba muerto. Sabriel tenía que adentrarse en la muerte, aunque fuese brevemente, para llamarlo y conversar con él. Desde donde se hallaba le sería fácil, pues el sacrificio había creado un acceso medio permanente al Reino de la Muerte, como si alguien se hubiese dejado la puerta entreabierta. Pero cualquiera sabía lo que podía estar merodeando y observando desde el río helado que fluía detrás de ella.

Durante un minuto, Sabriel se quedó quieta, temblando, escuchando con atención, concentrada con toda el alma, como el animalillo que sabe que el depredador anda cerca. Repasaba mentalmente las páginas de *El Libro de los Muertos* y pensaba en todas las horas que había dedicado a aprender magia del Gremio con la magistrix Greenwood, en la soleada torre Norte del Colegio Wyverley.

Transcurrido el minuto, descartó la posibilidad de acampar. Tenía demasiado miedo para dormir cerca del pilar partido del Gremio. Lo cierto era que desde allí tardaría menos en llamar a su guía, y cuanto antes llegara a casa de su padre, antes podría hacer algo para ayudarlo, de manera que debía alcanzar un compromiso. Se protegería lo mejor posible con magia del Gremio, entraría en la muerte con suma precaución, convocaría a su guía, obtendría las señas necesarias y regresaría deprisa. Lo más deprisa posible.

Una vez decidida, entró en acción. Sabriel soltó los esquís y la mochila, se llenó la boca de fruta deshidratada y unos toffees caseros para recuperar fuerzas, y adoptó la postura meditativa que facilitaba la magia del Gremio.

Tras despegarse el toffee que se le había metido entre los dientes, puso manos a la obra. Visualizó mentalmente los símbolos, las cuatro marcas cardinales del Gremio con las que formaría las puntas de un rombo que la protegería de .daños físicos y de la magia libre. Sabriel los fijó en el tiempo para separarlos del flujo incesante del Gremio. Desenvainó entonces la espada, y a su alrededor, trazó sobre la nieve unas líneas someras y una marca en cada uno de los puntos cardinales. Cuando terminó de hacer cada una de las marcas, permitió que la que tenía fija en la mente pasara de la cabeza a la mano, se deslizara por la espada y cayera en la nieve. Al tocarla, un reguero de fuego dorado corrió por las líneas y encendió los vértices del rombo, que comenzaron a arder en el suelo.

La última de las marcas, la boreal, la más cercana al pilar destruido, estuvo a punto de no materializarse. Sabriel cerró los ojos y tuvo que emplear toda su fuerza de voluntad para obligarla a abandonar la espada. Aun así, resultaba un pálido reflejo de las otras tres, pues ardía tan débilmente que apenas derretía la nieve.

Sabriel no le prestó atención, pugnó por controlar las náuseas y el amargo sabor a bilis que le subía a la boca, mientras su cuerpo reaccionaba a la lucha con la marca del Gremio. Sabía que la boreal era débil, pero entre los cuatro puntos se habían formado líneas doradas y el rombo quedó completo, aunque vacilante. En cualquier caso, lo había hecho lo mejor que había podido. Envainó la espada, se quitó los guantes, repasó a tientas la bandolera y cojn dedos helados contó las campanillas.

—Ranna —dijo en voz alta, tocando la primera, la campanilla más pequeña.

Ranna, la adormecedora, producía un sonido dulce y grave que a su paso sembraba el silencio.

—Mosrael.

La segunda campana emitía un sonido discordante, escandaloso. Mosrael era la despenante, la campana que Sabriel no usaría nunca, la campana cuyo sonido subía y bajaba, hundiendo más y más en la muerte a quien la tañía al tiempo que quien escuchaba su sonido volvía a la vida.

—Kibeth.

Kibeth, la caminante. Una campana de varios sonidos, una campana difícil y contradictoria, capaz de dar libertad de movimientos a los difuntos o acompañarlos al trasponer la puerta siguiente. Más de un nigromante había tropezado con Kibeth para acabar caminando donde no quería.

—Dyrim.

Una campana musical, de tonos claros y definidos. Dyrim era la voz que los muertos solían perder. Pero al mismo tiempo, era capaz de paralizar las lenguas que se movían con demasiada libertad.

—Belgaer.

Otra campanilla que tenía sus bemoles porque a veces intentaba tañer por su propia voluntad. Belgaer era la campanilla pensante, la campanilla que muchos nigromantes no se dignaban a usar. Era capaz de devolver el pensamiento independiente, la memoria y todas las características de una persona viva. Mas, si caía en manos negligentes, podía borrarlos.

—Saraneth.

La campanilla del sonido más grave y profundo, el sonido de la fuerza. Saraneth era la forjadora de vínculos, la campanilla que ponía grilletes a los difuntos y los sometía a la voluntad de quien la hiciese sonar.

Finalmente, la campana más grande, la que los fríos dedos de Sabriel notaron más gélida aún, pese a estar metida en su caja de cuero que impedía que tañese.

—Astarael, la afligida —susurró Sabriel.

Astarael era la que imponía el destierro definitivo, la campana última. Si se la hacía sonar bien, enviaba a quien la oía a lo más profundo de la muerte. A todos, incluido quien la agitaba.

La mano de Sabriel quedó suspendida en el aire, tocó a Ranna y se posó en Saraneth. Con cuidado, desató la correa que la sujetaba y la retiró de la bandolera. Liberado de la sujeción, el badajo sonó ligeramente, como el gruñido de un oso al despertar.

Metió la mano en el interior de la campana y, sin tocar el mango, sujetó el badajo en la palma para que no sonara. Con la mano derecha, desenvainó la espada y se puso en guardia. Al reflejarse en las marcas del Gremio, la luz de la luna les infundió vida. Sabriel las observó un instante, porque en ciertas ocasiones eran portadoras de presagios. Extrañas señales recorrieron raudas la hoja de la espada hasta transformarse en la inscripción más habitual, la que Sabriel conocía bien. Inclino la

cabeza y se dispuso a penetrar en el Reino de la Muerte.

Sin que Sabriel se percatara, la inscripción se trazó de nuevo, con palabras diferentes. «Forjada para Abhorsen, para que matara a los que ya están muertos», decía habitualmente. Pero en ese momento, aparecieron también estas palabras: «La Clarvi me vio, el constructor del Muro me hizo, el rey me enfrió y Abhorsen me empuña».

Sabriel cerró los ojos y sintió aparecer la frontera entre la vida y la muerte. A su espalda, notaba el viento, curiosamente cálido, y la luz de la luna, brillante y caliente como el sol. Percibió un frío gélido en la cara, abrió los ojos y vio la luz grisácea de la muerte.

Haciendo un gran esfuerzo de voluntad, su espíritu avanzó con la espada y la campana dispuestas. Dentro del rombo, su cuerpo se puso rígido, una niebla se arremolinó alrededor de sus pies y se enroscó a sus piernas. La cara y las manos de Sabriel se llenaron de escarcha y las marcas del Gremio llamearon en los vértices del rombo. Tres de ellas perdieron brillo, pero la del Norte cobró fuerza y luego se apagó.

El río fluía veloz; Sabriel hundió los pies y avanzó a contracorriente haciendo caso omiso del frío concentrándose en lo que ocurría a su alrededor, esperando caer en alguna trampa o emboscada. Aquel punto de entrada en el Reino de la Muerte era tranquilo. Oyó el rumor del agua al trasponer la Segunda Puerta, pero nada más. Ni borboteos, ni salpicaduras, ni llantos extraños. Ni siluetas negras y amorfas, envueltas en la sombra de aquella luz grisácea.

Manteniendo con cuidado la postura, Sabriel miró otra vez a su alrededor, luego envainó la espada y hurgó en uno de los bolsillos del pantalón bombacho. Preparada, dispuesta a usarla, sujetaba en la mano izquierda la campana Saraneth. Con la derecha, sacó un barquito de papel y, siempre con una mano, lo desplegó a su tamaño natural. Era de un blanco magnífico, casi luminoso bajo aquella luz, en la proa lucía una mancha redondeada, donde Sabriel había dejado caer con cuidado una gota de sangre de su propio dedo.

Sabriel lo depositó sobre su mano, se lo acercó a los labios y sopló en él como quien lanza al aire una pluma. Como un planeador, salió volando de su mano en dirección al río. La muchacha contuvo el aliento con el que había iniciado la botadura al ver que el barco casi se hundía, y respiró aliviada, cuando lo vio embestir una ola, enderezarse y salir navegando con la corriente. Segundos más tarde, lo vio perderse de vista en dirección a la Segunda Puerta.

Era la segunda vez en la vida que Sabriel botaba un barco de papel como aquél. Su padre le había enseñado a hacerlos, pero había puesto especial empeño en que comprendiera que debía usarlos con moderación. No más de tres veces cada siete años, le había dicho, o tendría que pagar un precio, un precio mayor que una gota de sangre.

Los acontecimientos que se producirían a continuación serían idénticos a la primera vez, de manera que Sabriel sabía qué le esperaba. Sin embargo, cuando los ruidos de la Segunda Puerta se fueron acallando al cabo de diez, de veinte o de cuarenta minutos, no supo muy bien, porque el tiempo era muy escurridizo en el Reino de la Muerte, desenvainó la espada y Saraneth colgaba de su mano, con el badajo suelto, a la espera de tañer. La Puerta ya no hacía ruido porque alguien... o algo regresaba desde los profundos dominios de la muerte.

Sabriel abrigó la esperanza de que fuera quien ella había invitado con el barquito de papel.

Capítulo 6

La magia del Gremio en Cima Partida era como un aroma flotando en el aire para el ser que merodeaba en las cuevas, al pie del monte, a un kilómetro o más hacia el oeste desde el pilar roto.

En otros tiempos había sido humano, o algo parecido, en los años que había pasado al sol. Fue perdiendo humanidad con el paso de los siglos, sumergido en las frías aguas de la muerte, resistiendo con ferocidad a la corriente, demostrando una increíble voluntad de volver a la vida. Una voluntad que desconocía poseer hasta que una lanza arrojada desde un escollo desviara su curso y fuera a enterrarse en su garganta dejándole unos últimos y desesperados minutos de vida.

Gracias a esa gran voluntad, había aguantado trescientos años del lado de la vida, a la altura de la Cuarta Puerta; en ese tiempo consiguió ganar fuerzas, aprender las manías de la muerte. Se alimentaba de espíritus menores y servía a los mayores, o procuraba evitarlos. Pero por sobre todas las cosas, aquel ser se aferraba a la vida. Finalmente le llegó su oportunidad, cuando un espíritu poderoso salió despedido desde el otro lado de la Séptima Puerta, destrozando a su paso las Puertas Superiores, hasta entrar en la vida con voraz apetito. Tras él habían seguido cientos de muertos, y este espíritu en particular, se había unido al tropel. En el límite mismo entre la vida y la muerte, se encontró con una gran confusión y un poderosísimo enemigo; no obstante, en medio de la refriega, había conseguido colarse por los bordes y entrar en la vida con paso triunfante.

Donde apareció había muchos cuerpos que acababan de ser abandonados, de manera que aquel ser ocupó uno, le infundió vida y salió huyendo. Poco después, halló las cuevas donde ahora habitaba. Llegó incluso a ponerse un nombre. Thralk. Un nombre sencillo, fácilmente pronunciado por una boca medio podrida. Un nombre de varón. Thralk no recordaba cuál había sido su sexo, tantos siglos antes, pero su nuevo cuerpo era el de un hombre.

Su nombre inspiraba terror en los pocos poblados que seguían existiendo en esta zona de las Tierras Fronterizas, poblados a los que Thralk acechaba con el fin de capturar y consumir la vida humana que necesitaba para mantenerse a este lado de la muerte.

La magia del Gremio volvió a activarse en Cima Partida y Thralk notó que era fuerte, pura sabiduría del Gremio, pero proyectada débilmente. La fuerza de la magia le daba miedo, pero la falta de destreza que percibía en ella, le infundía ánimos porque la magia fuerte era sinónimo de vida fuerte. Thralk necesitaba esa vida, la necesitaba para sostener el cuerpo que utilizaba, la necesitaba para reemplazar el lento fluir de su espíritu de regreso a la muerte. La codicia se impuso al miedo. Aquel ser muerto asomó por la abertura de la cueva y echó a andar monte arriba, los ojos

putrefactos, sin párpados, fijos en la lejana cima.

Al principio, Sabriel vio a su guía como una luz alta y pálida que flotaba sobre las aguas borboteantes avanzando en dirección a ella, y luego, cuando se detuvo a varios metros de distancia, como una forma humana borrosa, refulgente, con los brazos tendidos a manera de bienvenida.

—Sabriel.

El nombre salió como un sonido difuso, parecía venir de mucho más lejos y no de donde la brillante figura se alzaba, pero la muchacha sonrió al notar la calidez del saludo. Abhorsen nunca le había explicado quién o qué era esta persona luminosa, pero Sabriel creía saberlo. Había convocado a aquel consejero en una ocasión anterior, cuando había tenido su primera regla.

La educación sexual en el Colegio Wyverley era mínima, y hasta los quince años, nula. Entre las chicas mayores circulaban muchas historias sobre la regla, todas ellas muy variadas y cuyo fin era meterte el miedo en el cuerpo. Ninguna de las amigas de Sabriel había llegado a la pubertad antes que ella, y era tal su desesperación y su temor, que había decidido entrar en el Reino de la Muerte. Su padre le había dicho que el ser convocado con el barquito de papel contaría a sus preguntas y la protegería, y así había sido. El espíritu radiante había contestado todas sus preguntas y muchas más, hasta que Sabriel se había visto obligada a regresar a la vida.

—Hola, mamá —dijo Sabriel, envainando la espada y cubriendo cuidadosamente con la mano el badajo de Saraneth.

La forma reluciente no contestó, no se esperaba que lo hiciese. Exceptuando alguna palabra de saludo, sólo era capaz de responder preguntas. Sabriel no tenía la plena certeza de que la aparición fuese el insólito espíritu muerto de su madre —algo muy poco probable—, o los restos de un hechizo protector dejado por ella.

—No dispongo de mucho tiempo —prosiguió Sabriel—. Me encantaría preguntarte... de todo un poco, supongo... pero ahora mismo, necesito saber cómo llego a la casa de papá desde Cima Partida..., quiero decir desde el Monte Barhedrin.

La enviada asintió y habló. Sabriel escuchaba y, al mismo tiempo, en su mente se forjaban las imágenes descritas por su guía, imágenes vividas, como recuerdos de un viaje que ella misma hiciera.

—Debes ir al lado norte del monte. Sigue el ramal montañoso que allí nace y desciende por él hasta llegar al lecho del valle. Mira al cielo..., estará despejado. Mira hacia la brillante estrella roja, Uallus, la encontrarás cerca del horizonte, a un palmo escaso al noreste. Sigue esa estrella hasta llegar a un camino que va del suroeste al noreste. Recórrelo durante un kilómetro en dirección noreste, hasta llegar a la señal de piedra detrás de la cual estará el pilar del Gremio. Justo detrás del pilar parte un camino en dirección a los Despeñaderos Largos, en dirección norte. Enfila el sendero. Va a parar a una puerta en los Acantilados. La puerta responderá a Mosrael. Detrás de

la puerta hay un túnel empinado en dirección al cielo. Al final del túnel se encuentra el puente de Abhorsen. La casa está cruzando el puente. Vete, y que mi amor te acompañe. No te entretengas, no pares en ninguna parte, pase lo que pase.

—Gracias —comenzó a decir Sabriel y con sumo cuidado guardó las palabras junto a los pensamientos que las acompañaban—. ¿Me podrías...?

Se interrumpió al ver que, ante ella, la enviada de su madre levantaba de pronto ambos brazos en actitud alarmada y le gritaba:

—¡Vete!

Al mismo tiempo, Sabriel notó que el rombo protector en el que se encontraba su cuerpo físico se encogía a manera de advertencia y fue consciente de que la marca boreal había fallado. De inmediato, se volvió y echó a correr hacia la frontera con la vida, al tiempo que desenvainaba la espada. La corriente pareció ceñirse a su alrededor, enroscándose a sus piernas, pero luego cedió a su apremio. Sabriel llegó al borde y con un vertiginoso esfuerzo de voluntad, su espíritu salió a la vida.

Durante un momento, la desorientación se apoderó de ella, notó el cuerpo frío y la cabeza espesa. Una criatura cadavérica, con una mueca sonriente, surgía en ese preciso instante a través de la fallida marca boreal, con los brazos tendidos para envolverla en ellos; su aliento a carroña formaba una gélida nubécula frente a la boca desmesuradamente abierta.

Thralk se había alegrado de encontrar el espíritu errante de la maga del Gremio y un rombo protector destruido. La espada le había dado un poco de miedo, pero estaba cubierta de escarcha y sus ojos consumidos no alcanzaron a ver las marcas del Gremio que recorrían su superficie. La campana que Sabriel aferraba con la mano izquierda se había convertido en un bloque de hielo, como si la muchacha acabara de hacer una bola de nieve. En general, Thralk se sentía muy afortunado, sobre todo porque la vida que ardía dentro de aquella pequeña víctima era particularmente joven y fuerte.

Thralk se acercó, sigiloso, y sus brazos descoyuntados intentaron alcanzar el cuello de Sabriel.

En el preciso momento en que sus dedos putrefactos y viscosos se acercaron a ella, Sabriel abrió los ojos e hizo una demostración del golpe inmovilizador que le había permitido obtener el segundo puesto en Artes Marciales y, tiempo después, el primero. Extendió el brazo y la espada como si fueran una unidad y la punta de su acero atravesó el cuello de Thralk, traspasando el aire al otro lado.

Thralk lanzó un grito; con los dedos aferró la espada para liberarse; y volvió a gritar cuando las marcas del Gremio, grabadas en la hoja, se encendieron. Entre los nudillos de sus manos comenzaron a salir chispas al rojo vivo, Thralk descubrió de golpe con qué había topado.

—¡Abhorsen! —gimió y cayó de espaldas, al tiempo que Sabriel desenterraba la

hoja de un explosivo tirón.

La espada comenzó a afectar la carne muerta en la que Thralk habitaba; la magia del Gremio calcinó los nervios reanimados e inmovilizó las articulaciones demasiado laxas. El fuego ardió en la garganta de Thralk, pero habló de todos modos, para distraer a aquel terrible adversario mientras su espíritu trataba de desprenderse del cuerpo, como hacen las serpientes con la piel, para buscar refugio en la noche.

—¡Abhorsen! Te serviré, te rendiré pleitesía, seré tu sirviente... Conozco cosas, vivas y muertas... Utilizaré todo tipo de tretas para que otros se acerquen a ti...

El sonido claro y profundo de Saraneth hendió la voz rota y llorosa como la sirena estridente que se impone al chillido de las gaviotas. El repique vibró sin parar, su eco se propagó en la noche y Thralk notó que lo ataba pese a que su espíritu se escapaba del cuerpo e intentaba echar a volar. La campana lo ató a la carne paralizada, vinculándolo a la voluntad de su tañedora. La ira bullía en su interior, la rabia y el miedo le daban fuerzas para luchar, pero el sonido estaba en todas partes, a su alrededor, lo atravesaba. Jamás podría librarse de él.

Sabriel observó la sombra deforme, la vio retorcerse, medio fuera del cadáver, medio dentro de él, mientras el cuerpo se transformaba en un pozo oscuro. El espíritu seguía tratando de utilizar la boca del cadáver, pero sin éxito. La muchacha se planteó acompañarlo hasta el Reino de la Muerte, donde encontraría una forma, y luego ella podría obligarla a contestar con Dyrin. Mas el pilar partido del Gremio surgió en las proximidades y notó su presencia como un temor siempre presente, como una joya helada sobre su pecho. Oyó mentalmente las palabras de la enviada de su madre: «No te entretengas, no pares en ninguna parte, pase lo que pase».

Sabriel hundió en la nieve la punta de la espada, guardó a Saraneth y, con las dos manos, sacó a Kibeth de la bandolera. Thralk lo presintió y su ira dio paso al miedo en estado puro. Después de tantos siglos de lucha, supo que la muerte verdadera había acudido por fin a reclamarlo.

Sabriel adoptó una postura firme, unió ambas manos en un gesto curioso y aferró con ellas la campana. Kibeth daba la impresión de ir a soltarse, pero ella la sujetó y la agitó hacia atrás y hacia delante, y luego, describió con ella una especie de ocho en el aire. Los sonidos, todos de la misma campana, diferían entre sí, pero juntos compusieron una especie de marcha, una canción de baile, un pasacalle.

Thralk los oyó y notó cómo las fuerzas se apoderaban de él. Poderes extraños, inexorables, que lo obligaron a buscar la frontera y regresar al Reino de la Muerte. Luchó contra ellos en vano, con patetismo, sabiendo que no conseguiría liberarse. Sabía que cruzaría todas y cada una de las puertas, hasta trasponer la Novena. Se rindió y empleó sus últimas energías para formar un remedo de boca con una lengua enrevesada y negra como la noche.

—¡Te maldigo! —borbotó—. ¡Se lo contaré a los siervos de Kerrigor! Seré

vengado...

Su voz ahogada y grotesca se interrumpió en mitad de la frase, cuando Thralk perdió el libre albedrío. Saraneth lo había atado, pero Kibeth lo tenía agarrado y lo acompañaba, lo acompañaba para que Thralk no volviera a existir. La sombra etérea desapareció y debajo del cuerpo, muerto hacía tanto tiempo, sólo quedó la nieve.

Aunque la aparición se había marchado, sus últimas palabras preocupaban a Sabriel. El nombre de Kerrigor, aunque no le resultaba del todo conocido, despertó en ella un miedo ancestral, un recuerdo. Tal vez Abhorsen hubiese pronunciado el nombre, que pertenecía, sin lugar a dudas, a uno de los muertos mayores. Aquel nombre la asustaba, del mismo modo que la asustaba el pilar partido, como si se tratase de símbolos tangibles de un mundo malogrado, un mundo donde su padre estaba perdido, donde ella misma se sentía seriamente amenazada.

Sabriel tosió y notó el frío en los pulmones; con cuidado volvió a colocar a Kibeth en la bandolera. La espada se purificó con el fuego y quedó limpia, pero le pasó un trapo a la hoja antes de envainarla. Notó un cansancio enorme al echarse la mochila a la espalda, pero no le cabía duda alguna de que debía seguir viaje de inmediato. Las palabras del espíritu de su madre resonaban en su mente; sus sentidos le indicaban que algo ocurría en el Reino de la Muerte, algo poderoso avanzaba hacia la vida, avanzaba hacia la salida abierta en el pilar partido.

En aquel monte la muerte había campado por sus fueros durante demasiado tiempo, se habían realizado demasiados ritos de magia del Gremio, y todavía no había caído la noche profunda. El viento soplaba, las nubes volvieron a agolparse y a dominar el cielo. Las estrellas no tardarían en desaparecer y la luna incipiente se vería envuelta en blancos algodones.

Sabriel oteó rápidamente los cielos, en busca de las tres estrellas brillantes que formaban el Cinturón de Orion. Las encontró, aunque se vio obligada a cotejarlas en el mapa de constelaciones del almanaque, bajo la luz de un fósforo hediondo que se proyectaba temblorosa y amarillenta sobre las páginas, porque no se atrevía a usar más magia del Gremio hasta no haberse alejado del pilar partido. El almanaque corroboró que no le fallaba la memoria: la hebilla se encontraba al norte, en el Reino Antiguo; su otro nombre era Engaño del Navegante. En Ancelstierre, la hebilla se encontraba fácilmente a diez grados al noroeste.

Tras situar el Norte, Sabriel emprendió la marcha hacia ese lado de la cima, buscando el espolón que bajaba hacia el valle, perdido allá abajo, en la oscuridad. Las nubes se fueron acumulando; la muchacha quería llegar al fondo del valle antes de que desapareciera la luna. Cuando por fin dio con el ramal montañoso, más fácil de transitar que los escalones derruidos que conducían al sur, al ver lo empinado de la vertiente supo que el descenso sería largo.

Y así fue, Sabriel tardó varias horas en llegar al fondo del valle; hubo de tropezar

cientos de veces y temblar como una hoja, mientras una pálida llama del Gremio bailoteaba no muy lejos, delante de ella. Era demasiado débil para facilitarle el camino, pero le había servido para huir del desastre absoluto, y abrigaba la esperanza de que fuese lo bastante tenue para pasar por fuego fatuo o un reflejo ocasional. En cualquier caso, le había resultado de gran utilidad cuando las nubes terminaron de cubrir el cielo.

«Vaya con las nubes», pensó Sabriel, al mirar hacia lo que creía que seguía siendo el Norte, en busca de la estrella roja Uallus. Le castañeteaban los dientes sin parar, y de los pies helados partía un escalofrío que la recorría sin cesar. Si no seguía en movimiento, acabaría congelada allí mismo, pues se había levantado otra vez un poco de viento...

Sabriel rió por lo bajo, medio histérica, y volvió la cara hacia lo alto, para sentir la brisa. Soplaban desde el este y cobraba fuerzas a ojos vistas. Era más frío, no cabía duda, y ayudaba a llevarse las nubes, barriéndolas hacia el oeste; y allí, tras la primera escobada del viento, surgió Uallus, roja y refulgente. Sabriel sonrió, la observó, evaluó cuanto la rodeaba y volvió a emprender la marcha, siguiendo la estrella, mientras en el fondo de su mente oía el susurro constante de la vocecita interior.

No te entretengas, no pares en ninguna parte, pase lo que pase.

Sabriel conservó la sonrisa en los labios hasta encontrar el camino, cuyas cunetas estaban cubiertas de nieve y le permitieron esquiar y avanzar a buen ritmo.

Cuando Sabriel encontró la señal de piedra y detrás de ella, el pilar del Gremio, en su rostro ya no había ni rastros de la sonrisa. Comenzó a nevar otra vez; la nieve caía oblicuamente mientras el viento soplaban con más furia y los copos se le metían como latigazos en los ojos, la única parte del cuerpo que llevaba al descubierto. Sus botas estaban empapadas, pese a haberlas frotado con grasa de oveja. Tenía la cara, las manos y los pies helados y estaba muerta de cansancio. Había tenido la previsión de tomar un bocado cada hora, pero en ese momento, era tanto el frío que sentía que ni siquiera podía abrir la boca.

Durante un momento, junto al pilar intacto, que se alzaba orgulloso detrás de la pequeña señal de piedra, Sabriel consiguió recuperarse un poco invocando un hechizo del Gremio para entrar en calor. Mantenerlo sin la ayuda de la piedra hizo que se cansara aún más, y el hechizo se disolvió en cuanto echó a andar. Lo único que la impulsaba a seguir adelante era la advertencia del espíritu de su madre. Eso y la sensación de que la estaban siguiendo.

Era simplemente una sensación, y Sabriel estaba tan cansada y tenía tanto frío, que se preguntó si no serían cosas de su imaginación. No estaba en condiciones de enfrentarse a nada que no fuese producto de su imaginación, de modo que se obligó a continuar camino.

No te entretengas, no pares en ninguna parte, pase lo que pase. El sendero que partía desde el pilar del Gremio estaba en mejores condiciones que el que subía hasta Cima Partida, pero era más empinado. Sus constructores habían tenido que cortar la piedra gris y dura, que no se erosionaba como el granito, para construir cientos de escalones anchos y bajos, esculpidos con intrincados dibujos. Sabriel no sabía si tenían algún significado. No eran marcas del Gremio ni símbolos de ninguna de las lenguas que ella conocía, y además, estaba demasiado cansada para hacer conjeturas. Se concentró en subir un escalón a la vez, en apoyar las manos en los muslos doloridos para ayudarse, tosiendo y jadeando, con la cabeza gacha para evitar la embestida de los copos de nieve.

El sendero se hizo más y más empinado; Sabriel divisó al frente la cara del despeñadero, una masa inmensa, negra y vertical, un fondo mucho más negro para los remolinos de nieve blanca que el cielo nublado, iluminado por la pálida luz de la luna. Su meta parecía alejarse a medida que el sendero describía curvas dignas de una montaña rusa, subiendo más y más desde el valle.

Y de repente, Sabriel llegó donde quería. El camino describió una última curva y la luz del pequeño fuego fatuo que le hacía de linterna se reflejó en una pared, una pared que se extendía kilómetros y kilómetros, a ambos lados, y cientos de metros hacia el cielo. Estaba claro que había llegado a los Despeñaderos Largos y que el sendero terminaba allí.

Fue tal su alivio, que estuvo a punto de echarse a llorar, pero avanzó con esfuerzo hasta el pie del despeñadero y ía lucecira se elevó por encima de su cabeza revelando a sus ojos la piedra gris, vetada de líquenes. Pese a la luz, no vio señales de la puerta, sólo aquella pared de piedra irregular e impenetrable que subía y quedaba fuera del diminuto círculo iluminado. No había más caminos ni ningún otro sitio adonde ir.

Con gesto cansado, Sabriel se arrodilló sobre un montón de nieve y se frotó las manos vigorosamente, tratando de hacer circular la sangre, y luego sacó de la bandolera a Mosrael. Mosrael, la despertadora. Sabriel se esmeró en que no sonara y se concentró con todos los sentidos para percibir si había alguna cosa muerta en las proximidades que no conviniera despertar. No había nada, pero la muchacha notó una presencia a sus espaldas, algo que la seguía y se aproximaba por el sendero. Algo muerto, algo que hedía y emanaba fuerza. Trató de calcular a qué distancia se encontraba, y luego lo borró de sus pensamientos. Fuera lo que fuese, se encontraba demasiado lejos para oír el tañido ronco de Mosrael. Sabriel se puso de pie y agitó la campana.

El sonido se parecía al de decenas de cotorras chillando al mismo tiempo, un ruido que estalló en el aire; el viento se encargó de propagar su eco por los despeñaderos, multiplicándolo hasta formar el grito de miles de pájaros.

Sabriel dejó de tañer la campana y la guardó, pero los sonidos cruzaron raudos el valle, y entonces supo que la cosa que merodeaba a sus espaldas los había oído. Notó cómo fijaba su atención en el sitio donde ella se encontraba y sintió que apuraba el paso, como el jinete que observa los músculos de su caballo de carreras al echarse a galopar. Subía los escalones de cuatro en cuatro, de cinco en cinco. Notó la prisa de aquella cosa en su mente y cómo el miedo se apoderaba de ella a la misma velocidad, pero siguió hacia el sendero y miró hacia abajo al tiempo que desenvainaba la espada.

Entre los remolinos de nieve, vio una figura brincar de escalón en escalón; daba unos saltos imposibles, devoraba la distancia que los separaba con horrible apetito. Tenía forma de hombre, aunque más alto que la media; a su paso dejaba un rastro de fuego que avanzaba como el aceite al quemarse sobre el agua. Sabriel lanzó un grito al verlo y percibió el espíritu muerto que albergaba. Las páginas aterradoras de *El Libro de los Muertos*, con sus tremendas descripciones, fueron pasando por su mente en rápida sucesión. La perseguía un mordicante, un ser capaz de cruzar a su antojo entre la vida y la muerte, cuyo cuerpo era una amalgama de barro de pantano y sangre, al que algún nigromante le había dado vida utilizando hechizos de la magia libre, tras colocar en su interior el espíritu de un muerto que le servía de fuerza rectora.

Sabriel había desterrado en cierta ocasión a un mordicante, aunque a unos sesenta kilómetros del Muro, en Ancelstierre, y se trataba de un ser débil, a punto de extinguirse. Éste era fuerte, fogoso, recién formado. Supo de repente que la mataría y que sojuzgaría su espíritu. Todos sus planes y sus sueños, sus esperanzas, su valor desaparecieron para ser reemplazados por el miedo irracional en estado puro. Se volvió hacia un lado, luego hacia el otro, como la liebre cuando huye del galgo, pero la única manera de bajar era por el sendero y el mordicante se encontraba a escasos metros. Escupía fuego por la boca; echó la cabeza atrás mientras corría y lanzó un aullido terrible, como si fuese el último estertor de alguien que se interna en la muerte mezclado con el desesperante sonido de uñas al arañar un cristal.

Reprimiendo un grito que pugnaba por surgirle desde el fondo de la garganta, Sabriel se volvió hacia el despeñadero y comenzó a aporrearlo con el pomo de la espada.

—¡Ábrete! ¡Ábrete! —gritaba

Entretanto, las marcas del Gremio pasaban velozmente por su mente, pero no eran las adecuadas para formar una puerta, hechizo que había aprendido en segundo curso. Lo sabía de memoria, como las tablas de multiplicar, pero las marcas del Gremio se negaban a formarse en su mente y no entendía por qué acudía el resultado de doce por doce cuando lo que quería eran las marcas del Gremio...

Los ecos de Mosrael se apagaron y en ese silencio, el pomo de la espada siguió golpeando contra algo que sonó hueco, en lugar de arrancar chispas y hacer vibrar su

mano. Algo de madera, algo que antes no estaba allí. Una puerta de roble, alta y muy estrecha, cubierta de marcas plateadas del Gremio que fluían en el sentido de las vetas de la madera. A la altura de la mano, un aldabón de hierro rozó la cadera de Sabriel.

La muchacha ahogó un grito de sorpresa, soltó la espada, aferró el aldabón y tiró de él. Nada sucedió. Sabriel volvió a tirar, y miró de reojo por encima del hombro, deseando que la tierra se la tragara de sólo pensar en lo que vería.

El mordicante dobló la última curva y sus ojos se clavaron en los de la chica.

Sabriel los cerró, incapaz de soportar el odio y la sed de sangre que ardían en aquella mirada con la intensidad con la que arde un atizador olvidado en la forja.

El mordicante volvió a aullar y recorrió los escalones restantes como una exhalación, echando llamas por la boca, las garras y los pies.

Sin abrir los ojos, Sabriel volvió a empujar la puerta a la altura del aldabón. Consiguió abrirla de par en par y entró de sopetón, cayó de bruces levantando una nube de nieve y abrió los ojos. Con desesperación, rodó por el suelo, haciendo caso omiso del dolor que notaba en rodillas y manos. Sacó la mano, aferró la empuñadura de la espada y la pasó por la puerta.

Cuando la hoja atravesaba el umbral, el mordicante se agarró a ella y torciéndose de lado para meterse por el estrecho portal, logró colar un brazo. Su carne verde grisácea despedía lenguas de fuego como si fuesen gotas de sudor y de ellas se alzaban volutas de negro humo que olían a cabello quemado.

Tirada en el suelo, despatarrada e indefensa, Sabriel no atinó más que a contemplar con horror la mano de aquella cosa, de cuatro afiladas garras, que se abría e intentaba agarrarla.

Capítulo 7

La mano no se cerró. Las garras no consiguieron desgarrar la carne indefensa.

Sabriel notó entonces una repentina oleada de magia del Gremio y comprobó que las marcas brillaban con fuerza por toda la puerta, y eran tan resplandecientes que en el fondo de las retinas le dejaban grabado al rojo vivo el recuerdo de sus imágenes envueltas en chiribitas.

Parpadeó y vio entonces a un hombre salir de las piedras de la pared; era alto y fuerte y llevaba— una larga espada, copia idéntica de la de Sabriel. Aquella espada cayó con un silbido sobre el brazo del mordicante rebanando un trozo de carne podrida y ardiente. Con un rebote, la espada fue hacia atrás y cercenó otro trozo, como un leñador que, al talar un árbol, lanza al aire miles de astillas.

El mordicante lanzó un aullido, más de rabia que de dolor, pero retiró el brazo y el extraño se abalanzó contra la puerta y la cerró con fuerza con todo el peso de su cuerpo envuelto en la cota de malla. Lo curioso fue que, pese a llevar cota de malla, ésta no emitió sonido alguno, ni un solo tintineo al plegarse los cientos de eslabones metálicos. No menos extraño era el cuerpo que iba debajo, según comprobó Sabriel, a medida que las chiribitas y el destello rojo perdían fuerza, revelando a sus ojos que su salvador no tenía nada de humano. Su aspecto parecía sólido, de eso no cabía duda, pero hasta el último centímetro de su piel estaba formado por diminutas marcas del Gremio en constante movimiento, y la muchacha no alcanzaba a ver entre ellas más que puro aire.

Era..., era un fantasma del gremio, un enviado.

Fuera, el mordicante volvió a aullar como un tren de vapor cuando suelta presión, a continuación, el corredor entero se sacudió y los goznes chirriaron cuando aquella cosa se abalanzó contra la puerta. La madera se astilló y del techo salieron espesas nubes de polvo gris, pálidos remedos de la nieve que caía fuera.

El enviado se dio la vuelta, miró a Sabriel y le tendió la mano para ayudarla a levantarse. Sabriel la agarró y lo miró mientras sus piernas cansadas y congeladas pugnaban por recuperarse. De cerca, la ilusión de la carne era imperfecta, fluida y perturbadora. La cara no tenía un aspecto fijo, iba variando entre miles de posibilidades. Algunas eran de mujer, otras de hombre, aunque todas tenían semblantes duros y aceptables. El cuerpo y la ropa también cambiaban ligeramente con cada cara; sólo dos detalles permanecían inmutables: la sobrevesta negra con el blasón de una llave de plata y una larga espada que olía a magia del Gremio.

—Gracias —dijo Sabriel, nerviosa y dio un respingo al oír que el mordicante aporreaba la puerta—. ¿Me podrías..., tú crees que..., sabes si conseguirá pasar?

El enviado asintió muy serio y, sin pronunciar palabra, le soltó la mano y señaló el largo corredor. Sabriel volvió la cabeza, miró en la dirección que indicaba la mano

y vio un pasadizo que subía y se perdía en la oscuridad. Las marcas del Gremio iluminaban el sitio por donde iban pasando para apagarse a los pocos pasos. Pese a ello, la oscuridad no resultaba hostil y Sabriel alcanzaba incluso a saborear los hechizos del Gremio que flotaban en el aire polvoriento del corredor.

—¿Tengo que continuar? —preguntó Sabriel.

El enviado volvió a señalar con más urgencia y agitó las manos de atrás para adelante, indicando prisa. A sus espaldas, otro golpetazo provocó una enorme nube de polvo y la puerta comenzó a dar señales de estar debilitándose. Una vez más, el hediondo olor a quemado del mordicante flotó en el aire.

El cancerbero frunció la nariz y empujó suavemente a Sabriel en la dirección correcta, como el padre que anima al hijo renuente a que siga adelante. A Sabriel no le hacía falta que la animaran. El miedo seguía ardiendo en su interior. El rescate había conseguido apagarlo un poco, pero el olor del mordicante bastó para que volviera a encenderse. Levantó la cabeza y echó a andar a paso vivo, en dirección al pasadizo.

Al poco trecho, volvió la vista atrás y comprobó que el cancerbero esperaba junto a la puerta, con la espada en guardia. La puerta comenzaba a combarse hacia dentro, sus planchas de hierro cedieron y en ellas se formó un agujero del tamaño de un plato llano.

El mordicante metió la mano y destrozó más planchas como quien parte un palillo. Era evidente su furia, la presa se le estaba escapando, por eso ardía todo su cuerpo. De la boca le salían llamas rojas y doradas en un apestoso torrente y el humo negro se acumulaba a su alrededor como una segunda sombra formando remolinos cada vez que aullaba.

Sabriel apartó la vista y siguió a paso rápido, cada vez más rápido, hasta que echó a correr. Sus pies golpeaban el suelo, pero hasta que no empezó a esprintar no se dio cuenta de por qué: había dejado la mochila y los esquís en la puerta de abajo. Por un instante la asaltó la necesidad imperiosa de volver atrás, pero se le pasó incluso antes de que llegara a convertirse en pensamiento. Pese a ello, tocó la vaina y la bandolera, el frío metal de la empuñadura de la espada y la suave madera de los mangos de las campanas le infundieron renovado valor.

A medida que corría, comprobó también que había luz. Las marcas del Gremio recorrían la piedra, a poca distancia de ella. Eran las marcas correspondientes a la luz y la ligereza y a muchas otras cosas para ella desconocidas. Extrañas marcas, y había muchas, tantas que Sabriel se preguntó cómo había podido pensar que sacar sobresaliente en magia en una escuela ancelsierrana bastaría para convertirla en una gran maga del Reino Antiguo. El miedo y la aceptación de la propia ignorancia eran la mejor medicina contra el estúpido orgullo.

Otro aullido recorrió veloz el pasadizo y su eco reverberó delante de ella,

acompañado de gran estrépito, ruidos sordos o sonidos metálicos del hierro al golpear la carne sobrenatural o al rebotar en la piedra. A Sabriel no le hizo falta mirar atrás para saber que el mordicante había derribado la puerta y ahora luchaba con el cancerbero o lograba deshacerse de él. La muchacha sabía muy poco de dichos enviados, pero uno de los fallos más frecuentes en la variedad de los centinelas era su incapacidad de abandonar el puesto asignado. En cuanto la criatura consiguiera alejarse del cancerbero unos metros, el enviado no serviría de nada, y al mordicante sólo le hacía falta volver a cargar una vez más con todas sus fuerzas para lograr colarse.

De sólo pensarlo esprintó otra vez, pero Sabriel sabía que sería la última. Su cuerpo, impulsado por el miedo y debilitado por el frío y el esfuerzo, estaba al borde del desfallecimiento. Casi no notaba las piernas, tenía los músculos medio acalambrados, y los pulmones daban la impresión de estar llenos de agua hirviendo en lugar de aire.

Allá adelante, el corredor se extendía infinito, en ligera subida. La luz sólo brillaba donde Sabriel corría, de manera que la salida no debía de estar muy lejos, tal vez aparecería en cuanto superase el siguiente tramo oscuro.

En el mismo instante en que así pensaba, Sabriel vio un fulgor que se avivó hasta formar el contorno reluciente de una entrada. Soltó un suspiro y un gemido pero ambos sonidos humanos fueron ahogados por el nefasto e inhumano alarido del mordicante. Había conseguido superar al cancerbero.

En ese instante, Sabriel tomó conciencia de un nuevo sonido que provenía de allá adelante, un sonido que al principio había tomado por los latidos de la sangre en los oídos, las pulsaciones de su corazón galopante. Pero no, venía de fuera, del otro lado de la puerta de arriba. Un sonido profundo, rugiente, tan grave que era casi una vibración, un estremecimiento que en realidad no oía sino que percibía a través del suelo.

Pasan camiones cargados por el camino de arriba, pensó Sabriel, antes de recordar dónde se encontraba. En ese mismo instante, reconoció el sonido. Allá adelante, en alguna parte, fuera de los despeñaderos que la rodeaban, caía una enorme cascada. Y una cascada que hacía un ruido tan descomunal seguramente estaría alimentada por un río descomunal.

¡Agua corriente! Con ese panorama alentador en mente, Sabriel abrigó nuevas esperanzas y en esas esperanzas encontró la fuerza que creía haber perdido. Corrió como alma que lleva el viento y a punto estuvo de embestir la puerta; tocó la madera, aminoró la marcha lo suficiente para encontrar el picaporte o el aldabón.

Cuando lo tocó, se encontró con otra mano en el aldabón, una mano que no estaba allí un segundo antes. Como en la ocasión anterior, las marcas del Gremio formaron la mano y Sabriel alcanzó a ver las vetas de la madera y el brillo azulado del acero a

través de la palma de otro enviado. Éste era más pequeño, de sexo indefinido, pues vestía un hábito de monje y la capucha le cubría por completo la cabeza. El hábito era negro y lucía el emblema de la llave plateada en el pecho y la espalda.

Aquella cosa le hizo una reverencia y empujó la puerta a la altura del aldabón. Ésta se abrió de par en par y descubrió ante sus ojos la luz tenue de las estrellas, titilantes entre las nubes que pasaban veloces, impulsadas por el viento. El ruido de la cascada entró atronador por la puerta abierta, acompañado de una fina llovizna. Sin pensárselo dos veces, Sabriel cruzó el umbral.

El guardián encapuchado la acompañó y cerró la puerta, luego bajó un delicado rastrillo de plata y lo cerró con un candado de hierro. Ambas defensas parecieron surgir de la nada. Sabriel las miró, y percibió su poder porque ambas eran enviadas del Gremio. Mas la puerta, el rastrillo y el candado sólo servirían para entretener al mordicante, no para impedir su paso. La única forma de escapar era a través de la más veloz de las aguas corrientes o gracias a la prematura aparición del sol de mediodía.

La primera de estas posibilidades estaba a sus pies; la segunda tardaría varias horas en llegar. Sabriel se encontraba en una cornisa estrecha que sobresalía de la orilla de un río de al menos cuatrocientos metros de anchura. A su derecha, a pocos pasos de distancia, el poderoso río se precipitaba por el despeñadero y formaba una gloriosa cascada. Sabriel se inclinó hacia delante para ver las aguas que caían con estrépito allá al fondo, creando nubes blancas de rocío en forma de alas, capaces de envolver toda su escuela, con el nuevo sector y todo, como si se tratara de un pato de goma hundido en una bañera agitada.

Había un largo trecho hasta el fondo, y la altura y la increíble fuerza del agua eran tales que no pudo resistir el impulso de volver la vista atrás y mirar el río. En mitad del curso, Sabriel alcanzó a divisar una isla, una isla posada en el borde mismo de la cascada, que hacía que el río se bifurcase. No era una isla muy grande, más o menos del tamaño de un campo de fútbol, pero surgía de las aguas turbulentas como un barco de piedra irregular.

Las costas de la isla eran de blanca piedra caliza y se alzaban a la altura de seis hombres. Detrás de aquel muro de piedra había una casa. Estaba demasiado oscuro para ver con claridad, pero se distinguía una torre, una silueta delgada y erguida, con tejas rojas en las que comenzaba a posarse el sol naciente. Debajo de la torre, una negra mole anunciaba la existencia de un vestíbulo, una cocina, dormitorios, un arsenal, una despensa y una bodega. Sabriel recordó de pronto que el estudio ocupaba la segunda planta de la torre. La última planta era un observatorio, tanto de las estrellas como del territorio circundante.

Era la casa de Abhorsen. Su hogar, aunque Sabriel sólo había estado allí en dos o tres ocasiones, hacía mucho tiempo, cuando era muy pequeña, por lo que no se

acordaba demasiado bien. Aquella época de su vida era brumosa y, en general, en su mente se mezclaban los recuerdos de los viajeros, el interior de sus carromatos y de los muchos y muy variados campamentos. Ni siquiera se acordaba de la cascada, pese a que su sonido despertó algunos recuerdos: al fin y al cabo, algo había quedado grabado en la mente de la pequeña de cuatro años.

Por desgracia, no recordaba cómo llegar hasta la casa. Sólo las indicaciones de la enviada de su madre: el puente de Abhorsen.

No se percató de que había pronunciado estas palabras en voz alta hasta que el guardián de la puerta le tiró de la manga y señaló hacia abajo. Sabriél miró hacia donde le indicaba y vio en la orilla unos escalones tallados que se hundían en el río.

Esta vez, Sabriel no vaciló. Le hizo una seña afirmativa al enviado del Gremio y susurró un «gracias» antes de iniciar el descenso. La presencia del mordicante volvía a acuciarla, la sentía en la nuca como el aliento nauseabundo de un extraño. Sabía que había llegado a la puerta de arriba, pese a que el ruido de sus golpes y destrozos quedaban ahogados por el rugido de las aguas.

Los escalones conducían al río, pero no terminaban allí. Aunque desde la cornisa no se veían, había piedras pasaderas que conducían a la isla. Sabriel las miró nerviosa y observó el agua. Estaba claro que la profundidad era mucha y la corriente muy fuerte. Las piedras pasaderas a duras penas lograban asomar por encima de las pequeñas olas embravecidas y, pese a que eran anchas y sobre ellas habían tallado una especie de rejilla para permitir un mayor asidero, estaban húmedas de rocío y mostraban restos de hielo y nieve.

Sabriel se quedó mirando y vio un trozo de hielo bajar bamboleándose por el río y se imaginó su agitado viaje por las aguas para acabar destrozado allá a lo lejos. Se imaginó en su lugar y entonces pensó en el mordicante que la seguía, en el espíritu muerto que habitaba en su interior, en la muerte que traería y en el encierro que sufriría después de la muerte.

Saltó. Sus botas resbalaron un poco, agitó los brazos para recuperar el equilibrio pero no cayó al suelo y aterrizó medio en cuclillas. No esperó a enderezarse siquiera y brincó a la piedra siguiente, y luego a la otra, y a la otra, en una serie de enloquecidos saltos de rana en medio de la nube de rocío y el ruido atronador del río. Cuando llevaba recorrida la mitad del camino, y cien metros de aguas puras y enfervorecidas la separaban de la orilla, se detuvo y miró atrás.

El mordicante había llegado a la cornisa, aferraba entre los dedos los restos retorcidos del rastrillo de plata. No había señales del guardián de la puerta, aunque no era ninguna sorpresa. Al verse derrotado, se habría esfumado hasta que el hechizo del Gremio se renovara... horas, días o incluso años más tarde.

Aquella cosa muerta permanecía curiosamente inmóvil, pero era evidente que vigilaba a Sabriel. Ni siquiera una criatura tan poderosa era capaz de cruzar el río;

tampoco lo intentó. De hecho, cuanto más lo miraba Sabriel, más le daba la impresión de que el mordicante se mostraba contento de esperar. Se trataba de un centinela que guardaba la que podía ser la única salida de la isla. O quizá esperara a que ocurriese algo o llegara alguien...

Sabriel reprimió un escalofrío y siguió saltando. El cielo se fue iluminando para anunciar la salida del sol y alcanzó a ver una especie de desembarcadero de madera que conducía a una puerta en la pared blanca. Detrás de las murallas también se veían las copas de los árboles, árboles de invierno, con las ramas desnudas, despojadas de su verde follaje. Los pájaros volaban entre los árboles y la torre, se lanzaban al aire en su incursión matutina. El paisaje era normal, idílico. Pero a Sabriel no se le olvidaba la silueta alta y envuelta en llamas del mordicante que seguía reflexionando en lo alto de la cornisa.

Cansada, saltó sobre la última de las piedras y se dejó caer en los escalones del desembarcadero. Apenas podía abrir los párpados y su campo visual se reducía a una pequeña franja enfrente a ella. Las vetas de la madera del desembarcadero se ofrecieron a sus ojos cuando subió los escalones hasta la verja y, sin ganas, se dejó caer sobre ella.

La verja se abrió de par en par y la muchacha cayó en el patio pavimentado, del cual partía un sendero de ladrillo rojo, unos ladrillos antiquísimos, del color de las manzanas demasiado maduras. El sendero se extendía sinuoso hasta la puerta delantera de la casa, de un alegre azul cielo, que brillaba sobre el fondo de piedra encalado. Un llamador de bronce en forma de cabeza de león con un aro en la boca reluciente servía de contrapunto al gato blanco ovillado en la estera, delante de la puerta.

Sabriel se sentó en el suelo de ladrillo, le sonrió al gato y parpadeó para contener las lágrimas. El felino se acomodó un poco, volvió la cabeza ligeramente para mirarla con los brillantes ojos verdes.

—Hola, minino —ío saludó Sabriel con voz ronca y tosió; se levantó con dificultad y avanzó unos pasos haciendo crujir los escalones.

Cuando quiso acariciar al gato se quedó petrificada; el felino levantó la cabeza y la muchacha vio el collar que le colgaba del cuello y la campanita. El collar era de cuero rojo, pero el hechizo del Gremio que portaba era el vínculo más potente y más duradero que había visto en su vida y la campana era una reproducción en miniatura de Saraneth. El gato no era tal, sino una criatura producto de la magia libre, dotada de poderes antiquísimos.

—Abhorsen —maulló el gato dejando ver por un instante la ágil lengua rosada—. Ya era hora de que llegaras.

Sabriel lo observó un instante, soltó un quejido y, vencida por el cansancio y la consternación, se desplomó.

Capítulo 8

Sabriel despertó sobre un colchón de plumas, envuelta en la suave luz de las velas, arropada por sábanas de delicada seda y pesadas mantas. En el hogar de ladrillos rojos el fuego ardía con brío proyectando sus reflejos sobre los relucientes y misteriosos paneles de oscura caoba. Lo primero que vio al abrir los ojos fue el techo empapelado en azul, salpicado de estrellas plateadas. En el cuarto había dos ventanas, una frente a la otra, con los postigos echados, de modo que Sabriel no pudo saber la hora, tampoco lograba recordar cómo había llegado hasta allí. Estaba claro que se trataba de la casa de Abhorsen, pero lo último que recordaba era que había perdido el conocimiento en la escalera de entrada.

Tras viajar un día y una noche enteros, sometida a un sinfín de sustos, Sabriel se movió con cuidado, porque le dolía todo, incluso el cuello; levantó la cabeza para mirar a su alrededor y volvió a toparse con los verdes ojos del gato que no era gato. La criatura estaba tendida junto a ella, al pie de la cama.

—¿Quién..., qué eres? —le preguntó, nerviosa, y de inmediato tomó consciencia de que estaba desnuda debajo de las delicadas sábanas: un deleite sensual, que la dejaba completamente indefensa. Con la vista buscó el cinto de la espada y la bandolera con las campanas, cuidadosamente dispuestos en un perchero de pie, junto a la puerta.

—Tengo muchos nombres —contestó el gato. Su voz sonaba rara, era medio maullido, medio ronroneo, y las vocales iban invariablemente acompañadas de un siseo—. Pero llámame Zapirón. En cuanto a qué es lo que soy, hace tiempo fui muchas cosas, pero ahora soy sólo unas cuantas. En primer lugar, soy un sirviente de Abhorsen. A menos que tuvieras la amabilidad de quitarme el collar.

Sabriel sonrió, incómoda, y negó firmemente con la cabeza. Fuera lo que fuese el tal Zapirón, el collar era lo único que lo mantenía como sirviente de Abhorsen... o de cualquier otra persona. Las marcas del Gremio que portaba el collar eran bastante claras en ese sentido. Por lo que Sabriel alcanzaba a comprender, el hechizo para crear vínculos tenía más de mil años. Era muy posible que Zapirón fuese un espíritu producto de la magia libre tan antiguo como el muro, o más antiguo, si cabe. Se preguntó por qué su padre no se lo habría mencionado, y no sin pena, deseó haber despertado para encontrarse con él, en su casa, con todos los problemas solucionados.

—Ya me lo imaginaba —comentó Zapirón y medio se encogió para estirarse y arquear el lomo, como si a él esas cosas le trajeran sin cuidado.

El gato, porque Sabriel tenía la certeza de que se trataba de un macho, saltó al suelo de parquet y se acercó, majestuoso, al fuego. Sabriel lo observaba y su ojo, habituado a esas lides, descubrió que la sombra de Zapirón no siempre se correspondía con la de un gato.

Alguien llamó a la puerta y la muchacha dejó de observar al gato; los golpes fueron tan insistentes que Sabriel dio un salto en la cama y se le erizó el vello del cuello.

—Es uno de los criados —le advirtió Zapirón, condescendiente—. Enviados del Gremio, de muy poca categoría, por cierto. Siempre se les quema la leche.

Sabriel hizo caso omiso del comentario y ordenó:

—¡Adelante!

Le tembló la voz y comprendió que tardaría un tiempo en recuperar la presencia de ánimo y las fuerzas.

La puerta se abrió de par en par, sin hacer ruido, y una silueta bajita, envuelta en una túnica, entró como empujada por una corriente. Se parecía al guardián de la puerta de arriba; como él, llevaba capucha y no se le veía la cara, pero el hábito de éste era de color crema, no negro. Doblada sobre un brazo llevaba una enagua, una gruesa toalla en el otro, y sus manos, formadas gracias a la magia del Gremio, sostenían una larga sobrevesta de lana y un par de chapines. Sin pronunciar palabra, se dirigió al final de la cama y depositó las prendas a los pies de Sabriel. Fue luego a la pila de porcelana, puesta sobre un pedestal filigranado, en una zona del suelo, a la izquierda del hogar, cubierta de baldosas. Una vez allí, hizo girar una rueda de bronce y de un tubo de la pared salió un chorro de agua caliente y humeante, con un desagradable olor a azufre. Sabriel frunció la nariz.

—Fuentes termales —comentó Zapirón—. Al cabo de un rato te acostumbras al olor. Tu padre siempre dijo que la comodidad de contar siempre con agua caliente, bien valía la pena el olor. ¿O era tu abuelo quien lo decía? (O tu tía abuela? Ay, qué memoria la mía...

El sirviente se quedó inmóvil mientras la pila se llenaba; luego giró la rueda para interrumpir el chorro cuando el agua comenzó a desbordarse y a mojar el suelo, junto a Zapirón, que se puso en pie de un salto y con paso amortiguado se alejó, manteniéndose a prudente distancia del enviado del Gremio. Como hacen los gatos de verdad, pensó Sabriel. Tal vez, tras años o siglos de llevar esa forma, había terminado por adoptar también su comportamiento. Le gustaban los gatos. En la escuela tenían uno, un felino rechoncho, de color naranja, que respondía al nombre de Bizcocho. Sabriel se acordó de la forma en que dormía en el alféizar del cuarto del prefecto y, acto seguido, se puso a pensar en la escuela en general, y en lo que estarían haciendo sus amigas. Entornó los ojos y se imaginó una clase de etiqueta y a la profesora soltando un discurso sobre las bandejas de plata...

Un sonido metálico la devolvió a la realidad y dio otro respingo que le hizo notar punzadas de dolor en todo el cuerpo. El enviado del Gremio había golpeado la rueda de bronce con el atizador del hogar. Estaba impaciente por que Sabriel se lavara.

—El agua se enfría —le explicó Zapirón, sentándose en la cama de un salto—. Y

dentro de media hora servirán la cena.

—¿Quiénes la servirán? —preguntó Sabriel, se incorporó y cogió las zapatillas y la toalla, dispuesta a bajar de la cama y calzarse.

—Ellos —respondió Zapirón indicando con la cabeza al enviado, que se había apartado de la pila y le tendía una pastilla de jabón.

Sabriel fue hasta la pila arrastrando los pies, envuelta en la toalla, y una vez allí, tocó el agua con mucho cuidado. Estaba deliciosamente caliente, pero antes de que pudiera hacer nada, el enviado dio un paso al frente, le quitó la toalla y le derramó el contenido de la pila en la cabeza.

Sabriel se puso a chillar, pero antes de que pudiera hacer nada, el enviado volvió a dejar la pila en su sitio, giró la rueda para hacer salir más agua caliente y procedió a enjabonarla de arriba abajo, poniendo especial ahínco en la cabeza, como si quisiera llenarle los ojos de jabón o sospechase que tenía piojos.

—¿Qué haces? —protestó Sabriel cuando las manos extrañamente frías del enviado le frotaron la espalda y luego, sin ningún interés, pasaron a lavarle los pechos y la barriga—. ¡Para ya! ¡Soy lo bastante mayorcita para lavarme sola!

Las técnicas de la señorita Prionte para tratar a la servidumbre no parecían funcionar con los enviados sirvientes. Siguió frotándola y, de tanto en tanto, echándole agua caliente.

—¿Como hago para que pare? —farfulló dirigiéndose a Zapirón, mientras el agua caía en cascada sobre su cabeza y el enviado se disponía a frotarle las partes bajas.

—Es del todo imposible —contestó Zapirón, divertido con el espectáculo—. Éste es especialmente recalcitrante.

—¿A qué te refieres.,.? ¡Aay! ¿A qué te refieres cuando dices «éste»?

—A que por aquí abundan mucho —respondió Zapirón—. Parece ser que cada Abhorsen hizo los suyos. Tal vez se ponen como éste al cabo de unos cuantos siglos. Criados de la familia, con privilegios, que se creen muy listos. Son prácticamente humanos, en el peor de los sentidos.

El enviado paró de frotar el tiempo suficiente para salpicar a Zapirón, que saltó hacia donde no debía y maulló al ser alcanzado por el agua. Justo antes de que otra pila llena de agua se derramara sobre Sabriel, la muchacha vio al gato esconderse debajo de la cama y rozar con la cola la colcha.

—¡Ya está bien así, gracias! —exclamó Sabriel al comprobar que el agua terminaba de escurrirse a través de la rejilla en la zona de baldosas.

De todos modos, seguro que el enviado ya había terminado, pensó Sabriel, cuando éste dejó de lavarla y se puso a secarla con la toalla. La muchacha le arrancó la toalla de las manos y trató de seguir sola, pero el enviado siguió en sus trece y se puso a peinarla, provocando otra riña. Finalmente, siempre con la ayuda del enviado, Sabriel consiguió ponerse la enagua y la sobrevesta, y se sometió a una sesión de

manicura y de vigoroso cepillado del pelo.

Estaba admirando en el espejo que había detrás de uno de los postigos de las ventanas el dibujo de las llavecitas de plata de la sobrevesta negra, cuando sonó un gong en algún lugar de la casa y el enviado sirviente abrió la puerta. Un segundo después, Zapirón salió como una flecha lanzando un grito que a Sabriel le sonó algo así como «¡la cena!». Lo siguió, algo más tranquila, y el enviado cerró la puerta.

La cena se servía en el salón principal de la casa. Una habitación amplia e imponente que ocupaba la mitad de la planta baja, y en la que destacaba una vidriera del suelo al techo, situada en el extremo occidental. La vidriera reproducía una escena de la construcción del Muro, y, como muchas otras cosas de aquella casa, estaba cargadísima de magia del Gremio. Posiblemente ni siquiera fuera de cristal de verdad, caviló Sabriel, mientras observaba la luz del sol poniente jugar alrededor de las siluetas afanosas que construían el Muro. Tal como ocurría con los enviados, si observabas con atención, descubrías las diminutas marcas del Gremio que formaban el dibujo. Resultaba difícil ver a través de los cristales, pero a juzgar por la luz, ya casi anochecía. Sabriel calculó que habría estado durmiendo un día entero, quizá dos.

Ante ella se encontró una mesa casi tan larga como el salón, una mesa de madera lustrada, de color claro, en la que habían colocado pesados saleros de plata, candelabros, licoreras de aspecto fantástico y platos con tapadera. Sin embargo, sólo estaba puesta para dos, con abundancia de cuchillos, tenedores, cucharas y otros utensilios, que Sabriel reconoció apenas gracias a los dibujos poco claros de su libro de etiqueta. En la vida había visto una pajita de oro de verdad, de las utilizadas para sorber el jugo de las granadas.

De los dos sitios ya dispuestos, uno se encontraba ante una silla de alto respaldo, en la cabecera de la mesa, y el otro, a la izquierda de éste, delante de un escabel acolchado. Sabriel se preguntó cuál sería el suyo hasta que Zapirón saltó sobre el escabel y le dijo:

—¡Vamos! No nos servirán hasta que no te hayas sentado.

Se refería a los otros enviados. Media docena en total, contando al tirano vestido de color crema que la había martirizado en el dormitorio. Se parecían mucho; tenían forma humana, pero llevaban capucha o velo. Sólo se les veían las manos, casi transparentes, como si las marcas del Gremio hubiesen sido grabadas con trazos sutiles en prótesis hechas con ópalos. Los enviados se agruparon alrededor de una puerta, la de la cocina, porque Sabriel vio los fogones y se deleitó con el olor a sofrito, y se la quedaron mirando. Resultaba bastante inquietante no verles los ojos.

—Sí, es ella —dijo Zapirón mordaz—. Vuestra nueva ama. Y ahora, cenemos.

Ninguno de los enviados se movió hasta que Sabriel avanzó un paso. Ellos también dieron un paso adelante e hincaron la rodilla, o fuera lo que fuese que llevaban debajo de las túnicas largas hasta el suelo. Todos tendieron la mano derecha,

pálida, surcada de marcas del Gremio que les dejaban en las palmas y los dedos unos rastros brillantes.

Sabriel las observó un instante, pero estaba claro que le ofrecían sus servicios o su lealtad, y esperaban que hiciera algo a cambio. Se acercó a los enviados y estrechó, una tras otra, las manos que le tendían; al hacerlo notó los hechizos del Gremio que mantenían de una pieza a aquellos seres extraños. Zapirón había dicho la verdad, algunos de los hechizos eran antiguos, mucho más antiguos de lo que Sabriel alcanzaba a adivinar.

—En nombre de mi padre, os doy las gracias —dijo la muchacha—, por la amabilidad que me habéis demostrado.

Le pareció que era lo más adecuado para salir del paso. Los enviados se incorporaron, le hicieron una reverencia y pusieron manos a la obra. El del hábito color crema apartó la silla de Sabriel y le colocó la servilleta cuando ella se sentó. Era de lino negro, salpicado de llavecitas plateadas, maravillosamente bordadas. Sabriel notó que Zapirón tenía una servilleta blanca normal y corriente, cubierta de manchas añejas.

—Llevo dos semanas comiendo en la cocina —comentó Zapirón con amargura, al tiempo que dos enviados salían de la cocina portando bandejas que anunciaban su llegada con un delicioso aroma a especias.

—Espero que muy a gusto —contestó Sabriel, animada, y tomó un sorbo de vino.

Era un vino blanco, seco y afrutado, aunque Sabriel no tenía el paladar desarrollado para distinguir si era bueno o simplemente aceptable. No obstante, estaba clarísimo que entraba bien. Sus primeras experiencias con las bebidas alcohólicas eran de hacía varios años, las atesoraba en la memoria como momentos importantes en compañía de dos de sus más íntimas amigas. Ninguna de las tres volvió a probar el brandy, pero Sabriel aprendió a disfrutar de una que otra copita de vino con las comidas.

—Por cierto, ¿cómo supiste que iba a venir? —preguntó Sabriel—. Yo misma no lo supe hasta..., hasta que papá me envió un mensaje.

El gato no contestó de inmediato, estaba concentrado en el plato de pescado que el enviado acababa de ponerle delante, un pescado pequeño, casi redondo, de ojos brillantes y escamas relucientes, parecía recién cogido. A Sabriel le sirvieron lo mismo, pero el de ella estaba asado a la parrilla, con un tomate, ajo y salsa de albahaca.

—He servido a muchos de tus antepasados, tantos como los años que tú tienes multiplicados por diez —contestó por fin Zapirón—. Pese a que mis poderes van mermando con el paso del tiempo, sé muy bien cuándo cae un Abhorsen para que otro ocupe su sitio.

Sabriel tragó el último bocado sin saborearlo y soltó el tenedor. Tomó un sorbo de

vino para enjuagarse la boca, pero le supo agrio y le entraron ganas de toser.

—¿Qué quieres decir con eso de que un Abhorsen cae? ¿Qué sabes? ¿Qué le ha ocurrido a mi padre?

Zapirón observó a Sabriel con los ojos entornados y le sostuvo la mirada sin inmutarse, de un modo que ningún gato común y corriente puede hacer.

—Ha muerto, Sabriel. Todavía no ha cruzado la Última Puerta, pero no volverá a pisar el reino de los vivos. Es...

—¡No! —lo interrumpió Sabriel—. ¡No puede ser! No puede haber muerto. Es un nigromante..., no puede estar muerto...

—Por eso te envié la espada y las campanas, como hizo su tía en su momento cuando se las envió a él —prosiguió Zapirón, pasando por alto el arrebató de Sabriel—. Y no era un nigromante, era Abhorsen.

—No lo entiendo —susurró Sabriel. Ya no fue capaz de sostener la mirada de Zapirón—. Yo no sé..., no sé lo suficiente. De nada. Del Reino Antiguo, de la magia del Gremio, ni siquiera de mi propio padre. ¿Por qué dices su nombre como si se tratase de un título?

—Porque lo es. Él era el Abhorsen. Ahora lo serás tú.

Sabriel intentó asimilar la noticia en silencio, con la mirada fija en los remolinos de pescado y salsa que tenía en el plato, mientras las escamas plateadas y el tomate rojo se desdibujaban para formar una orla de espadas y fuego. La mesa también se le desdibujó y el salón, y sintió que toda ella iba en busca de la frontera con la muerte. Por más empeño que ponía en hacerlo, no lograba cruzarla. La presentía, pero no había forma de trasponerla en ninguna dirección. La casa de Abhorsen estaba demasiado bien protegida. No obstante, en la frontera notó algo. Acechaban allí infinidad de enemigos, a la espera de que ella cruzase, pero también percibió el tenue hilo de algo familiar, como la fragancia que deja el perfume de una mujer cuando abandona la habitación, o el olorcillo de un determinado tabaco de pipa captado al pasar por una calle cualquiera. Sabriel se centró en aquel hilo y se lanzó otra vez contra la barrera que la separaba de la muerte.

Y fue devuelta otra vez a la vida, donde unas garras afiladas se le hundieron en el brazo. Abrió los ojos de golpe, parpadeó para quitarse la escarcha, y vio a Zapirón, con toda la pelambre erizada y una de las garras dispuestas a soltar otro zarpazo.

—¡Idiota! —siseó—. ¡Eres la única capaz de romper las protecciones de esta casa y eso es lo que ellos esperan que hagas!

Sabriel miró sin ver al enfadado felino, se mordió la lengua y reprimió una contestación cortante y orgullosa porque comprendió entonces cuánta verdad había en las palabras de Zapirón. Los espíritus de los difuntos la estarían esperando, y probablemente el mordicante aprovecharía también para pasar, y si eso ocurría, tendría que enfrentarse a ellos sola y sin armas,

—Lo lamento —masculló agarrándose la cabeza con las dos manos heladas.

No se había sentido tan tonta desde aquella ocasión en que incendió uno de los rosales de la directora con un hechizo incontrolado del Gremio con el que a punto estuvo de quemar vivo al viejo y querido jardinero de la escuela. Entonces había llorado, pero ahora tenía más años y sabía cómo reprimir las lágrimas.

—Mi padre no está muerto de verdad —dijo al cabo de un momento—. Noté su presencia, aunque está atrapado detrás de muchas puertas. Podría traerlo de vuelta.

—No debes hacerlo —le ordenó Zapirón con firmeza, y se notó en su voz todo el peso de los siglos—. Ahora eres Abhorsen y debes dedicarte a ofrecer a los difuntos el descanso eterno. Tu camino está marcado.

—Puedo elegir un camino diferente —contestó Sabriel, segura de sí misma, levantando la cabeza.

Zapirón pareció dispuesto a seguir protestando, pero se echó a reír con su risa sardónica, y volvió a saltar sobre su escabel.

—Haz lo que te plazca —dijo—. ¿Para qué voy a rebatirte a ti nada? No soy más que un esclavo, condenado a servirte. ¿Por qué iba yo a llorar si algo malo le ocurre a Abhorsen? Tu padre será quien te maldiga y tu madre también... Les darás una alegría a los muertos.

—No creo que esté muerto —dijo Sabriel. La emoción contenida le sonrojó las pálidas mejillas y derretió la escarcha que las cubría transformándolas en gotitas que le mojaron el rostro—. Su espíritu se notaba vivo. Está atrapado en el Reino de la Muerte, creo yo, pero su cuerpo vive. ¿Se me despreciaría entonces si tratara de traerlo de vuelta?

—No —respondió Zapirón, más calmado—. Pero ha enviado la espada y las campanas. Lo tuyo no es más que un deseo de que viva.

—Presiento que está vivo —dijo Sabriel, sin más—. Y debo averiguar si este presentimiento es verdadero.

—Tal vez lo sea... aunque es extraño. —Zapirón dio la impresión de estar reflexionando para sus adentros, su voz era un suave ronroneo—. Me he vuelto torpe. Este collar me estrangula, me ahoga el ingenio...

—¡Ayúdame, Zapirón! —suplicó Sabriel y tendió la mano para acariciarle la cabeza y rascarle el cogote—. ¡Necesito saber tantas cosas!

Zapirón ronroneó cuando lo rascaron, pero en cuanto Sabriel se acercó más a él, oyó el leve tañido de la campanita Saraneth que se imponía al ronroneo, y entonces recordó que Zapirón no era un gato cualquiera, sino una criatura producto de la magia libre. Por un instante, Sabriel se preguntó cuál sería la verdadera forma y la auténtica naturaleza de Zapirón.

—Soy el siervo de Abhorsen —dijo al fin Zapirón—. Y tú eres Abhorsen, de manera que debo ayudarte. Pero debes prometerme que, si su cuerpo ha muerto, no

resucitarás a tu padre. Lo digo muy en serio, no sería ése su deseo.

—No puedo prometerte nada. Sólo que no haré nada sin reflexionar antes. Y te escucharé, si estás a mi lado.

—Me lo imaginaba —dijo Zaporón, apartando la cabeza de la mano de Sabriel—. Es bien cierto que eres muy ignorante, de lo contrario tus promesas serían más resueltas. Tu padre jamás debió enviarte al otro lado del Muro.

—¿Por qué lo hizo? —quiso saber Sabriel.

El corazón empezó a latirle con fuerza tras plantear la pregunta que la había acompañado durante todos sus estudios, una pregunta que Abhorsen siempre había respondido con una sonrisa y dos palabras: «Por necesidad».

—Tenía miedo —contestó Zaporón y volvió a concentrarse en el pescado—. Estabas más segura en Ancelstierre.

—¿Y de qué tenía miedo?

—Cómete el pescado —le contestó Zaporón en cuanto vio salir de la cocina a dos enviados con el siguiente plato—. Ya hablaremos de eso luego. En el estudio.

Capítulo 9

El estudio estaba iluminado por quinqués, viejos quinqués de bronce que alumbraban gracias a la magia del Gremio, y no al aceite. Sin humo, silenciosos, eternos, proyectaban una luz tan buena como las bombillas eléctricas de Ancelstierre.

Las paredes estaban cubiertas de libros que seguían las curvas de la torre y se interrumpían allí donde las escaleras llevaban hacia abajo y hacia arriba, al observatorio.

En el centro había una mesa de madera de secuoya; sus patas ahusadas estaban cubiertas de ojos redondos y brillantes, y de las bocas de las cabezas de dragón que remataban las esquinas del tablero salían llamas de adorno. En ella había un tintero empotrado, plumas, hojas de papel y un compás de puntas fijas de bronce. A su alrededor estaban dispuestas unas sillas, también de madera de secuoya, cuyo tapizado negro reproducía una variante de las llaves de plata.

La mesa era una de las pocas cosas que Sabriel recordaba de sus visitas de la infancia. «La mesa del dragón» la llamaba su padre, y recordaba también que se había aferrado a una de aquellas patas de dragón cuando con la cabeza todavía no llegaba al tablero.

Sabriel pasó la mano por la madera, la notó suave y fresca y esa sensación se unió a su recuerdo y la hizo suspirar. Apartó entonces una silla y depositó sobre la mesa los tres libros que llevaba debajo del brazo. Puso dos de ellos más cerca, el otro lo empujó al centro. Este tercer libro salía de la única vitrina que había entre los estantes y ahora yacía como un depredador al acecho, tal vez dormido, tal vez dispuesto a pegar el salto. Estaba encuadernado en piel verde claro y los broches de plata que lo mantenían cerrado bullían con marcas del Gremio. *El Libro de los Muertos*.

En comparación, los otros dos libros eran bastante normales. Ambos eran obras con hechizos de magia del Gremio, en las que había listas y más listas de marcas y cómo se podían utilizar. Sabriel era incapaz de reconocer la mayoría de las marcas recogidas a partir del cuarto capítulo del primer volumen. Cada libro tenía veinte capítulos.

Sin duda, había muchos otros libros que podían resultar útiles, pensó Sabriel, pero todavía estaba demasiado cansada y débil para bajarlos de los estantes. Quería hablar con Zapirón y dedicar un par de horas al estudio antes de irse otra vez a la cama. Después de lo que había pasado, estar levantada cuatro o cinco horas le resultaba muy pesado, y la pérdida de la conciencia que acompañaba el sueño le pareció de pronto muy atractiva.

Como si hubiera oído a Sabriel pensar en él, Zapirón apareció en lo alto de la escalera, y con paso majestuoso fue a acostarse sobre un mullido escabel.

—Veo que has encontrado ese libro —observó moviendo la cola hacia delante y

hacia atrás mientras hablaba—. Cuidadito con leer demasiado.

—De todas maneras ya lo he leído entero —dijo Sabriel, tajante.

—Es posible —comentó el gato—. Pero no es siempre el mismo libro. Como yo, es varias cosas, no una sola.

Sabriel se encogió de hombros, como dándole a entender que se sabía el libro al dedillo, aunque no fuera más que una bravata por su parte, porque en el fondo de su corazón, *El Libro de los Muertos* le daba miedo. Bajo la dirección de su padre, había avanzado laboriosamente en la lectura de cada capítulo, pero en su memoria, normalmente excelente, sólo guardaba algunas páginas selectas de ese tomo. Ahora bien, si también cambiaba el contenido... Reprimió un escalofrío y se dijo que sabía cuanto hacía falta saber.

—Lo primero que he de hacer es encontrar el cuerpo de mi padre —dijo—. Y en eso voy a necesitar tu ayuda, Zapirón.

—Desconozco dónde encontró su fin —manifestó Zapirón, decidido. Bostezó y empezó a lamerse las patas.

Sabriel frunció el ceño y empezó a meter los labios para dentro, gesto que ella misma le había censurado a la impopular profesora de historia del colegio, que solía juntar los labios hasta hacerlos desaparecer, cuando algo la enfadaba o la sacaba de quicio.

—Dime simplemente cuándo fue la última vez que lo viste y cuáles eran sus planes.

—¿Y si leyeras su diario? —sugirió Zapirón, haciendo una pausa en su aseo.

—¿Dónde está? —inquirió Sabriel, entusiasmada. El diario sería sumamente útil.

—Probablemente se lo llevó con él —contestó Zapirón—. No lo he visto.

—¡Creía que ibas a ayudarme! —exclamó Sabriel frunciendo el ceño, y apretó aún más los labios—. Por favor, contesta mi pregunta.

—Hace tres semanas —respondió Zapirón. Su voz sonó amortiguada pues había hundido la boca en la pelambre de la barriga y, entre lengüetazo y lengüetazo, fue pronunciando las palabras—. Llegó un mensajero de Belisaere para pedirle ayuda. Algo muerto, algo capaz de saltarse las protecciones, los acechaba. Abhorsen, quiero decir, el anterior Abhorsen, señora mía, sospechó que tras aquello se ocultaba algo más, pues ya se sabe cómo es Belisaere. No obstante, lo acompañó.

—Belisaere. El nombre me suena... ¿Es un pueblo?

—Una ciudad. La capital. Al menos lo era cuando todavía existía el reino.

—¿Dices que era la capital?

Zapirón dejó de lavarse y la miró con los ojos entrecerrados.

—¿Se puede

—El Gremio... —comenzó a decir Sabriel, pero Zapirón la interrumpió con un maullido burlón. saber qué te han enseñado en esa escuela? Hace doscientos años que

no hay reyes y llevamos al menos veinte sin regente. Y por eso el reino se hunde cada día más en una oscuridad de la que nadie podrá salir...

—El Gremio también se desmorona —maulló—. Sin un gobernante, con los pilares del Gremio partidos, uno por uno, con sangre, una de las grandes cartas del Gremio se re... se retorció...

—¿A qué te refieres cuando hablas de las grandes cartas del Gremio? —lo interrumpió Sabriel.

Era la primera vez que oía hablar de algo semejante. Y una vez más se preguntó qué le habían enseñado en la escuela y por qué su padre se lo había ocultado todo sobre el estado del Reino Antiguo.

Zapirón guardó silencio, como si lo que acababa de decir lo hubiese enmudecido. Intentó durante unos instantes pronunciar alguna palabra sin que de su boquita roja saliera nada. Al final se dio por vencido y dijo:

—No puedo hablar de eso. ¡Es una condición de mi vínculo, maldita sea! Confórmate con saber que el mundo entero se encamina hacia el mal y que hay muchos que contribuyen a que eso ocurra.

—Y otros que se resisten —le recordó Sabriel—. Como mi padre. Como yo.

—Depende de lo que hagas —dijo Zapirón, como si dudara de que alguien tan manifiestamente inútil como Sabriel pudiera cambiar algo—. Aunque a mí me importe poco...

El ruido de la trampilla al abrirse sobre sus cabezas interrumpió al gato en pleno discurso. Sabriel se puso tensa, levantó la vista para ver qué bajaba por la escalera, luego volvió a respirar más tranquila al comprobar que se trataba de otro enviado del Gremio, cuyo hábito negro rozaba los peldaños mientras su dueño descendía. Este enviado, al igual que los guardianes del corredor del despeñadero, pero a diferencia de los otros sirvientes de la casa, llevaba la llave plateada grabada en el pecho y la espalda. Se inclinó ante Sabriel y señaló hacia lo alto.

A Sabriel le dio un mal presentimiento y supo que quería que viera algo desde el observatorio. De mala gana, retiró la silla y se acercó a la escalera. Por la trampilla abierta entraba una corriente de aire frío proveniente del hielo que cubría la parte alta del río. Sabriel se estremeció y posó las manos en los fríos peldaños de metal.

Al salir al observatorio, el frío pasó; la habitación seguía iluminada por los últimos destellos rojos del sol poniente, que daban una ilusión de calorcillo e hicieron que Sabriel entrecerrase los ojos. No recordaba aquel cuarto y se alegró al comprobar que sus paredes eran de cristal o algo parecido. Las vigas desnudas del techo de baldosas rojas descansaban sobre paredes transparentes, unidas con tanto ingenio que el techo era como una obra de arte, su ligera inclinación lo hacía menos perfecto aunque más a la medida del hombre.

Un inmenso telescopio de cristal y bronce lustrado dominaba el observatorio y se

alzaba triunfante sobre un trípode de madera oscura y hierro bruñido. Junto a él había un alto taburete para el observador y un atril donde seguía desplegado un mapa estelan. Todo aquello reposaba sobre una gruesa alfombra de nudo, una alfombra que era también un mapa de los cielos y mostraba muchas constelaciones diferentes, de muchos colores, y planetas en órbita, tramados en suave lana teñida.

El enviado, que había seguido a Sabriel, se dirigió a la pared sur y, con la pálida mano obra de los hechizos del Gremio, señaló hacia la orilla sur del río, directamente al lugar donde Sabriel había salido cuando consiguió huir del mordicante que la perseguía bajo tierra.

Sabriel miró hacia donde señalaba haciendo visera con la mano sobre el ojo derecho para protegerse del sol poniente. Su mirada pasó por encima de los blancos témpanos de hielo y se posó en la cornisa pese al miedo que bullía en su interior ante lo que iba a ver.

Como temió, el mordicante continuaba allí. Sin embargo, con la otra vista, la que ella consideraba su vista de la muerte, Sabriel presintió que estaba temporalmente inmóvil, como una estatua desagradable, y que hacía de pantalla tras la cual se ocultaban formas más activas que se movían detrás.

Sabriel observó un momento más, luego fue al telescopio y a punto estuvo de tropezar con Zapirón, que se había materializado junto a sus pies. Sabriel se preguntó cómo habría hecho para subir la escalera y de inmediato se olvidó de eso para concentrarse en lo que ocurría fuera.

Sin la ayuda del telescopio no habría sido capaz de decir con certeza qué eran aquellas formas que rodeaban al mordicante, pero gracias al instrumento surgieron nítidas y tan cercanas que tuvo la sensación de que iba a agarrarlas con sólo tender la mano.

Eran hombres y mujeres, y estaban vivos y respiraban. Iban atados de dos en dos con una cadena de hierro y avanzaban bajo la imponente presencia del mordicante. Había cientos de personas, todas salían del corredor llevando grandes cubos de cuero cargados a rebosar, y largos troncos con los que cruzaban la cornisa y bajaban los escalones en dirección al río. Tras vaciar allí los cubos y depositar los troncos volvían por donde habían venido.

Sabriel bajó un poco el telescopio y a punto estuvo de soltar un gruñido de ira y exasperación al ver la escena a orillas del río. Otros esclavos vivientes construían con la madera unos cajones que luego llenaban con la tierra transportada en los cubos. Una vez llenos los cajones, los empujaban y los disponían entre la orilla y las piedras pasaderas donde otros esclavos los fijaban a cada piedra con largas varillas de hierro.

Esta parte del trabajo era dirigida por una cosa que acechaba a prudente distancia del río, en mitad de la escalera. Era una mancha más negra que la noche, con forma de hombre, una silueta en movimiento. Se trataba de un bracero fantasma, un

nigromante o un espíritu muerto con libre albedrío que no se dignaba a usar un cuerpo.

Mientras Sabriel observaba, los últimos cuatro cajones fueron arrastrados hasta la primera pasadera, fijados en el sitio y encadenados a los tres adyacentes. El esclavo encargado de atar la cadena, perdió pie y cayó de cabeza al agua seguido, un segundo después, por su compañero de cuerda. Sus gritos, si los hubo, quedaron ahogados por el rugido de la cascada con la misma prontitud con que sus aguas se llevaron los cuerpos. Poco después, Sabriel sintió que sus vidas se apagaban.

En la orilla, los otros esclavos dejaron de trabajar un instante, sorprendidos quizás ante tan repentina pérdida o momentáneamente más asustados del río que de sus amos. El bracero fantasma que estaba en la escalera avanzó hacia ellos; sus piernas blandas como la melaza lamieron un peldaño tras otro y así fue descendiendo la pendiente. Les ordenó por señas a los esclavos que estaban más cerca que cruzaran los cajones llenos de tierra hasta llegar a la pasadera. Así lo hicieron y una vez allí, los pobres infelices se apiñaron en medio de la nube de rocío.

El bracero fantasma vaciló, pero desde la cornisa, el mordicante comenzó a moverse y a mecarse hacia delante; al verlo, aquella abominación caminó con cautela sobre los cajones y llegó a la pasadera sin ser dañado por el agua corriente.

—Tierra de sepultura —comentó Zapirón, evidentemente no le hacía falta el telescopio—. La suben los aldeanos desde Qyrre y el pueblo de Roble. ¿Tendrán suficiente para cruzar todas las pasaderas?

—Tierra de sepultura —repitió Sabriel sombríamente mientras veía llegar un nuevo grupo de esclavos con más cubos y troncos—. Había olvidado que era capaz de neutralizar el agua corriente. Creía que..., creía que aquí estaría a salvo por un tiempo.

—Y estás a salvo —dijo Zapirón—. Tardarán por lo menos hasta mañana por la tarde en completar el puente, y pararán unas cuantas horas a mediodía, cuando los difuntos tengan que ocultarse, siempre y cuando no esté nublado. Lo malo es que nos dan muestras de organización y eso significa que hay un jefe. En fin, todos los Abhorsen tienen enemigos. Posiblemente se trate de un nigromante de poca monta, algo más dotado para la estrategia que la mayoría.

—En Cima Partida maté una cosa muerta —dijo Sabriel pensando en voz alta—. Amenazó con vengarse y con contárselo a los siervos de Kerrigor. ¿Te suena ese nombre?

—Sin duda —escupió Zapirón con la cola en alto—. Poco puedo decir al respecto, sólo que se trata de uno de los muertos mayores y que es enemigo acérrimo de tu padre. ¡No me digas que ha vuelto a la vida!

—No lo sé —replicó Sabriel mirando desde su altura al gato, cuyo cuerpo parecía retorcerse como si en él se enfrentaran dos fuerzas opuestas—. ¿Por qué no me

puedes contar más cosas? ¿Por el vínculo?

—Por una... perversión de... g... de g..., sí —respondió Zapirón con voz ronca después de un gran esfuerzo. Pese a que sus ojos verdes echaban chispas de rabia ante aquella débil explicación, no podía decirle nada más.

—Una espiral dentro de otra —observó Sabriel pensativa.

Ya no quedaba duda de que una fuerza maligna estaba obrando contra ella desde el momento en que había cruzado el Muro, y a juzgar por la desaparición de su padre, tal vez incluso desde mucho antes.

Volvió a mirar por el telescopio y se animó al comprobar que las obras avanzaban más despacio a medida que iba oscureciendo, aunque al mismo tiempo sintió pena por la pobre gente esclavizada por los muertos. Muchos morirían congelados o de agotamiento y serían devueltos otra vez al mismo lugar como braceros descerebrados. Sólo aquellos capaces de cruzar la cascada lograrían escapar a su destino. El Reino Antiguo era un lugar realmente terrible donde ni siquiera la muerte traía consigo el fin de la esclavitud y la desesperación.

—¿Existe otra forma de salir? —preguntó girando el telescopio ciento ochenta grados para ver la orilla norte.

Había más piedras pasaderas que llevaban hasta allí y otra puerta en lo alto de la ribera; por desgracia, junto a la puerta, en la cornisa, se veían muchas siluetas oscuras apiñadas. Cuatro o cinco braceros fantasmas, demasiados para que Sabriel pudiera enfrentarse a ellos sola.

—Parece que no —se contestó sombríamente—. ¿Y qué hay de las defensas? ¿Acaso los enviados no saben luchar?

—A los enviados no les hace falta luchar —contestó Zapirón—. Existe otra defensa, aunque es un tanto restrictiva. Y hay otra salida, pero es probable que no te guste.

El enviado que estaba al lado de Sabriel asintió y con el brazo imitó una serpiente zigzagueando entre la hierba.

—¿Qué es eso? —preguntó Sabriel, haciendo verdaderos esfuerzos por no echarse a reír como una histérica—. ¿La defensa o la salida?

—La defensa —le contestó Zapirón—. El río mismo. Se lo puede invocar para que aumente su caudal, llegue hasta las murallas de la isla y cubra las pasaderas hasta..., hasta cuatro veces tu altura. Nada podrá pasar semejante riada, ni para salir ni para entrar, hasta que las aguas vuelvan a su cauce, de aquí a unas semanas.

—¿Y cómo voy a salir? —preguntó Sabriel—. ¡No me puedo quedar aquí esperando unas semanas!

—Uno de tus antepasados construyó un aparato volador. Una papelonave, la llamaba. Podrías utilizarla para sobrevolar la cascada y salir.

—Vaya —dijo Sabriel con un hilo de voz.

—Si quieres hacer que el nivel del río suba —prosiguió Zaporón como si no hubiese notado el súbito mutismo de Sabriel—, habrá que iniciar el ritual ahora mismo. La riada proviene del agua del deshielo y las montañas están a muchas leguas río arriba. Si invocamos ahora a las aguas, la riada llegará mañana al anochecer.

Capítulo 10

Y llegó la crecida, precedida por enormes témpanos de hielo que se estamparon contra el puente de madera formado por los cajones con tierra de sepultura como icebergs que, arrastrados por la tempestad, fueran a embestir contra naves ancladas. El hielo partido en mil pedazos, los maderos astillados formaban un ruido de fondo, un redoble de tambores que servía de advertencia y anunciaba la gran riada que se avecinaba.

Los braceros fantasmas y los esclavos vivientes salieron corriendo por el puente de cajones, los cuerpos oscuros de los difuntos se iban desdibujando a medida que corrían hasta transformarse en largos y abultados gusanos de negro crespón que se retorcían y resbalaban sobre las piedras y los cajones, apartando sin piedad a los esclavos humanos que les salían al paso, desesperados por huir de la destrucción que bajaba rugiendo por el río.

Sabriel observaba la escena desde la torre y sentía morir a la gente, la notaba agitarse con los últimos estertores, luchar por recobrar el aliento, tragar agua en vez de aire. Algunos, por lo menos dos parejas, se arrojaron al río, eligieron la muerte definitiva antes que arriesgarse a la esclavitud eterna. La mayoría de los vivos, impulsados por el miedo, acabaron derribados o simplemente empujados a un lado por los muertos.

El frente de la riada llegó inmediatamente después del hielo, con un ruido ensordecedor, más profundo y más aterrador que el bramido de la cascada. Sabriel la oyó unos segundos antes de que doblara la última curva del río y después, de repente, se la vio casi encima. Una muralla de agua altísima, vertical, con la cresta cubierta de trozos de hielo como almenas de mármol, y todos los desechos arrastrados en su recorrido de seiscientos kilómetros se bamboleaban en su cenagoso cuerpo. Parecía inmensa, mucho más alta que las paredes de la isla, más alta incluso que la torre desde la que Sabriel contemplaba azorada las fuerzas que había desatado, unas fuerzas que la noche anterior, cuando las había invocado, no había soñado jamás.

La invocación había sido algo sencillo. Zapirón la había llevado al sótano y una vez allí bajaron por una estrecha escalera de caracol en la que el frío se fue acentuando a medida que descendían. Llegaron finalmente a una extraña gruta, llena de carámbanos, en la que el aliento de Sabriel formó blancas nubéculas, pero ya no hacía frío, o tal vez hacía tanto que la muchacha había dejado de notarlo. Sobre un pedestal de piedra descansaba un bloque de hielo puro, blanco azulado, ambos adornados con marcas del Gremio, marcas extrañas y hermosas. A continuación, siguiendo las instrucciones de Zapirón, había posado la mano sobre el hielo y pronunciado estas palabras:

—Abhorsen presenta sus respetos a la Clarvi y le suplica el don del agua.

Eso fue todo. Después habían vuelto a subir la escalera, un enviado cerró con llave la puerta del sótano y otro le entregó a Sabriel una camisa de dormir y le sirvió una taza de chocolate caliente.

Aquella ceremonia tan sencilla había invocado algo que parecía completamente incontrolable. Sabriel contemplaba cómo la ola avanzaba veloz hacia ellos e intentó calmarse, pero el corazón comenzó a latirle con fuerza y notó que se le revolvía el estómago. Cuando la ola embistió, la muchacha lanzó un grito y se refugió debajo del telescopio.

La torre se estremeció hasta el último cimiento, las piedras chirriaron al moverse y, por un instante, incluso el ruido de la cascada quedó ahogado por el estallido que se produjo al ser arrasada la isla por el primer embate de la riada.

Al cabo de unos segundos, el suelo dejó de temblar, el primer estallido de la crecida perdió intensidad hasta convertirse en un rugido controlado, como hace el borracho vocinglero cuando se percata de que tiene compañía. Sabriel se incorporó apoyándose en el trípode y abrió los ojos.

Las murallas habían aguantado y, pese a que la ola había pasado, las aguas del río continuaban bajando impetuosas a un palmo escaso de las defensas de la isla, tocando casi las puertas de los túneles en ambas orillas. No quedaba señal alguna de las pasaderas, ni del puente de cajones, ni de los muertos, ni de los vivos, sólo un ancho torrente de color marrón, cargado de todo tipo de desechos. Árboles, arbustos, restos de edificios, animales muertos, trozos de hielo: la riada se había cobrado su tributo a lo largo de todo su recorrido,

Sabriel contempló aquella prueba de destrucción y para sus adentros, contó los aldeanos que habían muerto atrapados en el puente de cajones. ¿Quién sabe cuántas vidas más se habían perdido, cuántas haciendas se habían visto amenazadas río arriba? Una parte de ella intentó justificar el uso de la riada, se decía que no había tenido más remedio que hacerlo para luchar contra los difuntos. Otra parte de ella le reprochaba el haber invocado la riada para salvar su propio pellejo.

Zapirón no tenía tiempo para retrospectivas, ni para duelos, ni para remordimientos de conciencia. La dejó mirar la escena, con la vista ausente, un instante, antes de avanzar con paso sigiloso y clavarle suavemente las garras en el chapín.

—¡Ay! ;Pero qué...?

—No hay tiempo para quedarse contemplando el panorama —le advirtió Zapirón—. Los enviados están preparando la papelonave en el lado oriental de la muralla. Hace ya media hora que tienen lista tu ropa y tu equipo.

—Me faltan... —comenzó a decir Sabriel y entonces recordó que se había dejado la mochila y los esquís al final del túnel de entrada, y que probablemente el mordicante los habría reducido a cenizas.

—Los enviados te han preparado cuanto vas a necesitar y, conociéndolos, algunas cosas que no te servirán de nada. Podrás vestirme, hacer los bártulos y partir para Belisaere. Supongo que vas a ir a Belisaere, ¿no?

—Sí —respondió Sabriel, cortante, al detectar cierta petulancia en el tono de Zapirón.

—¿Sabes cómo llegar hasta allí?

Sabriel guardó silencio. Zapirón ya sabía que le respondería que no. De ahí su petulancia.

—¿Tienes un..., esto..., un mapa?

Sabriel negó con la cabeza y apretó los puños, resistiendo las ganas inmensas de darle a aquel gato insolente un buen mamporro o un atinado tirón de la cola. Había buscado en el estudio e interrogado a varios enviados, pero el único mapa que existía en la casa parecía ser el de estrellas, que se guardaba en la torre. El mapa del que le había hablado el coronel Horyse debía de seguir en poder de Abhorsen. «En poder de mi padre», se corrigió Sabriel, tras confundir sus identidades. Si ella era ahora Abhorsen, ¿quién era su padre? ¿Habría tenido alguna vez un nombre que perdió tras aceptar la responsabilidad de ser Abhorsen? Días antes, su vida se presentaba segura y sólida, y ahora todo se derrumbaba. Ni siquiera sabía quién era, y los problemas la acuciaban por todos los flancos, incluso los supuestos siervos de Abhorsen como Zapirón daban la impresión de ser más un estorbo que una ayuda.

—¿Tienes algo positivo que decir, algo que me sirva de verdadera ayuda? —le espetó al felino.

Zapirón bostezó dejando ver una lengua rosada que parecía contener la esencia misma del desprecio.

—Pues sí, ya que lo preguntas. Conozco el camino, de modo que será mejor que te acompañe.

—¿Me vas a acompañar? —preguntó Sabriel, realmente sorprendida. Abrió los puños, se agachó y le rascó la cabeza al gato entre las orejas, hasta que el animal se apartó de ella.

—Alguien tiene que cuidarte —le explicó Zapirón—. Al menos hasta que te hayas convertido en una verdadera Abhorsen.

—Gracias —dijo Sabriel—. Pero creo que sigo necesitando un mapa. Dado que conoces tan bien el país, ¿podrías describírmelo para hacerme un mapa, un esquema o algo así?

Zapirón tosió como si de pronto se hubiese atragantado con una bola de pelo, y echó la cabeza ligeramente hacia atrás.

—¿Tú vas a dibujar un mapa? Si realmente te hace falta uno, me parece que será más sensato que yo me ocupe de la cartografía. Baja al estudio y prepara un tintero y papel.

—Mientras consiga un mapa que me sirva, no me importa quién lo haga —observó Sabriel.

Bajó la escalera e inclinó la cabeza para contemplar cómo descendía Zapirón, pero sólo vio la trampilla abierta. El sarcástico maullido que le llegó desde abajo le indicó que el gato había conseguido, una vez más, pasar de un cuarto a otro sin necesidad de utilizar los medios convencionales.

—Papel y tinta —le recordó el morrongo y saltó sobre el escritorio con patas de dragón—. El papel, que sea grueso. Con la cara suave hacia arriba. No te preocupes por la pluma.

Sabriel siguió las instrucciones de Zapirón. Con resignada condescendencia, que rápidamente se transformó en genuina sorpresa, observó al gato inclinarse sobre la hoja de papel y proyectar sobre ella su extraña figura como si se tratara de una capa negra lanzada sobre la arena, mientras, muy concentrado, se pasaba la lengua rosada por el bigote. Zapirón dio la impresión de pensar un momento y acto seguido, tendió la zarpa y sacó una brillante uña de marfil. Con cuidado, mojó la uña en el tintero y empezó a dibujar. Al principio, sólo hizo un perfil con trazos rápidos y decididos, la demarcación de las principales características geográficas, luego se dedicó a la delicada tarea de añadir los lugares importantes y escribir sus nombres con una letra de trazos delgados e inseguros. Por último, indicó la casa de Abhorsen con un dibujo pequeñito, y después dio un paso atrás para admirar su obra y lamerse la tinta de la zarpa. Sabriel esperó unos segundos hasta estar segura de que había terminado y, acto seguido, espolvoreó arena secante sobre el papel, al tiempo que intentaba recordar todos los detalles, aprenderse las características físicas del Reino Antiguo.

—Ya lo mirarás luego —le dijo Zapirón al cabo de unos minutos, cuando se hubo limpiado la zarpa, pero Sabriel seguía inclinada sobre la mesa, con el mapa casi pegado a la nariz—. Tenemos prisa. Será mejor que vayas a vestirme para emprender viaje. Procura hacerlo rápido.

—Lo haré —sonrió Sabriel sin dejar de mirar el mapa—. Gracias, Zapirón.

En la habitación de Sabriel, los enviados habían desplegado una pila enorme de ropa y equipamiento. Cuatro de ellos esperaban para ayudarla a vestirse y organizarse. En cuanto puso un pie en la habitación, la rodearon, le quitaron el vestido que llevaba, la descalzaron y apenas le dio tiempo a desprenderse de la ropa interior cuando comprobó que unas manos fantasmales, obra de la magia del Gremio, le hacían cosquillas en los costados. No le quedó más remedio que aguantarse y dejar que le pusieran una camisa de fino algodón por la cabeza y un par de holgados calzones por las piernas. A continuación, le colocaron un blusón de lino, seguido de una túnica de cabritilla y unos pantalones bombachos de piel suave, reforzados con duras placas segmentadas a la altura de muslos, rodillas y espinillas, por no mencionar los fondillos muy acolchados, pensados, sin duda, para cabalgar.

Siguió una breve pausa y Sabriel la interpretó como que allí acababa todo, pero los enviados la habían dejado un momento para disponer las prendas que venían a continuación. Dos de ellos le enfundaron los brazos en una larga cota reforzada que se doblaba a los lados, mientras que los otros dos desataban unas botas con tachuelas y esperaban.

La cota no se parecía a ninguna de las prendas que Sabriel había llevado antes, incluido el camisote que se ponía en la escuela para las clases de artes marciales. Era tan larga como un camisote, con aberturas en la parte del falda que le llegaban a las rodillas y mangas con volantes en los puños, pero daba la impresión de estar formada por diminutas placas superpuestas, como las escamas de un pescado. No eran de metal, sino de una especie de cerámica o de piedra. Mucho más ligeras que el acero y, a todas luces, muy fuertes, tal como demostró uno de los enviados que, al tratar de cortarlas con una daga, sólo consiguió hacer saltar chispas que no produjeron en ellas un solo rasguño.

Sabriel creyó que con las botas quedaba completo su atuendo; se equivocó. Mientras dos de los enviados le ataban los cordones, los otros dos volvieron a entrar en acción. ..Uno levantó en el aire algo parecido a un turbante a rayas azules y plateadas; Sabriel los obligó a bajarlo a la altura de los ojos y descubrió que se trataba de un yelmo envuelto en una tela, y que estaba hecho del mismo material que la armadura.

El otro enviado agitó una sobrevesta de un azul profundo y brillante, cubierta de bordados de llaves plateadas que soltaban mil destellos al contacto con la luz. Agitó la sobrevesta de aquí para allá antes de ponérsela por la cabeza a Sabriel y arreglarle los pliegues con ademán de experto. Sabriel pasó la mano sobre la prenda de seda y, con disimulo, trató de romperla por un extremo, pero, pese a la aparente fragilidad del género, no lo consiguió.

Por último le trajeron el cinto de la espada y la bandolera con las campanas. Los enviados no intentaron colocárselos. Sabriel se los ajustó y arregló cuidadosamente las campanas y la vaina al tiempo que notaba el peso familiar de las campanas sobre el pecho y la espada pendiendo a su costado. Se puso delante del espejo y al ver su propia imagen se sintió satisfecha y atribulada a la vez. Tenía aspecto de persona preparada, profesional; parecía una viajera capaz de cuidarse sola. Al mismo tiempo, se parecía cada vez menos a alguien llamada Sabriel y más al Abhorsen, con mayúscula incluida.

De haber sido por ella, habría seguido mirándose un rato más, pero los enviados le tiraron de la manga y la obligaron a fijarse en la cama. Sobre ella yacía abierta una mochila de cuero, y mientras Sabriel observaba, los enviados terminaron de guardar en ella la ropa vieja, incluido el impermeable de su padre, la ropa interior sobrante, la túnica y los pantalones, así como cecina y galletas, una botella de agua y varios

morrales pequeños llenos de cosas útiles; los enviados se encargaron de abrirlos con mucha dificultad para enseñarle el contenido: un telescopio, fósforos de azufre, un yesquero con mecanismo de relojería, hierbas medicinales, anzuelos y sedal, un costurero e infinidad de pequeños utensilios. Los tres libros de la biblioteca y el mapa iban envueltos en tela impermeable y metidos en un bolsillo exterior.

Con la mochila puesta, Sabriel intentó realizar los movimientos básicos y comprobó, aliviada, que la armadura no la estorbaba demasiado, casi nada, en realidad, aunque en caso de verse obligada a luchar, prefería no tener que cargar con la mochila. Llegaba incluso a tocarse la punta de los pies, y así lo hizo, varias veces, antes de incorporarse y dar las gracias a los enviados.

No pudo hacerlo, habían desaparecido. Quedaba Zapirón, que avanzaba hacia ella, misterioso y acechante, desde el centro de la habitación.

—Y bien, estoy lista —anunció Sabriel.

Zapirón no le contestó, se sentó a sus pies, arqueó el lomo y estiró el cogote como si se dispusiera a vomitar. Sabriel se apartó, asqueada, luego se detuvo al comprobar que el gato expulsaba por la boca un pequeño objeto metálico que caía al suelo.

—Casi lo olvidaba —dijo Zapirón—. Si tengo que acompañarte, necesitarás esto.
:

—De algo antiguo —respondió Zapirón, enigmático—. Lo sabrás cuando precises utilizarlo. Póntelo. —¿De qué se trata? —preguntó Sabriel al tiempo que se agachaba para recoger un anillo, un pequeño anillo de plata con un rubí engarzado entre dos garras plateadas que sobresalían del aro.

Sabriel lo miró atentamente y sosteniéndolo con dos dedos, lo puso en la luz. Al tacto y a la vista resultaba bastante corriente. Ni la piedra ni el aro llevaban marcas del Gremio y tampoco parecía proyectar destellos ni un aura. Se lo puso.

Lo notó frío al deslizado por el dedo, y luego caliente, y de repente empezó a caer, a caer hasta el infinito, en un vacío sin principio ni fin. Todo desapareció, la luz, la materia. De repente, a su alrededor, estallaron miles de marcas del Gremio y sintió que la aferraban, detenían su caída libre hacia la nada y la impulsaban hacia arriba a toda velocidad, la devolvían a su cuerpo, al mundo de la vida y la muerte.

—Magia libre —dijo Sabriel mirando el anillo que le brillaba en el dedo—, Magia libre relacionada con el Gremio. No lo entiendo.

—Lo entenderás cuando tengas que usarlo —repitió Zapirón, como si se tratase de una lección que debía aprenderse de memoria. Y luego, con voz normal, añadió—: Hasta que llegue el momento, no te preocupes por el anilló. Anda, vamos, la papelonave está lista.

Capítulo 11

La papelonave descansaba sobre una especie de estrado hecho con planchas de pino recién serradas, que sobresalía por encima de la muralla oriental. Seis enviados se apiñaban alrededor del vehículo: lo estaban preparando para el vuelo. Sabriel levantó la cabeza para mirarlo mientras subía las escaleras; en su fuero interno notó una extraña sensación. Ella esperaba algo parecido al aparato que había comenzado a verse con frecuencia en Ancelstierre, una especie de biplano que había realizado un vuelo acrobático en la última jornada de puertas abiertas del Colegio Wyverley. Una artefacto con dos alas, un cuerpo y una hélice, aunque se esperaba que el motor fuera obra de la magia y no de la mecánica.

Sin embargo, la papelonave no se parecía a los aeroplanos ancelsierranos. Más bien recordaba una canoa con cola y alas de halcón. Los extremos eran afilados y en el centro llevaba incrustada la cabina de mando. Las alas se proyectaban a ambos lados de la canoa; eran largas, en forma de flecha, de aspecto muy endeble. La cola en cuña no ofrecía mejor aspecto.

Mientras subía los últimos escalones, a Sabriel se le terminó de caer el alma a los pies. Vio claramente el material con el que estaba construido y comprendió por qué el vehículo se llamaba así: todo el aparato estaba confeccionado con infinidad de hojas de papel pegadas con una especie de laminado. Pintado de color azul pastel, con bandas plateadas en el fuselaje y rayas del mismo tono a lo largo de las alas y la cola, tenía un aspecto muy decorativo, aunque no parecía demasiado apto para la navegación aérea. Sólo los ojos amarillos de halcón pintados en la proa puntiaguda daban a entender su capacidad para semejante proeza.

Sabriel volvió a echar un vistazo a la papelonave, apartó la vista y observó la cascada, allá a lo lejos. Alimentada por las aguas de la riada, ofrecía un aspecto más amenazante que de costumbre. Una nube de rocío se elevaba a varias decenas de metros por encima de su borde, una niebla rugiente que la papelonave debería atravesar al vuelo antes de surcar el cielo abierto. Sabriel no sabía siquiera si era impermeable.

—¿Con qué frecuencia ha volado antes esta..., esta cosa? —preguntó, nerviosa. Comprendía y aceptaba con la mente que pronto estaría sentada dentro de aquella nave para ser lanzada hacia las aguas de la cascada, pero el subconsciente y el estómago le decían que lo sensato era permanecer en tierra.

—Con mucha frecuencia —contestó Zapirón y, como si nada, saltó del estrado a la cabina de mando. El eco de su voz flotó un momento en el aire, hasta que volvió a asomar el morro peludo por el borde—. La Abhorsen que la construyó en su día hizo un vuelo de ida y vuelta al mar en una sola tarde. Si bien es verdad que se trataba de una bruja experta en cuestiones meteorológicas, capaz de dominar las corrientes de

aire. Supongo que tú no...

—Pues no —dijo Sabriel, consciente de esa otra laguna en su educación. Sabía que la magia eólica se componía en su mayor parte de marcas del Gremio silbadas, pero nada más—. No sé.

—En fin —prosiguió Zapirón, tras pensar un rato—, la papelonave dispone de algunos encantamientos sencillos que permiten utilizar las corrientes de aire. Tendrás que silbarlos, eso sí. Silbar sí sabes, supongo.

Sabriel no le hizo caso. Todos los nigromantes debían estar dotados de sentido musical y saber silbar, tararear y cantar. Si quedaban atrapados en el Reino de la Muerte sin sus campanillas y sus instrumentos de magia, sus habilidades vocales eran el último recurso.

Llegó un enviado, agarró la mochila, la ayudó a quitársela de la espalda y la depositó en la parte trasera de la cabina de mando. Otro tomó a Sabriel del brazo y la condujo hasta algo parecido a una hamaca de cuero colgada de través en la cabina; era evidente que se trataba del asiento del piloto. Tampoco tenía un aspecto excesivamente seguro, pero Sabriel hizo de tripas corazón y se subió, después de entregar la espada envainada a otro de los enviados.

Para su sorpresa, al apoyar los pies en el suelo no consiguió traspasar el papel laminado. El material se notaba incluso sólido y seguro, y después de unos instantes de contorsiones, balanceos y ajustes, la hamaca resultó muy cómoda. Dispusieron la espada y la vaina en un receptáculo colocado a su lado y Zapirón ocupó su puesto en lo alto de las correas que sujetaban la mochila, justo encima de los hombros de Sabriel, pues el asiento la obligaba a inclinarse hasta quedar casi acostada.

Desde su nueva postura, Sabriel descubrió un espejito ovalado de cristal azogado, justo por debajo del borde de la cabina de mando. Los últimos rayos de sol de la tarde le arrancaron destellos y la muchacha notó que el espejo resonaba por obra de la magia del Gremio. Aquel espejito tenía algo que la impulsó a empañarlo con el aliento caliente. Quedó nublado durante un momento y, acto seguido, en él apareció despacio una marca del Gremio, como si un dedo fantasmal estuviera dibujando en el cristal empañado.

Sabriel lo observó con atención, tratando de comprender su finalidad y sus efectos. Le indicaba las marcas que seguirían: marcas para avivar los vientos ascendentes, marcas para descender deprisa, marcas para convocar a los vientos de todos los puntos de la rosa náutica. Había otras marcas relacionadas con la papelonave, Sabriel se las aprendió y comprobó que los encantamientos de la magia del Gremio se superponían en toda la nave. La Abhorsen que la construyó había tenido que trabajar mucho y con mucha dedicación para crear algo que se parecía más a un ave mágica que a un avión.

Pasó el tiempo y la última marca se desvaneció. El espejo ya no estaba empañado

y volvió a ser una vez más un trozo de cristal azogado que brillaba al sol. Sabriel se quedó sentada y en silencio mientras memorizaba las marcas del Gremio y se sorprendía del poder y la habilidad que habían permitido construir la papelonave e idear esa forma de instrucción. Tal vez algún día, ella también alcanzaría la maestría suficiente para crear algo parecido.

—¿Quién era la Abhorsen que construyó esta nave? —preguntó Sabriel—. ¿Tenía algún parentesco conmigo?

—Era una prima lejana tuya —le ronroneó Zapirón al oído—. La prima de la abuela de tu tatarabuela. La última de esa rama de la familia. No tuvo hijos.

Tal vez la papelonave fue su hijo, pensó Sabriel, pasando la mano por la suave superficie del fuselaje y notando las marcas del Gremio inactivas sobre el material. Se sentía mucho más animada ante la perspectiva del vuelo inminente.

—Será mejor que nos demos prisa —sugirió Zapirón—. Pronto se hará de noche. ¿Has memorizado ya las marcas?

—Sí —contestó Sabriel, decidida.

Se dirigió a los enviados que, formados en fila detrás de las alas, sujetaban la papelonave a la espera del momento de lanzarla al aire. Sabriel se preguntó cuántas veces habrían realizado esa tarea y para cuántos Abhorsen.

—Gracias —les dijo—. Por vuestra amabilidad y vuestras atenciones. Hasta la vista.

Tras pronunciar esas últimas palabras, se acomodó otra vez en el asiento hamaca, se agarró al borde de la cabina de mando con ambas manos y silbó las notas del viento ascendente al tiempo que se representaba mentalmente la serie correspondiente de marcas del Gremio y las sentía deslizarse por la garganta, pasar a los labios y de ahí salir al aire.

El silbido de Sabriel sonó alto y claro, y de inmediato, en consonancia con aquel sonido, empezó a soplar un viento que se iba haciendo más y más fuerte a medida que Sabriel exhalaba. La muchacha aspiró hondo y emitió un alegre trino. Como un pájaro que se deleita al volar, las marcas del Gremio salían de entre los labios entrecerrados envolviendo a la papelonave. El silbido hizo que la pintura azul y plateada cobrara vida y comenzara a bailar por todo el fuselaje, recorriendo las alas corno si se tratase de un plumaje reluciente. La nave toda se estremeció y cobró flexibilidad, como dispuesta a emprender el vuelo.

El alegre trino concluyó en una única nota, larga y clara, y en una marca del Gremio que brilló como el sol. Salió bailando hacia la proa de la papelonave y se hundió en el laminado. Segundos después, los ojos amarillos parpadearon, fieros y orgullosos, y miraron hacia lo alto del firmamento.

Los enviados luchaban por mantener la papelonave en su sitio. Con ímpetu cada vez mayor, el viento esponjaba el plumaje azul plateado y lo empujaba hacia delante.

Sabriel notó la tensión de la papelonave, la fuerza contenida de sus alas, el júbilo de ese último instante en que la libertad se huele cercana.

—¡Soltadla! —gritó y los enviados obedecieron.

La papelonave se lanzó en brazos del viento y se elevó en el aire surcando la nube de rocío de la cascada como si no fuese otra cosa que un aguacero primaveral y salió a cielo abierto sobre el ancho valle.

Allá en lo alto, a trescientos metros del suelo, todo estaba tranquilo y hacía frío. La papelonave planeó con soltura, impulsada por un viento de cola; el cielo estaba despejado, apenas se veían algunas nubes como pinceladas. Sabriel se reclinó en el asiento hamaca, ya más tranquila, y mentalmente fue repasando las marcas del Gremio que había aprendido hasta estar segura de tenerlas bien catalogadas. Se sentía libre y limpia, como si los peligros de los últimos días hubiesen sido suciedad que el viento se encargaba de lavar.

—Vira más al norte —ordenó de pronto Zapirón, a sus espaldas; aquella orden puso fin a su ánimo despreocupado—. ¿Te acuerdas del mapa?

—Sí —respondió Sabriel—. ¿Seguimos el curso del río? Es el río Renegado, ¿no? Va hacia el noreste casi todo el rato.

Zapirón no contestó enseguida, aunque Sabriel oyó que le ronroneaba en la nuca y le echaba el aliento. Daba la impresión de que estaba pensando. Al fin contestó:

—¿Por qué no? Podemos seguir su curso hasta el mar. Desemboca en un delta donde encontraremos una isla para pasar la noche. —¿Por qué no seguimos volando? —inquirió Sabriel alegremente—. Podríamos llegar a Belisaere mañana por la noche siempre y cuando consiga invocar a los vientos más fuertes.

—A la papelonave no le gusta volar de noche —dijo Zapirón, cortante—. Por no mencionar el hecho de que, con toda seguridad, perderías el control de los vientos más fuertes. Al principio, es más difícil de lo que parece. Además, la papelonave llama demasiado la atención. ¿Es que has perdido el sentido común, Abhorsen?

—Lláname Sabriel —contestó la muchacha, igual de cortante que el gato—. Mi padre es el Abhorsen.

—Como ordenes, mi señora —contestó Zapirón. Y ese «mi señora» sonó de lo más sarcástico.

La siguiente hora transcurrió sumida en un silencio beligerante, aunque con la novedad del vuelo, a Sabriel no tardó en pasársele la rabieta. Le encantaba la perspectiva que tenía ante sus ojos, ver los campos y los bosques de allá abajo como un inmenso centón, la cinta oscura del río, pequeñas edificaciones desperdigadas. Desde esa altura todo se presentaba muy pequeño y perfecto.

El sol comenzó a ponerse y pese a que su luz moribunda lo teñía todo de un bonito color rojo que hacía aún más hermosa la vista aérea, Sabriel notó las ganas de descender de la papelonave, sintió que los ojos amarillos se clavaban en la tierra

verde más que en el cielo azul. A medida que las sombras se iban extendiendo, a Sabriel la asaltó el mismo deseo y también comenzó a mirar hacia abajo.

El río se dividía en miles de arroyos y brazos que iban a formar el pantanoso delta del Renegado; a lo lejos, Sabriel alcanzó a ver la masa oscura del mar. El delta era una maraña de islas, algunas grandes como campos de fútbol, cubiertas de árboles y arbustos, otras, de apenas un par de brazas de barro. Sabriel eligió una de tamaño medio, un rombo plano, cubierto de hierba no muy larga, de color amarillo, situada varias leguas más adelante y, acto seguido, silbó para invocar al viento descendente.

Poco a poco, el viento fue perdiendo intensidad, igual que el silbido de Sabriel, y la papelonave comenzó a bajar, ladeándose primero a la derecha, luego a la izquierda, como consecuencia del control de la muchacha y de la propia inclinación de las alas. Los ojos amarillos de la papelonave y los castaños oscuro de Sabriel estaban fijos en el suelo, allá abajo. Sólo Zapirón, por ser quien era, miraba hacia atrás y hacia arriba.

Pese a ello, no vio a sus perseguidores hasta que surgieron de la nada, como escupidos por el mismo sol, por lo que el maullido de advertencia del felino dio poco tiempo, apenas unos minutos, para que Sabriel pudiera volverse y descubrir cientos de siluetas velocísimas que se abalanzaban sobre ellos. La reacción de la muchacha fue instintiva; con los labios apretados, conjuró mentalmente las marcas del Gremio, silbó para que el viento volviera a elevarlos en dirección al norte.

—¡Cuervos sanguinarios! —siseó Zapirón, al comprobar que las siluetas aleteantes frenaban el descenso y daban la vuelta para perseguir a la presa que súbitamente había vuelto a la vida.

—Sí —gritó Sabriel, pese a no estar demasiado segura de por qué contestaba.

Fijó la atención en los cuervos sanguinarios e intentó calcular si la interceptarían o no. Notó entonces que el viento ponía a prueba su control de la nave, y tal como había profetizado Zapirón, si lo azuzaba aún más, los resultados podían ser desagradables. Al mismo tiempo, notaba la presencia de los cuervos sanguinarios, sentía la mezcla de magia libre y muerte que daba vida a sus esqueléticas y putrefactas siluetas.

Expuestos al sol y al viento, los cuervos sanguinarios no duraban demasiado; los que la estaban atacando debían de haber sido creados la noche anterior. Un nigromante había atrapado unos cuantos cuervos corrientes y molientes, les había quitado la vida en una ceremonia ritual, antes de meter en sus cuerpos el espíritu roto y fragmentado de una sola persona muerta. Eran ahora auténticas aves carroñeras, aves guiadas por una inteligencia única y poco brillante. Volaban gracias a la fuerza de la magia libre y mataban gracias a la fuerza de su número.

Pese a que invocó el viento a toda prisa, la bandada continuaba acercándose rápidamente. Había descendido desde muy alto y mantenía la velocidad de vuelo mientras el viento arrancaba plumas y pedazos de carne podrida de sus huesos, obra

de los hechizos.

Sabriel consideró un instante la posibilidad de dirigir la papelonave hacia el centro mismo de aquella bandada de cuervos asesinos, como si se tratase de un ángel vengador, armada de espada y campanas. Pero eran demasiados para luchar contra ellos, sobre todo desde un aparato que volaba a varios metros del suelo. Bastaba una estocada asestada con más ímpetu del necesario para provocar una fatal caída, y eso siempre y cuando los cuervos sanguinarios no la mataran antes de acabar estampada contra el suelo.

—¡Tendré que invocar un viento más fuerte! —le gritó a Zapirón, que se había sentado en lo alto de la mochila de Sabriel y, con el pelo todo erizado, maullaba amenazas a los cuervos.

Los pajarracos se acercaban cada vez más, volando en perfecta formación, en dos largas líneas, como brazos tendidos, dispuestos a arrancar del cielo a la papelonave. Durante el descenso en picado habían perdido gran parte del negro plumaje y sus blancos huesos relucían bajo los últimos rayos de sol. Sin embargo, sus picos afilados conservaban el oscuro tono brillante y Sabriel alcanzó a ver en las cuencas vacías de sus ojos el destello rojizo del fragmentado espíritu muerto.

Zapirón no le contestó. Probablemente porque su voz había quedado ahogada por sus maullidos y el graznido de los cuervos sanguinarios que se encontraban ya cerca, dispuestos a atacar, y proferían unos chillidos huecos y tan espectrales como sus cuerpos.

Sabriel estuvo a punto de dejarse vencer por el pánico, notó los labios secos y no podía fruncirlos, pero se los humedeció y el silbido salió despacio, desafinado. Las marcas del Gremio se le mezclaban en la cabeza, ordenarlas le costaba un esfuerzo tan grande como cuando empujas un enorme fardo cuesta arriba, pero perseveró y al fin consiguió que salieran con facilidad y fluyeran a través de las notas silbadas.

A diferencia de sus anteriores invocaciones, más medidas, este viento llegó con la velocidad de un portazo, y aullando detrás de ellos con una violencia inquietante, levantó la papelonave y la impulsó hacia adelante como una gigantesca ola que levantara una frágil barca. De repente, avanzaban a tanta velocidad que Sabriel apenas alcanzaba a distinguir el suelo, y las islas del delta se convirtieron en una gran mancha que pasaba raudamente ante su mirada.

Entornó los ojos, volvió la cabeza hacia atrás y el viento la abofeteó en toda la cara. Los cuervos sanguinarios estaban por todas partes, habían abandonado la formación y eran como manchitas negras sobre el fondo rojizo del atardecer. Aleteaban sin orden ni concierto, tratando de reunirse otra vez, pero la papelonave ya se encontraba a más de una legua de distancia. Era prácticamente imposible que la alcanzaran.

Sabriel suspiró aliviada, pero aquel suspiro iba cargado de nuevas angustias. El

viento los impulsaba a una velocidad tremenda, y comenzaba a rolar hacia el norte, y se suponía que debía ser así. Sabriel vio titilar las primeras estrellas, estaba claro que se dirigían hacia la hebilla del Gigante Cazador.

Le costó muchísimo volver a invocar las marcas del Gremio y silbar el encantamiento que haría amainar el viento virándolo hacia el este, pero Sabriel lo consiguió.—Por desgracia, el encantamiento no funcionó, el viento se hizo más fuerte y roló más hasta impulsarlos hacia el Cinturón de Orion, directamente al norte.

Sabriel se agachó en el interior de la cabina de mando; con los ojos llorosos, la nariz moqueando y la cara helada hizo acopio de fuerzas para impulsar las marcas del Gremio hacia el viento. Incluso a ella, el silbido le sonó débil y las marcas del Gremio volvieron a desvanecerse en medio de un vendaval en toda regla. Sabriel comprendió entonces que había perdido por completo el control.

De hecho, daba la impresión de que el hechizo tenía el efecto contrario, porque el viento sopló con tanta fuerza que elevó en espiral a la papelonave, como si se tratara de una pelota lanzada de mano en mano por un corro de gigantes, a cual más alto que el anterior. Sabriel se sintió mareada y le entró mucho frío; empezó a quedarse sin aliento e intentó respirar despacio, para mantenerse con vida. Trató de calmar a los vientos, pero como le costaba respirar, no consiguió silbar y las marcas del Gremio se negaban a acudir a su mente, hasta que no le quedó más remedio que aferrarse con desesperación a las correas del asiento hamaca mientras la papelonave hacía todo lo posible para capear el temporal.

Entonces, sin previo aviso, el viento interrumpió su danza ascendente. Sencillamente descendió y con él cayó la papelonave. Sabriel se vio impulsada hacia arriba, las correas se tensaron de repente, y Zapirón clavó las uñas en la mochila en un intento por no ser expulsado del aparato. Ante el vuelco inesperado de los acontecimientos, Sabriel se olvidó del cansancio. Intentó silbar para invocar el viento ascendente, pero éste también escapaba a su poder. La papelonave parecía incapaz de detener la caída en picado. Fue cayendo más y más, con el morro inclinado, hasta quedar casi vertical, como cae el martillo sobre el yunque.

La caída era eterna. Sabriel lanzó un solo grito, luego intentó infundirle a la papelonave parte de la fuerza que le daba el miedo. Las marcas fluían en su silbido sin más efecto que una chispa dorada que iluminó un instante su rostro pálido y helado por el viento. El sol se había ocultado del todo en el horizonte y la negra masa del suelo se parecía demasiado al río gris de la muerte, el río que sus espíritus cruzarían al cabo de pocos minutos, para no regresar jamás a la cálida luz de la vida.

—Aflójame el collar —maulló una voz al oído de Sabriel, y acto seguido, la muchacha notó que Zapirón le iba clavando las uñas en la armadura hasta instalarse en su regazo—. ¡Aflójame el collar!

Sabriel miró primero al gato, luego el suelo, luego el collar. Se sentía atontada,

falta de oxígeno, incapaz de decidir. El collar formaba parte de un antiguo vínculo, era un terrible guardián con un tremendo poder. Sólo debía usarse para poner trabas a un mal indescriptible o una fuerza incontrolable.

—¡Confía en mí! —aulló Zapirón—. ¡Aflójame el collar y acuérdate del anillo!

Sabriel tragó saliva, cerró los ojos, intentó desabrochar el collar y rogó no estar equivocándose. «Perdóname, padre», pensó, pero no sólo le hablaba a su padre, sino a todos los Abhorsen que la habían precedido, en especial, al que había confeccionado el collar hacía tantos años.

Por sorprendente que pareciera en un hechizo tan antiguo, notó poco más que unos ligeros pinchazos cuando el collar se aflojó. Acto seguido se abrió y se volvió pesado, como una cuerda de plomo o unos grilletes con sus cadenas. Sabriel estuvo a punto de dejarlo caer, aunque el collar se volvió ligero otra vez, frágil. Cuando Sabriel abrió los ojos, el collar había dejado de existir.

Zapirón seguía ovillado e inmóvil en su regazo, como si en él nada hubiera cambiado hasta que de pronto comenzó a brillar con una luz interior y a crecer hasta que su contorno se desdibujó y la luz fue haciéndose más y más grande. Segundos después, nada quedaba de la felina silueta, sólo un fulgor tan intenso que resultaba imposible fijar en él la vista. El fulgor pareció vacilar un instante y Sabriel sintió que fluctuaba entre dos polos opuestos; por una parte, quería atacarla y por otra no se decidía a hacerlo, como si una lucha interior se lo impidiera. La intensa luz volvió a tomar forma de gato y poco después se partió en cuatro haces de un blanco eneguedor. Uno de ellos salió raudo hacia la proa, otro hacia la popa y dos más en dirección a las alas.

La papelonave brilló con una luz blanca, como de mil soles, y de repente, detuvo en seco su caída en picado y se enderezó. Sabriel fue despedida con violencia hacia delante, y las correas impidieron lo peor, pero su nariz fue a golpear contra el espejo plateado mientras los músculos del cuello se le tensaban por el esfuerzo de mantener la cabeza firme en su sitio.

Pese a la repentina mejora de la situación, continuaron cayendo. Sujetándose fuertemente el cuello dolorido con las manos, Sabriel comprobó que el suelo se elevaba a toda velocidad hasta llenar el horizonte. Debajo de ellos comenzaron a aparecer las copas de los árboles; saturada de aquella extraña luz, la papelonave pasó rozando las ramas altas produciendo un sonido como el del granizo al golpear un tejado de chapas. A continuación, volvieron a descender, a metros escasos de una zona con aspecto de campo abierto, pero a demasiada velocidad para aterrizar sin peligro de desastre total.

Zapirón, o la cosa rara en la que se había convertido, volvió a frenar la papelonave con una serie de toques vibrantes que le añadieron más magulladuras a las ya existentes. Por primera vez, Sabriel sintió el increíble alivio de saber que

sobrevivirían. Una frenada más y la papelonave aterrizaría sana y salva y patinaría durante un trecho sobre la hierba tierna del campo.

Zapirón frenó y Sabriel cantó victoria al notar que la papelonave posaba suavemente la barriga sobre la hierba y se deslizaba hacia lo que parecía que iba a ser un aterrizaje perfecto. El grito de alegría dio paso a otro de alarma cuando la hierba se partió en dos dejando al descubierto el borde de un enorme agujero al que iban a parar de cabeza.

La papelonave, al verse a tan poca altura y con tan poca velocidad para sobrevolar el agujero de unos cincuenta metros de ancho, llegó hasta el borde, cayó dentro e inició un descenso en espiral de muchísimos metros, hasta el fondo.

Capítulo 12

Sabriel recobró el conocimiento de a poco y tardó un buen rato en volver a tener pleno dominio de sus sentidos. En primer lugar recuperó el oído, que le permitió percibir únicamente su propia respiración entrecortada y los crujidos de la cota de malla cuando intentó incorporarse. La vista se le resistía y sintió pavor de quedarse ciega, hasta que recobró la memoria. Era de noche y se encontraba en el fondo de un pozo airón, un hoyo profundo cavado en la tierra, obra de la naturaleza o el artificio. La breve inspección que hizo de él mientras caían le permitió adivinar que tendría unos cincuenta metros de diámetro y unos cien de profundidad. Con toda probabilidad, cuando amaneciera, la luz del día iluminaría aquel oscuro abismo, porque la de las estrellas no era suficiente.

A continuación sintió dolor, un dolor punzante que acompañó la recuperación de la memoria. Notaba el cuerpo cubierto de morados, aunque ninguna herida grave. Movié los dedos de los pies y de las manos, estiró brazos, espalda y piernas. Le dolían, pero todo parecía funcionar.

Recordó vagamente los últimos segundos previos al impacto: Zapirón, o la fuerza blanca, consiguieron frenarlos antes de tocar el suelo, pero el instante mismo del impacto tal vez no llegó a ocurrir nunca, porque no se le había quedado grabado. Cosa del shock, pensó entonces, en abstracto, casi como si estuviese diagnosticando a otra persona.

El siguiente pensamiento que le vino a la cabeza llegó al cabo de un rato, y con él, descubrió que tal vez había vuelto a desmayarse. En este despertar, se sintió algo más espabilada, su mente tomó, por así decirlo, un poco de aire para sacarla de aquella calma chicha mental. Se palpó en la oscuridad, desató las correas y comprobó si tenía la mochila a mano. En el estado en que se encontraba, quedaban descartados todos los hechizos del Gremio, incluso los más sencillos como los destinados a hacer luz, pero en la mochila llevaba velas, cerillas y el yesquero con mecanismo de relojería.

Cuando la cerilla se encendió, a Sabriel se le fue el alma a los pies. El pequeño globo de luz amarillenta y vacilante le permitió confirmar que sólo la parte central de la cabina de mando de la papelonave había sobrevivido y que era el triste cadáver azul plateado de la que había sido una maravillosa creación. Sus alas estaban rotas y arrugadas bajo el cuerpo, y toda la zona del morro se encontraba a varios metros de distancia, completamente seccionada. Un ojo miraba hacia arriba, al redondel por el que asomaba un trozo de cielo, pero había perdido el fulgor, la fiereza y la vida. No era más que pintura amarilla y papel laminado.

Sabriel contempló el desastre mientras la pena la iba carcomiendo por dentro, hasta que la cerilla le quemó los dedos. Encendió otra y después una vela, y así consiguió más luz y abarcar con la vista un mayor radio.

Los trozos de la papelonave estaban desperdigados por una amplia zona abierta. Haciendo un esfuerzo enorme y gimiendo de dolor, Sabriel se incorporó en el interior de la cabina de mando para echar un vistazo más atento.

Descubrió que la zona llana era obra del hombre, losas cuidadosamente dispuestas. Entre las piedras, la hierba estaba alta, y sobre ellas se habían formado líquenes, de manera que hacía tiempo que las habían colocado. Sabriel se sentó sobre las piedras frías y se preguntó a quién se le habría ocurrido la idea de colocarlas en el fondo de un pozo airón.

Aquello fue como un sacudón para su mente obnubilada y dio paso a una ristra de preguntas de lo más variadas. Por ejemplo, ¿dónde había ido a parar la fuerza que en otros tiempos había sido Zapirón? ¿Y qué era esa fuerza? Entonces se acordó que debía buscar la espada y comprobar las campanas.

El yelmo envuelto en un paño que llevaba en la cabeza se había movido de sitio quedando la parte de atrás hacia delante. Lo giró despacio y notó en el cuello tieso incluso los movimientos más leves.

Con unas gotitas de cera tibia, pegó la primera vela en el suelo; a rastras sacó la mochila y las armas de la zona del desastre y encendió otras dos velas. Colocó una al lado de la primera, la otra la llevó consigo para iluminarse y se paseó entre los restos de la papelonave para comprobar si encontraba alguna señal de Zapirón. Cuando llegó a la proa cercenada de la nave, acarició suavemente los ojos y deseó poder cerrarlos.

—Lo lamento —susurró—. A lo mejor, algún día, consiga construir otra papelonave. Debería haber otra para perpetuar tu nombre.

—¿A qué viene tanto sentimentalismo, Abhorsen? —preguntó una voz, a sus espaldas, una voz que conseguía parecerse a la de Zapirón aunque no era del todo como la de él. Era más fuerte, más ronca, menos humana, y las palabras sonaban como chisporroteos, los mismos que emitían los generadores eléctricos utilizados en las clases de ciencias del Colegio Wyverley.

—¿Dónde estás? —preguntó Sabriel, volviéndose rápidamente.

La voz había sonado cerca, pero dentro del cono de luz de la vela no había nada visible. Levantó más la vela y la cambió a la mano izquierda.

—Aquí —insistió la voz burlona.

Sabriel vio salir unas lenguas de fuego blanquecinas de debajo de los restos del fuselaje, unas lenguas que a su paso fueron prendiendo el papel laminado hasta que, al cabo de un segundo, la papelonave ardió con fuerza y las llamas amarilíorojizas bailotearon bajo una espesa nube de humo blanco que ocultaban cuanto salía de la nave siniestrada.

Dentro de Sabriel no se agitó ninguno de los sentidos de la muerte; no obstante, la muchacha percibió el hedor de la magia libre: penetrante, anormal, crispaba los

nervios y contaminaba el olor del humo natural. Entonces volvió a ver las lenguas de fuego blanquecinas. Se elevaban, se unían, enfurecidas. De la pira funeraria de la papelonave surgió una criatura resplandeciente, de intensos tonos azules y blancos.

Sabriel no podía mirarla directamente; se protegió los ojos con el brazo y espió como pudo. Descubrió algo con forma humana, más alto que ella, y tan delgado que estaba en los huesos. Carecía de piernas, el torso y la cabeza hacían equilibrio sobre una columna, una especie de torbellino de gran fuerza.

—No te costará nada, salvo el precio en sangre —dijo avanzando. La voz había perdido toda similitud con la de Zapirón y bajo el crepitar del fuego sonaba amenazante.

Sabriel no tuvo ninguna duda de a qué se refería con lo del precio en sangre ni sobre quién lo pagaría. Haciendo acopio de las pocas energías que le quedaban, invocó tres marcas del Gremio y las visualizó mentalmente con nitidez para lanzarlas hacia aquella cosa al tiempo que gritaba sus nombres. —¡Anet! ¡Calew! ¡Ferhan!

Mente y voz se unieron y las marcas salieron despedidas de su mano convertidas en cuchillas de plata que surcaron el aire a mayor velocidad que cualquier daga, y atravesaron la figura reluciente, aparentemente sin efecto alguno.

La cosa soltó una carcajada, una serie de sonidos entrecortados, como los gañidos de un perro que se duele, y se deslizó hacia delante perezosamente. Su lánguido movimiento parecía anunciar que acabaría con Sabriel con la misma facilidad con la que había quemado la papelonave.

La muchacha desenfundó la espada y retrocedió, decidida a no asustarse como cuando se había enfrentado al mordicante. Echó la cabeza hacia atrás y hacia delante, olvidado ya el dolor del cuello, y comprobó el terreno a sus espaldas sin dejar de apuntar a su contrincante. La cabeza le funcionaba a mil por hora mientras iba analizando las posibilidades. Tal vez si tañía una de las campanas... Pero para eso tendría que soltar la vela. ¿Acaso podía contar con que la presencia ardiente de la criatura le iluminara el camino?

Como si acabara de leerle el pensamiento, la criatura comenzó a perder brillo y su cuerpo vertiginoso absorbió la oscuridad como una esponja que chupa tinta. Segundos más tarde, Sabriel apenas alcanzaba a distinguir la espantosa silueta iluminada desde atrás por el fulgor anaranjado de los restos ardientes de la papelonave.

La muchacha intentó desesperadamente recordar lo que sabía de elementos y embrujos de magia libre. Su padre rara vez los había mencionado y la magistrix Greenwood apenas había tratado el tema en sus clases. Sabriel conocía hechizos vinculantes para dos seres pertenecientes a las familias inferiores de la magia libre, pero la criatura ante la que se encontraba no era ni Margrue ni Stilken.

—Sigue pensando, Abhorsen —rió la criatura sin dejar de avanzar—. Lástima

que la cabeza no te funcione tan bien.

—Me ahorras tener que pensar eternamente —contestó Sabriel, cautelosa.

Después de todo, aquella cosa había frenado la papelonave, de modo que posiblemente todavía había en ella algo bueno, algún resto de Zapirón que, con suerte, conseguiría hacer resurgir.

—El sentimiento —contestó la cosa sin dejar de deslizarse hacia delante.

Volvió a reír a carcajadas y un brazo negro, enroscado como el zarcillo de una planta, se proyectó de repente en el aire y golpeó a Sabriel en la cara.

—Un recuerdo, que ya no existe —añadió, mientras Sabriel trastabillaba después de encajar el golpe y levantaba la espada para esquivar el segundo.

A diferencia de los dardos de plata producto de su anterior encantamiento, el acero templado en las forjas del Gremio lograba hundirse en la carne antinatural de la criatura sin más efecto que el de sacudir el brazo de Sabriel.

Le empezó a sangrar la nariz, un hilillo tibio y salado que le mojó los labios cortados por el viento haciéndole notar un ardor. Intentó pasar por alto la sensación y aprovechó el dolor que le producía lo que a todas luces era una fractura del tabique nasal para desprenderse del aletargamiento y volver a pensar deprisa y con claridad.

—Sí, recuerdos, muchos recuerdos —prosiguió la criatura.

Comenzó a dar vueltas en círculos a su alrededor, obligándola a volver sobre sus pasos, hacia el fuego cada vez más débil de la papelonave. Las llamas se apagarían muy pronto y entonces reinaría la oscuridad, porque la vela de Sabriel se había convertido en una masa informe de cera con el pabilo chamuscado que terminó por caérsele de la mano.

—Milenios de servidumbre, Abhorsen. Encadenado mediante artimañas y traiciones..., cautivo en un repulsivo envoltorio de carne sin forma... pero voy a resarcirme, a cobrarme cuanto he perdido, despacio..., ¡muy, pero muy despacio!

Un zarcillo volvió a azotarla, esta vez por la parte de abajo, e intentó ponerle una zancadilla. Sabriel saltó por encima de él y con la espada en alto, lanzó una estocada al pecho de la criatura. Aquella cosa se hizo diestramente a un lado al tiempo que proyectaba más brazos que obligaron a Sabriel a dar un salto atrás, pero la alcanzaron en el aire, la envolvieron y tiraron de ella.

Con el brazo con que empuñaba la espada firmemente pegado a su costado, la criatura la apretó con más fuerza, hasta acercarla a su pecho. Entonces, la cara de la muchacha quedó a escasos centímetros de aquella carne en perpetuo movimiento, como si millones de diminutos insectos zumbaran detrás de una membrana de absoluta oscuridad.

Otro brazo la agarró por la parte trasera del yelmo obligándola a levantar la cabeza hasta ver la cara de aquel ser que la miraba desde lo alto. Se trataba de algo con una anatomía de lo más básica; sus ojos eran como el pozo airón, profundos, sin

fondo. Carecía de nariz y la boca le partía la horrenda cara en dos: era una boca entreabierta que dejaba ver ese fulgor ardiente, de luz azul blanquecina, que había utilizado al principio como carne.

La magia del Gremio desapareció de la mente de Sabriel. Su espada se hallaba atrapada, igual que las campanas, y aunque no lo estuvieran, no sabía cómo utilizarlas contra cosas que no estaban muertas. De todas maneras, hizo mentalmente un inventario rápido y desesperado en busca de algo que pudiera servirle.

Fue entonces cuando en su mente, cansada y aletargada por la conmoción, surgió la imagen del anillo. Lo llevaba en la mano izquierda, la que tenía libre, un aro de fría plata en el dedo índice.

El problema era que no sabía qué hacer con él; entretanto, la criatura comenzó a inclinarse cada vez más hacia ella, el cuello se le estiraba y se le estiraba, hasta que la cabeza estuvo muy cerca y adoptó la forma de serpiente empinada sobre ella, y la boca abierta de par en par dejaba ver un fulgor más y más enegrecedor y soltaba chispas al rojo vivo que caían sobre la cara y el yelmo de Sabriel quemando tela y piel allí donde se posaban, dejando pequeñas cicatrices como tatuajes. El anillo le bailaba en el dedo. Sabriel dobló instintivamente los dedos y el anillo bailó más, se le deslizó por el índice, se expandió y creció hasta que la muchacha notó sin necesidad de mirar que tenía en la mano un aro de plata ancho o más ancho que la delgada cabeza de la criatura. Entonces, de repente, tuvo una idea.

—Primero, te arrancaré un ojo —dijo la cosa, su aliento quemaba tanto como las chispas que soltaba y le achicharró la cara.

La cosa inclinó la cabeza hacia un lado y abrió la boca todavía más hasta que la mandíbula inferior se le dislocó.

Sabriel echó una última y atenta mirada, cerró con fuerza los ojos para protegerse del espantoso fulgor y lanzó el aro hacia arriba con la esperanza de ensartarlo en el cuello de aquella cosa.

Por un instante, cuando el calor aumentó y notó un dolor lacerante en el ojo, Sabriel pensó que había fallado. Entonces, el aro le fue arrancado de la mano y ella salió despedida, lanzada lejos como los pececillos que el pescador descarta con enfado.

Tirada otra vez sobre las frías losas, abrió los ojos, con el izquierdo veía borroso, lo tenía hinchado y lagrimeante, pero seguía en su sitio e intacto.

Había conseguido ensartar el aro en la cabeza de la cosa y ahora se le deslizaba por el cuello largo y sinuoso. El anillo se fue encogiendo otra vez a medida que se deslizaba, sin que los desesperados intentos de la criatura por arrancárselo pudieran impedirlo. La criatura tenía seis o siete manos que le salían de los hombros, y todas lanzaban golpes sin ton ni son, intentaban colar un dedo entre el anillo y el cuello. El metal parecía inmune a la sustancia de la que estaba hecha la criatura, y como

hacemos todos al querer sujetar un recipiente muy caliente, los dedos de aquella cosa se agitaban alrededor del anillo pero no conseguían tocarlo más de dos segundos" seguidos.

La oscuridad que la envolvía comenzaba a menguar, descendía por el cuerpo retorcido, dejando a su paso una brillante blancura. Pese a todo, la criatura continuaba luchando con el anillo, formando manos y más manos, mientras su cuerpo se retorció y corcoveaba como si el anillo fuese un jinete al que el caballo quiere desmontar.

Al final dejó de luchar, se volvió hacia Sabriel gritando y crepitando. Dos largos brazos salieron proyectados de su silueta y llegaron hasta el cuerpo despatarrado de Sabriel; las manos se transformaron en garras que, moviéndose como arañas en cuya tela cae una mosca, dejaron profundos surcos en la piedra en su intento por alcanzar a la muchacha... y se detuvieron a escasos metros de donde estaba.

—¡No! —aulló la cosa y su cuerpo convulso y repulsivo se abalanzó hacia delante, tendidos los largos brazos asesinos.

Las garras estuvieron otra vez a punto de conseguir su objetivo, pero Sabriel se arrastró un trecho, salió rodando y se apartó.

El anillo de plata se contrajo un poco más y del centro mismo de aquella cosa hecha de fuego intenso partió un grito terrible y angustioso, lleno de desesperación. Los brazos se encogieron de repente regresando al torso; la cabeza se hundió entre los hombros y el cuerpo entero se desmoronó para acabar formando una masa amorfa y brillante, con un aro de plata ceñido en la parte central, un aro en el que el rubí lucía como una mancha de sangre.

Sabriel lo miró fijamente, sin poder apartar la vista, sin poder hacer nada más, ni siquiera restañar la sangre que le manaba de la nariz, hinchada de forma tan descomunal que le ocupaba casi toda la cara, los labios pegados a causa de la sangre reseca. Tuvo entonces la sensación de que la tarea no estaba del todo terminada, que debía ocuparse de algo más.

Se acercó a rastras y vio que el anillo tenía ahora unas marcas. Marcas del Gremio que le indicaban lo que debía hacer. Con gran esfuerzo, se arrodilló y tanteó las campanas de la bandolera. Saraneth pesaba bastante, casi no le quedaban fuerzas para sostenerla, pero logró sacarla, y su voz profunda y cautivadora resonó en el pozo airón y fue como si perforase la masa reluciente ceñida por el anillo de plata.

El anillo murmuró su respuesta a la campana y exudó una gota de su propio metal en forma de pera; la gota se enfrió convertida en una miniatura de Saraneth. Al mismo tiempo, el anillo cambió de color y consistencia. El tono del rubí perdió intensidad y tiñó de rojo el aro de plata que paulatinamente se convirtió en un collar de cuero rojo del que colgaba una campanita de plata.

Tras este cambio, la masa blanca se estremeció y brilló otra vez intensamente, hasta que Sabriel se vio obligada a cubrirse los ojos. Cuando volvió a imperar la

oscuridad, la muchacha miró hacia la masa y descubrió a Zapirón, con un collar de cuero rojo, sentado y con todos los síntomas de estar a punto de vomitar una bola de pelo.

No era una bola de pelo, sino un anillo de plata cuyo rubí reflejaba la luz interior de Zapirón. Rodó en dirección a Sabriel tintineando contra la piedra. La muchacha lo recogió y volvió a ponérselo en el dedo.

El fulgor que despedía Zapirón se fue apagando y los restos de la papelonave no eran más que ascuas, un montón de tristes recuerdos cubiertos de ceniza. La oscuridad regresó y envolvió a Sabriel junto con sus magulladuras y temores. La muchacha se quedó sentada, en silencio, sin pensar en nada concreto.

Poco después, sintió el morro peludo y suave del gato rozarle las manos y de la boca de Zapirón vio salir una veía.

—Te sigue sangrando la nariz —dijo una voz familiar, en tono didáctico—. Enciende la vela, apriétate la nariz y saca unas mantas para que podamos dormir. Empieza a hacer frío.

—Bienvenido seas, Zapirón —susurró Sabriel.

Capítulo 13

Cuando despertaron, ni Sabriel ni Zapirón se refirieron a los acontecimientos de la noche anterior. Mientras se lavaba la nariz monstruosamente hinchada con un poquito de agua de la cantimplora, Sabriel se dio cuenta de que no tenía demasiadas ganas de recordar aquella pesadilla; por su parte, Zapirón estaba algo taciturno y contrito. Pese a lo que ocurrió después, liberar al otro yo de Zapirón, o lo que fuese aquello, les había permitido evitar ser destruidos por el vendaval.

Tal como esperaba, el amanecer había llevado algo de luz al pozo airón y, a medida que avanzó el día, las profundidades quedaron iluminadas como a la hora del crepúsculo. Sabriel podía leer y ver las cosas cercanas con bastante claridad, pero a una distancia de treinta y cuarenta metros, los objetos quedaban envueltos en la negrura más profunda.

El pozo airón no medía mucho más que eso, como máximo tendría noventa metros de diámetro y no cincuenta, como había calculado durante la caída. El suelo estaba pavimentado y en su centro había un desagüe redondo; en las paredes de piedra habían perforado varias entradas a túneles en los cuales Sabriel sabía que, a la larga, tendría que adentrarse, pues en el pozo airón no había agua. Además, las posibilidades de que lloviera eran más bien nulas.

Hacía frío, aunque no tanto como en la meseta, cerca de la casa de Abhorsen. El clima se veía atemperado por la proximidad del mar y una altitud que seguramente estaba a nivel del mar o incluso por debajo, porque a la luz del día Sabriel comprobó que el pozo airón tenía al menos noventa metros de profundidad.

En esas circunstancias, con la cantimplora medio llena de agua gorgoteando a su costado, Sabriel se alegró de poder acuclillarse junto a la mochila algo chamuscada y untarse cremas de hierbas en las magulladuras y ponerse un emplasto de hojas de tanmarilio en la extraña quemadura de la cara. La nariz era un caso aparte. No estaba fracturada, no, sólo tenía un aspecto horripilante, la tenía muy hinchada y cubierta de costras de sangre reseca que le costaba mucho limpiar porque al intentarlo le dolía mucho.

Al cabo de una hora de avergonzado silencio, Zapirón salió a explorar con paso gallardo y no quiso ni probar las tortas duras y la cecina que Sabriel le ofreció como desayuno. Al verlo alejarse, la muchacha confió en que encontrara algún ratón o algo igual de apetitoso con que alimentarse. En cierto modo, se alegraba de que el felino se marchara. El recuerdo de la bestia, producto de la magia libre que anidaba dentro del blanco gatito, la seguía inquietando mucho.

Pese a ello, cuando el sol llegó a su cenit y era un pequeño disco rodeado por la circunferencia más grande del borde del pozo airón, Sabriel empezó a preguntarse por qué no había regresado. Se incorporó y como cojeaba un poco, utilizó la espada como

bastón y, quejándose en voz baja porque a cada paso las magulladuras le recordaban su presencia, se acercó al túnel en el que se había metido el gato.

Como era de esperar, justo cuando se disponía a encender una vela a la entrada del túnel, Zapirón apareció a sus espaldas.

—¿Me buscabas a mí? —maulló, inocente.

—¿A quién si no? —contestó Sabriel—. ¿Has encontrado algo? Algo útil. Agua, por ejemplo.

—Algo útil —repitió Zapirón restregándose el morro contra las dos patas delanteras estiradas—. Es posible. En cualquier caso, es algo interesante. ¿Agua? Sí.

—¿Está muy lejos de aquí? —preguntó Sabriel, consciente de que su colección de magulladuras sería un impedimento—. ¿Qué significa eso de «interesante»? ¿Peligroso?

—No muy lejos, por este túnel —respondió Zapirón—. Hay cierto peligro para llegar al sitio, una trampa y unos cuantos tropiezos más, pero nada capaz de dañarte. En cuanto a eso que te decía que es interesante, tendrás que verlo por ti misma, Abhorsen.

—Sabriel —replicó la muchacha automáticamente, mientras intentaba planificar el siguiente paso.

Necesitaba descansar por lo menos dos días enteros. Cuanto más tiempo pasara antes de dar con el cuerpo físico de su padre, más cerca estaría del desastre. Debía encontrarlo de inmediato. Primero un mordicante, luego braceros fantasmas, a continuación cuervos sanguinarios, resultaba del todo evidente que padre e hija se encontraban ante un terrible enemigo. Ese enemigo ya había atrapado a su padre, de manera que debía de tratarse de un poderosísimo nigromante o de alguna criatura perteneciente al grupo de los muertos mayores. Tal vez Kerrigor...

—Iré por la mochila —decidió volviendo sobre sus pasos, mientras Zapirón se le metía entre las piernas como un gatito jugueteón, y a punto estuvo de pisarlo y caer, pero el felino consiguió esquivar sus pies con destreza. Sabriel lo atribuyó a la agilidad propia de los felinos y no hizo comentario alguno.

Tal como Zapirón había dicho, el túnel no era largo y sus escalones bien contruidos y el suelo enrejado facilitaban el paso, excepto en el tramo en que Sabriel se vio obligada a seguir al gatito por las mismas piedras que éste pisaba para no caer en un agujero ingeniosamente oculto. Sin la guía de Zapirón, la muchacha se habría precipitado en él de cabeza.

Había también defensas mágicas. Antiguos encantamientos hostiles que acechaban como polillas en los rincones del túnel, a la espera de volar hacia ella, rodearla y ahogarla con sus poderes, pero algo los frenó de entrada y volvieron a posarse donde estaban. En un par de ocasiones Sabriel notó que algo fantasmal la tocaba, como una mano tendida que le rozó la marca del Gremio que llevaba en la

frente, y casi al final del túnel, descubrió a dos enviados guardianes fundidos en la piedra, las puntas de sus alabardas refulgentes bajo la luz de la vela antes de fundirse también en la piedra.

—¿Adonde vamos? —musitó, nerviosa, cuando la puerta que tenían enfrente se abrió despacio sin que se apreciara la presencia de nadie.

—A otro pozo airón —dijo Zapirón con toda naturalidad—. Es donde la primera sangre..., puaj...

Se atragantó, siseó, reordenó la frase y terminó diciendo con muy poca elegancia:

—Es interesante.

—¿A qué te refieres...? —comenzó a preguntar Sabriel, pero cerró la boca en cuanto traspusieron el portal, porque la fuerza de la magia comenzó de pronto a tirarle del pelo, las manos, la sobrevesta y la empuñadura de la espada.

A Zapirón se le erizó el pelo y su collar dio media vuelta sin que nadie lo tocara, hasta que las marcas del Gremio correspondientes a los hechizos vinculantes se hicieron bien visibles y brillantes sobre el cuero.

Se encontraron fuera, en el fondo de otro pozo airón sumido en un crepúsculo prematuro, pues el sol se desplazaba fuera del horizonte marcado por el borde del agujero.

El pozo airón donde estaban era mucho más ancho que el primero, probablemente medía más de un kilómetro de diámetro y era más hondo, entre doscientos y doscientos cincuenta metros. Pese a sus dimensiones, todo él se hallaba separado del aire por una red brillante, fina como una telaraña, que parecía unirse con la pared del borde y se adentraba en él hasta la cuarta parte de su profundidad. La luz del sol había delatado su existencia; aun así, Sabriel tuvo que sacar el telescopio para apreciar en detalle su delicada trama de rombos. Parecía poco firme, pero la presencia de varios pájaros disecados constituía prueba evidente de su resistencia. Sabriel imaginó que los desafortunados pajaritos, impulsados por el hambre, se habían lanzado en picado sobre la red, con los ojos fijos en algo comestible oculto en el fondo.

En el interior del pozo airón había bastante vegetación de aspecto monótono, en su mayoría eran árboles de ramas retorcidas y arbustos deformados. Sabriel no prestó demasiada atención a las plantas, porque entre las desordenadas arboledas había sitios pavimentados, y en cada uno de ellos, descansaba un barco.

Se trataba de catorce barcas de un solo mástil, con las negras velas desplegadas, listas para recibir un viento inexistente, los remos dispuestos para el embate de unas olas imaginarias. Lucían banderas y estandartes de distinto estilo, todos caídos sobre el mástil y las jarcias, pero a Sabriel no le hacía falta verlos ondear para adivinar el extraño cargamento que llevaban aquellas barcas. Había oído hablar de aquel lugar, como todos los niños del norte de Ancelstierre, cerca del Reino Antiguo. Aquel

extraño puerto había alimentado cientos de leyendas sobre tesoros, aventuras y románticos amores.

—Naves funerarias —dijo Sabriel—. Naves reales. Su deducción se vio confirmada sin lugar a ninguna duda, cuando notó la existencia de encantamientos vinculantes en la misma tierra que pisaban sus pies, a la entrada del túnel, encantamientos de muerte definitiva, sólo posibles si eran obra de un Abhorsen, No existía nigromante capaz de resucitar a ninguno de los antiguos soberanos del Reino Antiguo.

—El famoso cementerio de los primeros re... re... reyes y reinas del Reino Antiguo —pronunció Zapirón, no sin cierta dificultad. Bailó entre los pies de Sabriel, se levantó sobre las patas traseras e hizo gestos elocuentes, como un director de circo envuelto en blancas pieles. Por último, salió corriendo hacia los árboles—. ¡Vamos... hay una fuente, una fuente, una fuente! —cantó alegremente al tiempo que saltaba siguiendo el ritmo de la tonada.

Sabriel lo siguió a paso lento, sacudiendo la cabeza y preguntándose por qué estaba Zapirón tan alegre. Se sentía magullada, cansada y deprimida, todavía no se le había pasado el susto provocado por el monstruo, producto de la magia libre, y lamentaba mucho la pérdida de la papelonave.

De camino a la fuente pasaron cerca de dos de las naves. Zapirón la precedió, y bailando alegremente, rodeó las dos con una enloquecida serie de vueltas, saltos y brincos, pero las bordas eran demasiado altas para ver lo que había dentro y la muchacha no estaba de humor para trepar por uno de los remos. Se detuvo a contemplar los mascarones de proa: hombres imponentes, uno de ellos, cuarentón, el otro algo más viejo. Los dos llevaban barba, tenían la misma mirada imperiosa, lucían armaduras parecidas a la de Sabriel, cargadas de medallas, galones y otras condecoraciones. Los dos empuñaban una espada en la mano derecha, y en la izquierda, la representación heráldica del Gremio: un pergamino a medio abrir enrollado sobre sí mismo.

La tercera nave era diferente. Parecía más corta y menos ornamentada, con un mástil desnudo, sin velas negras. De las bordas no salían remos y cuando Sabriel llegó a la fuente que había debajo de la popa, observó algunas juntas sin calafatear entre las tablas y se dio cuenta de que estaba incompleta.

Llena de curiosidad, dejó la mochila junto a una charca de agua burbujeante y rodeó la proa. También era diferente, porque el mascarón representaba a un hombre joven, un joven desnudo, tallado con todo lujo de detalles.

Sabriel se sonrojó, porque era un retrato exacto, como si un joven de carne y hueso hubiese sido convertido en madera, y la única ocasión que había tenido de ver hombres desnudos se la habían proporcionado las ilustraciones de los libros de biología. El muchacho tenía músculos bien torneados y fuertes, el pelo corto y muy

ensortijado se le pegaba a la cabeza. Levantaba las manos, elegantes y bien formadas, como escudándose de algún mal.

La escultura era tan detallada que se veía incluso el pene circuncidado; Sabriel le echó un vistazo y como se sentía muy avergonzada, apartó la vista y la clavó otra vez en la cara. No era exactamente apuesto, pero tampoco resultaba desagradable; El rostro dejaba entrever que se trataba de alguien responsable, con la expresión de aquel al que han traicionado y acaba de darse cuenta. Aquel rostro reflejaba también miedo y algo semejante al odio. Parecía un tanto enfurecido. La expresión de aquella escultura la inquietó, porque era demasiado humana para deberse a la habilidad del tallador, por más talentoso que fuera.

—Demasiado real —masculló Sabriel apartándose del mascarón y llevando la mano a la empuñadura de la espada al tiempo que sus sentidos mágicos buscaban alguna trampa o engaño.

No había trampa alguna, pero Sabriel notó algo en el mascarón de proa o en sus proximidades. Una sensación similar a la de un aparecido muerto, pero no exactamente igual; una sensación constante que no logró precisar.

Sabriel intentó identificarla mientras volvía a mirar el mascarón de proa y lo examinaba con cuidado desde todos los ángulos. El cuerpo del hombre se había convertido en un problema intelectual, de manera que ahora lo miraba sin incomodidad alguna, analizó sus dedos, sus uñas y su piel, y reparó en la perfección de la talla que reproducía incluso unas diminutas cicatrices en las manos, producto del uso de la espada y la daga. En la frente del mascarón notó también un vestigio de la marca bautismal del Gremio y unas venitas azules en los párpados.

Tras el minucioso análisis, estuvo completamente segura de lo que había detectado, pero no supo muy bien qué medidas debía tomar, por lo que fue en busca de Zapirón. No tenía demasiadas esperanzas de que pudiera recibir consejos o respuestas acertadas del felino, en vista de su tendencia a comportarse como un gato de lo más tonto, aunque tal vez se tratara de la reacción a su breve experiencia de haber vuelto a ser una bestia producto de la magia libre, algo que tal vez llevaba miles de años sin producirse. Aquella forma de gato era probablemente un alivio para él.

Y no se equivocaba del todo; de Zapirón no podía esperar consejo alguno. Sabriel lo encontró dormido en un campo de flores, cerca de la fuente, probablemente soñaba con ratones porque movía la cola y las patitas. Sabriel observó las flores amarillas, olió una, rascó a Zapirón detrás de las orejas y regresó al lado del mascarón de proa. Las flores eran bálsamo gatuno; eso explicaba el comportamiento anterior de Zapirón y su somnolencia. Tendría que arreglárselas sola.

—Vamos a ver.—dijo, dirigiéndose al mascarón de proa con el tono que adoptan los abogados ante el tribunal—. Eres víctima de algún hechizo de magia libre, de

alguna artimaña nigromántica. Tu espíritu no se encuentra ni en el reino de los vivos ni en el de los muertos, sino en algún lugar intermedio. Podría dirigirme hacia el Reino de la Muerte y encontrarte cerca de la frontera, estoy segura, aunque eso podría ocasionarme muchos problemas. Problemas que no estoy en condiciones de afrontar, tal y como me encuentro de magullada. ¿Qué hacer, pues? ¿Qué haría mi padre... Abhorsen... o cualquier Abhorsen si estuvieran en mi lugar?

Reflexionó un momento, paseándose de un lado para el otro, las magulladuras temporalmente olvidadas. La última pregunta la ayudó a aclarar cuál era su deber. Sabriel estaba segura de que su padre liberaría al muchacho. Eso era lo que hacía, para eso vivía. El deber de un Abhorsen era poner remedio a la nigromancia antinatural y los ritos de brujería de la magia libre.

No se le ocurrió reflexionar más a fondo, tal vez fuera consecuencia de la imprudencia cometida al oler las flores de bálsamo gatuno. Ni siquiera pensó que en esas circunstancias, su padre habría esperado a encontrarse mejor, tal vez hasta el día siguiente. Al fin y al cabo, aquel joven debía de llevar muchos años encarcelado, su cuerpo prisionero en aquella talla de madera, y su espíritu atrapado en el Reino de la Muerte. A él le daba igual esperar un par de días más. En ninguna parte estaba escrito que un Abhorsen debiera asumir de inmediato cualquier tarea que se le presentara...

Sin embargo, aquella era la primera vez, desde que cruzara el Muro, que Sabriel se encontraba ante la disyuntiva de resolver un problema claramente definido. Se trataba de una injusticia que debía remediarse y que no supondría más que transcurrir unos minutos en la frontera misma del Reino de la Muerte.

Como conservaba algún vestigio de cautela, fue a coger a Zapirón y lo colocó ajos pies del mascarón de proa. Con suerte, despertaría de su sueño si se presentaba algún peligro físico, aunque no era probable que ocurriera debido a la presencia de defensas mágicas en el pozo airón. Existían también barreras que dificultarían el cruce hasta el Reino de la Muerte y complicarían bastante el traer de vuelta algo muerto. Pese a todo, aquel parecía el lugar adecuado para emprender un rescate menor.

Revisó las campanas por enésima vez, acarició los suaves mangos de madera sintiendo sus voces interiores, ansiosas porque las soltaran. En esa ocasión, sacó a Ranna de su envoltorio de cuero. Era la menos llamativa de las campanas, por su misma naturaleza calmaba a quienes escuchaban sus tañidos, los engatusaba sumiéndolos en el sueño o simplemente distrayéndolos.

Las dudas se sucedieron como una serie de caricias inquietantes, pero Sabriel no les hizo caso. Se sentía segura y preparada para emprender algo que no era más que un paseíllo por el Reino de la Muerte, ampliamente protegida por la necrópolis real donde se hallaba. Con la espada en una mano y la campana en la otra, cruzó al Reino de la Muerte.

Fue recibida por una ola de frío y la corriente implacable, pero se mantuvo firme donde estaba, con el calorcillo de la vida en la espalda. Se encontraba en el punto de contacto entre los dos reinos, donde normalmente avanzaba sin dudarlo. En esta ocasión, afirmó con fuerza los pies, opuso resistencia a la corriente y utilizó el ligero contacto que seguía manteniendo con la vida como un ancla que impedía que las aguas de la muerte la arrastrasen.

Todo era silencio, salvo el constante gorgoteo del agua entre sus pies y el lejano estrépito de la Primera Puerta. Nada se movía; nada asomaba en la luz grisácea. Con cuidado, Sabriel utilizó su sentido especial para percibir la muerte e intentó descubrir si algo acechaba, si notaba alguna ligera chispa del espíritu atrapado, pero vivo, del muchacho. En el reino de la vida, el cuerpo de Sabriel había quedado cerca de él, de manera que allí, en el río, debía estar cerca de su espíritu.

Notó la presencia de algo, aunque se había adentrado mucho en el Reino de la Muerte, mucho más de lo que Sabriel había esperado. Intentó verlo; entrecerró los ojos y escrutó el aire grisáceo que hacía imposible calcular las distancias; no vio nada. Fuera lo que fuese, acechaba bajo la superficie del agua.

Sabriel dudó, luego se dirigió hacia él, avanzando con mucha cautela, asegurándose dónde metía los pies, protegiéndose de la corriente turbulenta. Estaba claro que allá fuera había algo extraño. Lo percibía con mucha fuerza; debía de tratarse del espíritu atrapado. Hizo caso omiso de la vocecita interior que le sugería que se trataba de un muerto muy artero, lo bastante fuerte para aguantar el embate de las aguas del río...

No obstante, cuando se encontraba a pocos pasos de lo que fuera aquella cosa, Sabriel agitó a Ranna y de ella partió un tañido amortiguado, medio dormido, que llevaba consigo la sensación de un bostezo, un suspiro, un cabezazo, la conocida pesadez en los párpados, un tañido que invitaba a dormir.

Si allí había una cosa muerta, razonó Sabriel, ahora estaría inmóvil. Guardó la espada y la campana, avanzó hasta situarse en buena posición y hundió la mano en el agua.

Tocó algo tan frío y duro como el hielo, algo imposible de identificar. Apartó la mano, luego volvió a meterla en el agua hasta encontrar algo con aspecto de ser un hombro. Lo palpó hasta llegar a la cabeza y pasó la mano por la cara para identificar las facciones. A veces, los espíritus guardaban poca relación con el cuerpo físico, y a veces, los espíritus vivientes se deformaban si pasaban demasiado tiempo en el Reino de la Muerte, pero se notaba que éste correspondía a todas luces al del hombre del mascarón de proa. Y además vivía protegido de algún modo de la muerte, como el cuerpo viviente se conservaba en la talla de madera.

Sabriel agarró al espíritu por debajo de las axilas y tiró de él. Salió del agua como una oreja, palidísimo y rígido como una estatua. La muchacha se tambaleó y el río,

siempre hambriento, le envolvió las piernas con traicioneros remolinos, pero logró recuperar el equilibrio antes de que las aguas la derribaran.

Sujetando mejor la carga, Sabriel comenzó a arrastrar al espíritu de vuelta al reino de la vida. Resultaba difícil avanzar, más de lo que había supuesto. Pese a encontrarse a este lado de la Primera Puerta, la corriente era muy fuerte y el espíritu cristalizado, o lo que fuera, pesaba muchísimo más de lo habitual.

Concentró toda su atención en no perder pie y en ir en la dirección correcta, por eso casi no reparó en que había cesado el ruido que indicaba el paso de algo a través de la Primera Puerta. Sin embargo, en los últimos días había aprendido a ser cautelosa y los temores reales habían hecho mella en su subconsciente obligándola a mostrarse precavida.

Se detuvo a escuchar con atención y percibió el suave chapoteo de algo que avanzaba medio vadeando las aguas, medio arrastrándose por ellas, y recorría el río sumido en el más profundo de los silencios. En dirección a ella. Algo que estaba muerto y abrigaba la esperanza de pillarla por sorpresa.

Estaba claro que algún tipo de alarma o advertencia había superado el umbral de la Primera Puerta y aquello que se aproximaba hacia ella había reaccionado. Maldiciéndose por haber sido tan estúpida, Sabriel echó un vistazo al espíritu que transportaba. Y entonces alcanzó a distinguir un hilo de algodón, negro y muy fino, que colgaba del brazo del espíritu y se hundía en el agua internándose en las regiones más profundas y oscuras del Reino de la Muerte. La finalidad de aquel hilo no era controlar al espíritu, sino advertir a algún adepto lejano de que alguien lo había movido de sitio. Por suerte, el tañido de Ranna habría entorpecido la llegada del mensaje, pero Sabriel no sabía si estaba lo bastante cerca del reino de la vida.

Apuró el paso, aunque no demasiado, y fingió no haber visto al cazador. Fuera lo que fuese, no se mostraba muy dispuesto a echársele encima.

Sabriel caminó un poco más deprisa, el alma en vilo, impulsada por la descarga de adrenalina. Si aquella cosa se abalanzaba sobre ella, se vería obligada a soltar al espíritu y entonces éste sería arrastrado para siempre por las aguas. Fuera cual fuese el encantamiento que había conservado su espíritu viviente anclado en la frontera, perdería su efecto si llegaba a trasponer la Primera Puerta. Si ocurría algo así, pensó Sabriel, habría contribuido a un asesinato en lugar de a un rescate.

Cuatro pasos la separaban de la vida..., luego tres. Aquella cosa se acercaba cada vez más; Sabriel la veía, agazapada en el agua, arrastrándose más deprisa. Se trataba, sin duda, de un habitante de la Tercera Puerta o de otra posterior, porque no lograba identificar qué había sido en otros tiempos. Tenía todo el aspecto de ser un cruce de cerdo y lombriz segmentada y se movía arrastrándose y culebreando.

Dos pasos. Sabriel cambió la carga de posición; con el brazo izquierdo rodeó por completo el pecho del espíritu, se lo apoyó en la cadera dejando así el brazo derecho

libre, pero pese a eso no conseguía desenvainar la espada ni sacar las campanas.

El cerdo comenzó a gruñir y a sisear, se zambulló y al salir a la superficie se lanzó al galope deslizándose por el agua con los colmillos cubiertos de sarro amarillo, el largo cuerpo ondulando detrás.

Sabriel retrocedió, se dio la vuelta y, sin soltar su preciada carga, se tiró de cabeza hacia el reino de la vida utilizando toda su fuerza de voluntad para esquivar las defensas del pozo airón. Por un momento, dio la impresión de que serían repelidos, pero después, venciendo la resistencia como el alfiler que traspasa una cinta de goma, consiguieron colarse.

La siguió un chillido estridente, nada más. Sabriel se encontró tirada de bruces en el suelo, las manos vacías, mientras los carámbanos iban desprendiéndose de su cuerpo congelado y haciéndose añicos. Volvió la cabeza y se encontró con la mirada de Zapirón. El gato la observó fijamente, cerró los ojos y volvió a dormirse.

Sabriel rodó por el suelo y se incorporó muy, pero muy despacio. Volvió a sentir todas las magulladuras y se preguntó por qué se habría apresurado tanto en realizar semejante hazaña. No obstante, lo había conseguido. El espíritu del hombre estaba otra vez donde debía estar, de vuelta en el reino de la vida.

O eso creyó hasta que vio el mascarón de proa. No había cambiado nada a simple vista, aunque Sabriel sentía en él la presencia del espíritu viviente. Intrigada, acarició la cara inmóvil y con el dedo siguió la dirección de las vetas de la madera.

—Un beso —sugirió Zapirón soñoliento—. En realidad, bastaría con que le echaras el aliento. Pero supongo que algún día tenías que besar a alguien.

Sabriel miró al gato y no supo muy bien si aquel era el último síntoma de la locura producida por el bálsamo gatuno. Pero no, Zapirón tenía toda la pinta de estar completamente en sus cabales. Y muy serio.

—¿Dices que con el aliento basta? —preguntó.

No le apetecía besar a un hombre de madera. Apuesto era, sin duda, pero eso no garantizaba nada. Besarle le parecía demasiado descarado. Se arriesgaba a que el hombre lo recordara después y sacara conclusiones erróneas.

—¿Así está bien?

Inspiró hondo, se inclinó hacia delante y exhaló a escasos centímetros de la nariz y la boca del hombre. Retrocedió y esperó a ver qué pasaba... si pasaba algo.

Nada ocurrió.

—¡Es el bálsamo gatuno! —exclamó Sabriel mirando a Zapirón—. No deberías haber...

La interrumpió un leve sonido. Una especie de resuello que no provenía ni de ella ni de Zapirón. El mascarón de proa comenzaba a respirar, el aire silbaba entre los labios tallados en la madera como si saliera de un fuelle viejo y ajado.

La respiración fue cobrando fuerza y la talla fue recuperando los colores, la

madera oscura adquirió poco a poco el brillo de la carne. El hombre tosió; el pecho torneado se le volvió flexible y comenzó a subir y bajar rítmicamente con los jadeos propios de un corredor que intenta recuperarse tras la carrera.

Sus ojos se abrieron y se encontraron con los de Sabriel. Eran unos bonitos ojos grises, pero algo miopes y desenfocados. Parecía no verla.

Abrió y cerró los puños y movió los pies, como marcando el paso en el sitio. Al fin, su espalda se desprendió del casco de la nave. Dio un paso adelante y cayó en brazos de Sabriel.

La muchacha lo tendió rápidamente en el suelo, consciente de que abrazaba a un muchacho desnudo, en circunstancias muy distintas de las que había imaginado con sus compañeras del colegio o de las que había oído hablar a las alumnas externas, que gozaban de más privilegios y eran más desenfadadas.

—Gracias —dijo el chico, arrastrando las palabras como un borracho. Por primera vez, clavó la vista en ella, o más bien en su sobrevesta y añadió—: Abhorsen.

Acto seguido, se puso a dormir con una plácida sonrisa en los labios y una expresión de calma en el rostro. Ahora que era de carne y hueso parecía más joven que cuando estaba atrapado en la expresión fija del mascarón.

Sabriel lo miró desde arriba tratando de hacer caso omiso de la oleada de tiernos sentimientos que la invadían de sopetón. Sentimientos parecidos a los que la habían impulsado a resucitar al conejo de Jacinth.

—Será mejor que le eche una manta por encima —dijo de mala gana.

Se preguntó qué mosca la habría picado para añadir una complicación más a la situación confusa y difícil en la que se encontraba. Imaginó que, como mínimo, debería ponerlo a salvo, devolverlo a la civilización... siempre y cuando la encontrara.

—La manta te la puedo traer yo, si quieres seguir mirándolo tan embobada —sugirió Zapirón con picardía mientras se enroscaba entre sus piernas en una especie de sensual pavana.

Sabriel se dio cuenta de que el gato tenía razón y miró para otro lado.

—No. Ya la traigo yo. Y de paso le traigo mi otra camisa. Y los pantalones bombachos. Tal vez, con un poco de esfuerzo, podrá ponérselos. Me parece que tenemos más o menos la misma altura. Vigílalo, Zapirón. Vuelvo enseguida.

El gato se quedó observándola mientras se alejaba cojeando, luego se volvió hacia el hombre dormido. Se acercó a él, sigiloso, y le dio un lengüetazo en la marca del Gremio que llevaba en la frente. La marca se encendió, pero a Zapirón no se le movió ni un pelo, hasta que volvió a apagarse.

—Hay que ver —masculló Zapirón y saboreó su propia lengua enrollándola sobre sí misma.

Parecía algo sorprendido y bastante enfadado. Volvió a lamer la marca y sacudió la cabeza en señal de disgusto, al tiempo que la miniatura de Saraneth que le colgaba

del collar soltó un tañido que nada tenía de alegre.

Capítulo 14

La bruma gris se elevaba en infinitud de volutas, se enroscaba a su cuerpo como una enredadera, sujetándole brazos y piernas, inmovilizándolo, estrangulándolo, despiadada. Su cuerpo se hallaba tan envuelto en ella que no había posibilidad de huir; notaba los músculos tan agarrotados y tensos que apenas conseguía parpadear. Y no veía más que manchas grisáceas y oscuras que se acumulaban ante sus ojos como la mugre en una fétida ciénaga.

De pronto surgió una luz de un rojo intensísimo, y el dolor fue una explosión que arrasó con todo y le subió de los pies a la cabeza para volver a bajar. La bruma gris se despejó y él recuperó la movilidad. Las manchas grisáceas desaparecieron para dejar paso a los colores borrosos, cada vez más nítidos. Una mujer lo miraba desde lo alto, una mujer joven, vestía armadura y llevaba una espada al cinto, una mujer con la cara... magullada. No, no era una mujer. Era la Abhorsen, pues lucía el blasón y llevaba las campanas. Pero era demasiado joven, no se parecía en nada al Abhorsen que conocía, ni a ninguno de su familia...

—Gracias, Abhorsen —dijo, y las palabras salieron de su boca como un ratoncito que se escabulle de la alacena polvorienta.

Entonces se desmayó y su cuerpo se entregó con ganas al sueño verdadero y reparador que devuelve la cordura.

Despertó cubierto por una manta y sintió un momento de pánico cuando comprobó que la lana espesa y gris le tapaba la boca y los ojos. Manoteó desesperado, se la quitó de encima con un grito de horror y luego se tranquilizó al notar el aire fresco en la cara y los pálidos rayos del sol que caían desde arriba. Por el tono rojizo que percibió dedujo que acababa de amanecer. Le intrigó el pozo airón; no sabía bien dónde estaba y se sentía mareado y tonto, hasta que al levantar la vista se encontró rodeado de altos mástiles, velas negras y la nave inacabada que tenía a pocos pasos.

—Hoyo Sagrado —masculó con el ceño fruncido. Entonces se acordó. ¿Pero qué hacía él en ese lugar? ¿Desnudo como había venido al mundo, cubierto con una áspera manta de campaña?

Se incorporó y sacudió la cabeza. Le estallaba de dolor y le latían las sienes con un martilleo constante, típico de las fuertes resacas. Pero estaba seguro de no haber bebido nada. Lo último que recordaba era que bajaba las escaleras. Rogir le había pedido... No..., lo último que recordaba era la fugaz imagen de un rostro pálido, preocupado, lleno de sangre y magulladuras, y el cabello negro que asomaba por debajo del yelmo. Y la sobrevesta azul oscuro, con el blasón de las llaves de plata. La Abhorsen.

—Se está lavando en el manantial —una voz suave interrumpió sus recuerdos

deshilvanados—. Se ha levantado antes del amanecer. No hay nada como ser limpio.

La voz no parecía pertenecer a nada visible, hasta que el hombre miró hacia arriba y vio la nave que estaba más cerca. En la proa había un agujero enorme e irregular donde debería haber estado el mascarón; un gato blanco estaba ovillado en el agujero, observándolo con sus ojos verdes, extrañamente vivaces.

—¿Qué eres? —inquirió el hombre al tiempo que echaba miradas cautelosas en todas direcciones, en busca de un arma.

Lo único que tenía a mano era una pila de prendas en la que había una camisa, pantalones y ropa interior, sobre la que habían colocado una piedra bastante grande para que no se volaran. Movié la mano con cautela en dirección a la piedra.

—No tengas miedo —dijo el gato—. No soy más que un fiel criado de la Abhorsen. Me llamo Zapirón. Por ahora.

El hombre, aferró la piedra, pero no la levantó. Los recuerdos acudían poco a poco a su mente obnubilada, atraídos como limaduras de hierro por un imán. Algunos de esos recuerdos se referían a varios Abhorsen, recuerdos que le daban una pálida idea de lo que podía ser aquel felino.

—Eras más grande la última vez que nos vimos —aventuró, tanteando el terreno.

—¿Nos hemos conocido? —preguntó Zapirón y soltó un bostezo—. Vaya, vaya. No lo recuerdo. ¿Cómo te llamabas?

Buena pregunta, pensó el hombre. No se acordaba. Sabía quién era, en términos generales, pero de su nombre no tenía ni idea. Le surgieron otros nombres con facilidad y tuvo como unos fogonazos de lo que intuyó que era su pasado inmediato. Esos nuevos recuerdos le arrancaron gruñidos de rabia y de dolor y lo obligaron a cerrar los puños con fuerza.

—Extraño nombre —comentó Zapirón—. Parece de oso, lo digo por el gruñido. ¿Te importa si te llamo Piedra de Toque?

—¡Queeeé! —exclamó el hombre, ofendido—. ¡Vaya nombre más tonto! ¿Cómo te atreves...?

—¿No es adecuado? —lo interrumpió Zapirón fríamente—. ¿Entonces te acuerdas de lo que has hecho?

El hombre guardó silencio, porque de repente se había acordado, aunque no sabía por qué lo había hecho ni cuáles habían sido las consecuencias. También recordaba que desde que eso le ocurría, era del todo inútil intentar acordarse del nombre. Porque ya no reunía las condiciones para llevarlo.

—Sí, me acuerdo —respondió con un hilo de voz—. Llámame Piedra de Toque. Y a ti te voy a llamar...

Se atragantó, miró a su alrededor, sorprendido, volvió a intentarlo.

—No puedes pronunciarlo —dijo Zapirón—. Un hechizo ligado a la corrupción de... 'No puedo decirlo, ni hablarle a nadie de su naturaleza ni de cómo arreglarlo. Tú

tampoco podrás hablar de ello y quizás haya otros efectos. Lo que está claro es que a mí me ha afectado.

—Ya lo veo —contestó Piedra de Toque, sombrío. No intentó pronunciar otra vez el nombre—. Dime una cosa, ¿quién gobierna en el Reino?

—Nadie —contestó Zapirón.

—Una regencia, entonces. Eso es...

—No. No hay ninguna regencia. No reina nadie. Nadie gobierna. Al principio había una regencia, pero dejó el poder... con ayuda.

—¿Cómo que al principio? —preguntó Piedra de Toque—. ¿Qué ocurrió exactamente? ¿Dónde he estado?

—La regencia duró ciento ochenta años —le informó Zapirón con crueldad—. En los últimos veinte años ha imperado la anarquía, atenuada en cierto modo por la acción de los pocos leales a la corona que quedaban. Y tú, muchacho mío, te has pasado los últimos doscientos años convertido en un pedazo de madera y adornando la proa de este barco.

—¿Y la familia?

—Murieron todos y traspusieron la Última Puerta, menos uno, que mejor me callo. Ya sabes a quién me refiero.

Al oír la noticia, Piedra de Toque estuvo a punto de volver a convertirse en una talla de madera. Se quedó sentado e inmóvil; las oscilaciones de su pecho al respirar eran la única prueba de que seguía vivo. Los ojos se le llenaron de lágrimas, inclinó la cabeza y se cubrió la cara con las manos.

Zapirón lo observó sin asomo de compasión hasta que los hombros del muchacho dejaron de sacudirse y los sollozos desgarrados se fueron espaciando.

—No tiene sentido que llores por eso —le dijo el gato con severidad—. Ha muerto mucha gente tratando de enderezar las cosas. Sólo en este siglo han caído cuatro Abhorsen en su lucha contra los difuntos, los pilares rotos y el... el problema original. Está claro que mi actual Abhorsen no va por ahí, llorando en los rincones. A ver si le echas una mano.

—¿Puedo? —preguntó Piedra de Toque sombríamente mientras se secaba la cara con la manta.

—¿Por qué no ibas a poder? —le soltó Zapirón—. Puedes empezar por vestirte. Aquí a bordo hay algunas cosas para ti también. Espadas y demás.

—Pero no soy apto para empuñar la real...

—Limítate a obedecer —dijo Zapirón con firmeza—, Piensa en ti mismo como en el leal ayuda de cámara de la Abhorsen, si con eso te sientes mejor, aunque en los tiempos que corren, comprobarás que el sentido común es más importante que el honor.

—Muy bien —musitó Piedra de Toque humildemente. Se levantó, se puso la ropa

interior y la camisa, pero no consiguió subirse los pantalones más arriba de los muslos bien torneados.

—Hay una falda escocesa y unas calzas en uno de los arcones de ahí atrás —dijo Zapirón después de haberse pasado un rato viendo a Piedra de Toque saltando en un pie, porque el otro lo tenía enredado en la ajustada prenda de cuero.

El muchacho asintió, se quitó el pantalón y trepó al agujero procurando mantenerse lo más alejado posible del gato. Cuando se encontraba en mitad del ascenso, se detuvo y se agarró con fuerza a ambos lados de la abertura.

—¿No se lo irás a decir, verdad? —preguntó.

—¿Decirle qué a quién?

—A la Abhorsen. Por favor. Haré todo lo posible por ayudar. Pero no lo hice aposta. Me refiero a mi parte. Por favor, no se lo digas...

—Ahórrate las súplicas —dijo Zapirón en tono disgustado—. No puedo decírselo. Tú tampoco. La corrupción está muy extendida y el hechizo es más bien indiscriminado. Date prisa... que la Abhorsen no tardará en regresar. Te contaré el resto de nuestra actual saga mientras te vistes.

Sabriel regresó del manantial sintiéndose más sana, más limpia y más feliz. Había dormido bien y las abluciones matutinas le habían permitido quitarse los restos de sangre. Las magulladuras, los chichones y las quemaduras habían respondido bien al tratamiento con hierbas. En general, se sentía casi casi normal, aunque no del todo, y tenía muchas ganas de desayunar en compañía de alguien que no fuera el sarcástico de Zapirón. El pobre cumplía ciertas funciones, como vigilar a seres humanos inconscientes o dormidos. Además, le había asegurado que había comprobado la marca del Gremio del hombre mascarón, y que había descubierto que no estaba contaminado por la magia libre ni la nigromancia.

Esperaba encontrar al hombre todavía dormido, de manera que le dio un ligero escalofrío de sorpresa al descubrir una silueta de pie, junto a la proa del barco, mirando hacia el otro lado. Rozó un momento la empuñadura de la espada, y entonces vio a Zapirón en las inmediaciones, haciendo equilibrios sobre una barandilla del barco.

Se acercó muy nerviosa, la curiosidad contenida por la necesidad de mostrarse cautelosa con los extraños. Vestido de aquella manera, le pareció diferente. Mayor y un tanto intimidante, sobre todo porque había desdeñado la ropa sencilla que ella le había dejado para ponerse una falda escocesa roja con rayas doradas, con calzas doradas, de rayas rojas, a juego, que desaparecían en unas botas de caña alta de cabritilla color fuego. Lucía la camisa que ella le había prestado, y se disponía a ponerse un jubón de cuero rojo. Llevaba mangas acordonadas de quita y pon que, al parecer, le causaban serios problemas. A sus pies había dos espadas en vainas de tres cuartos, las puntas afiladas y relucientes asomaban más de un palmo. Un cinturón

ancho, con los ganchos adecuados, le ceñía la cintura.

—Malditos cordones —dijo cuando la muchacha estuvo a diez pasos de distancia. Tenía bonita voz, bastante profunda, pero en ese momento sonaba irritada, llena de frustración.

—Buenos días —lo saludó Sabriel. Él se dio la vuelta, soltó las mangas, hizo ademán de ir a coger las espadas, pero rápidamente transformó el movimiento en una reverencia que remató hincándose en una rodilla.

—Buenos días, mi señora —dijo con voz ronca, manteniendo ía cabeza inclinada, tratando de no mirarla a los ojos.

Sabriel comprobó que había encontrado unos enormes aros de oro y que con ellos se había perforado los lóbulos de las orejas, porque le sangraban. Aparte de eso, lo único que alcanzaba a ver era la parte de arriba de la cabeza poblada de rizos.

—No soy tu señora —dijo Sabriel sin saber a ciencia cierta cuál de las reglas de la etiqueta aprendidas en la clase de la señorita Prionte correspondía aplicar en esa situación—. Me llamo Sabriel.

—¿Sabriel? Pero eres la Abhorsen —dijo el hombre con cierto titubeo.

No parecía muy brillante, pensó Sabriel, y se le fue el alma al suelo. Con las ganas que tenía ella de conversar, seguro que no abriría la boca en todo el desayuno.

—No, mi padre es el Abhorsen —le aclaró, echándole una severa mirada a Zapirón para advertirle que no se metiera—. Yo soy una especie de suplente. Es un tanto complicado, te lo explicaré más tarde. ¿Cómo te llamas?

Tras dudar un instante, el muchacho balbuceó:

—No me acuerdo, mi señora. Pero por favor, llámame Piedra de Toque.

—¿Piedra de Toque? —inquirió Sabriel, extrañada. Le sonaba familiar, pero no lograba precisar dónde había oído aquel nombre—. Piedra de Toque. Es el nombre de un bufón, de un tonto de circo. ¿Por qué iba a llamarte así?

—Porque es lo que soy —contestó sin inflexión alguna en la voz.

—En fin, supongo que de alguna manera he de llamarte —prosiguió Sabriel—. Piedra de Toque. Como sabrás, según la tradición, hay tontos de circo listos, de manera que tal vez no sea tan malo llevar nombre de bufón. Supongo que te tienes por tonto porque te han aprisionado en forma de mascarón... y en el Reino de la Muerte, claro.

—¡En el Reino de la Muerte! —exclamó Piedra de Toque. Levantó la vista y sus ojos grises se encontraron con los de Sabriel.

Por sorprendente que pareciera, tenía una mirada clara e inteligente. Tal vez quede alguna esperanza, después de todo, pensó la muchacha mientras le explicaba:

—No sé cómo, pero tu espíritu quedó atrapado apenas pasada la frontera del Reino de la Muerte al mismo tiempo que tu cuerpo se conservaba como mascarón de proa. Para ello fue necesario el concurso de la nigromancia y la magia libre.

Encantamientos muy poderosos por ambas partes. Me intriga saber por qué los usaron en tu caso.

Piedra de Toque apartó otra vez la mirada y Sabriel se dio cuenta de que se sentía incómodo. Intuyó que la explicación que se disponía a darle sería, con suerte, una media verdad.

—No lo recuerdo muy bien —dijo, cauteloso—. Aunque voy recuperando los detalles poco a poco. Soy..., era soldado de la Guardia Real. La reina sufrió un ataque..., una emboscada en el..., al final de las escaleras. Me acuerdo que luché, con la espada y la magia del Gremio... Los soldados de la Guardia Real éramos todos guardianes del Gremio. Yo creía que estábamos a salvo, pero nos traicionaron y después... Después vine a parar aquí. No sé cómo.

Sabriel escuchó con atención y se preguntó cuánto de lo que le decía sería cierto. Era probable que hubiese perdido la memoria, pero quizá fuera verdad eso de que había pertenecido a la guardia real. Tal vez hubiera levantado un escudo protector... Tal vez por eso sus enemigos se habían limitado a aprisionarlo en lugar de matarlo. Aunque muy bien podrían haber esperado a que fallara el encantamiento del escudo. ¿Por qué habrían usado, pues, tan extraño método para retenerlo? Y más importante aún, ¿cómo logró el mascarón que lo colocasen allí, el más protegido y seguro de todos los sitios?

Se guardó las preguntas para más adelante, porque en ese momento tuvo otra idea. Si de veras era un soldado de la guardia real, la Reina a la que había protegido debía de llevar muerta y enterrada al menos doscientos años, y con ella habrían desaparecido todas las personas y las cosas que conocía.

—Has estado preso mucho tiempo —dijo Sabriel muy amable, sin saber a ciencia cierta cómo darle la noticia—. Has..., quiero decir... Verás, no sé cómo preguntarlo, quiero decir, hace mucho tiempo que...

—Doscientos años —susurró Piedra de Toque—. Me lo ha dicho tu adlátere.

—Tu familia...

—No tengo a nadie —dijo.

Su cara era una máscara, inmóvil y dura como la madera tallada del día anterior. Con cuidado, sacó una de sus espadas y se la ofreció a Sabriel por la empuñadura.

—Me pongo a tu servicio, mi señora, para luchar contra los enemigos del Reino.

Sabriel no cogió la espada, aunque su primera reacción al oír al muchacho fue la de tender la mano y aceptarla. Tras pensárselo un instante, cerró la mano y dejó caer el brazo al costado del cuerpo. Miró a Zapirón, que observaba la escena sin ningún pudor.

—¿Qué le has contado, Zapirón? —le preguntó con una voz cargada de sospecha.

—Le he contado en qué estado se encuentra el Reino, en líneas generales —contestó el gato—. Los acontecimientos recientes. Nuestra llegada aquí, más o

menos. Tu deber como Abhorsen de poner remedio a la situación.

—¿Lo del mordicante? ¿Y lo de los braceros fantasmas? ¿Y lo de los cuervos sanguinarios? ¿Y lo del adepto muerto, quienquiera que fuese?

—No con tanto detalle —respondió Zapirón alegremente—. Me pareció que podía deducirlo él solito.

—Como podrás comprobar —dijo Sabriel con rabia—, mi «adlátere» no ha sido del todo sincero contigo. Me crié al otro lado del Muro, en Ancelstierre, de manera que no tengo mucha idea de lo que está pasando. Mis conocimientos sobre el Reino Antiguo están plagados de lagunas en todos los campos, desde la geografía, pasando por la historia y terminando con la magia del Gremio. Me enfrento a enemigos funestos que, con toda probabilidad, se encuentran bajo la batuta de uno de los muertos mayores, un adepto nigromántico. Y no he venido aquí a salvar el Reino, sino a buscar a mi padre, el verdadero Abhorsen. De manera que no acepto tu juramento, ni quiero que estés a mi servicio, ni nada parecido, y mucho menos si tenemos en cuenta que acabamos de conocernos. Aceptaré con gusto que nos acompañes hasta el lugar civilizado más próximo, pero de ahí en adelante, no tengo ni idea de lo que voy a hacer. Ah, por cierto, hazme el favor de recordar que me llamo Sabriel. No soy tu señora. No soy la Abhorsen. Y ahora creo que es hora de que desayunemos.

Tras la perorata, fue a la mochila y sacó la avena y una olla. Piedra de Toque se la quedó mirando, luego se levantó, se colgó las espadas al cinto, se puso el jubón, ató los cordones de las mangas al cinto y echó a andar en dirección a la arboleda más próxima.

Zapirón fue tras él y lo observó mientras recogía ramas secas para el fuego.

—Se crió en Ancelstierre de verdad —dijo el gato—. No sabe que rechazar tu juramento es una ofensa. Y me temo que es tan ignorante como te ha dicho. Es uno de los motivos por los que precisa ayuda.

—Yo no me acuerdo de mucho —dijo Piedra de Toque, partiendo una rama por la mitad con considerable furia—. Salvo mi pasado más reciente. Lo demás es como un sueño. No sé muy bien si es real, inventando o aprendido. Y no estoy ofendido. Mi juramento sirve de poco.

—Pero la ayudarás —dijo Zapirón. No era una pregunta.

—No —dijo Piedra de Toque—. Se ayudan los iguales. La serviré. Es lo único que sé hacer.

Tal como temía Sabriel, hubo poca conversación durante el desayuno. Zapirón se fue a buscar provisiones, y Sabriel y Piedra de Toque tuvieron que arreglárselas como pudieron y turnarse para comer la mitad de las gachas, porque sólo disponían de una olla y una cuchara. Incluso teniendo en cuenta esta dificultad, Piedra de Toque se mostró poco comunicativo. Sabriel empezó a formular un montón de preguntas, pero

como él no hacía más que responder: «Lo siento, no me acuerdo», al cabo de nada, se dio por vencida.

—Supongo que tampoco te acordarás de cómo se sale de este pozo airón —comentó, exasperada, al cabo de un prolongado silencio. Hasta a ella misma el tono que empleó le pareció el del monitor que reprende a un granuja de doce años.

—No, lo siento... —contestó automáticamente Piedra de Toque, pero se interrumpió y torció la boca en un súbito gesto de satisfacción—. ¡Un momento! ¡Sí..., sí que me acuerdo! Hay una escalera oculta, al norte de la nave del Rey Janeurl, pero... no me acuerdo cuál es...

—Sólo hay cuatro naves cerca del borde norte —dijo Sabriel—. No será muy difícil descubrir cuál es. ¿Qué recuerdas de otros aspectos geográficos? Del Reino, por ejemplo.

—No estoy seguro —contestó Piedra de Toque, cauteloso, inclinando la cabeza.

Sabriel lo miró, inspiró hondo para calmar la rabia creciente que le subía desde el estómago a la garganta. Podía disculparle el que tuviera mala memoria, al fin y al cabo, era por efecto del encierro mágico al que se había visto sometido. Pero su actitud servil le parecía pura afectación. Era como un mal actor que interpreta el papel de mayordomo, o más bien, un no actor que trata de interpretar lo mejor que puede a un mayordomo. ¿Por qué lo haría?

—Zapirón me hizo un mapa —dijo para calmarse un poco y, al mismo tiempo, darle conversación—. Como parece ser que sólo ha pasado unos cuantos fines de semana fuera de la casa de Abhorsen en los últimos diez siglos, comprenderás que los recuerdos de doscientos años...

Sabriel se interrumpió y se mordió el labio al caer en la cuenta de que era tal la irritación que se había vuelto perversa. Él levantó la vista cuando la muchacha calló, pero en su cara no se reflejaba reacción alguna. Era como si siguiera estando tallado en madera.

—Lo que quiero decir —continuó Sabriel, midiendo sus palabras—, es que me resultaría muy útil que me aconsejaras sobre el mejor camino para llegar a Belisaere, y sobre los lugares más importantes con los que nos encontraremos.

Sacó el mapa del bolsillo especial de la mochila y le quitó el envoltorio de tela impermeable. Piedra de Toque lo aferró por un extremo cuando la muchacha lo desenrolló; sujetó las puntas con dos piedras, mientras ella afirmaba su lado con la caja del telescopio.

—Creo que estamos más o menos por aquí —dijo Sabriel, y con el dedo indicó la casa de Abhorsen y trazó el vuelo de la papelonave desde allí hasta un punto un poco más al norte del delta del río Renegado.

—No —dijo Piedra de Toque. Era la primera vez que hablaba con tono resuelto. Plantó el dedo en el mapa, un par de centímetros al norte de donde Sabriel apuntaba

con el suyo—. Esto de aquí es Hoyo Sagrado. Se encuentra a sólo diez leguas de la costa y en la misma latitud que el Monte Anarson.

—¡Magnífico! —exclamó Sabriel, y sonrió. El enfado había desaparecido—. Te acuerdas. ¿Cuál es el mejor camino para llegar a Belisaere y cuánto tardaremos?

—Desconozco las condiciones actuales, mi se..., Sabriel —contestó Piedra de Toque. Y bajando la voz, añadió—: Por lo que dice Zapirón, el Reino se encuentra sumido en la anarquía. Es posible que ya no existan los pueblos y aldeas. Nos toparemos con bandidos y con los muertos, habrá magia libre sin límites, criaturas malignas...

—De acuerdo, si dejamos eso de lado, ¿por dónde solías ir tú? —preguntó Sabriel.

—Desde Nestowe, la aldea de pescadores, que está aquí —dijo Piedra de Toque, señalando la costa al este de Hoyo Sagrado—, cabalgábamos hacia el norte, por el Camino Costero y cambiábamos de montura en las casas de postas. Hasta Callibe eran cuatro días, con uno de descanso. Luego enfilábamos el camino interior a través del Paso de Otrora, en total eran seis días hasta Aunden. Descansábamos allí un día, luego quedaban otros cuatro de viaje hasta Orquire. Desde allí, quedaba un día en barca o dos a caballo hasta la Puerta Occidental de Belisaere.

—Si prescindimos de los descansos, son dieciocho días a caballo y por lo menos seis semanas a pie. Demasiado tiempo. ¿Hay otra forma de hacer el viaje?

—En barco desde Nestowe —interrumpió Zapirón, y moviéndose sigiloso por detrás de Sabriel, se adelantó para plantar la patita sobre el mapa—. Si conseguimos uno y si alguno de vosotros dos sabe navegar.

Capítulo 15

La escalera se encontraba al norte de la nave central. Oculta por arte de la magia y el artificio, se ofrecía a la vista como poco más que una zona húmeda en la piedra caliza que formaba la pared del pozo airón. Sin embargo, era posible cruzarla sin mayor dificultad, pues se trataba en realidad de una puerta abierta de la que los peldaños iban subiendo.

Decidieron subir esos peldaños a la mañana siguiente, tras otro día de descanso. Sabriel estaba ansiosa por proseguir viaje, pues presentía que cuanto más tiempo transcurriera, mayor sería el peligro al que estaba sometido su padre, pero también era realista y sabía que debía esperar para recuperarse del todo. Además, pensó que tal vez Piedra de Toque también necesitara descansar. Mientras buscaban la escalera, había intentado sonsacarle más información, pero se mostró tan poco comunicativo que apenas abrió la boca, y cuando lo hizo, Sabriel recibía sus humildes disculpas con manifiesta irritación. Después de encontrar la puerta, se dio por vencida, se sentó en la hierba, cerca del manantial, y se puso a leer los libros de su padre sobre magia del Gremio. *El Libro de los Muertos* seguía envuelto en la tela impermeable. Pese a ello, notaba su presencia perturbadora en la mochila... ,

Piedra de Toque se colocó en el extremo opuesto de la nave, cerca de la proa, donde practicó unos cuantos estoques con sus dos espadas, hizo ejercicios de estiramiento y algunos saltos acrobáticos. Zapirón lo observaba entre la maleza, los ojos verdes le brillaban con gran intensidad, como si estuviese acechando un ratón.

El almuerzo resultó un fracaso tanto en el aspecto culinario como en el de la conversación. Tiras secas de cecina, con guarnición de berros recogidos en las orillas del manantial y respuestas monosilábicas de Piedra de Toque, Volvió incluso a tratarla de «mi señora» pese a que Sabriel insistió en incontables ocasiones para que la llamara por su nombre. Zapirón no contribuyó a que el hombre se olvidara de tantas formalidades, porque no dejaba de llamarla Abhorsen. Después del almuerzo, cada cual se dedicó a sus ocupaciones. Sabriel se concentró en el libro; Piedra de Toque en sus ejercicios y Zapirón en su vigilancia.

Llegó la cena sin que a ninguno le hiciera demasiada ilusión. Sabriel trató de pegar la hebra con Zapirón, pero el gato se había contagiado del mutismo de Piedra de Toque, aunque por fortuna, no de su servilismo. En cuanto terminaron de comer, y tras reunir las brasas del fuego, cada uno se fue en una dirección: Piedra de Toque hacia el oeste, Zapirón hacia el norte y Sabriel hacia el este, en busca de un lugar despejado donde dormir a pierna suelta.

Sabriel se despertó una vez en el curso de la noche. Sin levantarse, se dio cuenta de que alguien había reavivado el fuego y vio que Piedra de Toque estaba sentado junto a la fogata, mirando las llamas mientras en sus ojos se reflejaba la retzona luz

roja y dorada. Estaba demacrado; tanto, que parecía enfermo.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Sabriel en voz baja incorporándose y apoyándose en un codo.

Piedra de Toque dio un respingo, se dio media vuelta y a punto estuvo de caerse. Por primera vez no habló como un sirviente enfurruñado.

—No mucho. Me acuerdo de lo que no debo y me olvido de lo que no debería. Perdóname.

Sabriel no le contestó. La última palabra iba dirigida al fuego, no a ella.

—Por favor, mi señora, duérmete otra vez —prosiguió Piedra de Toque, adoptando nuevamente su papel servil—. Te despertaré por la mañana.

Sabriel abrió la boca, dispuesta a decir algo mordaz sobre lo arrogante que resultaba la humildad fingida, pero lo pensó dos veces, se calló y se volvió a meter debajo de la manta. «Tú concéntrate en rescatar a tu padre —se dijo—. Es lo único que importa. Rescatar a Abhorsen. No te preocupes por los problemas de Piedra de Toque ni por la extraña naturaleza de Zapirón. Tú, a rescatar a Abhorsen, A rescatar a Abhorsen. A rescatar a Abhor..., rescatar...»

—¡Despierta! —le susurró Zapirón al oído.

La muchacha se dio la vuelta y no le hizo ni caso, pero el gato saltó por encima de su cabeza y le repitió en el otro oído:

—¡Despierta!

—Estoy despierta —gruñó Sabriel.

Se sentó y al envolverse con la manta, notó el frío de las horas que preceden el amanecer en la cara y las manos. Estaba muy oscuro, salvo por la luz vacilante del fuego y el levísimo fulgor del amanecer que asomaba por el borde del pozo airón. Piedra de Toque ya estaba preparando las gachas. Se había lavado y afeitado; por los cortes que tenía en la barbilla y el cuello debía de haber utilizado la daga.

—Buenos días —la saludó—. Cinco minutos más y las gachas estarán listas, mi señora.

Sabriel refunfuñó al oírse tratar así otra vez, recogió la camisa y los pantalones, se envolvió en la manta y, con paso torpe, encorvada, nada digna de ser llamada «mi señora», se alejó en dirección al manantial, decidida a encontrar antes un arbusto adecuado.

El agua helada del manantial terminó de despertarla del todo, aunque se mojó y dejó que le diera el aire algo menos frío no más de los diez segundos que tardó en quitarse la camiseta, lavarse someramente y volver a vestirse. Limpia, despierta y arreglada, regresó junto a la fogata y tomó su ración de gachas. Luego Piedra de Toque comió mientras Sabriel se abrochaba la armadura, se colocaba la espada y las campanas. Zapirón estaba tendido junto al fuego, catentándose la barriga blanca y peluda. Sabriel se preguntó una vez más si le hacía falta alimentarse. Era evidente

que le gustaba la comida, pero daba toda la impresión de comer para divertirse, más que para reponer fuerzas.

Concluido el desayuno, Piedra de Toque siguió comportándose como un sirviente: limpió el cacharro y la cuchara, apagó el fuego y guardó todo. Cuando se disponía a echarse la mochila al hombro, Sabriel lo detuvo.

—No, Piedra de Toque. Es mi mochila. Ya la llevaré yo, gracias.

El hombre dudó, luego le pasó la mochila y la habría ayudado a colocársela, pero la muchacha metió los brazos por las correas y la tuvo colgada a la espalda antes de que él pudiera hacer nada.

Media hora más tarde, cuando habían subido un tercio de la estrecha escalera tallada en la piedra, Sabriel lamentó la decisión de cargar con aquel fardo. No se había recuperado del todo del accidente de la papelonave y la escalera era empinada y tan estrecha que le costaba Dios y ayuda superar los continuos giros. No importaba en qué dirección fuera, la mochila siempre acababa golpeando la pared.

—A lo mejor deberíamos turnarnos para cargar con la mochila —sugirió de mala gana, cuando se detuvieron a recuperar el aliento en una especie de hornacina. Piedra de Toque, que iba delante, asintió y bajó unos peldaños para coger la mochila.

—Iré yo delante ahora —añadió Sabriel

Estiró cuanto pudo la espalda y los hombros para desentumecerse. Se estremeció ligeramente al notar que se le enfriaba el sudor acumulado en la zona donde había llevado la mochila. Debajo de la armadura, la túnica, la camisa y la camiseta notó la espalda mojada y grasienta. Cogió la vela del banco y se adelantó.

—No —le dijo Piedra de Toque, interponiéndose en su camino—. En esta escalera hay guardianes y defensas. Conozco las palabras y las señas necesarias para neutralizarlos. Tú eres la Abhorsen, es posible que te dejen pasar, pero no estoy seguro.

—Estás recuperando la memoria, según parece —comentó Sabriel, algo rabiosa de que frustraran sus planes—. Dime una cosa, ¿es ésta la escalera donde le tendieron la emboscada a la reina

—No —contestó Piedra de Toque con tono cansado. Y tras una vacilación, agregó —: Esa escalera está en Belisaere.

Dicho lo cual, se dio la vuelta y siguió subiendo. Sabriel fue detrás, con Zapirón pisándole los talones. Sin la pesada carga de la mochila, se notaba más alerta. Observaba a Piedra de Toque y lo veía detenerse de tanto en tanto y mascullar algunas palabras entre dientes. Cada vez que lo hacía, se notaba el toque suave, como el roce de una pluma, de la magia del Gremio. Una magia sutil, mucho más astuta que la del túnel de abajo. Más difícil de detectar y probablemente mucho más letal, pensó Sabriel. Notó entonces su presencia, captó la leve sensación de la muerte. Aquella escalera había sido testigo de matanzas hacía mucho, mucho tiempo.

Llegaron finalmente a una sala amplia, con un par de puertas dobles en un extremo. La luz se filtraba por un sinnúmero de pequeños agujeros redondos en el techo, o más bien, tal como Sabriel pudo comprobar poco después, a través de una inmensa celosía que en otros tiempos daba al cielo abierto.

—Ésa es la puerta exterior —le informó Piedra de Toque, sin necesidad alguna.

Apagó la vela, cogió la de Sabriel, poco más que una masa informe de cera, y se metió ambas en el bolsillo delantero de la falda escocesa. La muchacha pensó en hacerle una broma sobre los posibles daños que podía causarle la cera caliente, pero prefirió callar. Piedra de Toque no se caracterizaba precisamente por ser alegre y desenfadado.

—¿Cómo se abre? —inquirió Sabriel señalando la puerta.

No veía ni picaportes, ni cerradura, ni llave. Tampoco bisagras, en realidad.

Piedra de Toque guardó silencio, con la mirada perdida en el vacío; luego rió, con una risita tímida y amarga.

—¡No me acuerdo! Mira que subir toda lá escalera y saberme todas las palabras y señales y ahora... ¡Ahora soy un inútil! ¡Un perfecto inútil!

—Al menos has conseguido que subiéramos la escalera —observó Sabriel, alarmada por la violencia con que se echaba la culpa. De no haber aparecido tú, seguiría sentada junto al manantial, viéndolo burbujear.

—Habrías encontrado la salida —masculló Piedra de Toque—. O la habría encontrado Zapirón. ¡Madera! Eso es lo que merezco ser...

—Piedra de Toque —lo interrumpió Zapirón con un siseo—, cierra la boca. Debes mostrarte útil, ¿lo recuerdas?

—Sí —contestó Piedra de Toque y se calmó, dejó de respirar agitadamente y compuso el gesto—. Lo lamento, Zapirón. Mi señora.

—Por favor, por favor, llámame Sabriel —repitió la muchacha harta ya—. Acabo de salir de la escuela secundaria, sólo tengo dieciocho años. Eso de que me llames «mi señora» me parece una ridiculez.

—Sabriel —dijo Piedra de Toque, cauteloso—. Intentaré recordarlo—. Lo de «mi señora» es una costumbre... Me recuerda el lugar que ocupó en este mundo. Es más fácil para mí..

—¡Me importa un comino lo que te sea más fácil! —le soltó Sabriel—. ¡No me llames más «mi señora» y deja de comportarte como un imbécil! Sé tú mismo. Comportate normalmente. ¡No necesito un criado, necesito un amigo que me sea útil!

—Muy bien, Sabriel —dijo Piedra de Toque procurando imprimir entusiasmo a sus palabras.

Estaba visiblemente enfadado, al menos eso constituía una mejoría en comparación con su anterior actitud servil, pensó Sabriel.

—Y ahora —le dijo a Zapirón, que sonreía con aire de suficiencia—. ¿Tienes

alguna idea de cómo funciona esta puerta?

—Sólo una —contestó Zapirón, se restregó entre sus piernas y se acercó a la fina línea divisoria que separaba las dos hojas de la puerta—. Empujad. Uno a cada lado.

—¿Qué empujemos?

—¿Por qué no? —preguntó Piedra de Toque.

Se colocó a la izquierda de la puerta, puso las palmas sobre la madera con remaches metálicos. Sabriel dudó un momento, luego se puso en la parte derecha de la puerta.

—¡A empujar a la de tres! ¡Uno, dos, tres! —gritó Zapirón.

Sabriel empujó al oír «dos» y Piedra de Toque cuando el gato dijo «tres». Tardaron unos segundos en sincronizar fuerzas. Después, las puertas se fueron abriendo poco a poco, se coló un haz de sol que fue del suelo al techo iluminando a su paso miles de motas de polvo.

—Esto me huele raro —dijo Piedra de Toque; la madera vibraba bajo sus manos como las cuerdas de un laúd.

—¡Oigo voces! —exclamó Sabriel al mismo tiempo, y los oídos se le llenaron de medias palabras, risas, cánticos lejanos.

—Veo el tiempo —susurró Zapirón tan quedo que sus palabras se las tragó el aire.

Y se abrieron las puertas. Cruzaron el umbral protegiéndose los ojos del sol; notaron la fresca brisa en la piel, el limpio aroma de los pinos borró todo vestigio del olor a polvo del subsuelo. Zapirón estornudó brevemente tres veces y corrió en un círculo cerrado. Las puertas se cerraron sin hacer ruido, de forma tan inexplicable como se habían abierto.

Se encontraban en un pequeño claro, en el centro de un pinar o plantación, porque los árboles crecían a intervalos regulares. A sus espaldas, las puertas quedaron en la ladera de una loma cubierta de césped y arbustos achaparrados. El suelo estaba cubierto de una gruesa capa de pinaza en la que a cada paso asomaban las pinas, como calaveras desenterradas en un antiguo campo de batalla arado.

—El Bosque Vigía —dijo Piedra de Toque. Inspiró hondo un par de veces, miró el cielo y suspiró—. Estamos en invierno, creo... ¿o comienzos de la primavera?

—En invierno —le aclaró Sabriel—. Cerca del Muro nevaba copiosamente. Aquí parece que hace mejor tiempo.

—La mayor parte del Muro, los Despeñaderos Largos y la casa de Abhorsen se encuentran en la Meseta Sur o en parte de ella —les explicó Zapirón—. La meseta está entre trescientos y seiscientos metros por encima de la llanura costera. De hecho, la zona que rodea Nestowe, hacia donde nos dirigimos, se encuentra por debajo del nivel del mar y se ha ganado a las aguas.

—Sí —dijo Piedra de Toque—. Lo recuerdo. Dique Largo, los canales elevados, los molinos de viento para bombear el agua...

—Qué locuaces e informativos estáis, para variar —observó Sabriel—. A ver si uno de vosotros me hace el favor de contarme algo que quiero saber de verdad, como por ejemplo, qué son las grandes cartas del Gremio.

—Yo no puedo —contestaron Zapirón y Piedra de Toque al unísono. Y luego, este último añadió, no muy decidido—: Hay un encantamiento... un hechizo vinculante al que ambos estamos sujetos. Pero alguien que no sea mago del Gremio y que no esté firmemente comprometido con el Gremio, podría hablar. Por ejemplo un niño bautizado con la marca del Gremio, pero que no se hubiera educado conforme a los ritos del poder.

—Eres más listo de lo que yo creía —dijo Zapirón—. Aunque eso no es decir mucho.

—Un niño —repitió Sabriel—. ¿Y por qué iba a saberlo un niño?

—Si hubieras recibido una educación adecuada, tú también lo sabrías —dijo Zapirón—. Mandarte a esa escuela ha sido tirar unas buenas piezas de plata.

—Es posible —convino Sabriel—. Aunque ahora que sé mucho más sobre el Reino Antiguo, sospecho que ir a la escuela en Ancelistierre me salvó la vida. Dejémonos de tonterías. ¿En qué dirección seguimos?

Piedra de Toque miró el cielo y comprobó que sobre el claro era azul, pero negro donde se alzaban los pinos. El sol asomaba apenas por encima de los árboles y se encontraba más o menos a una hora del cenit. Piedra de Toque apartó la vista y observó las sombras de los árboles y luego señaló:

—Hacia el este. Deberíamos encontrar una serie de pilares del Gremio, desperdigados de aquí hasta las lindes orientales del Bosque Vigía. Este sitio está muy protegido por la magia. Hay... había muchos pilares.

Los pilares seguían allí, y después del primero, encontraron las huellas de algo que parecía un animal que iban zigzagueando de un pilar al siguiente. Bajo los pinos hacía un fresquito agradable.

La constante presencia de los pilares del Gremio les daba una sensación tranquilizadora tanto a Sabriel como a Piedra de Toque, que los consideraba como faros en un mar de árboles.

Había siete pilares en total y ninguno de ellos estaba roto; pese a todo, Sabriel estaba en ascuas cada vez que abandonaban las proximidades de uno para pasar al siguiente, y no conseguía quitarse de la cabeza una cruda imagen: el pilar cercenado y manchado de sangre de Cima Partida.

El último pilar se hallaba en el límite mismo del pinar, en la cima de un risco de granito de treinta o cuarenta metros de altitud que marcaba el borde oriental del bosque y el final del terreno elevado.

Se quedaron junto al pilar y desde allí contemplaron la ancha extensión azul grisácea del mar cuyas incesantes olas de blanca espuma bañaban la playa. Más abajo

se veían las tierras planas y hundidas de Nestowe, mantenidas gracias a una serie de canales elevados, bombas y diques. La aldea misma se encontraba a algo más de un kilómetro, en la cumbre de otro risco de granito, y el puerto estaba del otro lado, donde no alcanzaba la vista.

—Los campos están inundados —dijo Piedra de Toque, algo perplejo, como si no diera crédito a sus ojos.

Sabriel siguió su mirada y comprobó que lo que había tomado por un cultivo era en realidad una mezcla de cieno y agua que cubría las zonas donde en otros tiempos crecían los cereales. Los molinos de viento, que proporcionaban la energía para las bombas, estaban inmóviles, las aspas en forma de trébol colgaban silenciosas en lo alto de sus torres, pese a la brisa salada que soplaban desde el mar.

—¿Cómo es posible? ¡Las bombas eran obra de un encantamiento del Gremio! —exclamó Piedra de Toque—. Obedecían al viento, funcionaban sin descanso...

—No hay gente en los campos..., nadie en este lado de la aldea —observó Zapirón, cuya vista llegaba más lejos que el telescopio guardado en la mochila de Sabriel.

—El pilar del Gremio que hay en Nestowe debe de estar roto —dijo Sabriel apretando los labios, con frialdad—. Y percibo en el aire cierto hedor. Hay muertos en la aldea.

—La forma más rápida de llegar a Belisaere es en barco y confío razonablemente en mis dotes marineras —observó Piedra de Toque—. Pero sí los muertos están allá abajo, ¿no deberíamos...?

—Bajaremos y conseguiremos un barco —anunció Sabriel con firmeza—. Mientras el sol esté alto.

Capítulo 16

Para cruzar los campos inundados habían construido un sendero elevado, pero en muchas zonas el agua llegaba a la altura del tobillo y, ocasionalmente, cuando se perdía pie, cubría hasta el muslo. Sólo los desagües elevados del canal se mantenían por encima del agua salobre y todos conducían hacia el este, no hacia la aldea, de manera que Sabriel y Piedra de Toque se vieron obligados a vadear el sendero. Zapirón, como era de esperar, iba cómodamente instalado a manera de blanca estola alrededor del cuello de Sabriel.

El agua, el barro y lo incierto del camino dificultaban mucho la marcha. Tardaron una hora en recorrer algo más de un kilómetro y medio. Mucho más tarde de lo que Sabriel hubiera deseado salieron por fin del agua y empezaron a ascender la cuesta rocosa, en dirección a la aldea. «Al menos el cielo está despejado», pensó Sabriel, mirando hacia arriba. El sol invernal no calentaba demasiado y no podía calificarse de deslumbrante pero, con toda seguridad, impediría que gran parte de los familiares de los muertos menores se aventuraran a salir.

No obstante, subieron con cuidado hasta la aldea, las espadas preparadas, y las campanas dispuestas. El sendero serpenteaba en una serie de escalones tallados en la piedra, reforzados de tanto en tanto con ladrillo y argamasa. La aldea estaba enclavada en la cima del risco: treinta acogedoras cabanas de ladrillo, con tejados de tejas de madera, algunas pintadas con brillantes colores, otras con tonos apagados, y otras sencillamente deslucidas por la acción de los elementos.

Reinaba el más absoluto de los silencios; sólo se oían las ocasionales ráfagas de viento o el chillido lastimero de alguna gaviota que surcaba el aire. Sabriel y Piedra de Toque se acercaron más, avanzaron casi hombro con hombro hasta lo que daba la impresión de ser la calle principal; empuñaban las espadas y con la mirada recorrían las puertas cerradas y los postigos de las ventanas. Los dos estaban inquietos, nerviosos; notaban un desagradable cosquilleo que les recorría la espalda hasta la nuca y de allí les pasaba a la marca del Gremio que llevaban en la frente. Sabriel notaba también la presencia de cosas muertas. Muertos menores que se ocultaban de la luz del sol y acechaban en alguna parte, cerca de ellos, escondidos en las casas o los sótanos.

Al final de la calle principal, en el punto más alto del risco, sobre una zona cubierta de césped muy cuidado, se alzaba un pilar del Gremio. La mitad del pilar había sido cercenada y los trozos de negra piedra yacían desperdigados sobre la hierba verde. Había un cuerpo tendido delante del pilar, atado de pies y manos, el corte de la garganta indicaba claramente el lugar por donde había manado la sangre, la sangre para el sacrificio que había roto el pilar.

Sabriel se arrodilló junto al cadáver y apartó la mirada de la piedra rota. Supo

entonces que hacía poco que había sido destruida, pero la puerta que conducía al Reino de la Muerte comenzaba a abrirse ya con un fragoroso chirrido. Sintió el frío de las corrientes que se escapaban por ella e iban a filtrarse alrededor del pilar para absorber el calor y la vida del aire. Advirtió también la presencia de cosas acechantes, al otro lado de la frontera. Sintió su avidez por la vida, su impaciencia porque cayera la noche.

Tal como esperaba, el cadáver era de un mago del Gremio; había fallecido hacía tres o cuatro días. Lo que no esperaba era que la persona muerta fuese una mujer. Los hombros anchos y la complexión fuerte la engañaron por un instante, pero ante ella tenía a una mujer de mediana edad, con los ojos cerrados, una profunda herida en la garganta, la corta cabellera castaña cubierta de sangre y salitre.

—La curandera de la aldea —dijo Zapirón señalando con la nariz el brazalete que llevaba la mujer en la muñeca.

Sabriel le apartó las cuerdas para verlo mejor. El brazalete era de bronce; engarzadas en piedra verde llevaba las marcas del Gremio. Marcas muertas, porque la sangre que manchaba el bronce se había secado y en la muñeca, bajo el metal, ya no latía el pulso.

—La mataron hace tres o cuatro días —anunció Sabriel—. Y al mismo tiempo partieron el pilar.

Piedra de Toque la miró y tras asentir sombríamente siguió vigilando las casas de enfrente. Llevaba una espada en cada mano, las asía sin demasiada fuerza, aunque Sabriel se percató de que el resto de su cuerpo estaba en tensión, como el muñeco de resorte de una caja de sorpresa dispuesto a saltar.

—Las personas... o las cosas que la mataron y rompieron el pilar no esclavizaron su espíritu —agregó Sabriel en voz baja, como pensando para sus adentros—. Me pregunto por qué.

Ni Zapirón ni Piedra de Toque le contestaron. Por un momento, Sabriel consideró la posibilidad de preguntárselo a la mujer, pero su impetuoso deseo de viajar al Reino de la Muerte se había visto sensatamente contenido por las experiencias recientes. Se limitó a cortar las ataduras de la mujer y la acomodó como pudo en una especie de posición fetal.

—No sé tu nombre, curandera —susurró Sabriel—. Pero confío en que cruces muy pronto la Última Puerta. Adiós.

Se apartó un poco y trazó sobre el cadáver las marcas del Gremio correspondientes a la pira funeraria al tiempo que susurraba los nombres de esas mismas marcas, pero los dedos se le agarrotaron y las palabras no surtieron efecto. La funesta influencia del pilar partido la empujaba como un luchador que la aferrase de las muñecas o le sujetara la mandíbula. El sudor le perló la frente y un dolor agudo le recorrió las piernas, las manos le temblaban por el esfuerzo, notaba la lengua

hinchada y pastosa, la boca reseca.

Sintió entonces que recibía ayuda, que la fuerza le fluía por el cuerpo, reforzando las marcas, dándole firmeza a su pulso, aclarándole la voz. Concluida la letanía, una chispa estalló encima de la mujer, se convirtió en una llama ondulante, creció hasta formar una hoguera furiosa, de un rojo intenso, que engulló el cuerpo entero de la mujer y lo consumió por completo hasta dejarlo convertido en un montón de ceniza que los vientos marítimos se encargaron de aventar.

La fuerza adicional se la transmitía Piedra de Toque a través de la palma de la mano, posada ligeramente sobre su hombro. Cuando la muchacha se incorporó, dejó de tocarla. Sabriel se dio la vuelta y vio que Piedra de Toque desenfundaba la espada derecha, con los ojos clavados en las casas, como si él no hubiera tenido nada que ver en la ayuda que acababa de recibir.

—Gracias —dijo Sabriel.

Piedra de Toque era un poderoso mago del Gremio, quizá tan poderoso como ella misma. Este detalle la sorprendió, pero no supo precisar por qué. Él no había ocultado en ningún momento que fuera un mago del Gremio, aunque ella había deducido que sólo conocía algunas marcas y encantamientos más relacionados con la lucha. Cosas de magia menor.

—Deberíamos seguir nuestro camino —sugirió Zapirón sin dejar de pasearse agitadamente de un lado para el otro y evitando con sumo cuidado pisar los fragmentos del pilar partido—. Buscar un barco y zarpar antes de que anochezca.

—El puerto está en esa dirección —añadió Piedra de Toque con rapidez, apuntando con la espada.

Tanto él como el gato se mostraban muy interesados en abandonar los alrededores del pilar partido, pensó Sabriel. Y ella también. Incluso bajo la luz del día, daba la impresión de nublar cuanto había a su alrededor. La hierba era más amarillenta que verde; incluso las sombras parecían más espesas y abundantes de lo debido. Se estremeció al recordar Cima Partida y aquella cosa llamada Thralk.

El puerto se encontraba en el lado norte del risco; se accedía a través de otra serie de escalones tallados en la piedra. La carga llegaba a él gracias a una serie de cabrias montadas sobre soportes, alineados en el borde del risco. Los embarcaderos de madera se proyectaban hacia el agua verdeazulada y cristalina, colocados al abrigo de una isla de piedra, una especie de hermana menor del risco de la aldea. Un largo rompeolas formado por enormes rocas unía la isla con la costa, protegiendo el puerto del viento y las olas.

En el puerto, los embarcaderos estaban vacíos, no había en ellos barcas amarradas. Ni siquiera una mísera yola en dique seco, a la espera de ser reparada. Sabriel esperó en los escalones mirando hacia abajo, sin tener ningún plan en la cabeza. Se limitó a observar cómo las olas se arremolinaban alrededor de los pilotes

cubiertos de lapas de los embarcaderos y las sombras que se movían en el azul del agua, allí donde los bancos de peces nadaban tranquilamente. Zapirón se sentó a sus pies y olió el aire sin hacer ruido. Piedra de Toque se situó unos escalones más arriba, a sus espaldas, para vigilar la retaguardia.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Sabriel señalando con la mano vagamente el puerto vacío, allá abajo, y su brazo siguió el ritmo del oleaje en su perpetuo embate contra la madera y la piedra.

—En la isla hay gente —anunció Zapirón entrecerrando los ojos a causa del viento—. Y barcas amarradas entre los dos afloramientos de piedra del suroeste.

Sabriel miró en esa dirección, pero no vio nada, hasta que sacó el telescopio de la mochila que Piedra de Toque cargaba a la espalda. El hombre se quedó inmóvil, tan silencioso como la aldea desierta, mientras ella hurgaba en busca del telescopio. Otra vez con cara de póquer, pensó Sabriel, pero en realidad no le importaba. Se mostraba servicial sin saludarla con una reverencia cada dos minutos.

Con el telescopio comprobó que Zapirón estaba en lo cierto. Había varias barcas medio ocultas entre dos espolones de piedra, y ligeros signos de presencia humana: ropa tendida al sol que asomaba detrás de una roca enorme cuando la agitaba el viento; algún que otro movimiento entre dos de las seis o siete viviendas de madera enclavadas en el lado suroeste de la isla.

Sabriel pasó luego a explorar el rompeolas en toda su extensión. Tal como había imaginado, en el centro mismo había una brecha por donde el mar penetraba con fuerza considerable. Los restos de madera esparcidos en el rompeolas justo a la isla indicaban que en otros tiempos allí había habido un puente.

—Parece ser que los aldeanos huyeron a la isla —dijo plegando el telescopio—. Hay una brecha en el rompeolas para que el agua fluya entre la isla y la costa. La defensa ideal contra los difuntos. Dudo de que ni siquiera los mordicantes se atrevieran a cruzar esas aguas profundas...

—Vamos para allá, pues —masculló Piedra de Toque. Estaba nervioso, como en ascuas.

Sabriel lo miró a la cara, luego observó por encima de su cabeza y descubrió el motivo de su nerviosismo. Desde el sureste, detrás de la aldea, las nubes comenzaron a amontonarse en el cielo; eran densos nubarrones negros cargados de lluvia. El aire estaba en calma, pero se trataba de la calma que suele preceder la tempestad. Muy pronto, el sol dejaría de protegerlos y llegaría la noche como un huésped puntual.

Sin más preámbulos, Sabriel bajó los escalones, llegó al puerto y recorrió luego el rompeolas. Piedra de Toque la seguía más despacio, volviéndose cada cuatro pasos para vigilar la retaguardia. Zapirón hacía otro tanto, su cara felina miraba continuamente atrás y escrutaba las casas.

A espaldas del grupo, los postigos se entreabrían y unos ojos inmateriales

observaban desde el refugio de las sombras, observaban al trío dirigirse al rompeolas bañado por la fuerte luz del sol y flanqueado por el oleaje enfurecido. Innumerables dientes picados y podridos rechinaban en el interior de bocas esqueléticas. A cierta distancia de las ventanas, unas sombras más oscuras que las proyectadas jamás por la luz se agitaban iracundas, frustradas, temerosas. Todas sabían quién acababa de pasar.

Una de esas sombras, señalada por la suerte y obligada por sus pares, abandonó su existencia en el reino de la vida, y lanzando un grito silencioso, desapareció en el Reino de la Muerte. Tras entregar el mensaje, el mensajero cruzaría las Puertas en pos del tránsito definitivo. Pero eso al amo le traía sin cuidado.

La brecha en el rompeolas tenía más de un metro de ancho, el agua alcanzaba a cubrir a Sabriel al menos dos veces su altura y el oleaje golpeaba con gran fuerza. También estaba protegido por arqueros apostados en la isla, tal como tuvieron ocasión de descubrir cuando una flecha rebotó en las piedras, delante de ellos, cayó al agua y fue arrastrada por la corriente.

Piedra de Toque escuchó inmediatamente a Sabriel; con las espadas trazó un enorme círculo en el aire y la muchacha notó cómo fluía de él la magia del Gremio. Unas líneas refulgentes siguieron el trazo hecho por las espadas hasta que un círculo brillante quedó colgando en el aire.

Desde la isla cuatro flechas más surcaron el cielo. Una de ellas golpeó contra el círculo y desapareció. Las otras tres fallaron por completo el blanco y dieron en las piedras o fueron a parar al mar.

—El conjuro de las flechas —susurró Piedra de Toque—. Es efectivo, pero difícil de mantener. ¿Nos retiramos?

—Todavía no —contestó Sabriel.

Desde la aldea que había quedado a sus espaldas le llegaba la inquietud de los muertos y en ese momento alcanzó a ver también a los arqueros. Eran cuatro, apostados de dos en dos, detrás de los enormes peñascos que unían el rompeolas con la isla. Parecían jóvenes y asustadizos y estaba claro que no constituían una seria amenaza.

—¡No disparéis! —gritó Sabriel—. ¡Somos amigos!

No hubo respuesta, pero los arqueros continuaron apuntando, con las flechas dispuestas.

—¿Qué título suele tener el jefe de la aldea? ¿Cómo los llaman? —susurró Sabriel al oído de Piedra de Toque, y deseó, por enésima vez, poder saber más sobre el Reino Antiguo y sus costumbres.

—En mis tiempos... —contestó Piedra de Toque con calma, mientras con las espadas volvía a trazar el conjuro de las flechas con aire concentrado—, en mis tiempos, en las aldeas de este tamaño se llamaban patriarcas.

—¡Queremos hablar con vuestro patriarca! —gritó Sabriel. Y señalando la masa

de nubarrones que avanzaba hacia ella, añadió—: ¡Antes de que anochezca!

—¡Espera! —le respondieron y uno de los arqueros corrió risco abajo y se dirigió a las casas.

Cuando estuvo cerca, Sabriel se dio cuenta de que aquello no eran casas propiamente dichas, sino que parecían los cobertizos de las barcas.

El arquero regresó al cabo de pocos minutos, seguido de un anciano que subió cojeando por las piedras. Al verlo, los otros tres arqueros bajaron los arcos y guardaron las flechas en las aljabas. Al verlo, Toque de Piedra deshizo el conjuro de las flechas. El círculo permaneció flotando en el aire para disiparse luego dejando tras de sí un efímero arco iris.

El patriarca respondía no sólo al título que ostentaba sino que reunía las características propias de uno, tal como pudieron comprobar al verlo recorrer con dificultad el rompeolas. El largo cabello canoso se agitaba alrededor de su cara delgada y surcada de arrugas como si fueran frágiles telarañas, y avanzaba con movimientos estudiados, como hacen los muy ancianos. No parecía temeroso, tal vez porque exhibía la desinteresada valentía de quien está próximo a su fin.

—¿Quiénes sois? —preguntó, al llegar a la brecha, donde se detuvo para ver allá abajo el remolino de las aguas, como un profeta legendario, envuelto en la capa anaranjada para protegerse de la creciente brisa—. ¿Qué queréis?

Sabriel abrió la boca, dispuesta a contestar, pero Piedra de Toque ya se había puesto a hablar. A gritos.

—Soy Piedra de Toque, espadachín oficial y ayuda de cámara de la Abhorsen que tienes ante ti. ¿Te parece que las flechas son forma de recibir a gente como nosotros?

El anciano guardó silencio durante un rato, los ojos hundidos, fijos en Sabriel, como si fuera capaz de desenmascarar falsedades e ilusiones de un solo vistazo. Sabriel le sostuvo la mirada, mientras por las comisuras de la boca le susurraba a Piedra de Toque:

—¿Qué te hace pensar que puedes hablar en mi nombre? ¿No sería mejor un acercamiento amistoso? ¿Y desde cuándo eres mi espadachín ofi...?

Se interrumpió; el anciano carraspeó antes de hablar y escupió en el agua. Por un momento, la muchacha creyó que ésa era su respuesta, pero al comprobar que ni los arqueros ni Piedra de Toque se movían, dedujo que aquello no tenía mayor importancia.

—Son malos tiempos —dijo el patriarca—. Nos hemos visto obligados a abandonar el calor de nuestros hogares y a refugiarnos en los cobertizos donde ahumamos los alimentos; hemos cambiado las comodidades y el abrigo por los vientos del mar y el olor a pescado.

Muchos de los habitantes de Nestowe están muertos... o algo peor. Los desconocidos y los viajeros son raros en estos tiempos y no siempre son lo que

parecen.

—Soy la Abhorsen —dijo Sabriel de mala gana—. Enemiga de los muertos.

—Lo recuerdo —contestó el anciano con parsimonia—. Abhorsen vino aquí cuando yo era joven. Vino para acabar con los espectros que el mercader de especias había traído, el Gremio lo maldiga. Abhorsen. Recuerdo el abrigo que llevas, azul como diez brazas de mar, con las llaves plateadas. También llevaba una espada...

Hizo una pausa, expectante. Sabriel esperó en silencio a que continuara.

—Quiere ver la espada —dijo Piedra de Toque, tajante, al comprobar que el silencio se prolongaba demasiado.

—Ah, sí —respondió Sabriel sonrojándose.

Era evidente. Con cuidado, para no alarmar a los arqueros, sacó la espada, la levantó para que le diera el sol y se vieran claramente las marcas del Gremio, cual bailarines de plata en la hoja.

—Bien —suspiró el patriarca, aflojando los hombros, aliviado—. Es la misma espada. Producto de un hechizo del Gremio. Ella es la Abhorsen.

El anciano se dio media vuelta, se acercó a los arqueros a paso ligero y, pese a que gritó lo más posible, no consiguió imprimirle a la orden la seguridad que hubiera deseado:

—Vosotros cuatro, daos prisa. Bajad el puente. ¡Tenemos visita! ¡Por fin nos llega ayuda!

Sabriel miró de reojo a Piedra de Toque, enarcando las cejas, consciente de las últimas cinco palabras pronunciadas por el viejo. Se sorprendió al comprobar que Piedra de Toque le sostenía la mirada.

—La tradición dicta que alguien de tan elevada categoría como tú debe ser anunciado por su espadachín oficial —le informó en voz baja—. El único modo de que yo pueda viajar contigo es como tu espadachín oficial. De lo contrario, en el mejor de los casos, la gente nos tomará por amantes ilícitos. Si tu nombre se viera asociado al mío en tales circunstancias, tu autoridad mermaría a los ojos de muchos. ¿Lo comprendes?

—Ah —contestó Sabriel, tragando saliva y notando, muy incómoda, que el bochorno le teñía de rojo las mejillas y el cuello.

Aquello era como ser la receptora de uno de los peores desaires sociales de la señora Prionte. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza la imagen que los dos podían dar al viajar juntos. Estaba claro que en Ancelstierre habría sido considerado una desvergüenza, pero allí estaban en el Reino Antiguo, las cosas eran diferentes. Al parecer, sólo en algunos aspectos.

—Lección doscientos siete —masculló Zapirón entre los pies de Sabriel—. Puntuación, tres sobre diez. Me gustaría saber si tienen pescadillas recién pescadas. Me comería de mil amores una que todavía estuviese viva y coleando...

—¡Cállate la boca! —lo interrumpió Sabriel—. Y a ver si puedes fingir durante un momento que eres un gato de verdad.

—Muy bien, mi señora. Abhorsen —contestó Zapirón y se alejó con paso majestuoso para ir a colocarse junto a Piedra de Toque.

Sabriel se disponía a ponerlo en su sitio cuando vio que Piedra de Toque elevaba la comisura de la boca. ¿Piedra de Toque acababa de sonreír? Fue tal su sorpresa que se le olvidó la respuesta mordaz que tenía preparada, y en ese momento, los cuatro arqueros izaron una plancha sobre la brecha y la dejaron caer sobre la piedra con gran estrépito.

—Por favor, cruzad deprisa —les suplicó el patriarca, mientras los hombres sujetaban la plancha en su sitio—. La aldea es un hervidero de criaturas caídas y me temo que está a punto de caer el sol.

Como si acabaran de oírlo, las sombras de las nubes se precipitaron sobre ellos, y el fresco aroma de la lluvia se mezcló con el olor húmedo y salobre del mar. Sabriel no se hizo rogar, cruzó la plancha a la carrera, seguida de Zapirón y Piedra de Toque.

Capítulo 17

Los sobrevivientes de Nestowe se encontraban reunidos en el mayor de los cobertizos para ahumar pescado, a excepción de los arqueros que cubrían el turno de guardia de ese momento, apostados en el rompeolas. La semana anterior eran ciento veintiséis aldeanos; sólo quedaban treinta y uno.

—Hasta esta mañana éramos treinta y dos —le dijo el patriarca a Sabriel, sirviéndole un vaso de vino aceptable y un trozo de cecina de pescado sobre un durísimo mendrugo de pan—. Creíamos que estábamos seguros al llegar a la isla, pero al hijo de Monjer Stewart lo han encontrado esta mañana, poco después del amanecer, convertido en momia reseca. Cuando lo tocamos, parecía..., parecía un papel quemado que aún conserva su forma... En cuanto lo rozamos se deshizo en escamas de... de algo parecido a la ceniza.

Mientras el anciano le hablaba, Sabriel miró a su alrededor y vio profusión de linternas, velas y bujías improvisadas que contribuían no sólo a dar luz sino a aumentar el humo con olor a pescado que flotaba en el cobertizo. Los sobrevivientes formaban un grupo heterogéneo de hombres, mujeres y niños, jóvenes y ancianos como el patriarca. Los unía a todos la misma característica, el rostro crispado por el miedo, el miedo que se traducía en movimientos nerviosos, torpes, entrecortados.

—Creemos que uno de ellos está aquí —dijo una mujer con un tono que hacía tiempo había abandonado el miedo para reflejar fatalismo. Se la veía sola, envuelta, por el aura que caracteriza siempre a las tragedias. Sabriel dedujo que había perdido a su familia. Al marido, los hijos, tal vez a sus padres y hermanos, porque no pasaba de los de cuarenta—. Se nos llevará a todos, uno por uno —siguió diciendo la mujer con total naturalidad, y su voz flotó en el cobertizo cargada de una funesta certeza.

Cuantos la rodeaban se revolvieron inquietos, bajando la vista, como si encontrarse con sus ojos supusiera aceptar sus palabras. Casi todos observaban a Sabriel y la muchacha vio la esperanza reflejada en aquellas miradas. No se trataba de fe ciega ni de plena confianza, sino de la esperanza que el apostador deposita en un nuevo caballo tras una larga serie de carreras perdidas.

—El Abhorsen que vino cuando yo era joven —prosiguió el patriarca, y Sabriel supo entonces que, por su edad, era el único de los aldeanos que guardaba algún recuerdo de aquel episodio—, pues ese Abhorsen me dijo que se proponía exterminar a los difuntos. Nos salvó de los espectros que viajaban en la caravana de un mercader. ¿Sigue siendo así, señorita? ¿Nos salvará Abhorsen de los muertos?

Sabriel meditó un instante la respuesta, pasando mentalmente las páginas de *El Libro de los Muertos* y notando cómo se agitaba el volumen en la mochila depositada a sus pies. Su mente vagó de un tema a otro y se acordó de su padre, del viaje inminente a Belisaere, de la forma en que los enemigos muertos parecían unidos por

alguna mente dominante para luchar contra ella.

—Me aseguraré de liberar esta isla de los difuntos —dijo por fin, alto y claro para que todos la oyesen—. Pero no puedo liberar la aldea de tierra firme. Un mal mayor interviene en el Reino, el mismo mal que ha roto vuestro pilar del Gremio. Es preciso que lo encuentre y lo venza lo antes posible. Cuando lo haya conseguido, regresaré..., espero que con más ayuda, y entonces la aldea y el pilar del Gremio volverán a ser como antes.

—Lo comprendemos —respondió el patriarca. Parecía apenado, aunque filosófico. Siguió hablando más a su gente que a Sabriel—. Aquí podemos sobrevivir. Se acerca la primavera y hay peces. Tenemos barcas. Si Callibe no ha sucumbido a los muertos, podemos comerciar con verduras y otros productos.

—Tendréis que seguir vigilando el rompeolas —dijo Piedra de Toque. Se encontraba detrás de la silla de Sabriel; era la viva imagen del guardaespaldas adusto—. Los muertos, o sus esclavos vivientes, pueden intentar rellenarlo de piedras o pasar por el puente. Saben cruzar cursos de agua corriente tendiendo puentes con cajones llenos de tierra de cementerio.

—De manera que estamos sitiados —dijo un hombre situado al frente del grupo de aldeanos—. ¿Pero qué pasa con esa cosa muerta que está en la isla y nos acecha? ¿Cómo vas a dar con ella?

Tras la pregunta, todos guardaron silencio; la respuesta a aquella pregunta era lo que más ansiaban oír todos. En medio de aquel silencio, resonó con fuerza el golpeteo de la lluvia sobre el tejado, de la lluvia persistente que no había parado de caer desde últimas horas de la tarde. A los muertos les disgusta la lluvia, pensó Sabriel sin que viniera a cuento, mientras meditaba la respuesta. La lluvia no destruía a los muertos, pero les hacía daño y los irritaba. Dondequiera que estuviese la cosa muerta que había invadido la isla, seguro que se habría puesto al reparo de la lluvia.

Se levantó con esa idea en mente. Treinta y un pares de ojos se clavaron en ella sin pestañear siquiera, pese al denso humo de las muchas linternas, velas y bujías. Piedra de Toque observaba a los aldeanos; Zapirón vigilaba un trozo de pescado; Sabriel cerró los ojos y, utilizando sus otros sentidos, rastreó con ahínco el exterior para ver si notaba la presencia de los muertos.

Y allí estaba; era una leve emanación oculta, un indefinible tufillo a podrido. Sabriel se concentró en él, lo siguió y lo encontró allí mismo, dentro del cobertizo. El muerto se ocultaba de algún modo entre los aldeanos.

Abrió los ojos despacio y clavó la vista en el lugar donde sus sentidos le decían que se encontraba agazapada la criatura muerta. Vio un pescador de mediana edad, la roja cara curtida por la sal parapetada detrás del pelo desteñido por el sol. No se diferenciaba de cuantos lo rodeaban, prestaba mucha atención a las respuestas de Sabriel, pero estaba claro que en él o muy cerca de él había algo muerto. Vestía una

capa amplia, típica de los pescadores, lo cual no dejaba de resultar extraño, porque entre el humo del cobertizo, la masa de cuerpos apiñados y las muchas luces, reinaba un calor intenso.

—Decidme una cosa —continuó Sabriel—, ¿hubo alguien que trajera una caja grande a la isla? ¿Algo que tendría unos dos codos de lado o más grande? Y que pesaría bastante... por la tierra del cementerio.

La pregunta provocó murmullos y comentarios; los vecinos se miraron con una mezcla de temor y suspicacia. Mientras hablaban, Sabriel se paseó entre ellos, y con disimulo aflojó la espada y le indicó por señas a Piedra de Toque que se mantuviera cerca de ella. Él la siguió, mientras con la vista recorría los grupitos de aldeanos. Zapirón dejó el trozo de pescado, se estiró y, con paso indolente, caminó detrás de Piedra de Toque, pisándole los talones, pero antes de moverse con tanta parsimonia, lanzó una mirada furibunda de advertencia a los dos gatos que ojeaban la cabeza y la cola medio mordisqueada.

Tratando de no asustar a su presa, Sabriel recorrió en zigzag el cobertizo, escuchando a los aldeanos con suma atención, sin dejar de vigilar al pescador rubio con el rabillo del ojo. Discutía acaloradamente con otro hombre, que comenzaba a sospechar de él cada vez más.

Cuando estuvo más cerca, Sabriel tuvo la certeza de que el pescador era un vasallo de los difuntos. Técnicamente seguía vivo, pero el espíritu de un muerto había anulado su voluntad para instalarse en su cuerpo y manejarlo desde las sombras cual hábil titiritero. Bajo la capa, medio hundido en su espalda, se ocultaba algo sumamente desagradable. Sabriel recordó entonces que lo llamaban «mordacis». *El Libro de los Muertos* dedicaba una página entera a estos espíritus parásitos. Gustaban de mantener vivo al huésped principal al que abandonaban por las noches para saciar su apetito con otras presas vivas como los niños.

—Estoy seguro de que te vi cargar una caja como ésa, Patar —decía el pescador desconfiado—. Jall Stewart te ayudó a llevarla hasta la orilla. ¡Ehjall!

Gritó las últimas palabras al tiempo que se volvía a mirar a otra persona, en el otro extremo de la estancia. En ese momento, Patar, el portador de la mortal carga, reaccionó con frenesí: golpeó a su interrogador con ambos brazos, lo echó a un lado y corrió hacia la puerta con la ferocidad silenciosa de un ariete.

Sabriel había previsto ya aquella reacción. Se plantó delante de él, con la espada dispuesta, mientras con la mano izquierda extraía de la bandolera a Ranna, la dulce durmiente. Abrigaba la esperanza de salvar al hombre acabando con el mordacis.

Patar se paró en seco y se volvió de lado, pero a sus espaldas se encontró a Piedra de Toque, sus espadas gemelas despedían un brillo fantasmal, producido por las marcas del Gremio y las llamas plateadas. Sabriel contempló con sorpresa los aceros, porque ignoraba que estuviesen hechizados. Comprendió entonces que iba siendo

hora de que se lo preguntara.

Y entonces tuvo a Ranna en la mano, pero el mordacis no esperó a oír la inevitable nana. Patar lanzó un grito y se quedó tieso; su cara roja mudó de color tornándose grisácea. Las carnes se le arrugaron y fueron cayendo a pedazos, los huesos se le escamaron hasta formar un montón de cenizas húmedas a medida que el mordacis le sorbía la vida con voracidad. Ahito y con fuerzas renovadas, el muerto salió como un charco de negra sombra de la capa inerte. Avanzó produciendo un ruido de succión y asumiendo paulatinamente una forma hasta convertirse en una especie de rata enorme y asquerosa. Más veloz que las ratas normales, se escabulló en dirección a un agujero en la pared y desapareció.

Sabriel se abalanzó sobre ella, asestó a la sombra informe una estocada que arrancó astillas de las maderas del suelo, faltó una milésima de segundo para que la alcanzara.

Piedra de Toque no falló. La espada que empuñaba en la diestra atravesó a la criatura justo por detrás de la nuca y, con un hábil estoque de la izquierda, logró empalarla por el centro. Clavada al suelo la criatura comenzó a retorcerse con furia mientras la etérea materia de la que estaba hecha intentaba zafarse de los aceros. Rehizo su cuerpo para tratar de escapar otra vez.

Sabriel se plantó rápidamente ante ella, haciendo sonar a Ranna hasta que una dulce y perezosa melodía llenó el interior del cobertizo.

Antes de que los ecos de aquella música se acallaran, el mordacis dejó de retorcerse. Su silueta había perdido consistencia en el intento de desprenderse de las espadas y quedó tirada en el suelo como un trozo tembloroso de hígado aplastado, atravesada por el acero.

Sabriel guardó a Ranna y sacó a la ansiosa Saraneth. Su voz briosa resonó con fuerza tejiendo una red de dominio sobre la horrenda criatura. El mordacis no hizo nada por resistirse, ni siquiera se molestó en formar una boca para aullar. Sabriel notó que sucumbía a su voluntad por intermediación de Saraneth.

Guardó la campana y dudó un instante al poner la mano sobre Kibeth. La durmiente y la ama habían hablando bien, pero la caminante tenía, en ocasiones, ideas propias, y se agitaba sospechosamente al contacto con su mano. Sabriel pensó que lo mejor era esperar un momento, calmarse, y apartó la mano de la bandolera. Envianó la espada y echó un vistazo a su alrededor. Se sorprendió al comprobar que todos, con excepción de Piedra de Toque y Zapirón, se habían quedado dormidos. Sólo habían captado los ecos de Ranna, en teoría, los ecos de la campana no bastaban para dormir a nadie. Aunque en ocasiones Ranna llegaba a ser muy astuta, sus tretas no causaban excesivos problemas.

—Se trata de un mordacis —le dijo a Piedra de Toque, que reprimió un amago de bostezo—. Un espíritu débil catalogado como uno de los muertos menores. Les gusta

albergarse en los vivos, en cierta medida, cohabitan con el cuerpo y lo dirigen mientras poco a poco le van absorbiendo el espíritu. Al estar tan ocultos, resultan muy difíciles de encontrar.

—¿Qué hacemos con él ahora? —preguntó Piedra de Toque ojeando con cara de asco el montón de sombras temblorosas. Era evidente que no se podía eliminar cortándolo a trozos, ni quemándolo, ni enterrándolo.

—Lo desterraré, lo enviaré de vuelta para que muera con todas las de la ley —contestó Sabriel.

Dicho lo cual, sacó a Kibeth usando ambas manos. La inquietud no la había abandonado aún, porque la campana se retorció en su puño, tratando de sonar por su cuenta, y si eso llegaba a ocurrir, obligaría a Sabriel a tener que adentrarse a pie en el Reino de la Muerte.

La aferró con más fuerza y la agitó hacia atrás, hacia delante y trazando un ocho en el aire, tal como su padre le había enseñado. La voz de Kibeth se alzó cantando una alegre melodía, una giga saltarina que a punto estuvo de conseguir que a Sabriel se le fueran los pies detrás del ritmo, pero se contuvo y siguió inmóvil, en su sitio.

El mordacis carecía de libre albedrío. Piedra de Toque temió por un instante que escapara, pues la negra silueta se incorporó de un salto al tiempo que las carnes irreales se iban desprendiendo de las hojas de las espadas hasta llegar casi a la empuñadura. Después, volvió a bajar deslizándose y desapareció. Regresó al río de la muerte para flotar y girar como una peonza en la corriente, aullando y gimiendo con la voz que allí tuviera, hasta trasponer la Última Puerta.

—Gracias —le dijo Sabriel a Piedra de Toque. Bajó la vista y observó las dos espadas que seguían hincadas en el suelo de madera. Las llamas plateadas habían dejado de arder en ellas, pero alcanzó a ver las marcas del Gremio moviéndose a lo largo de las hojas.

—No sabía que tus espadas estuvieran hechizadas —prosiguió—. Pero me alegro de que así sea.

El rostro de Piedra de Toque se transformó en una máscara de sorpresa y confusión.

—Creí que lo sabías —dijo—. Las encontré en la nave de la reina. Pertenecían a un paladín de la realeza. No quería llevármelas, pero Zapirón me dijo que tú...

Se interrumpió en mitad de la frase al oír que Sabriel soltaba un sentido suspiro.

—Bueno, como te iba diciendo —continuó Piedra de Toque— cuenta la leyenda que el constructor del Muro las forjó al mismo tiempo que forjaba la tuya.

— ¿La mía? —preguntó Sabriel, y acarició el bronce gastado del guardamanos.

Nunca se le había ocurrido pensar en quién había hecho la espada, sencillamente existía, eso era todo. «Me forjaron para Abhorsen con el fin de dar muerte a los ya muertos», decía la inscripción, las veces en que se lograba leer algo con sentido. Por

lo tanto, tal vez había sido forjada hacía mucho, mucho tiempo, en la lejana época en que se levantó el Muro. Zapirón lo sabría, pensó. Lo más probable es que no le contara nada, que no pudiera contarle nada, pero seguro que lo sabía.

—Será mejor que los despertemos a todos —anunció Sabriel dejando de lado las elucubraciones sobre las espadas.

—¿Hay más muertos? —preguntó Piedra de Toque, y lanzó un gruñido al sacar las espadas clavadas en el suelo.

—No lo creo —contestó Sabriel—. Ese mordacis era muy listo, apenas había minado el espíritu del pobre Patar y, sin embargo, consiguió esconder su presencia tras la vida de su huésped. Seguramente llegó a la isla en ese cajón lleno de tierra de cementerio tras imponerle al pobre hombre sus instrucciones antes de abandonar tierra firme. Dudo que otros como él hayan hecho lo mismo. No noto la presencia de ninguno. Creo que será mejor que compruebe en el resto de los cobertizos y dé un paseíto por la isla, así me aseguro.

—¿Ahora? —inquirió Piedra de Toque,

—Ahora —confirmó Sabriel—. Antes despertaremos a todos y organizaremos a unos cuantos para que nos iluminen el camino. Y convendrá que le pidamos al patriarca la barca para mañana.

—Y una buena provisión de pescado —añadió Zapirón en voz bien alta para imponerse a los sonoros ronquidos de los pescadores, y luego volvió a dedicarse otra vez a dar cuenta de la pescadilla que había dejado a medias.

En la isla no había difuntos, aunque los arqueros dijeron que, en los momentos en que amainaba un poco la lluvia, habían visto extrañas luces que se movían en la aldea. También habían oído ruidos en el rompeolas, el chasquido de las flechas incendiarias al dar contra las piedras, pero no vieron nada y los trapos grasientos que envolvían los astiles dejaron de arder hasta apagarse del todo.

Sabriel se adentró en el rompeolas y se detuvo cerca de la brecha por donde se colaba el mar; la lluvia bajaba por el impermeable bien atado alrededor de los hombros y le mojaba el cuello. No veía nada a causa del fuerte aguacero y de la oscuridad, pero notaba la presencia de los muertos. Había muchos más de los que había presentado antes o bien habían cobrado fuerzas. Con una horrenda sensación, descubrió que esas fuerzas provenían de una única criatura que emergía en ese instante del Reino de la Muerte sirviéndose del pilar partido como portal. Un instante después, reconoció su especial presencia.

El mordicante había dado con ella.

—Piedra de Toque, ¿sabes navegar de noche? —preguntó pugnando por ocultar el miedo que delataba su voz.

—Sí —contestó Piedra de Toque, otra vez con tono impersonal, el rostro sombrío en la noche lluviosa, mientras la luz de las linternas que portaban los aldeanos le

iluminaban sólo la espalda y los pies. Vaciló, como si no le correspondiera dar su opinión, y luego añadió—: Pero sería mucho más peligroso. Desconozco esta costa y la noche es muy oscura.

—Zapirón ve en la oscuridad —dijo Sabriel con un susurro, acercándose a Piedra de Toque para que los aldeanos no la oyeran.

—Debemos marcharnos ahora mismo —musitó mientras fingía que se ataba el impermeable—. Ha venido un mordicante. El mismo que me perseguía antes.

—¿Y qué harás con esta gente? —inquirió Piedra de Toque tan bajito que el golpeteo de la lluvia casi ahogó sus palabras, pero su tono serio y formal no logró ocultar cierto reproche.

—El mordicante viene por mí —musitó Sabriel. Lo notó alejarse del pilar, moverse en las inmediaciones y utilizar sus sentidos ultramundanos para encontrarla—. Nota mi presencia, igual que yo noto la suya. Cuando me vaya, me seguirá.

—¿Estaremos seguros, si nos quedamos hasta la mañana? —susurró a su vez Piedra de Toque—. Dijiste que ni siquiera un mordicante cruzaría esta brecha,

—Dije que lo creía —balbuceó Sabriel—. Ahora tiene más fuerza. No estoy segura de poder...

—Esa cosa que estaba en el cobertizo, el mordacis, no resultó difícil de destruir —susurró Piedra de Toque con la confianza del ignorante—. ¿Este mordicante es mucho peor?

—Muchísimo peor —contestó Sabriel secamente. El mordicante había dejado de moverse. Daba la impresión de que la lluvia adormecía sus sentidos y apaciguaba su deseo de encontrarla y quitarle la vida. Sabriel escrutó en vano la oscuridad, tratando de ver detrás de las cortinas de agua, para corroborar con sus propios ojos lo que ya sabía gracias a sus sentidos nigrománticos. —Riemer —llamó en voz bien alta al aldeano al frente de los portadores de linternas.

El hombre se acercó a toda prisa, el pelo rojizo aplastado sobre la cabeza redonda, mientras la lluvia salía catapultada tras golpearle la ancha frente para caer sobre su abultada nariz.

—Riemer, di a los arqueros que vigilen con mucho cuidado. Y que disparen a todo lo que aparezca por el rompeolas. Allá fuera no queda nada vivo. Sólo los muertos. Regresaremos al cobertizo a hablar con tu patriarca.

Volvieron en silencio, acompañados del chic chac de las botas al pisar los charcos y del golpeteo incesante, como de aplausos, de la lluvia. Sabriel dedicó la mitad de su atención al mordicante, una presencia maligna que revolvía el estómago y acechaba al otro lado de las oscuras aguas. Se preguntó qué estaría esperando. A que parara de llover o quizás a que el mordacis desterrado atacara desde dentro. Fueran cuales fuesen sus motivos, les dejaba cierto margen para conseguir una barca y alejarse. Y quedaba siempre la posibilidad de que no pudiese cruzar la brecha donde rompían las

olas enfurecidas.

—¿A qué hora bajará la marea? —le preguntó a Riemer, cuando se le ocurrió una idea.

—Una hora antes del amanecer —contestó el pescador—. Dentro de seis horas, sí no me falla el cálculo.

El patriarca despertó malhumorado de su segundo sueño. No le hacía ninguna gracia que se marcharan de noche, aunque Sabriel comprobó que gran parte de su renuencia se debía a que necesitaban una barca. A los aldeanos sólo les quedaban cinco. Las otras se habían hundido en el puerto, destrozadas por las piedras lanzadas por los difuntos en su afán por impedir la huida de sus presas vivientes.

—Lo lamento —volvió a disculparse Sabriel—. Necesitamos una barca ahora mismo. Ha llegado a la aldea una terrible criatura muerta... Sigue a sus presas como un perro de caza y la pista que está siguiendo es la mía. Si me quedo, intentará llegar hasta aquí, y con la marea baja, es posible que consiga cruzar la brecha del rompeolas. Si me marchó, me seguirá.

—Muy bien —convino el patriarca, tozudo—. Nos has limpiado la isla; una barca no es nada a cambio. Riemer os la preparará con comida y agua. ¡Riemer! La Abhorsen se lleva la barca de Landalin. Asegúrate de que tenga provisiones y esté en condiciones para navegar. Usa las velas de Jaled, si las de Landalin son cortas o están podridas.

—Gracias —dijo Sabriel.

Se sintió de pronto hundida por el cansancio y por el peso del conocimiento. El conocimiento de sus enemigos, siempre presente, como una sombra que le impedía ver con claridad.

—Nos marchamos ya —anunció—. Os dejo en compañía de mis mejores deseos y mis esperanzas de que estéis a salvo.

—Que el Gremio nos proteja a todos —añadió Piedra de Toque, haciendo una reverencia ante el anciano.

El patriarca se inclinó a su vez, solemne; la silueta encorvada, mucho más pequeña que su sombra, se proyectó alargada sobre la pared.

Sabriel se dio la vuelta, dispuesta a irse, pero una larga hilera de aldeanos se formó desde donde ella estaba hasta la puerta. Todos querían hacerle una reverencia, murmurar tímidas frases de despedida y agradecimiento. Sabriel las aceptó con incomodidad y culpa al recordar a Patar. Era cierto que había desterrado a los muertos, pero aquello había costado otra vida. Su padre no habría sido tan torpe.

La penúltima persona de la hilera era una niña; llevaba el pelo negro recogido en dos trenzas, una a cada lado de la cabeza. Al verla, Sabriel recordó algo que había dicho Piedra de Toque. Se detuvo y cogió las manos de la niña entre las suyas.

—¿Cómo te llamas, pequeña? —preguntó con una sonrisa.

La invadió la sensación de haber vivido ese instante cuando aquellos deditos tocaron los suyos; recordó a una niña de seis años que tendía la mano expectante hacia la alumna mayor que le haría de guía el primer día de clase en el Colegio Wyverley. Sabriel había pasado por ambas experiencias.

—Aline —respondió la niña, sonriendo a su vez.

Sus ojos brillaban llenos de vida, eran demasiado inocentes como para que el miedo y la desesperación los nublaran como les ocurría a los mayores.

«Un bonito nombre, pensó Sabriel».

—Dime una cosa, ¿qué has aprendido sobre las marcas del Gremio? —le preguntó Sabriel con el conocido tono maternal e inquisitivo de la inspectora de la escuela que visitaba todos los cursos de Wyverley dos veces al año.

—Sé unos versos... —contestó Aliñe no muy segura, arrugando la frente—. ¿Quieres que te los cante como hacemos en clase?

Sabriel asintió.

—También bailamos alrededor del pilar —añadió Aliñe, más confiada.

Se irguió cuanto pudo, puso un pie delante y otro detrás, apartó las manos y las entrelazó a la espalda.

Cinco marcas del Gremio ciñen la tierra.

Grandes son los misterios que ellas encierran.

La primera está en la gente que lleva corona.

La segunda, en quienes a los muertos no perdonan.

La tercera y la quinta son piedra y argamasa.

La cuarta lo ve todo en el agua fría que pasa.

—Gracias, Aliñe —dijo Sabriel—. Muy bonitos versos.

Le alborotó el pelo a la niña y se apresuró a saludar a los últimos de la hilera, impulsada por las súbitas ganas de alejarse del humo y el olor a pescado, de respirar aire limpio y húmedo, para poder pensar.

—Ya lo sabes —le susurró Zapirón, y de un saltó se instaló en sus brazos para librarse de pisar los charcos—. No puedo decirte nada, pero ya sabes que llevas una en la sangre.

—La segunda —contestó Sabriel, distante—. «La segunda, en quienes a los muertos no perdonan.» O sea que es la... Eeeh..., ¡yo tampoco puedo hablar de ella!

Entonces pensó en las preguntas que le gustaría formular, mientras Piedra de Toque la ayudaba a subir a la pequeña embarcación de pesca que esperaba a pocos metros de la playa cubierta de conchas que servía de puerto a la isla.

Una de las marcas del Gremio correspondía a la realeza. La segunda, al Abhorsen. ¿Y para qué servirían la tercera y la quinta, y la cuarta que lo veía todo en el agua que pasa? Estaba segura de que en Belisaere encontraría muchas respuestas.

Probablemente su padre le contaría más, porque muchas de las cosas misteriosas de la vida, se desvelan con la muerte. Y además estaba la enviada de su madre a la que podría plantear la tercera pregunta, la definitiva, en siete años.

Piedra de Toque dio un empujón a la barca, subió a bordo y aferró los remos, Zapirón saltó de los brazos de Sabriel, fue a sentarse en la proa, en el lugar donde debería haber estado el mascarón, y desde allí se puso a vigilar con su aguzada vista, que lo veía todo en la oscuridad, al tiempo que no perdía ocasión de burlarse de Piedra de Toque.

Desde la orilla, el mordicante se puso a aullar; su grito penetrante y prolongado se propagó en el aire, surcó las olas y heló los corazones de quienes estaban en la barca y la isla.

—Vira más a estribor —sugirió Zapirón cuando el aullido se apagó del todo y se hizo silencio—. Así nos internaremos en el mar.

Piedra de Toque obedeció al instante.

Capítulo 18

La mañana del sexto día desde que partieran de Nestowe, Sabriel estaba hasta la coronilla de la vida marinera. Navegaban todo el tiempo sin parar; sólo se acercaban a la orilla al mediodía, para aprovisionarse y conseguir agua, y lo hacían únicamente si brillaba el sol. Las noches las pasaban con las velas desplegadas o, cuando el cansancio se apoderaba de Piedra de Toque, al paio, con el ancla echada, mientras el insomne de Zapirón montaba guardia. Afortunadamente, había hecho buen tiempo.

Habían sido cinco días casi tranquilos. Tardaron dos días desde Nestowe a Punta Barbuda, una península poco atractiva cuyas únicas características interesantes eran la playa de arena y el arroyo de aguas cristalinas. La ausencia de vida en ella suponía la ausencia de muerte. Por primera vez, Sabriel dejó de percibir allí la persecución del mordicante. Un fuerte viento del sureste los había ayudado a avanzar, impulsándolos hacia el norte a una velocidad increíble.

Cubrieron en tres días el trayecto de Punta Barbuda a la isla de Ilgard, donde divisaron sus acantilados de dura piedra que caían a plomo en el mar enseñando al navegante su superficie acribillada de agujeros donde cientos de miles de aves marinas habían construido sus nidos. La dejaron atrás a últimas horas de la tarde, con la única vela tan henchida que parecía a punto de reventar, el casco de tingladillo escorado al máximo, la proa cortando al bies una columna de espuma que llenaba la boca, los ojos y los cuerpos de salitre.

De Ilgard a la Boca de Belis, el estrecho que conducía al mar de Saere, había medio día de camino. Pero la navegación de ese tramo estaba llena de peligros, de manera que pasaron la noche al paio, cerca de Ilgard, donde esperaron la luz del día.

—Hay una barrera flotante en la Boca de Belis —le explicó Piedra de Toque mientras izaba la vela y Sabriel subía el ancla en la proa. El sol salía a su espalda, pero todavía no se había despegado del horizonte y parecía medio hundido en el mar, por lo que proyectaba apenas una tenue luz por la popa—. La construyeron para impedir que los piratas y gente de esa calaña entraran en el mar de Saere. Cuando la veas, te parecerá increíble por lo inmensa. No logro imaginarme cómo la hicieron, ni cómo la tendieron.

—¿Seguirá allí? —preguntó Sabriel con mucha precaución, no quería que sus preguntas pusieran fin a la extraña locuacidad de Piedra de Toque.

—Estoy seguro —contestó él—. Lo primero que veremos son las torres que se alzan en ambos extremos. El Puesto del Cabrestante al sur, y el Gancho de la Barrera al norte.

—Los nombres no son muy imaginativos —comentó Sabriel.

Le resultaba imposible dejar de interrumpir, pero para ella era un verdadero placer poder conversar. Piedra de Toque se había pasado casi todo el viaje encerrado

en su mutismo, aunque tenía una buena excusa, gobernar el barco de pesca dieciocho horas al día, incluso con buen tiempo, no dejaba demasiadas energías para la conversación.

—Los nombres indican su función —le aclaró Piedra de Toque—. Tiene su lógica.

—¿Quién decide qué barcos pasan la barrera? —preguntó Sabriel. Ya estaba pensando en lo que les esperaba en Belisaere. ¿Sería como Nestowe, la ciudad abandonada e invadida por los difuntos?

—Pues... —contestó Piedra de Toque—, no había pensado en eso. En mis tiempos, había un maestro real de la barrera. Contaba con un destacamento de guardias y un escuadrón de barcos centinela. Si, como dice Zapirón, la ciudad ha caído en la anarquía...

—Es posible que haya gente que trabaje para los muertos e incluso que se haya aliado a ellos —añadió Sabriel, pensativa—. De manera que aunque crucemos la barrera flotante a plena luz del día, podríamos encontrarnos con problemas. Creo que será mejor que vuelva del revés mi sobrevesta y esconda el yelmo.

—¿Y las campanas? —inquirió Piedra de Toque. Se inclinó a su lado para ajustar la vela principal mientras con la mano derecha le daba un toque a la caña del timón para aprovechar el cambio de viento—. Son demasiado llamativas, por decir lo obvio.

—Así sólo pareceré una nigromante —le contestó Sabriel—. Una nigromante sucia y cubierta de sal.

—No sé, no sé —dijo Piedra de Toque, incapaz de captar la ironía en las palabras de Sabriel—. No dejaban entrar nigromantes en la ciudad, ni les permitían seguir con vida, en mis...

—En tus tiempos —lo interrumpió Zapirón desde su lugar preferido, en la proa—. Pero las cosas han cambiado, estoy seguro de que en Belisaere han visto nigromantes y cosas peores.

—Me pondré una capa... —comenzó a decir Sabriel.

—Si tú lo dices —contestó Piedra de Toque al mismo tiempo.

Estaba claro que no creía lo que el gato le decía. Belisaere era la capital del reino, una ciudad inmensa en la que habitaban al menos cincuenta mil almas. Piedra de Toque no se la imaginaba caída, en ruinas y en manos de los muertos. Pese a sus más íntimos temores y a sus conocimientos secretos, le resultaba difícil no confiar en que la Belisaere hacia la cual navegaban le ofrecería imágenes no muy distintas de las que atesoraba en la memoria desde hacía doscientos años.

Esa confianza recibió un duro revés cuando las torres de la Boca de Belis aparecieron a lo lejos, sobre la línea azul del horizonte, una frente a la otra, en las costas del estrecho. Al principio, las torres no eran más que dos manchones borrosos que fueron creciendo más y más a medida que el viento y las olas impulsaban la

barca hacia ellas. Con el telescopio Sabriel comprobó que habían sido construidas con hermosa piedra rosada que, en otros tiempos, debió de ser magnífica. A su vista se ofrecían ahora ennegrecidas por los incendios, perdida toda majestuosidad. La torre del Puesto del Cabrestante había perdido las últimas tres plantas de las siete que tenía; la del Gancho de la Barrera se erguía tan alta como siempre, pero el sol se colaba por los boquetes que dejaban al descubierto el interior destripado y en ruinas. No había señales de la presencia de tropas, ni de un funcionario de peajes, ni de las muías que tiraban del cabrestante, ni de nada vivo.

La gruesa cadena de la barrera flotante seguía tendida en el estrecho. Los enormes eslabones de hierro, largos y anchos como barcas de pesca, sobresalían del agua manchados de verde y cubiertos de lapas y llegaban hasta lo alto de las torres. Se alcanzaban a ver en mitad de la Boca, cuando el oleaje no los cubría y un trozo de cadena brillaba mojado y verde en el seno de la ola, como un monstruo acechante de las profundidades abisales.

—Tendremos que acercarnos más a la torre del Puesto del Cabrestante, desmontar el mástil y pasar remando debajo de la cadena, en algún punto donde ésta se eleve — anunció Piedra de Toque tras estudiar unos minutos la cadena con el telescopio, tratando de calcular si se había hundido lo suficiente para permitirles el paso.

Aunque la barca en la que navegaban tenía poco calado, la operación era muy arriesgada y no se atrevían a esperar hasta últimas horas de la tarde para aprovechar la marea alta. En épocas pasadas, tal vez cuando las torres quedaron abandonadas, la cadena había estado tensada al máximo. Los ingenieros que la habían construido podían estar contentos, porque no se apreciaban deslizamientos dignos de mención.

—Zapirón, ve a la proa y mantente atento por si sale algo del agua. Sabriel, vigila la costa y la torre, pueden ser puntos de partida de algún ataque.

Sabriel asintió, satisfecha de que la etapa Piedra de Toque como capitán del pequeño barco hubiese contribuido en gran medida a que abandonara su actitud servil y se comportara como una persona normal. Zapirón, por su parte, se limitó a saltar sobre la proa, sin protestar, pese a que de vez en cuando acababa salpicado de pies a cabeza cuando la embarcación embestía el oleaje en diagonal, en dirección al pequeño triángulo que se abría entre la costa, el mar y la cadena de la barrera.

Se acercaron cuanto pudieron antes de desmontar el mástil. Había disminuido el oleaje, porque la Boca de Belis quedaba bien resguardada por dos brazos de tierra, pero estaba subiendo la marea y el agua comenzaba a entrar desde el océano hasta el Mar de Saere. De manera que sin mástil ni vela, se vieron arrastrados rápidamente hacia la cadena, mientras Piedra de Toque remaba como un poseso para mantener la velocidad necesaria que le permitiese gobernar el timón. Al cabo de un momento, se vio que sería imposible, de modo que Sabriel empuñó uno de los remos y se puso a remar mientras Zapirón iba maullando instrucciones.

De tanto en tanto, al final de una palada completa, con la espalda casi paralela a los bancos de boga, Sabriel echaba un vistazo por encima del hombro. Enfilaban el estrecho paso, entre la alta pared del Puesto del Cabrestante, que caía a plomo en el mar, y la enorme cadena que salía de las aguas revueltas y cubiertas de blanca espuma. Alcanzó a oír el chirrido melancólico de los eslabones, como un coro de morsas quejumbrosas. Pese a lo descomunal de sus dimensiones, la cadena se movía al capricho del mar.

—Un poco más a babor —maulló Zapirón. Piedra de Toque dio un nuevo golpe de remo y el gato saltó de su puesto gritando—: ¡Remos fuera, bajad la cabeza!

Sabriel y Piedra de Toque recogieron los remos golpeando las bordas y salpicándolo todo. Se tumbaron de espaldas mientras Zapirón se refugiaba entre ambos. La barca se sacudió y se hundió, y el agudo chirrido de la cadena sonó muy cerca. En un momento dado, Sabriel vio allá arriba el cielo azul y despejado, y al momento siguiente, ante sus ojos no había más que hierro verde, cubierto de algas. El oleaje elevó la barca y la muchacha estuvo a punto de tocar la gruesa cadena herrumbrada de la Boca de Belis.

Y entonces pasaron al otro lado y Piedra de Toque se apresuró a sacar el remo mientras Zapirón volvía a ocupar su puesto en la proa. Sabriel sintió ganas de quedarse allí tumbada, mirando el cielo, pero la pared derruida de la torre del Puesto del Cabrestante que daba al mar se encontraba a un par de codos de distancia. Se incorporó y continuó remando.

En el Mar de Saere el agua cambiaba de color. Sabriel hundió la mano en ella y se maravilló de su transparencia color turquesa. Era muy profunda, pero se alcanzaba a ver con claridad hasta tres o cuatro brazas de la superficie; los pececillos nadaban entre las burbujas que dejaba la estela de la embarcación.

Se sentía tranquila, por un instante sin preocupaciones, los problemas pasados y futuros quedaron convertidos en algo lejano, envuelto en brumas, tal era la concentración con la que contemplaba las aguas claras, azules y verdosas. No notaba allí la presencia de los muertos; tampoco pesaba sobre ella la conciencia constante de las muchas puertas del Reino de la Muerte. En medio del mar, incluso la magia del Gremio quedaba diluida. Durante unos minutos consiguió olvidarse de Piedra de Toque y Zapirón. Hasta la memoria de su padre se desdibujó en su mente. Para ella no existían más que el color del mar y el frescor en el que hundía la mano.

—Pronto divisaremos la ciudad —anunció Piedra de Toque, interrumpiendo la ensoñación de la muchacha—. Si las torres siguen en pie.

Sabriel asintió pensativa y, muy despacio, sacó la mano del agua, con la misma pena de quien se despide de un amigo querido.

—Para ti debe de ser un momento difícil —dijo pensando en voz alta, sin esperar realmente una respuesta—. En estos doscientos años, mientras tú dormías, el reino se

vino abajo.

—La verdad es que no lo creí hasta que vi Nestowe y las torres de la Boca de Belis —contestó Piedra de Toque—. Ahora me temo que... incluso a esta gran ciudad, que jamás soñé que cambiaría, le ha llegado la hora.

—Falta de imaginación —dijo Zapirón, severo—. Nada de pensar en el futuro. Es un defecto de tu carácter. Un defecto fatal.

—¡Zapirón! —Sabriel lo llamó al orden, indignada porque el gato iba a estropear una conversación incipiente—. ¿Por qué eres tan grosero con Piedra de Toque?

Zapirón lanzó un siseo y se le erizó todo el pelo del lomo.

—Soy preciso, no grosero —le espetó, y le dio la espalda con estudiado desdén—. Y se lo merece.

—¡Estoy harta! —exclamó Sabriel—. Piedra de Toque, ¿qué es lo que Zapirón sabe y que yo ignoro?

Piedra de Toque guardó silencio, apretó con fuerza el timón hasta que los nudillos de las manos se le quedaron blancos, clavó la vista en el horizonte lejano como si ya estuviera viendo las torres de Belisaere.

—Tarde o temprano, acabarás contándomelo —dijo Sabriel con el típico tono de los monitores de la escuela—. Seguramente no será tan malo.

Piedra de Toque se humedeció los labios y, tras una vacilación, habló.

—Todo se debió a una estupidez de mi parte, mi señora. No fue obra del mal. Hace doscientos años, cuando reinaba la última reina..., creo que..., sé que en parte fui responsable de la caída del Reino, del fin de la dinastía real.

—¿Qué? ¿Cómo es posible? —preguntó Sabriel sin dar crédito a lo que oía.

—Me temo que es así —reconoció Piedra de Toque, apenadísimo. Las manos le temblaban de tal manera que movió el timón haciendo que la embarcación dejara tras de sí una estela zigzagueante—. Pues verás... Hubo un...

Se detuvo, inspiró hondo, se sentó bien erguido y prosiguió, como si estuviese rindiendo cuentas a un oficial superior.

—No sé cuánto puedo contarte, porque todo tiene que ver con las cartas del Gremio. ¿Por dónde empiezo? Por la reina, supongo. Tenía cuatro hijos. El hijo mayor, Rogir, fue el compañero de juegos de mi infancia. Siempre llevaba la voz cantante en todos los juegos. Era a él a quien se le ocurrían las ideas. Los demás lo seguíamos. Cuando fuimos creciendo, esas ideas se fueron haciendo cada vez más extrañas, más desagradables. Se fue aislando. Yo me marché para formar parte del cuerpo de Guardia y él se ocupó de sus propios intereses. Ahora sé que esos intereses debían de incluir la magia libre y la nigromancia, pero entonces nunca abrigué la menor sospecha. Aunque debería haber sospechado, lo sé, porque se mostraba muy reservado y pasaba largas temporadas lejos de la ciudad.

»Hacia el final..., o sea, unos meses antes de que ocurriera..., pues... Rogir llevaba

años sin pisar la ciudad. Regresó justo antes del Festival Invernal. Me alegré de verlo, porque había vuelto a ser casi el mismo de cuando era niño. Ya no le interesaban las cosas estrafalarias. Volvimos a pasar juntos muchas horas; nos dedicábamos a cabalgar, a la cetrería, y a beber y a bailar.

«Entonces, una tarde, a última hora..., una tarde fría, cuando el sol estaba a punto de ponerse, yo cumplía mi turno de guardia en la zona ocupada por la reina y sus damas. Jugaban al cranaque. Rogir se presentó ante ella y le pidió que lo acompañara al lugar donde los pilares del gremio están... ¡No puedo decirlo!

—Sí —lo interrumpió Zapirón. Tenía aspecto de cansado, parecía un gato callejero que recibe puntapiés de todas partes—. El mar lo limpia todo por un tiempo. Podemos hablar de las cartas del Gremio, al menos durante un momento. Se me había olvidado que era posible.

—Sigue —pidió Sabriel, entusiasmada—. Aprovechemos mientras podamos. ¿Los pilares del Gremio serían la piedra y la argamasa a las que aluden los versos..., la tercera y la quinta marca del Gremio?

—Sí —respondió Piedra de Toque, como si estuviera muy lejos, recitando una lección—. Con ellos se hizo el Muro. La gente o quienes quiera que hayan sido los creadores de las marcas del Gremio pusieron tres en otras tantas castas y dos en construcciones físicas: el Muro y los pilares mayores. Todos los pilares menores obtienen sus poderes del Muro o de los pilares mayores.

»Los pilares mayores... Rogir se presentó ante la reina y anunció que algo les ocurría, algo que la reina debía ver. Era su hijo, pero ella no tenía muy en cuenta sus conocimientos, ni lo creyó cuando le contó que había un problema con los pilares. Era una maga del Gremio y no notó nada malo. Además, estaba ganando la partida de cranaque, por lo que le pidió que esperara hasta la mañana siguiente. Rogir se dirigió a mí, me suplicó que intercediera y... que el Gremio me perdone..., eso hice. Creía en Rogir. Confiaba en él y mi actitud convenció a la reina. Al final, accedió. Para entonces, el sol se había puesto. Acompañado de Rogir, tres guardias y dos damas de honor, bajamos y bajamos hasta llegar al embalse donde se encuentran los pilares mayores.

La voz de Piedra de Toque se fue debilitando hasta convertirse en un susurro y tornarse ronca.

—El mal que hallamos era terrible; Rogir no lo había descubierto, sino que era obra suya. Los pilares mayores son seis; dos de ellos estaban siendo rotos, rotos con la sangre de sus propias hermanas, sacrificadas en ese mismo instante por sus adláteres de la magia libre. Fui testigo de sus últimos momentos de vida, de la débil esperanza que nublaba sus ojos, mientras la gabarra de la reina flotaba en el agua. Noté la conmoción de los pilares al romperse y recuerdo que vi a Rogir acercarse a la reina por detrás; con una daga de hoja serrada le abrió el cuello de lado a lado.

Portaba un cáliz, un cáliz dorado, uno de los que pertenecía a la reina, y en él recogió la sangre... y yo, yo fui demasiado lento, demasiado lento...

—O sea que la historia que me contaste en Hoyo Sagrado no era cierta —susurró Sabriel, mientras la voz de Piedra de Toque se quebraba hasta silenciarse y las lágrimas le bajaban por las mejillas—. La reina no sobrevivió...

—No —musitó Piedra de Toque—. Pero no era mi intención mentir. Tenía los recuerdos mezclados en la cabeza.

—¿Qué pasó en realidad?

—Los otros dos guardias eran hombres de Rogir —prosiguió Piedra de Toque, con tono lloroso, cargado de pena—. Me atacaron, pero Vlare, una de las damas de honor, se interpuso. Perdí el control, me volví loco. Maté a ambos guardias. Rogir había saltado de la gabarra y, con el cáliz en la mano, vadeaba la corriente en dirección a los pilares. Sus cuatro hechiceros esperaban, tocados de negras capuchas, junto al tercer pilar, el siguiente que debían romper. Supe que no lograría alcanzarlo a tiempo. Le lancé la espada. Salió volando como una saeta certera y se le hundió justo por encima del corazón. Lanzó un grito cuyo eco se prolongó interminablemente y se volvió hacia mí. Traspasado por mi espada, seguía andando, sosteniendo el inmundo cáliz de sangre, como si me lo estuviese ofreciendo para que bebiera de él.

«Podrás detrozar este cuerpo —me dijo mientras avanzaba hacia mí—. Despedazarlo como si se tratara de un traje de tela basta. Pero no voy a morir.»

»Cuando estuvo a una braza de distancia de mí, no pude hacer otra cosa que contemplar aquel rostro, ver la maldad oculta tras aquellas facciones familiares y... y entonces surgió una luz cegadora, oí el tañido de campanas, de campanas como las tuyas, Sabriel, y voces, voces bruscas... Rogir retrocedió y dejó caer el cáliz; la sangre sobrenadó en el agua como si de aceite se tratara. Me di la vuelta, vi guardias en las escaleras; un fuego de blancas llamas se elevaba sinuoso; y vi a un hombre que empuñaba una espada y unas campanas... Después me desmayé o me golpearon y perdí el conocimiento. Cuando recuperé la conciencia, me encontré en Hoyo Sagrado y vi tu cara. No sé cómo llegué hasta allí, quién me llevó... Sigo recordándolo todo fragmentariamente.

—Debiste habérmelo contado —dijo Sabriel, tratando de adoptar el tono más compasivo posible—. Aunque quizá no había más remedio que esperar a que el mar nos librara del encantamiento que pesaba sobre esta historia. Dime una cosa, el hombre de la espada y las campanas, ¿era el Abhorsen?

—No lo sé —contestó Piedra de Toque—. Es posible.

—Yo diría que lo era, con toda seguridad —añadió Sabriel. Observó a Zapirón, mientras recordaba la columna sinuosa de fuego—. Tú también estuviste allí, ¿no es así, Zapirón? Libre, sin vínculo alguno, bajo tu otra forma.

—Sí, estuve allí —contestó el gato—. Con el Abhorsen de esa época. Un

poderosísimo mago del Gremio, un maestro con las campanas, pero demasiado blando de corazón para castigar la traición. Me las vi y me las deseé para llevarlo a Belisaere. Y al final, no llegamos a tiempo para salvar a la reina y a sus hijas.

—¿Qué pasó? —susurró Piedra de Toque—. ¿Qué fue lo que pasó?

—Rogir ya pertenecía a los difuntos cuando regresó a Belisaere —contestó Zapirón cansinamente, como si estuviera contando una cínica historia a una pandilla de endurecidos muchachotes—. Aunque de eso sólo se habría dado cuenta un Abhorsen. Y claro, el Abhorsen no estaba allí. El verdadero cuerpo de Rogir estaba oculto en alguna parte... Sigue oculto en alguna parte... y el cuerpo que utilizaba era una obra de la magia libre.

»En algún momento de sus estudios, había dado la vida a cambio de poder y, como todos los muertos, precisaba cobrarse vidas constantemente para mantenerse fuera del Reino de la Muerte. Sin embargo, desde todos los puntos del reino, el Gremio le dificultaba mucho esa tarea. Por eso decidió romper con todas sus normas. Podía haberse conformado con destruir los pilares menos importantes, situados en puntos lejanos, pero de esa manera sólo habría conseguido una pequeña zona donde nutrirse, y el Abhorsen no tardaría en encontrarlo. Por ello decidió destruir los pilares mayores, pero para ello precisaba sangre real, la sangre de su propia familia. O la de un Abhorsen, o la de las Clarvi, por supuesto, pero habría sido más difícil de conseguir.

»Gracias a que era el hijo de la reina, a que era inteligente y muy poderoso, estuvo a punto de conseguir su objetivo. Dos de los seis pilares mayores fueron destruidos. La reina y sus hijas murieron. El Abhorsen intervino demasiado tarde. Es cierto que consiguió conducirlo a lo más profundo del Reino de la Muerte, pero como su verdadero cuerpo no se encontró nunca, Rogir ha seguido existiendo. Pese a encontrarse entre los muertos, ha supervisado la disolución del Reino, un reino sin familia real, con una de las grandes marcas del Gremio inutilizadas, lo cual ha corrompido y debilitado a las demás. Aquella noche, en el embalse, no fue derrotado por completo. Sólo se consiguió ponerle cierto freno, y lleva doscientos años tratando de regresar, de volver a entrar en el reino de los vivos...

—Lo ha conseguido, ¿no es así? —lo interrumpió Sabriel—. Es esa cosa llamada Kerrigor, contra la que los Abhorsen llevan generaciones luchando, tratando de mantenerla en el Reino de la Muerte. Es él quien ha regresado, el muerto mayor que asesinó a la patrulla cerca de Cima Partida, el amo del mordicante.

—No lo sé —repuso Zapirón—. Eso creía tu padre.

—Es él —dijo Piedra de Toque, distante—. Kerrigor era el apodo que Rogir utilizaba cuando éramos niños. Yo me lo inventé, el día de la batalla con barro. Su nombre ceremonial completo era Rogirek.

—Sirviéndose de algún engaño, él o sus siervos deben de haber llevado a mi

padre hasta Belisaere justo antes de que saliera del Reino de la Muerte —aventuró Sabriel—. Me pregunto por qué habrá venido a la vida tan cerca del Muro.

—Su cuerpo debe mantenerse cerca del Muro. Es imprescindible —dijo Zapirón—. Deberías saberlo. Para renovar el encantamiento principal que le impide trasponer la Última Puerta.

—Es verdad —reconoció Sabriel al recordar los pasajes de *El Libro de los Muertos*. Notó un escalofrío y lo reprimió antes de que se convirtiera en sollozo. Notaba en su interior unas ganas inmensas de llorar, de gritar. Deseaba regresar a Ancelstierre, cruzar el Muro, dejar atrás los difuntos y la magia, irse lo más al sur posible. Pero contuvo estos sentimientos y dijo—: Un Abhorsen lo derrotó una vez. Yo puedo volver a hacerlo. Antes debemos encontrar el cuerpo de mi padre.

Se hizo un instante de silencio en el que sólo se oía el viento rozando las velas y el suave susurro de las jarcias. Piedra de Toque se secó las lágrimas de un manotazo y miró a Zapirón.

—Hay algo que me gustaría preguntar. ¿Quién llevó mi espíritu al mundo de los muertos y encerró mi cuerpo en el mascarón de proa?

—Jamás supe qué ocurrió contigo —contestó Zapirón. Sus ojos verdes se clavaron en los de Piedra de Toque y no fue el gato el primero en pestañear—. Aunque debió de ser obra de Abhorsen. Cuando te sacamos del embalse, habías perdido la cordura. Te habías vuelto ingobernable, tal vez por haber presenciado la destrucción de los pilares mayores. No tenías recuerdos, no tenías nada. Según parece, una cura de sueño de doscientos años no es suficiente. Debe de haber visto algo en ti... Tal vez la Clarvi vio algo en el hielo... Ay, cómo me ha costado decir esto. Debemos de estar cerca de la ciudad y la influencia del mar se hace más débil. El encantamiento vinculante cobra fuerza otra vez...

—¡No, Zapirón! —exclamó Sabriel—. Yo quiero saber más, necesito saber quién eres. ¿Cuál es tu relación con el...?

A Sabriel se le ahogó la voz en la garganta y lo único que logró salir de su boca fue una especie de gargarismo asustado.

—Demasiado tarde —dijo Zapirón. Se puso a asearse; su lengua rosada resaltaba sobre la blanca pelambre.

Sabriel lanzó un suspiro y contempló la ancha extensión turquesa del mar, luego levantó la vista y miró el sol, un disco amarillo sobre un campo azul con pinceladas blancas. Una ligera brisa hinchó la vela y le alborotó el pelo. Las gaviotas sobrevolaban en lo alto, llenaban el aire con sus chillidos, se lanzaban en picado sobre un banco de peces que nadaba cerca de la superficie, emitiendo destellos plateados.

Todo estaba vivo, todo era alegre, lleno de color, de alegría de vivir. Todo rezumaba vida: el aroma a sal de su piel, el olor a pescado, el tufillo de su cuerpo

sucio. Desde muy, muy lejos, rescatado del sombrío pasado de Piedra de Toque, surgía la amenaza de Rogir, llamado Kerrigor, y de la negrura helada de la muerte.

—Deberemos ser muy precavidos —dijo Sabriel, al fin—, y espero que... ¿Qué le dijiste al patriarca de Nestowe, Piedra de Toque?

Supo de inmediato a qué se refería la muchacha.

—Que el Gremio nos proteja a todos.

Capítulo 19

Sabriel había imaginado Belisaere como una ciudad en ruinas, sin vida, pero se equivocó. Cuando vieron sus torres y las impresionantes murallas que rodeaban la península sobre la que se asentaba la ciudad, descubrieron también las barcas de pesca, de un tamaño parecido a la de ellos. Los pescadores estaban en plena faena; eran gente normal, afable; los saludaban y les gritaban cosas al pasar. Sus saludos indicaban a las claras la situación de Belisaere. «Buen sol y aguas rápidas» no era la frase típica con la que se daba la bienvenida en la época de Piedra de Toque.

Se llegaba al puerto principal de la ciudad por el oeste. Un ancho canal flanqueado de boyas, que discurría entre dos macizos muros de defensa, conducía a un amplio estanque, del tamaño de veinte o treinta campos de juego. Los muelles se alineaban sobre tres lados del estanque, casi todos ellos vacíos. Al norte y al sur, detrás de los muelles desiertos, se alzaban almacenes desvencijados de paredes derruidas y tejados agujereados, testigos de un largo abandono.

Sólo en la dársena oriental había actividad. No fondeaban allí los grandes buques de carga de antaño, sino pequeñas embarcaciones de cabotaje, en las que se llevaban a cabo operaciones de carga y descarga. Las grúas iban y venían; los estibadores recorrían las planchas cargando bultos a la espalda; los niños se zambullían y nadaban entre las barcas amarradas. Detrás de estos muelles no había almacenes, sino cientos de casetas sin techo, de endebles paredes y brillantes decorados que servían poco más que para delimitar el espacio que ocupaban, dotadas de mesas para las mercancías y taburetes para los vendedores y clientes favorecidos. Sabriel comprobó que abundaban los clientes, mientras Piedra de Toque maniobraba en busca de un atracadero. La gente pululaba por todas partes, iba con prisas, como si contara con un tiempo tristemente limitado.

Piedra de Toque destensó la vela mayor y puso la barca contra el viento, justo a tiempo para perder velocidad y deslizarse en ángulo oblicuo hacia las defensas que recubrían el muelle. Sabriel lanzó un cabo, pero antes de poder saltar a la orilla y atarlo a un bolardo, un pilluelo de los que deambulaban por la calle lo hizo por ella.

—Un penique por el nudo —gritó; su voz chillona sonó por encima del barullo reinante—. ¿Me da un penique por el nudo, señora?

Sabriel se esforzó por sonreír y le lanzó al niño un penique de plata. El chico lo cogió al vuelo, rió picaramente y desapareció entre el gentío que pasaba por el muelle. A Sabriel se le congeló la sonrisa en los labios. Sentía la presencia de muchos, muchos difuntos allí mismo... o quizá no exactamente allí, sino en la parte alta de la ciudad. Belisaere estaba construida sobre cuatro colinas bajas, situadas alrededor de un valle central que se abría al mar en ese puerto. Los sentidos le indicaban a Sabriel que sólo el valle estaba libre de muertos, aunque ignoraba el

porqué. Las colinas, que ocupaban al menos las dos terceras partes de la ciudad, estaban infestadas de ellos.

Por otra parte, podía decirse que la zona de la ciudad donde se encontraban estaba infestada de vida. Sabriel había olvidado lo ruidosa que podía llegar a ser una ciudad. Incluso en Ancelstierre rara vez había visto lugares más grandes que Bain, un pueblo de no más de diez mil almas. Lógicamente, Belisaere no era una ciudad grande para las normas ancelsierranas, pues en ella no se veían los ruidosos autobuses y vehículos particulares que en los últimos diez años habían contribuido a aumentar el ruido en aquel país, pero Belisaere lo compensaba con sus gentes. Sus gentes que corrían presurosas, discutían, gritaban, vendían, compraban, cantaban...

—¿Era así antes? —le gritó a Piedra de Toque mientras desembarcaban y comprobaban que llevaban consigo todas sus pertenencias.

—En realidad, no —contestó Piedra de Toque—. El Estanque solía estar lleno de embarcaciones más grandes, y por aquí había almacenes, no había un mercado. Todo era más tranquilo y la gente no iba con tanta prisa.

Se detuvieron al borde de la dársena y observaron el río de hombres, mujeres, niños y mercancías que bajaba por ella, oyeron el tumulto y percibieron los nuevos olores de la ciudad que se superpusieron a la frescura de la brisa marina. El aroma a comida, a humo de madera, a incienso, a aceite, todo entremezclado de vez en cuando con el asqueroso tufillo que provenía, sin lugar a dudas, de las cloacas...

—También era mucho más limpio —añadió Piedra de Toque—. Escucha, creo que será mejor que busquemos una posada o un mesón donde hospedarnos y pasar la noche.

—De acuerdo —convino Sabriel.

Se mostraba renuente a mezclarse con aquella marea humana. Entre el gentío no había muertos, al menos eso le indicaban sus sentidos, pero presentía que debía de existir algún tipo de acuerdo con ellos, y eso le olía mucho peor que las cloacas.

Piedra de Toque agarró del hombro a un niño que pasaba mientras Sabriel seguía observando a la multitud con la nariz fruncida. Hablaron un instante; un penique de plata pasó de una mano a otra, el niño se mezcló con la multitud y Piedra de Toque fue tras él. Volvió la cabeza y, al comprobar que Sabriel miraba el vacío con aire ausente, la aferró de la mano y la arrastró tanto a ella como al perezoso de Zapirón.

Era la primera vez que Sabriel lo tocaba desde que había revivido y para ella fue toda una sorpresa, casi un susto. Claro que la había pillado muy ensimismada y la había agarrado con ímpetu... Notaba su mano más grande de lo normal, cubierta de callosidades. Aparto rápidamente la mano y se concentró para seguirlos tanto a él como al chico que iba zigzagueando entre el gentío que venía de frente.

Pasaron por el centro del mercado al aire libre, recorrieron una callejuela llena de tenderetes donde vendían pescado y aves de corral. En un extremo del muelle se

apilaban las cajas con pescados recién capturados; tenían los ojos saltones y seguían dando coletazos. Los vendedores vociferaban los precios o alababan a voz en cuello la calidad de sus mercancías, y los compradores gritaban sus ofertas o manifestaban ruidosamente su asombro por el precio de las cosas. Las cestas, bolsas y cajas iban de mano en mano, las vacías eran llenadas con pescado o langosta, calamares o mariscos. Las monedas pasaban de palma en palma, y en ocasiones, había alguien que vaciaba el brillante contenido de algún monedero en el zurrón de los puesteros.

En el otro extremo todo era más tranquilo. Allí, los puestos exhibían sus jaulas apiladas con gallinas; las ventas eran más lentas y muchas de las aves tenían pinta de viejas y raquíticas. Sabriel descubrió a un hombre habilísimo que, cuchillo en mano, decapitaba a una gallina tras otra y dejaba caer sus cabezas en una caja, concentrado en ahorrarles aquella asombrosa y hueca experiencia de la muerte.

Más allá del mercado había una ancha extensión de terreno baldío. Se veía a las claras que lo habían despejado intencionalmente, primero quemando los rastrojos, luego a golpes de azadón y pala. Sabriel se preguntó por qué, hasta que vio el acueducto que discurría al otro lado, paralelo a la franja de tierra baldía. Las personas que vivían en el valle no tenían un acuerdo con los muertos, pues aquella parte de la ciudad estaba rodeada de acueductos y a los muertos no les era posible caminar ni debajo de agua corriente ni sobre ella. El terreno despejado era una precaución, permitía vigilar los acueductos y, tal como había supuesto, Sabriel vio una patrulla de arqueros recorrerlo por la parte superior, sus siluetas avanzaban como sombras de marionetas contra el cielo. El niño los llevaba hacia un arco central, que se elevaba hasta el segundo de los cuatro niveles del acueducto, donde había más arqueros apostados. A cada lado se abrían más arcos que aguantaban el canal principal del acueducto; estaban cubiertos de alambre espinoso que impedía el paso no autorizado de los vivos, mientras el agua que corría en lo alto mantenía alejados a los muertos.

Sabriel se cerró la capa cuando pasaron debajo del arco; los guardias apenas les prestaron atención en cuanto consiguieron sacarle a Piedra de Toque un penique de plata. Parecían soldados de tercera, incluso de cuarta categoría, probablemente se tratara de meros agentes de policía y serenos. Ninguno lucía la marca del Gremio ni se percibía en ellos rastro alguno de magia libre.

Más allá del acueducto, decenas de callejuelas serpenteantes, que discurrían caóticas, partían desde una plaza pavimentada a medias, en cuyo centro una fuente escupía agua por las orejas de una estatua, la estatua majestuosa de un hombre con corona.

—El rey Anstyr III —dijo Piedra de Toque, señalando la fuente—. Gastaba un extraño sentido del humor, por lo que todos dicen. Me alegro de que siga allí.

—¿Adonde vamos? —preguntó Sabriel.

Se sentía mucho mejor después de comprobar que los ciudadanos no estaban

conchabados con los muertos.

—Este niño dice que conoce una buena posada —respondió Piedra de Toque, indicándole al pilluelo zarrapastroso que les sonreía siempre a prudente distancia para esquivar los golpes.

—El Signo de los Tres Limones —dijo el niño—. La mejor de la ciudad, señor, señora.

Acababa de darse la vuelta para seguir su camino cuanndo se oyó el tañido alto y claro de una campana mal fundida que provenía de algún punto del puerto. Tocó tres veces; el tañido hizo que las palomas de la plaza levantaran vuelo.

—¿Y eso? —preguntó Sabriel. El muchacho la miró boquiabierto—. ¿Y esa campana?

—La puesta de sol —contestó el niño cuando comprendió qué le estaban preguntando. Lo dijo como quien enuncia algo que salta a la vista—. Algo temprano, me parece. Se habrá nublado o algo así.

—¿Todos se recogen cuando toca la campana de la puesta de sol? —inquirió Sabriel.

—¡Claro! —bufó el chico—. Si no lo haces, te atrapan los rondadores o los glims.

—Ya comprendo —dijo Sabriel—. ¡Adelante!

Por sorprendente que pudiera parecer, el Signo de los Tres Limones resultó ser una posada agradable. El edificio encalado de cuatro plantas daba a una placita que distaba unos doscientos metros de la plaza de la Fuente del Rey Anstyr. En el centro de la placita crecían tres enormes limoneros, de tupido follaje oloroso y abundantes frutos, pese a la estación. Aquello parecía obra de la magia del Gremio, pensó Sabriel, y al poco descubrió un pilar oculto entre los árboles y comprobó la existencia de cierto número de antiguos encantamientos de la fertilidad, el calor y la munificencia. Sabriel aspiró el aire perfumado a limón y se sintió agradecida de que su cuarto tuviera una ventana que daba a la placita.

A sus espaldas, una criada llenaba la bañera de latón con agua caliente. Ya había echado en ella varios cubos enormes; ése sería el último. Sabriel cerró la ventana y, expectante, se acercó a contemplar el agua humeante.

—¿Se le ofrece algo más, señorita? —preguntó la criada con una leve reverencia.

—No, gracias —contestó Sabriel.

La criada salió discretamente por la puerta y Sabriel colocó la tranca —luego se despojó de la capa y la armadura y las ropas malolientes, sudadas y cubiertas de sal que prácticamente se le habían pegado al cuerpo durante la semana de navegación. Ya desnuda, apoyó la espada en el borde de la bañera, al alcance de la mano, se metió agradecida en el agua, cogió la pastilla de jabón con perfume a limón y se dispuso a quitarse la mugre y el sudor.

A través de la pared le llegaba la voz de un hombre; era Piedra de Toque. Oyó después el gorgoteo del agua y la risita de ía criada. Sabriel dejó de enjabonarse y se concentró en el ruido. Le costaba captarlo claramente, pero oyó más risas, una voz masculina profunda, poco nítida, luego un sonoro chapoteo. Como si en la bañera hubieran caído dos cuerpos en vez de uno.

Siguió un silencio, luego se oyeron más chapoteos, suspiros, risas... ¿Sería la risa de Piedra de Toque? A continuación, una serie de gemidos cortos y agudos. De mujer. Sabriel se sonrojó y apretó los dientes, luego hundió la cabeza en el agua para no oír nada más, dejó fuera sólo la nariz y la boca. Debajo del agua reinaba el silencio, interrumpido por los sonoros latidos de su corazón que le retumbaban en los oídos cubiertos de agua.

¿Qué más daba? No veía a Piedra de Toque de aquella manera. El sexo era lo último en que pensaba. Una complicación más: anticoncepción, desorden, emociones. Ya tenía bastantes problemas. Debía concentrarse en sus planes. Adelantarse a los acontecimientos. Aquello la incomodaba porque Piedra de Toque era el primer hombre joven que había conocido fuera del ambiente de la escuela, eso era todo. No era asunto suyo. Ni siquiera sabía cuál era su verdadero nombre...

El golpe amortiguado en la bañera la obligó a sacar la cabeza del agua justo a tiempo para oír un prolongado gemido masculino, profundamente satisfecho, que provenía del otro lado de la pared. Se disponía a meter otra vez la cabeza debajo del agua cuando por el borde de la bañera asomó la nariz rosada de Zapirón. La muchacha se incorporó con el agua bajándole en cascada por la cara e intentó ocultar las lágrimas cuya existencia se negaba a reconocer. Con rabia, cruzó los brazos sobre el pecho y preguntó:

—¿Qué quieres?

—Me pareció que tal vez te gustaría saber que el cuarto de Piedra de Toque está del otro lado —dijo Zapirón, señalando la pared opuesta a la de la habitación donde estaba la ruidosa pareja—. No tiene bañera, así que me ha mandado a preguntar si le permites utilizar la tuya cuando hayas terminado. Está esperando abajo y aprovecha la pausa para enterarse de las noticias.

—Ah —contestó Sabriel.

Miró hacia la pared más alejada, de donde no se oía ruido alguno y luego la más cercana, donde los gemidos se perdían bajo el chirrido frenético de los muelles de la cama.

—Ve y dile que no tardaré.

Veinte minutos más tarde, una Sabriel limpia, ataviada con un vestido prestado, al que el cinturón y la espada le daban un aspecto extrañísimo (había dejado la bandolera y las campanas debajo de la cama, con Zapirón durmiendo encima de ellas), calzada con unas zapatillas, cruzó con paso silencioso la amplia sala común y

le dio unas palmaditas en la espalda al mugriento Toque de Piedra haciéndolo derramar la cerveza.

—Te ha llegado la hora del baño —dijo Sabriel alegremente—. Mi maloliente espada. Acabo de pedir que cambien el agua. Por cierto, Zapirón está en el cuarto. Espero que no te importe.

—¿Por qué iba a importarme? —inquirió Piedra de Toque, tan asombrado por el tono como por la pregunta de Sabriel—. Sólo quiero lavarme, es todo.

—Bien —dijo Sabriel vagamente—. Pediré que nos sirvan la cena en tu cuarto, así podremos planificar lo que haremos mientras comemos.

Cuando por fin se sentaron a cenar, los planes estuvieron trazados en un momento y no tardaron en frustrar una ocasión que, por lo demás, era relativamente festiva. Estaban a salvo y limpios; tenían el estómago lleno y, por un momento, consiguieron olvidar las preocupaciones pasadas y los temores futuros.

Sin embargo, en cuanto dieron cuenta del último plato, un guiso de calamares, con ajos, cebada, calabaza y vinagre de estragón, el presente volvió a hacer acto de presencia con todos sus cuidados y pesares.

—Creo que el sitio más probable donde encontrar el cuerpo de mí padre es en... eso que ya sabéis, donde mataron a la reina —dijo Sabriel—. El embalse. Por cierto, ¿dónde se encuentra?

—Debajo de la Colina de Palacio —contestó Piedra de Toque—. Se puede entrar por distintos sitios. Todos están detrás de este valle rodeado de acueductos.

—Probablemente tengas razón con respecto a tu padre —comentó Zapirón desde su nido de mantas, en medio de la cama de Piedra de Toque—. Debemos tener en cuenta que se trata, al mismo tiempo, del sitio más peligroso al que podemos ir. La magia del Gremio se encontrará allí muy deformada, incluidos los vínculos, y cabe la posibilidad de que nuestro enemigo...

—Kerrigor —lo interrumpió Sabriel—. Es posible que no se encuentre allí. Y si estuviera, quizá logremos burlarlo y entrar...

—Es posible que podamos pasar ocultándonos en las orillas —sugirió Piedra de Toque—. El embalse es inmenso y cuenta con cientos de columnas. Lo malo es que al vadearlo haremos ruido y las aguas están muy quietas... Ya sabes que el sonido se transporta en el aire. Y los seis..., los seis que tú ya sabes... están en el centro mismo. —Si logro encontrar a mi padre y devolver el espíritu a su cuerpo —insistió Sabriel, tozuda—, podremos enfrentarnos a lo que nos salga al paso. Eso es lo primero. Mi padre. Lo demás es sólo una complicación que se presentará después.

—O antes —dijo Zapirón—. Vamos a ver, ¿tu plan maestro consiste en adentrarnos furtivamente hasta donde podamos, encontrar el cuerpo de tu padre que, con suerte, estará oculto en lugar seguro y después ver qué pasa?

—Entraremos en pleno día, con el sol alto... —comenzó a decir Sabriel,

—Está bajo tierra —la interrumpió Zapirón. —Entonces usaremos el sol para protegernos —prosiguió Sabriel, disipando las dudas del gato.

—Y además, hay haces luminosos —añadió Piedra de Toque—. A mediodía, allá abajo se forma una especie de crepúsculo, con débiles zonas soleadas en el agua.

—De modo que el plan es encontrar el cuerpo de mi padre, sacarlo de allí y traerlo hasta aquí, donde estará seguro —dijo Sabriel—. Y luego... seguir adelante a partir de ese punto.

—A mí me parece un plan brillante —masculló Zapirón—. Tiene el genio de lo simple...

—¿Se te ocurre algo mejor? —le espetó Sabriel—. Lo he intentado sin resultados. Ojalá pudiera regresar a casa, a Ancelstierre, y olvidarme de todo, pero si lo hiciera, no volvería a ver a mi padre y los difuntos acabarían devorando todo lo que hay con vida en este asqueroso reino. ¡Tal vez no funcione, pero al menos lo habré intentado, en calidad de Abhorsen, que se supone que soy, pese a que tú te empeñas en decir que no lo soy!

La perorata fue recibida por el silencio. Piedra de Toque miró hacia otra parte, incómodo. Zapirón la miró a los ojos, bostezó e hizo un gesto que mostraba a las claras su indiferencia.

—Tal y como están las cosas, no se me ocurre nada mejor. Con los siglos me he vuelto tonto, más tonto que los Abhorsen a los que sirvo.

—Creo que es un plan tan bueno como otro cualquiera —terció Piedra de Toque, inesperadamente. Tras una vacilación, añadió—: Pero estoy aterrado.

—Yo también —susurró Sabriel—. Si mañana luce el sol, bajaremos.

—De acuerdo —dijo Piedra de Toque—. Antes de que el miedo me paralice.

Capítulo 20

Abandonar aquel barrio seguro, rodeado de acueductos, de Belisaere resultó ser una empresa más difícil que entrar en él, sobre todo por el arco del norte, que conducía a una calle largo tiempo abandonada de casas derruidas que subía describiendo curvas en dirección de las colinas del norte de la ciudad.

El arco estaba vigilado por seis guardias que se mostraban mucho más alertas y eficientes que los apostados en el callejón de salida a las dársenas. Delante de Sabriel y Piedra de Toque había también un grupo de personas a la espera de que les franquearan el paso. Eran nueve hombres; llevaban las señales de la violencia escrita en sus expresiones, en la forma en que hablaban y se movían. Iban armados hasta los dientes: dagas, hachas inmensas. Casi todos llevaban en bandolera arcos cortos, muy curvados.

—¿Quiénes son esos hombres? —le preguntó Sabriel a Piedra de Toque—. ¿Por qué salen a la parte muerta de la ciudad?

—Son carroñeros —contestó Piedra de Toque—. Las personas con las que hablé anoche los mencionaron. Algunas zonas de la ciudad fueron rápidamente abandonadas a los muertos, y allí se conserva todavía un buen botín. En mi opinión, es una ocupación peligrosa.

Sabriel asintió, pensativa, y volvió a observar a los hombres, que en su mayoría estaban sentados o acucillados junto al muro del acueducto. Algunos le devolvieron la mirada, no sin cierto recelo. Por un momento pensó que habían visto las campanas que ocultaba bajo la capa y que la habían reconocido como nigromante; luego comprendió que Piedra de Toque y ella podían parecer carroñeros rivales. Al fin y al cabo, ¿quién más iba a atreverse a abandonar la protección del agua corriente? En el fondo, se sintió un poco carroñera endurecida. Pese a que iba limpia como una patena, los vestidos y la armadura que llevaba no contribuían a darle un aspecto agradable. Seguían algo húmedos y a la capa con la que se cubría le faltaba poco para estar empapada, pues no la habían tendido lo suficiente después del lavado. El único aspecto positivo era que todo olía a gloria, pues las lavanderas de la posada El Signo de los Tres Limones utilizaban jabón de limón.

Sabriel creía que los carroñeros esperaban a los guardias, pero estaba claro que lo que esperaban era otra cosa que divisaron inmediatamente. Los hombres se incorporaron entre gruñidos y blasfemias y juntos avanzaron arrastrando los pies en un simulacro de fila india.

Sabriel miró por encima del hombro y al descubrir lo que miraban, se quedó de piedra. Dos hombres avanzaban hacia el arco seguidos de una veintena de niños de edades comprendidas entre los seis y los dieciséis años. Los hombres que iban al frente del grupo tenían la misma mirada que los otros carroñeros y portaban látigos

de cuatro colas. Los niños llevaban grilletes sujetos a una larga cadena central. Uno de los hombres que iba al frente llevaba la cadena y conducía a los niños por el centro del camino. El otro iba detrás, haciendo restallar el látigo en el aire, por encima de los cuerpecitos, y de vez en cuando, las cuatro colas rozaban una oreja o alguna coronilla.

—De esto también oí hablar —masculló Toque de Piedra, acercándose más a Sabriel al tiempo que posaba las manos en la empuñadura de las espadas—. Pero pensé que eran cuentos de borrachos. Los carroñeros utilizan niños esclavos como señuelo o cebo para los muertos. Los dejan en un lugar para que los muertos salgan de donde ellos creen que puede haber algún botín.

—¡Es... indignante! —exclamó Sabriel, enfurecida—. ¡Inmoral! ¡Son negreros, no carroñeros! ¡Debemos impedirlo!

Avanzó, decidida; en su mente se fue formando el encantamiento del Gremio para engeguercer y confundir a los carroñeros, pero al notar un dolor agudo en el cuello, se detuvo. Zapirón, que iba montado sobre sus hombros, le había clavado las garras justo debajo de la barbilla. La sangre comenzó a manar en delgados hilillos mientras el felino le susurraba al oído.

—¡Espera! Hay nueve carroñeros, seis guardias y algunos más muy cerca. ¿En qué se verían beneficiados esos niños y los que puedan seguirles si te matan? ¡Los muertos están en el fondo de tanta maldad y la Abhorsen debe dedicarse a acabar con ellos!

Sabriel paró en seco, se estremeció, sus ojos se anegaron de lágrimas de rabia e indignación. Pero no atacó. Se quedó allí de pie, mirando a los niños. Se los veía resignados a su destino, callados, sin esperanza. Ni siquiera se movían para acomodarse las cadenas, se quedaron allí de pie, quietos, con la cabeza gacha, hasta que los carroñeros los obligaron a avanzar a latigazos, entonces, arrastrando los pies con desgana, echaron a andar en dirección al arco.

No tardaron en trasponerlo y enfilar la calle en ruinas, seguidos a paso lento por los carroñeros. El sol daba de lleno sobre el empedrado y se reflejaba en las armaduras y las armas arrancando breves destellos a alguna cabellera rubia. Entonces doblaron a la derecha, en dirección de la Colina del Acuñaador, y se perdieron de vista.

Sabriel, Piedra de Toque y Zapirón los siguieron al cabo de diez minutos, los que tardaron en convencer a los guardias. Al principio, el jefe, un hombre corpulento, con una coraza de cuero manchada de salsa, les exigió que enseñaran «el permiso oficial de carroñero» y, al cabo de poco, ya no pidió documentación sino un soborno. A partir de ahí, todo fue cuestión de regatear hasta alcanzar el precio final de tres peniques de plata, uno por barba, incluido el gato. Curiosa manera de justipreciar, pensó Sabriel, pero se alegró de que Zapirón no abriera la boca para quejarse de que

lo estuvieran subvalorando.

Tras dejar atrás el acueducto y la barrera tranquilizadora del agua corriente, Sabriel notó de inmediato la presencia de los muertos. Se encontraban en todas partes, entre las ruinas de las casas, en los sótanos, en las cloacas, acechando allí donde la luz no llegaba. Aletargados en presencia del sol, esperando la noche.

En muchos aspectos, los difuntos de Beiisaere eran como la contrafigura de los carroñeros. Se ocultaban de día para apoderarse de cuanto podían por las noches. En Belisaere había muchos, muchos muertos, pero eran débiles, cobardes, celosos. La suma de sus apetitos era enorme y el suministro de víctimas tristemente limitado. Todas las mañanas, cientos de ellos perdían definitivamente el asidero con la vida y se hundían en la muerte. Otros llegaban para sustituirlos...

—Hay miles de muertos —dijo Sabriel, paseando nerviosamente la mirada por todas partes—. En su mayoría débiles... ¡pero son legión!

—¿Vamos directamente hacia el embalse? —inquirió Piedra de Toque. Sabriel sabía que aquella pregunta ocultaba otra. ¿Deberían..., podrían salvar primero a los niños?

Antes de responder, miró al cielo y el sol. Quedaban unas cuatro horas de luz intensa, siempre y cuando no se nublara. Tiempo suficiente. Suponiendo que logran derrotar a los carroñeros, ¿podrían posponer la búsqueda de su padre hasta el día siguiente? Cada día que pasaba, la reunión de su espíritu con su cuerpo sería más improbable. Sin él, no podrían derrotar a Kerrigor, y era preciso derrotarlo si querían tener alguna esperanza de reparar los pilares con las cartas mayores del Gremio y desterrar así a los muertos del reino entero...

—Iremos directamente al embalse —resopló Sabriel, tratando de borrar el fragmento de una imagen repentina que surgió en su memoria: el sol reflejado en la cabeza de aquel niño, los pies que se arrastraban pesadamente...

—Tal vez..., tal vez podamos rescatar a los niños cuando volvamos.

Piedra de Ttique fue delante con paso confiado, manteniéndose siempre en el centro de la calzada, donde el sol brillaba más. Recorrieron calles vacías durante casi una hora sin que se oyera más sonido que el repiqueteo de los clavos de las botas en el empedrado. No había pájaros ni animales. Ni siquiera insectos. Sólo ruinas y deterioro.

Al final, llegaron a un parque con cercas de hierro que rodeaban la base de la Colina de Palacio. En la cima sólo quedaban algunos restos de piedra y vigas ennegrecidas y quemadas que habían pertenecido al Palacio Real.

—Lo incendió el último regente —les informó Zapirón, cuando los tres se detuvieron para mirar hacia lo alto—. Hará de eso unos veinte años. Se había infestado de difuntos, pese a las defensas y a los guardianes apostados por los distintos Abhorsen que pasaron por aquí. Dicen que el regente enloqueció y que por

eso intentó quemarlos.

—¿Qué fue de él? —inquirió Sabriel.

—De ella, en realidad —la corrigió Zapirón—. Murió en el incendio... o los muertos se la llevaron. Y ese fue el último intento que se hizo de gobernar el reino.

—Era un edificio precioso —dijo Piedra de Toque con nostalgia—. Desde él se veía el mar de Saere. Tenía techos altos y un ingenioso sistema de conductos y huecos de ventilación destinados a dejar pasar la luz y la brisa marina. En palacio, siempre había música y baile, y en el jardín se organizaba la cena del solsticio de verano. Para la ocasión se encendían miles de velas perfumadas...

Suspiró y señaló luego el agujero que había en la valla del parque.

—Podríamos meternos por aquí. Hay una entrada al embalse en una de las cuevas ornamentales del parque. Para llegar al agua hay que bajar sólo cincuenta escalones en lugar de los ciento cincuenta que hay desde el palacio mismo.

—Ciento cincuenta y seis —aclaró Zapirón—, según recuerdo. Piedra de Toque se encogió de hombros, se metió por el agujero y saltó al mullido césped del parque. No había nada ni nadie a la vista; no obstante, desenfundó las espadas. Cerca de allí crecían unos árboles frondosos y, como era lógico esperar, en sus inmediaciones proliferaban las sombras.

Sabriel lo siguió; Zapirón saltó de sus hombros y se paseó olisqueando el aire. Sabriel también desenfundó la espada, pero dejó las campanas en su sitio. Estaban rodeados de muertos, aunque mantenían las distancias. El parque se hallaba demasiado expuesto a la luz del sol.

A poca distancia divisaron las cuevas ornamentales tras pasar por un estanque fétido que en otros tiempos había lucido siete estatuas de tritones barbados que escupían agua. Ahora sus bocas estaban taponadas de hojas podridas y el estanque contenía una masa gelatinosa de cieno verde amarillento.

Había tres entradas a las cuevas, una al lado de la otra. Piedra de Toque los condujo hacia la más grande, la entrada central. Una escalinata de mármol descendía el primer metro y unas columnas, también de mármol, sostenían el techo de la entrada.

—Sólo se adentra en la colina unos cuarenta pasos —explicó Piedra de Toque, mientras encendían las velas cerca de la entrada; ios fósforos de sulfuro añadieron su ofensivo hedor al aire húmedo de la cueva—. Las construyeron para las meriendas campestres de pleno verano. Al fondo de ésta hay una puerta. Quizá tenga el cerrojo echado, aunque cederá a un encantamiento del Gremio. Las escaleras están justo detrás, son empinadas y allí no hay claraboyas. Ah, y son mu y estrecha s.

—Entraré primero —dijo Sabriel con una firmeza que no dejaba traslucir la debilidad que notaba en las piernas y los nervios que le carcomían el estómago—. No siento la presencia de ningún muerto, aunque podrían estar allí...

—Muy bien —dijo Piedra de Toque tras una breve vacilación.

—No tienes que acompañarme, si no quieres —le soltó de repente Sabriel, mientras esperaban delante de la cueva con las llamas de las velas titilando tontamente a la luz del sol.

De repente, Sabriel se sentía muy responsable de él. Lo veía asustado, más pálido que de costumbre, casi tan blanco como un nigromante desangrado por la muerte. Había visto cosas terribles en el embalse, cosas que le habían hecho perder la razón y, pese a que se había acusado de todo, Sabriel no creía que su fiel acompañante tuviese la culpa de nada. Al fin y al cabo, Piedra de Toque no era Abhorsen y el que estaba allá abajo tampoco era su padre.

—Tengo que ir —respondió Piedra de Toque. Se mordió el labio con nerviosismo—. Es preciso. Si no voy, jamás conseguiré librarme de mis recuerdos. Tengo que hacer algo, conseguir nuevos recuerdos, recuerdos mejores. Tengo que... buscar la redención. Además, sigo siendo miembro de la Guardia Real. Es mi deber.

—Como quieras —dijo Sabriel—. De todos modos, me alegro de que estés aquí.

—Yo también... en cierto modo —dijo Piedra de Toque y casi, casi esbozó una sonrisa.

—Pues yo no —los interrumpió Zapirón, decidido—. Vamos de una vez. Estamos malgastando las horas de sol.

La puerta tenía el cerrojo echado, pero se abrió fácilmente gracias al encantamiento de Sabriel; los sencillos símbolos del Gremio que correspondían a la acción de quitar el cerrojo y abrir la puerta fluyeron de su mente y fluyeron a través del dedo índice apoyado en el ojo de la cerradura. Pese a que el encantamiento consiguió su finalidad, había resultado difícil de lanzar. Incluso allí, los pilares rotos con las grandes cartas del Gremio ejercían una influencia que perturbaba los efectos de la magia del Gremio.

La débil luz de las velas reveló unas escaleras húmedas, medio derruidas, que bajaban casi en picado. Sin curvas, ni giros; eran unas escaleras que se hundían directamente en la oscuridad.

Sabriel pisaba con delicadeza y notaba cómo la piedra blanda se deshacía bajo sus pesadas botas, de modo que en cada escalón debía colocar el tacón de la bota bien atrás. Avanzaba despacio, seguida de cerca por Piedra de Toque cuya vela iluminaba a Sabriel proyectando la sombra de ésta sobre los escalones siguientes, de modo que la muchacha la veía alargarse y distorsionarse a medida que se deslizaba hacia la frontera entre la luz y la sombra.

Sabriel olió el embalse antes de verlo parcialmente, después del trigésimo noveno escalón. Era un olor frío y húmedo que le penetró por la nariz, le llegó a los pulmones y se instaló allí.

Las escaleras terminaban en una entrada, al borde de un espacioso vestíbulo

rectangular: una gigantesca cámara donde las columnas de piedra se elevaban como una selva para sostener el techo, a veinte metros de altura; ante ella, el suelo no era de piedra, sino de agua tan fría e inmóvil como la piedra. Los haces de luz se proyectaban sobre todas las paredes, como si quisieran competir con las columnas portantes, y dejaban unos discos luminosos sobre el agua que convertían el borde del embalse en una compleja combinación de luces y sombras, mientras el centro continuaba siendo un lugar desconocido, envuelto en la más profunda negrura.

Sabriel notó que Piedra de Toque le ponía la mano en el hombro y entonces lo oyó susurrar:

—El agua llega a la cintura. Intenta meterte lo más despacio posible. Anda, pásame tu vela.

Sabriel asintió, le pasó la vela, envainó la espada y se sentó en el último escalón, luego se deslizó sigilosamente en el agua.

Estaba fría, pero soportable. Por más cuidado que pusiera Sabriel, de ella partieron círculos concéntricos plateados sobre la superficie oscura del agua y algún leve chapoteo. Tocó el fondo con los pies y apenas logró acallar un grito, que no era obra del frío, sino de la súbita presencia de dos pilares rotos con las cartas del Gremio. Al verlos, sintió un profundo malestar, como el de la gripe; el estómago se le hizo un nudo, empezó a sudar y notó un mareo. Se inclinó para agarrarse del escalón; los calambres fueron remitiendo hasta convertirse en un dolor sordo, amortiguado. Aquello era mucho peor que lo ocurrido con los pilares menores que habían sido destruidos en Cima Partida y Nestowe.

—¿Qué ocurre? —susurró Piedra de Toque.

—Los... los pilares rotos —murmuró Sabriel. Inspiró hondo y deseó con todas sus fuerzas que el dolor y el malestar se le pasaran—. Podré soportarlo. Ten cuidado al meterte en el agua.

Desenvainó la espada y volvió a coger la vela que le entregaba Piedra de Toque, dispuesto ya a meterse en el agua. Pese a la advertencia, lo vio dar un respingo cuando sus pies tocaron el fondo; la frente se le perló de líneas de sudor tan tenues como las ligeras ondas que provocó en el agua.

Conociendo el manifiesto disgusto de Zapirón hacia Piedra de Toque, Sabriel esperaba que el gato saltara sobre sus hombros, por eso se sorprendió al ver que brincaba en dirección al hombre. Piedra de Toque se quedó con un palmo de narices, pero no tardó en recuperarse. El felino se ovilló alrededor de su cuello y maulló suavemente.

—Mantente cerca de los bordes, si puedes. La corrupción, la rotura de los pilares, tendrán efectos mucho más desagradables cerca del centro.

Sabriel levantó la espada en señal de asentimiento y avanzó siguiendo la pared izquierda y tratando de perturbar lo menos posible la calma de la superficie del agua.

Sin embargo, el chof cbof amortiguado que producían al vadear el embalse sonaba atronador, y su eco flotaba en el aire y salía de la cisterna para unirse al otro sonido solitario: el goteo incesante del agua que bajaba ruidosa del techo o se deslizaba con más calma por las columnas.

La muchacha no notó la presencia de ningún muerto, pero no estaba segura de en qué medida se debía a los pilares rotos. Le partían el corazón, como un ruido constante, agudísimo; notaba calambres en el estómago y el agrio sabor de la bilis en la boca.

Acababan de llegar al extremo noroeste, situado justo debajo de una de las claraboyas, cuando de repente la luz se fue apagando y el embalse quedó sumido en una súbita oscuridad, interrumpida solamente por el mortecino brillo de las velas.

—Una nube —susurró Piedra de Toque—. Ya pasará.

Contuvieron el aliento con la vista clavada en lo alto, en el ínfimo fulgor que allí persistía, y se vieron recompensados cuando volvió a entrar a raudales. Ya más tranquilos, continuaron vadeando, siguiendo la larga pared en dirección oeste este.

Sin embargo, esa tranquilidad estaba destinada a ser breve. Otra nube tapó el sol en algún punto del aire, allá arriba, y regresó la oscuridad. Siguieron más nubes, hasta que sólo hubo breves momentos de luz intercalados en las largas pausas de profundísima oscuridad.

El embalse parecía más frío sin el sol, aunque su luz llegara filtrada tras pasar las claraboyas y bajara desde tan alto atravesando la tierra. Sabriel sintió el frío, acompañado por el miedo repentino, irracional de haberse demorado demasiado y de tener que enfrentarse a una larga noche de espera, plagada de muertos hambrientos de vida. Piedra de Toque también sintió el frío que sus recuerdos de dos siglos antes tornaban más amargo, aquellos recuerdos de cuando había vadeado esas mismas aguas y presenciado el sacrificio de la reina y de sus dos hijas y la destrucción de los pilares mayores. El agua se había teñido de sangre; aquella imagen seguiría congelada en su mente sin que pudiera hacer nada para borrarla.

Pese a estos temores, la oscuridad acudió en su ayuda. Sabriel vio un fulgor, una fluorescencia proveniente de su derecha, desde algún punto del centro. Hizo visera con la mano, para protegerse los ojos de la luz de la vela, y se la indicó a Piedra de Toque.

—Allí hay algo —convino él en voz tan baja que Sabriel apenas alcanzó a oírlo—. Se encuentra al menos a cuarenta pasos en dirección al centro.

Sabriel no contestó. Aquella luz le había transmitido algo, una leve sensación como la que le recorría la nuca cuando el enviado de su padre la visitaba en la escuela. Apartándose de la pared, atravesó el agua dejando tras de sí una estela en forma de V. Piedra de Toque volvió a mirar y la siguió, pugnando por contener las arcadas que le subían por la garganta en oleadas, como cuando has tomado varias

dosis de un fuerte vomitivo. Se sentía mareado y no notaba del todo los pies.

Se alejaron unos treinta pasos y a medida que lo hacían, el dolor y las arcadas empeoraron. Sabriel se detuvo de golpe; Piedra de Toque levantó la espada y la vela, buscando con la mirada un posible enemigo. Pero no encontró ninguno. La pálida luz provenía de un rombo protector, las cuatro marcas, situadas como cuatro puntos cardinales, brillaban debajo del agua enviando entre ellas destellantes líneas de fuerza.

En el centro del rombo se alzaba la silueta de un hombre, las manos vacías tendidas, como si en otros tiempos hubiese esgrimido armas. La escarcha le cubría la ropa y la cara y oscurecía sus facciones; en el centro de su cuerpo, el hielo formaba una especie de cinturón en el agua. Sabriel no dudó de quién se trataba.

—Padre —susurró. El eco de su voz flotó en la oscuridad y fue a unirse con el goteo constante del agua.

Capítulo 21

—El rombo está completo —dijo Piedra de Toque—. No podremos moverlo.

—Ya lo sé —repuso Sabriel. El alivio experimentado ante la visión de su padre fue mermando para dar paso a la náusea provocada por los pilares rotos—. Creo que..., creo que tendré que internarme en el Reino de la Muerte desde aquí para recuperar su espíritu.

—¿Qué? —exclamó Piedra de Toque. Y después, en voz más baja, mientras el eco de su grito seguía resonando, añadió—: ¿Desde aquí?

—Si utilizo nuestro propio rombo protector... —prosiguió Sabriel, pensando en voz alta—, uno bien grande, que nos incluya a nosotros y también al rombo de mi padre... mantendremos a raya casi todos los peligros.

—Casi todos los peligros —repitió Piedra de Toque sombríamente mientras miraba a su alrededor y trataba de escrutar más allá del exiguo círculo de luz de las velas—. Y también nos dejará aquí atrapados, suponiendo que podamos formarlo estando tan cerca de los pilares rotos. Lo único que sé es que yo no pude hacerlo solo en este punto.

—Lo conseguiremos si unimos fuerzas. Y después, si Zapirón y tú montáis guardia mientras yo me interno en el Reino de la Muerte, creo que saldremos victoriosos.

—¿Y tú qué opinas, Zapirón? —preguntó Piedra de Toque, volviendo la cabeza de manera que rozó con la mejilla al felino que reposaba sobre sus hombros.

—Yo ya tengo mis propios problemas —masculló Zapirón—. Y probablemente esto sea una trampa. Pero en vista de que estamos aquí y de que el Abhorsen emérito, por decirlo así, parece que sigue vivo, supongo que no se puede hacer otra cosa.

—A mí no me gusta —susurró Piedra de Toque.

La proximidad de los pilares rotos absorbía casi todas sus fuerzas. Que Sabriel se adentrara en el Reino de la Muerte le parecía una locura, era tentar al destino. Imposible saber lo que podía acechar allí, junto al portal abierto fácilmente por los pilares rotos. Imposible saber lo que acechaba en el embalse.

Sabriel no dijo nada. Se acercó más al rombo protector de su padre y analizó las marcas cardinales debajo del agua. Piedra de Toque la siguió de mala gana, obligándose a mover las piernas y a dar pasitos cortos para no salpicar ni agitar las aguas.

Sabriel apagó la vela, se la metió en el cinturón y tendió la palma de la mano abierta.

—Envaina la espada y dame la mano —ordenó en un tono que no admitía comentarios ni pretextos.

Piedra de Toque dudó; con la izquierda sostenía la vela y no quería enfundar

ambas espadas, pero accedió de todos modos. La mano de la muchacha estaba fría, más fría que el agua. Instintivamente, Piedra de Toque la apretó con más fuerza, para transmitirle algo de su calor.

—Zapirón..., monta guardia —le indicó Sabriel.

Cerró los ojos y vio entonces la marca oriental, la primera de las cuatro defensas cardinales. Piedra de Toque echó un rápido vistazo a su alrededor y, atraído por la fuerza del conjuro de Sabriel, también cerró los ojos.

El dolor lacerante le recorrió la mano y el brazo mientras unía su voluntad a la de Sabriel. La marca surgió borrosa en su mente y le costó mucho dotarla de nitidez. Los pinchazos que venía sintiendo en los pies le fueron subiendo poco a poco hasta alcanzar las rodillas, que se le aflojaron como las de un reumático. Pese a que sufría lo indecible, excluyó el dolor y centró toda su atención en una sola cosa: la creación de un rombo protector.

Finalmente, la marca oriental abandonó el acero de Sabriel y echó raíces en el fondo del embalse. Sin abrir los ojos, los dos se desplazaron hasta quedar de cara al sur, en el siguiente vértice.

En esta ocasión, la tarea fue más ardua aún; ambos sudaban copiosamente y temblaban cuando la marca cobró vida en medio de grandes fulgores. La mano de Sabriel estaba caliente y febril, y la piel de Piedra de Toque pasaba con violencia del calor sudoroso al frío más estremecedor. Lo asaltó la náusea y habría vomitado de no haber sido porque Sabriel le apretó la mano con fuerza, como hace el halcón con su presa, dándole fuerzas. Boqueó, tuvo una arcada y se recuperó.

La marca occidental fue una prueba de resistencia. Sabriel perdió un momento la concentración, y Piedra de Toque tuvo que sostener la marca él solo durante unos segundos; fue tal el esfuerzo que se sintió mareado, como borracho, pero sin los efectos placenteros de la borrachera, todo le daba vueltas en la cabeza de un modo incontrolado. Sabriel se obligó entonces a volver y la marca occidental floreció debajo del agua. La boreal fue obra de la desesperación. Pugnaron con ella durante un tiempo que les pareció eterno, aunque se tratara de pocos segundos, y a punto estuvo de emanar de ellos sin el conjuro pertinente. Pero entonces, Sabriel se empleó con todas las fuerzas de su deseo por liberar a su padre y Piedra de Toque la sostuvo con el peso de sus doscientos años de culpa y pesares.

La reluciente marca boreal se deslizó por la hoja de la espada y cobró un brillo que el agua fue apagando. Se encendieron entonces varias líneas de fuego; una fue de la marca boreal a la oriental, otra de ésta a la austral y de ésta salió otra más en dirección de la marca occidental y otra vez en sentido inverso. El rombo quedó completo.

De inmediato notaron que la terrible presencia de los pilares rotos se iba debilitando. El lancinante dolor de cabeza que acosaba a Sabriel, perdió intensidad;

Piedra de Toque recuperó la sensibilidad en piernas y pies. Zapirón se estiró; era el primer movimiento importante que hacía desde que se había acomodado alrededor de los hombros de Piedra de Toque.

—Un buen conjuro —dijo Sabriel en voz baja mientras observaba las marcas con los ojos entrecerrados por el cansancio—. Mejor que el último que hice.

—No sé cómo lo hemos conseguido —musitó Piedra de Toque contemplando las líneas de fuego mágico.

De pronto cobró conciencia de que seguía sujetando la mano de Sabriel y que estaba a punto de desplomarse como un anciano leñador bajo una pesada carga. Se enderezó de repente, le soltó la mano como si acabara de picarle una serpiente.

Sabriel lo observó sorprendida y él se quedó como encantado observando el reflejo que proyectaba la llama de su vela en los ojos negros de la muchacha. Fue la primera vez que la miraba de verdad. Percibió en sus ojos el cansancio, vio las arrugas de la preocupación en su frente y en la comisura de sus labios. Todavía tenía la nariz hinchada y los cardenales de los pómulos estaban amarilleando. Era hermosa y Piedra de Toque cayó en la cuenta de que hasta ese momento sólo había pensado en ella en función de su cargo de Abhorsen. Nunca la había visto como mujer.

—Será mejor que me marche —dijo Sabriel, algo avergonzada por la mirada de Piedra de Toque.

Llevó la mano izquierda a la bandolera de las campanas y con los dedos palpó las correas que sujetaban a Saraneth,

—Deja que te ayude —dijo Piedra de Toque.

Se puso a su lado e intentó desatar el cuero endurecido, las manos debilitadas por el esfuerzo realizado para construir el rombo protector, la cabeza inclinada sobre las campanas. Sabriel examinó su cabellera y sintió el extraño impulso de besarle la coronilla, ese punto diminuto que indicaba el epicentro del que partían los rizos castaños. Pero se contuvo.

La correa quedó al fin suelta y Piedra de Toque se apartó. Sabriel sacó a Saraneth procurando que no sonara.

—Es posible que para vosotros la espera no sea larga —dijo la muchacha—. El tiempo avanza de un modo extraño en el Reino de la Muerte. Si... si no he regresado dentro de dos horas, entonces querrá decir que... que también he quedado atrapada, de manera que Zapirón y tú deberéis...

—Te esperaré —dijo Piedra de Toque con firmeza—. Además, vete a saber tú qué hora es aquí abajo.

—Parece que yo también tendré que esperar —añadió Zapirón—. A menos que quiera salir de aquí a nado. Cosa que no me atrae nada. Que el Gremio te acompañe, Sabriel.

—Y a vosotros —respondió Sabriel.

Echó un vistazo a su alrededor, a la inmensa extensión del embalse. Seguía sin percibir la presencia de ningún muerto, sin embargo...

—Falta nos hará —contestó Zapirón con acritud—. En todos los sentidos, —Espero que no —musitó Sabriel.

Comprobó el zurrón que le colgaba del cinto para cerciorarse de que llevaba todos los pequeños detalles que había preparado en la posada El Signo de los Tres Limones y luego se volvió de cara a la marca boreal y comenzó a levantar la espada disponiéndose a entrar en el Reino de la Muerte.

Piedra de Toque avanzó de repente y la besó en la mejilla; un beso torpe, con los labios resquebrajados, que rozó más el borde del yelmo de la muchacha que su mejilla.

—Para que te dé suerte, Sabriel —le deseó muy nervioso.

La muchacha sonrió y asintió dos veces, luego volvió a mirar hacia el norte. Sus ojos se clavaron en algo que no estaba allí; de su silueta inmóvil partieron ráfagas de aire frío. Un segundo más tarde, el pelo se le llenó de cristalitos de hielo y la escarcha cubrió de líneas blancas la hoja de su espada y la campana.

Piedra de Toque observaba cerca de allí, hasta que el frío fue demasiado intenso y tuvo que retirarse hacia el vértice austral del rombo. Desenfundando una de sus dos espadas, se volvió hacia la parte exterior del rombo, con la vela en alto, y empezó a vadear el interior de la frontera marcada por el fuego mágico del Gremio como si estuviese montando guardia en las almenas de un castillo. Zapirón también vigilaba, instalado sobre sus hombros, los ojos verdes iluminados por su propia luz interior. Los dos se volvían a menudo para ver qué hacía Sabriel.

El cruce de la frontera del Reino de la Muerte fue fácil, demasiado fácil, debido a la presencia de los pilares rotos. Sabriel los notaba cerca de ella, como dos portales abiertos de par en par, ofreciendo entrada sin tropiezos al reino de la vida a cualquier muerto que anduviera por allí. Afortunadamente, el otro efecto de los pilares, la sensación de náusea, desaparecía en el Reino de la Muerte. Sólo se notaba el frío y la fuerza del río.

Sabriel echó a andar de inmediato, observando la gris expansión que tenía delante. Con el rabillo del ojo notaba que había cosas que se desplazaban; oyó agitarse las frías aguas. Pero nada se acercó a ella, nada la atacó, sólo notaba el constante tironeo de la corriente.

Llegó a la Primera Puerta, se detuvo justo después del muro de bruma que se extendía hasta donde se perdía la vista. Detrás de la bruma se oía el rugido del río, los rápidos turbulentos que atravesaban el segundo recinto y conducían a la Segunda Puerta.

Recordando las páginas de *El Libro de los Muertos*, Sabriel pronunció las

palabras poderosas. Magia libre que hizo temblar sus labios al decirlas, dándole dentera, quemándole la lengua con su fuerza inconmensurable.

El velo de la bruma se rasgó dejando ver una serie de cascadas que parecían proyectarse hacia una infinita negrura. Sabriel pronunció algunas palabras más y señaló con la espada hacia la derecha y la izquierda. Apareció un sendero que partía de la cascada como un surco trazado con el dedo en una barra de mantequilla. Sabriel enfiló hacia allí y, al echar a andar, las aguas se abrieron a ambos lados. A sus espaldas, la bruma volvió a hacerse espesa y a cerrarse, y el sendero desaparecía en cuanto ella levantaba un pie para ponerlo delante del otro.

El Segundo Recinto era más peligroso que el primero. Había en él profundos pozos y la presencia de la corriente era constante. La luz se hacía allí más tenue. No era la oscuridad total que se avizoraba al final de las cascadas, sino que su tono gris tenía algo diferente. Un efecto borroso que hacía difícil ver más allá de donde se podía tantear el aire con las manos.

Sabriel avanzó con cuidado, utilizando la espada para sondear el suelo que pisaba. Sabía que había una forma sencilla de pasar, un camino marcado por muchos nigromantes y no pocos Abhorsen, pero no se fiaba de su memoria para seguir adelante con paso confiado, a toda prisa.

En todo momento, sus sentidos buscaban el espíritu de su padre. Se encontraba en alguna parte del Reino de la Muerte, estaba segura. Siempre percibía un leve rastro de su presencia, un recuerdo persistente. Pero no se hallaba tan cerca del Reino de la Vida. Tendría que seguir avanzando.

La Segunda Puerta era, en esencia, un agujero enorme, de por lo menos doscientos metros de diámetro; el río se precipitaba por él como lo hace el agua de un desagüe. A diferencia de un desagüe normal, el silencio espectral era allí completo, y la luz escasa favorecía el que los incautos se acercaran al borde. Sabriel siempre ponía sumo cuidado al llegar a esa Puerta; había aprendido a descifrar los significados ocultos de los jalones de la corriente desde temprana edad. Se detenía y aguantaba con los pies firmemente plantados para recibir el embate e intentaba centrarse en la vorágine enfurecida y silenciosa.

Un levísimo ruido de succión la obligó a darse la vuelta; decidida, empuñó la espada, la levantó y dibujó con ella un círculo enorme en el aire, protegido por la magia del Gremio. Ese círculo cortaba como un acero la materia de los espíritus muertos; saltaron chispas por todas partes y un agudo grito de ira y dolor hendió el silencio. Al oírlo, Sabriel estuvo a punto de retroceder de un salto, pero se mantuvo firme en su sitio. La Segunda Puerta estaba muy cerca.

La cosa que había golpeado dio un paso atrás, la cabeza le colgaba del cuello casi cercenado. Tenía forma humanoide, al menos a primera vista, los brazos larguísimos le llegaban más abajo de las rodillas y se hundían en el agua. La cabeza inclinada

sobre un hombro era más larga que ancha y la boca lucía varias hileras de dientes. Las cuencas de los ojos estaban llenas de ascuas ardientes, característica propia de los difuntos provenientes de más allá de la Quinta Puerta.

Aquella cosa gruñía sin cesar; de pronto sacó del agua los dedos finos como estiletes e intentó enderezar la cabeza colgante para volver a colocarla sobre el cuello cortado con increíble precisión.

Sabriel lanzó otra estocada y la cabeza y una mano salieron volando y cayeron ruidosamente en el río. Flotaron un momento en la superficie, la cabeza sin dejar de aullar, los ojos envueltos en llamas miraban con odio. Poco después fueron absorbidos y arrastrados por la corriente de la Segunda Puerta.

El cuerpo decapitado siguió de pie un instante, luego comenzó a desplazarse despacio hacia un lado mientras con la otra mano que le quedaba tanteaba el aire a su alrededor. Sabriel lo observó con cautela sin decidirse a utilizar a Saraneth para vincularlo a su voluntad, y luego a Kibeth para enviarlo a la muerte definitiva. Si empleaba las campanas alertaría a cuantos muertos hubiese entre el lugar donde se hallaba y al menos la Primera y Tercera Puertas, y no quería que eso sucediera.

Aquel ser decapitado dio un paso más y cayó de través en un agujero profundo. Se agitó con fuerza mientras con los largos brazos azotaba el agua, pero no consiguió izar su cuerpo y salir. Lo único que logró fue aproximarse más al lugar donde la corriente era más fuerte y allí fue engullido por el remolino de la Puerta.

Sabriel volvió a recitar las palabras que invocaban el poder de la magia libre, palabras grabadas en su mente hacía tiempo, palabras de *El Libro de los Muertos* que fluyeron de su boca llenándole los labios de ampollas, y el cuerpo de un extraño calor en aquel lugar donde el frío lo absorbía todo cual sanguijuela voraz.

Las palabras consiguieron frenar y calmar las aguas de la Segunda Puerta. El vórtice voraginoso se partió en dos para dar paso a un sendero que descendía en espiral. Procurando no caer en unos cuantos agujeros distribuidos cerca del borde, Sabriel caminó con cuidado, hasta llegar al sendero y comenzó a bajar. A sus espaldas, por encima de ella, las aguas volvieron a unirse y a dar vueltas y más vueltas.

Eí sendero en espiral parecía largo, aunque Sabriel tuvo la impresión de que apenas habían transcurrido unos minutos cuando se vio atravesando el fondo mismo del remolino y aparecer en el Tercer Recinto.

Se trataba de un lugar plagado de trampas. Las aguas no eran profundas, cubrían hasta el tobillo y no estaban tan frías. La luz también mejoraba; seguía siendo gris, pero se veía a mayor distancia. Incluso la corriente ubicua no subía más de un palmo del fondo y le lamía los pies.

Sin embargo, en el Tercer Recinto había olas. Por primera vez, Sabriel echó a correr a toda la velocidad que le permitían las piernas en dirección a la Tercera

Puerta, apenas visible a lo lejos. Se parecía a la Primera Puerta: una cascada oculta tras un muro de bruma.

A sus espaldas, Sabriel oyó el estrepitoso rugido que anunciaba la llegada de la ola, mantenida en suspenso por el mismo hechizo que le había permitido entrar a través del vórtice. La ola trajo consigo agudos chillidos y gritos. Estaba claro que allí había muchos muertos, pero Sabriel no les dedicó un solo pensamiento. Nada ni nadie era capaz de soportar el embate de las olas del Tercer Recinto. La única alternativa era correr lo más deprisa posible, con la esperanza de llegar a la Puerta siguiente, independientemente del sentido de la carrera.

El rugido y el estrépito cobraron fuerza, y uno por uno los distintos gritos fueron ahogados por el fragor. Sabriel no volvió la vista atrás, siguió corriendo más deprisa. Mirar atrás le habría hecho perder esa fracción de segundo que habría bastado para que la ola la alcanzara, la levantara y la lanzara a través de la Tercera Puerta como pecios abandonados en la corriente...

Piedra de Toque clavó la vista más allá del vértice austral y prestó atención. Acababa de oír algo, estaba seguro, algo más que el goteo constante. Algo más sonoro, más lento, algo que intentaba no hacerse notar. Sabía que Zapirón también lo había oído porque el gato se puso de pronto rígido y le clavó las uñas en el hombro.

—¿Ves algo? —susurró Piedra de Toque, escrutando la oscuridad.

Las nubes seguían tapando la luz de las claraboyas, aunque le pareció que los intervalos de claridad eran más prolongados. De todas maneras, se encontraban demasiado lejos de la frontera para beneficiarse del regreso repentino del sol.

—Sí —susurró Zapirón—. Hay muertos. Muchos. Y salen en fila india de la escalera principal del sur. Se están apostando a ambos lados de la puerta, a lo largo de las paredes del embalse.

Piedra de Toque miró a Sabriel, cubierta por completo de escarcha, como una estatua invernal. Tuvo ganas de sacudirla por los hombros, de pedir ayuda a gritos...

—¿Qué clase de muertos son? —preguntó.

No sabía mucho acerca de ellos, sólo que los braceros fantasmas eran los peores de la variedad normal, y los mordicantes, como el que había seguido a Sabriel, eran los más malvados de todos. Y también sabía en qué se había convertido Rogir. En Kerrigor, el adepto de los muertos.

—Braceros —musitó Zapirón—. Son todos braceros en avanzado estado de descomposición, por cierto. Van perdiendo trozos a cada paso.

Piedra de Toque volvió a mirar y aplicó toda su voluntad para tratar de ver, pero no descubrió más que oscuridad. Pero los oía, oía sus chapoteos al vadear las aguas quietas. Demasiado quietas para su gusto. Se preguntó entonces si el embalse estaría dotado de desagüe y tapón. Desechó la idea por considerarla una tontería. De haber

existido alguna vez, estaría completamente sellado desde hacía tiempo por la herrumbre.

—¿Qué hacen? —susurró nervioso, mientras apretaba la espada e inclinaba la hoja hacia un lado y otro. .

Daba la impresión de sostener firmemente en la mano izquierda la vela, pero la llamita temblaba delatando los leves estremecimientos de su brazo.

—Forman fila a lo largo de las paredes —susurró Zapirón—. Es extraño..., como si se tratase de una guardia de honor...

—Que el Gremio nos ampare —gimió Piedra de Toque, la voz entrecortada por el terror y los malos presagios—. Rogir..., Kerrigor. Debe de estar aquí... y viene a vernos...

Capítulo 22

Sabriel llegó a la Tercera Puerta justo delante de la ola, farfullando un encantamiento de magia libre mientras corría, lo notó abandonar humeante su boca y llenarle la nariz con su olor acre. El encantamiento cortó la bruma como un cuchillo y Sabriel entró en ella justo en el instante en que la ola rompía a su alrededor sin hacerle daño, lanzando su carga de difuntos por la cascada que había más allá. Sabriel aguardó un instante más para que apareciera el sendero y poder así seguir adelante, hacia el Cuarto Recinto.

Se trataba de una zona relativamente fácil de cruzar. La corriente volvía a cobrar fuerza, aunque era previsible. Había pocos muertos, porque la mayoría de ellos habían sido barridos por la ola del Tercer Recinto. Sabriel apuró el paso y se empeñó con todas las fuerzas de su voluntad en olvidarse del frío que le sorbía la vida, y de la corriente que tiraba de ella como un mar de manos. Sentía el espíritu de su padre, estaba cerca, como si él se encontrara en una habitación de una casa enorme y ella en otra... Sentía su presencia por los ligeros sonidos de aquella morada. Su padre estaba en el Cuarto Recinto o bien del otro lado de la Cuarta Puerta, en el Quinto Recinto.

Apuró más el paso; deseaba encontrarlo, hablarle, liberarlo. Sabía que todo volvería a la normalidad en cuanto soltara a su padre...

No lo encontró en el Cuarto Recinto. Sabriel llegó a la Cuarta Puerta sin que su presencia se intensificara. En esa puerta había otra cascada, o al menos eso parecía, pero no estaba envuelta en la niebla. Se trataba de una caída de agua desde una pequeña presa, de poco más de medio metro. Sabriel sabía que si se acercaba al borde, la fuerza habría bastado para arrastrar incluso al más fuerte de los espíritus.

Se detuvo a una distancia prudencial y se disponía a lanzar el hechizo que formaría el sendero, cuando notó en la nuca algo extraño e insistente que la obligó a detenerse y mirar atrás.

La cascada se extendía a ambos lados hasta perderse de vista y Sabriel sabía que si cedía al impulso de recorrerla por el borde, sería un viaje sin fin. Tal vez, a la larga, la cascada acabara girando sobre sí misma, como una pescadilla que se muerde la cola, pero como no había ningún hito, ni estrellas, ni nada que le permitiese deducir su posición, era imposible saberlo. Nadie recorría los Precintos o las Puertas interiores a lo ancho. ¿Qué sentido tendría hacerlo? Todos entraban en el Reino de la Muerte o salían de él. Jamás se hacía un viaje transversal, salvo en la frontera con la vida, donde si seguías andando variaba el lugar por donde saldrías, pero eso era algo que sólo resultaba de utilidad a los espíritus o a los seres raros como el mordicante, que arrebatava la forma física a cuantos se cruzaban en su camino.

No obstante, Sabriel sintió la urgente necesidad de hacerlo, de caminar por el borde de la Puerta, volver sobre sus pasos y seguir la línea de la cascada. Se trataba

de un impulso que no conseguía identificar y que la inquietaba. En el Reino de la Muerte había otras cosas, aparte de muertos, seres inexplicables producto de la magia libre, extraños engendros, fuerzas incomprensibles. Ese impulso, ese llamado, podía provenir de uno de ellos.

Titubeó, pensó un momento y luego echó a andar siguiendo un recorrido paralelo a la cascada. Quizá se tratase de una convocatoria de magia libre o tal vez fuese algo relacionado con el espíritu de su padre.

—.También bajan por las escaleras oriental y occidental —anunció Zapirón—. Más braceros.

—¿Qué me dices de la austral, la que usamos nosotros? —inquirió Piedra de Toque, mirando muy nervioso hacia todos lados, al tiempo que aguzaba el oído para percibir todos los sonidos que hacían los muertos al vadear las aguas que llevaban al embalse y, una vez allí, formar aquellas extrañas filas.

—Por ésa todavía no —contestó Zapirón—. La escalera termina al sol, ¿te acuerdas? Tendrán que pasar por el parque.

—No puede haber mucha luz —bisbiseó Piedra de Toque, mirando hacia las claraboyas.

Se filtraban unos débiles rayitos entre las nubes, pero eso no era suficiente para poner en peligro a los muertos del embalse ni para levantarle el ánimo a Piedra de Toque.

—¿Cuándo... cuándo crees que vendrá? —preguntó Piedra de Toque. Zapirón no tuvo que preguntar a quién se refería.

—Pronto —respondió el gato, con toda naturalidad—. Yo siempre dije que era una trampa.

—¿Cómo hacemos para evitarla? —preguntó Piedra de Toque, tratando de que no le temblase la voz.

En su fuero interno luchaba por no ceder al deseo de abandonar el rombo protector, echar a correr hacia la escalera austral atravesando el embalse con el ímpetu de un caballo desbocado, sin preocuparse del ruido, pero allí estaba Sabriel, cubierta de escarcha, inmóvil...

—No creo que podamos —dijo Zapirón mirando de soslayo las dos estatuas cubiertas de hielo que tenía cerca—. Depende de Sabriel y de su padre.

—¿Qué podemos hacer?

—Defendernos si nos atacan, supongo —dijo Zapirón arrastrando las palabras, como si le expusiera lo evidente a un niño pesado—. Tener esperanza. Rezarle al Gremio para que Kerrigor no llegue antes de que Sabriel regrese.

—¿Y si eso pasara? —inquirió Piedra de Toque mirando la oscuridad con mucha fijeza—. ¿Y si eso pasara?

Zapirón no abrió la boca. Piedra de Toque sólo oyó a los difuntos que avanzaban arrastrando los pies, vadeando las aguas, salpicando como ratas hambrientas que se acercan a un borracho dormido para darse un banquete.

Sabriel no tenía idea de cuánto camino había recorrido ni de dónde había llegado hasta que lo encontró. Aquella sensación insistente volvió a indicarle que se detuviera, que buscara en la cascada, y allí estaba. Abhorsen. Su padre. Prisionero en el interior de la misma Puerta; por encima de la cascada de agua sólo asomaba su cabeza.

—¡Padre! —gritó Sabriel, pero resistió el impulso de ir a su encuentro.

Al principio tuvo la impresión de que no había notado su presencia; después, un ligero guiño le indicó que estaba consciente. Volvió a guiñarle y movió los ojos hacia la derecha varias veces.

Sabriel siguió su mirada y descubrió algo alto y misterioso que saltaba de la cascada, levantaba los brazos e intentaba izarse para cruzar la Puerta. La muchacha dio un paso al frente, con la espada y la campana preparadas, y entonces vaciló. Se trataba de un humanoide muerto, muy similar en forma y tamaño al que le había llevado las campanas y la espada al Colegio Wyverley. Volvió a mirar a su padre y él le guiñó otra vez al tiempo que curvaba ligeramente la comisura del labio para esbozar casi una sonrisa.

Retrocedió, cautelosa. Existía la posibilidad de que el espíritu encadenado en la cascada fuese una imitación del de su padre, o que incluso, aunque se tratara de él, estuviera bajo el influjo de algún poder. La criatura muerta consiguió por fin izar el cuerpo entero; los músculos de los brazos, distribuidos de forma muy distinta a los de los humanos, se tensaron perceptiblemente. Se detuvo un momento en el borde, la cabeza abultada se movía buscando de un lado, luego del otro, y entonces echó a andar hacia Sabriel con aquel paso deslizante. Cuando estuvo a poca distancia de la muchacha, fuera del alcance de su espada, se detuvo y se señaló la boca. La abría y la cerraba trabajosamente pero de su rojo interior no salía sonido alguno. Del fondo de su garganta partía un hilo que se hundía en las aguas de la Puerta.

Sabriel pensó un instante, luego guardó a Saraneth con una mano y sacó a Dyrin. Hizo un ademán, dispuesta a hacerla sonar y se detuvo, porque si tañía la campana llamada Dyrin alertaría a los muertos dealrededor, por eso bajó la mano. Dyrin emitió un tañido dulce y claro y sus notas resonaron en el aire fundiéndose como muchas conversaciones oídas en medio de una multitud.

Sabriel volvió a tañer la campana antes de que sus ecos se acallaran; con una serie de rápidos movimientos de muñeca hizo sonar otra vez a Dyrin y su repiqueteo fue hacia la criatura muerta, mezclándose con los ecos del primer tañido. El sonido envolvió al monstruo y dio vueltas y más vueltas alrededor de su cabeza y su boca

muda.

Los ecos se acallaron, Sabriel guardó a Dyrin sin más dilación, antes de que intentara sonar por sí sola, y sacó a Ranna. La durmiente era capaz de acabar de un plumazo con infinitud de muertos y Sabriel temía que muchos acudieran atraídos por el tañido de las campanas. Seguramente esperaban encontrarse con un nigromante apocado, de escasos conocimientos, pero aun así, serían peligrosos. Ranna se agitaba, expectante; al sentir la presión de su mano, despertó como un niño de un sueño profundo.

La boca de la criatura se movió otra vez y en ella apareció una lengua, una pulpa horrible de carne blanca que se retorció como una babosa. Pese a eso, le funcionaba. La cosa emitió una serie de gorjeos y de sonidos, como si estuviera tragando, hasta que por fin consiguió hablar con la voz de Abhorsen.

—¡Sabriel! Ansiaba y temía que vinieras.

—Padre... —comenzó a decir Sabriel mirando al espíritu prisionero en lugar de a la criatura—. Padre...

La muchacha perdió el control y se echó a llorar. Había hecho un viaje tan largo, superado tantos problemas para encontrarlo atrapado de tal manera, que excedía su capacidad de liberarlo. ¡Si ni siquiera sabía que fuera posible aprisionar a alguien en el interior de una Puerta!

—¡Sabriel! ¡Calla, hija! No hay tiempo para llantos. ¿Dónde está tu cuerpo físico?

—En el embalse —sollozó Sabriel—. Junto al tuyo. En el interior de un rombo protector.

—¿Y los muertos? ¿Y Kerrigor?

—No había allí rastro alguno de ellos, pero Kerrigor se encuentra en algún lugar del reino de los vivos. Ignoro dónde.

—Sí, ya sabía que había salido —musitó Abhorsen, por intermedio de la boca de aquella cosa—. Me temo que esté cerca del embalse. Debemos actuar a toda prisa. Sabriel, ¿te acuerdas cómo se hace para tocar dos campanas a la vez? Me refiero a Mosrael y Kibeth.

—¿Dos campanas a la vez? —repitió Sabriel, asombrada.

—¿La despertadora y la caminante? ¿Las dos a la vez?

En su vida había oído que aquello fuera posible... ¿o sí?

—Piensa —dijo la boca por la que hablaba Abhorsen—. Recuerda. *El Libro de los Muertos*.

Poco a poco surgió el recuerdo, las páginas bajaron flotando para instalarse en su memoria, como hojas sacudidas de un árbol. Las campanas se podían tañer a pares, o combinando algunas más, si se lograba reunir suficientes nigromantes para ello. Los riesgos, sin embargo, eran mucho mayores...

—Sí —dijo Sabriel en voz baja—. Me acuerdo. Mosrael y Kibeth. ¿Ellas te soltarán?

La respuesta tardó en llegar.

—Sí. Durante un tiempo. Espero que el suficiente para hacer lo que es preciso. Date prisa.

Sabriel asintió y trató de no pensar en lo que su padre acababa de decir. De forma inconsciente, siempre había tenido presente que el espíritu de Abhorsen llevaba demasiado tiempo separado de su cuerpo y se había internado demasiado en el Reino de la Muerte. Jamás volvería a vivir de verdad. De forma consciente, decidió eliminar de su mente aquella circunstancia.

Envainó la espada, guardó a Ranna y sacó a Mosrael y a Kibeth. Ambas eran campanas peligrosas; combinadas, lo eran mucho más.

Borró toda inquietud de su mente, se vació de pensamientos y emociones para concentrarse en las campanas. Y entonces, las hizo tañer.

Con Mosrael describió tres cuartos de círculo por encima de la cabeza; con Kibeth trazó un ocho en sentido inverso. El violento tintineo se unió a la música bailarina para fundirse produciendo tonalidades discordantes y enérgicas. Sabriel se vio echando a andar hacia la cascada pese a todos los esfuerzos que hacía por permanecer inmóvil. La fuerza de un gigante enfurecido le daba impulso a sus piernas, le doblaba las rodillas, la hacía avanzar.

Al mismo tiempo, su padre salía de la cascada de la Cuarta Puerta. Lo primero que quedó libre fue la cabeza, por lo que se puso a flexionar el cuello, luego movió los hombros, puso los brazos en alto y se estiró. Sabriel siguió avanzando hasta que estuvo a dos pasos escasos del borde y desde allí vio el fondo de aguas turbulentas, mientras el sonido de las campanas llenaba sus oídos obligándola a avanzar más.

En ese momento, Abhorsen quedó libre, dio un salto adelante y, metiendo las manos en el interior de las campanas, aferró los badajos para acallarlas. Se hizo silencio y padre e hija se abrazaron al borde mismo de la Cuarta Puerta.

—Así me gusta —dijo Abhorsen, con aquella voz profunda que lo caracterizaba y que infundía calor y tranquilidad como el juguete favorito de un niño—. Cuando quedé atrapado sólo pude enviarte las campanas y la espada. Ahora, me temo que debemos darnos prisa y regresar al reino de los vivos antes de que Kerrigor pueda llevar a cabo su plan. Dame a Saraneth, por ahora... No, no me devuelvas la espada y a Ranna, quédatelas. ¡En marcha!

Echó a andar con paso rápido indicándole el camino. Sabriel lo seguía de cerca mientras en su fuero íntimo se acumulaban las preguntas. No podía dejar de mirarlo, de observar aquellas facciones familiares, la forma en que le raleaba el pelo más arriba de la nuca y se le teñían de plata las patillas y la barba que le cubría el mentón. Vestía las mismas prendas que ella, la misma sobrevesta con llaves plateadas. Ya no

lo veía tan alto como lo recordaba.

—¡Padre! —exclamó intentando conversar, seguirle el ritmo y vigilar al mismo tiempo—. ¿Qué está pasando? ¿Qué plan tiene Kerrigor? No entiendo nada. ¿Por qué no me crié aquí para poder aprender?

—¿Aquí?:—repitió Abhorsen sin detenerse—. ¿En el Reino de la Muerte?

—Sabes a qué me refiero —protestó Sabriel—. ¡En el Reino Antiguo! ¿Por qué...? ¡Debo de ser la única Abhorsen en toda la historia que no tiene ni idea de cómo funcionan las cosas! ¿Por qué? ¿Por qué?

—Tu pregunta no tiene fácil respuesta —contestó Abhorsen por encima del hombro—. Te envié a Ancelstierre por dos motivos principales. El primero, para mantenerte a salvo. Ya había perdido a tu madre y la única manera de que en el Reino Antiguo estuvieses a salvo era teniéndote a mi lado o siempre en casa, como una prisionera. Conmigo no podía tenerte, porque tras la muerte del regente, ocurrida dos años antes de que tú nacieras, las cosas fueron de mal en peor. El segundo, era porque las Clarvis me lo aconsejaron así. Dijeron que necesitábamos a alguien, o necesitaríamos conocer a Ancelstierre, ya sabes que lo del tiempo nunca ha sido su fuerte. Entonces no entendí por qué, pero ahora sospecho que tengo una idea.

—¿Por qué? —inquirió Sabriel.

—Por el cuerpo de Kerrigor —contestó Abhorsen—. O de Rogir, por utilizar su nombre original. Nunca hemos conseguido que estuviese muerto de verdad porque su cuerpo se conserva con encantamientos de magia libre, en algún lugar del reino de los vivos. Es como un ancla que le permite volver. Todos los Abhorsen desde que se rompieron los pilares mayores han buscado ese cuerpo, pero ninguno de nosotros lo ha encontrado, incluido yo mismo, porque nunca sospechamos que estuviese en Ancelstierre. Evidentemente, en algún lugar cerca del Muro. A estas alturas, las Clarvis deben de haberlo localizado, porque Kerrigor debe de haber ido en su busca cuando apareció en el reino de los vivos. Pues bien, ¿quieres hacer tú el hechizo o lo hago yo?

Habían llegado a la Tercera Puerta. No esperó a que su hija le contestara; de inmediato pronunció las palabras. Sabriel se sintió rara al oírlas en lugar de pronunciarlas, se sintió lejana, como una observadora a distancia.

Ante ellos surgieron unas escaleras que cruzaban la cascada y la bruma. Abhorsen las recorrió de dos en dos escalones, con una energía sorprendente. Sabriel lo siguió como pudo. Tenía los huesos molidos, notaba un cansancio que iba más allá de los músculos agotados.

—¿Lista para echar a correr? —le preguntó Abhorsen.

La aferró del brazo en cuanto dejaron las escaleras y se zambulleron en la bruma que se fue abriendo a su paso; ese gesto de agarrarla así le recordó cuando era niña y exigía que la acompañara como era debido cuando salían de picnic, cargando con una

cesta llena de cosas, durante las visitas corpóreas que le hacía su padre en el colegio.

Corrieron delante de la ola, con las manos sujetaban los badajos, avanzando cada vez más deprisa, hasta que Sabriel creyó que las piernas se le agarrotarían, caería de cabeza y saldría rodando y rodando hasta detenerse en medio de un repiqueteo de campanas y espadas.

No ocurrió nada de eso; consiguió seguir el ritmo mientras Abhorsen canturreaba el encantamiento que abriría la base de la Segunda Puerta para que pudiesen ascender a través de la vorágine.

—Como te decía —continuó Abhorsen, recorriendo también esa nueva escalera de dos en dos escalones mientras hablaba a la misma velocidad que ascendía—, nunca pudimos ocuparnos debidamente de Kerrigor hasta que un Abhorsen descubrió el cuerpo. Todos nosotros lo obligamos a volver a la muerte en varias ocasiones, llegamos a mandarlo incluso hasta la Séptima Puerta, pero con eso no hicimos más que postergar la solución del problema. A medida que rompían los pilares menores y el Reino se deterioraba, él se iba haciendo más y más fuerte, mientras que nosotros nos íbamos debilitando a ojos vista.

—¿Nosotros quiénes? —preguntó Sabriel.

Era demasiada información para poder digerirla, sobre todo cuando debía atender y correr a la vez.

—Los linajes de las grandes cartas del Gremio —respondió Abhorsen—. Desde que la familia real se extinguió, a todos los efectos eso incluye a los Abhorsen y las Clarvis. Y queda, claro está, la reliquia del constructor del Muro, una especie de obra que siguió en pie después de que depositaran todos sus poderes en el Muro y los pilares mayores.

Abandonó el borde de la vorágine y caminó confiado hacia el Segundo Recinto, seguido de cerca por Sabriel. A diferencia del paso lento y titubeante de la muchacha, Abhorsen avanzaba prácticamente a la carrera; era evidente que seguía un camino que le resultaba conocido. Sabriel no tenía ni idea de cómo lo lograba sin hitos ni señales aparentes. Tal vez, cuando se hubiera pasado más de treinta años recorriendo el reino de los muertos, a ella también le resultaría fácil.

—Pues bien —continuó Abhorsen—. Por fin tendremos la ocasión de acabar con Kerrigor de una vez por todas. Las Clarvis te llevarán hasta su cuerpo, lo destruirás y luego enviarás al destierro al espíritu de Kerrigor, que estará sumamente debilitado. Hecho esto, podrás sacar al príncipe real superviviente de su estado de suspensión y con la ayuda de la reliquia del constructor del Muro, repararás los pilares mayores...

—El príncipe real superviviente —dijo Sabriel y comenzó a adivinar algo que no habría querido saber—. ¿No lo dejaron..., no lo dejaron suspendido como mascarón de proa en Hoyo Sagrado... mientras su espíritu estaba en el Reino de la Muerte?

—Era hijo bastardo del rey y probablemente estaba loco —le contó Abhorsen sin

haber prestado atención a su pregunta—. Pero por sus venas fluye sangre real. ¿Cómo decías? Ah, sí, él es... Dijiste que estaba... Quieres decir que...

—Sí —contestó Sabriel no muy feliz—. Se hace llamar Piedra de Toque. Y espera en el embalse. Cerca de los pilares. Con Zapirón.

Abhorsen se detuvo por primera vez, era evidente que lo había pillado por sorpresa.

—Al parecer, todos nuestros planes se malogran —dijo soltando un suspiro sombrío—. Kerrigor me engatusó para traerme al embalse y usar mi sangre con el fin de romper uno de los pilares mayores, pero conseguí protegerme, de manera que tuvo que conformarse con atraparme en el Reino de la Muerte. Entonces pensó que podría atraerte hasta mi cuerpo para utilizar tu sangre. Pero a mí no me había apresado con tanta firmeza como él creía y conseguí planificar una revancha. Pero ahora, si el príncipe está aquí, cuenta con otra fuente de sangre para romper el pilar mayor....

—Está dentro del rombo protector —le dijo Sabriel, repentinamente preocupada por el bienestar de Piedra de Toque.

—Tal vez no baste —contestó Abhorsen con tono grave—. Cada día transcurrido en el reino de los vivos, Kerrigor se hará más fuerte, pues absorbe la fuerza de los vivos y se alimenta de los pilares partidos. Pronto conseguirá romper incluso las más fuertes de las defensas mágicas del Gremio, Es posible que ahora cuente con poderes suficientes para ello. Háblame del compañero del príncipe. ¿Quién es Zapirón?

—¿Zapirón? —repitió Sabriel, otra vez sorprendida—. ¡Me lo encontré en nuestra casa! Es..., pues no sé qué es, pero es producto de la magia libre, tiene forma de gato blanco y un collar rojo del que cuelga una miniatura de Saraneth.

—Zapirón —dijo Abhorsen, como tratando de saborear un bocado apetecible—. Es la reliquia del constructor del Muro, o su última creación o su hijo, vete a saber, probablemente ni siquiera eso. ¿Por qué habrá adoptado forma de gato? Para mí siempre fue una especie de niño enano albino, prácticamente no salía de la casa. Imagino que será una especie de protección para el príncipe. Debemos darnos prisa.

—¡No estamos precisamente parados! —le soltó Sabriel, cuando su padre echó a correr otra vez.

No era su intención mostrarse de malhumor, pero aquella no era la idea que ella tenía de un sentido encuentro entre padre e hija. Su padre sólo le prestaba atención cuando se trataba de hacerla depositaria de infinidad de revelaciones con el fin de convertirla en la intermediaria que se ocuparía de Kerrigor.

Abhorsen se detuvo de golpe y le dio un abrazo veloz. Notó la presión de sus brazos, pero también percibió otra realidad, como si esos brazos fuesen sombras temporalmente nacidas de la luz, pero condenadas a disiparse al caer la noche.

—Ya sé que no he sido el padre ideal —reconoció Abhorsen en voz baja—. Ninguno de nosotros lo es. Cuando nos convertimos en el Abhorsen, perdemos

muchas cosas. Las responsabilidades hacia tantas personas se imponen a las personales; las dificultades y los enemigos eliminan la ternura; nuestros horizontes se estrechan. Eres mi hija y siempre te he querido. Pero ahora vuelvo a vivir por poco tiempo, cien veces cien latidos, no más, y debo ganar una batalla contra un terrible enemigo. Ahora, los papeles que debemos forzosamente interpretar no son el de padre e hija, sino el de viejo Abhorsen que da paso a otro nuevo. Detrás de todo esto está siempre mi amor.

—Cien veces cien latidos... —susurró Sabriel con lágrimas en los ojos.

Se soltó despacio de los brazos de su padre y siguieron avanzando hacia la Primera Puerta, el Primer Recinto, el reino de la vida... y el embalse.

Capítulo 23

Piedra de Toque ya podía ver a los difuntos y no le costaba nada oírlos. Cantaban y batían palmas; juntaban las manos putrefactas siguiendo un ritmo lento y pausado que le ponía de punta todos los pelos de la nuca. El entrechocar de huesos, el golpeteo líquido de las carnes corrompidas y gelatinosas creaban un ruido aterrador. Los cantos eran peores aún, porque a muy pocos de ellos les funcionaba la boca. Piedra de Toque jamás había sido testigo de un naufragio, pero ahora conocía el sonido de mil marineros ahogándose a la vez en un mar en calma.

Las filas de muertos llegaron marchando hasta muy cerca de donde se encontraba Piedra de Toque y allí formaron una masa inmensa de sombras cambiantes; como un hongo que todo lo contamina, se extendieron alrededor de las columnas. Piedra de Toque no lograba distinguir qué hacían, hasta que Zapirón, capaz de ver en la oscuridad, se lo explicó.

—Están formando dos filas para hacer un pasillo —le susurró el gato, pese a que hacía rato que el sigilo había dejado de ser una necesidad—. Un pasillo de braceros muertos que llegan a nosotros desde la escalera norte.

—¿Alcanzas a ver la puerta de la escalera? —le preguntó Piedra de Toque.

Ahora que veía y olía los cadáveres podridos y hediondos formados en aquella farsa de desfile, ya no tenía miedo. «Debí haber muerto en este embalse hace mucho tiempo», pensó. Sólo hubo una pausa de doscientos años...

—Sí, sí, adelante —respondió Zapirón, los ojos verdes chispeantes de fuego—. Ha llegado una bestia alta y andante. Sus carnes despiden sucias llamas. Se trata de un mordicante. Está agazapado en el agua mirando hacia atrás y a lo alto, como hacen los perros con su amo. A sus espaldas, la escalera está envuelta en la niebla; se trata de un truco de la magia libre. ¿A qué vendrá tanto interés por impresionar?

—Rogir siempre ha sido extravagante en todo —declaró Piedra de Toque, como si se refiriera al invitado de alguna cena de gala—. Le encantaba ser el centro de atención. Como Kerrigor no ha cambiado, no ha cambiado nada como muerto.

—Pues sí que lo ha hecho —lo corrigió Zapirón—. Ha cambiado mucho. Sabe que estás aquí y la niebla sólo es producto de su vanidad. Deben de haberle metido una prisa enorme cuando hacía el cuerpo que lleva ahora. A un hombre vanidoso, por más muerto que esté, no le gustaría que contemplaran ese cuerpo.

Piedra de Toque tragó saliva y trató de no pensar más. Se preguntó si podría abandonar el rombo protector y lanzar estocadas a la niebla en un ataque enloquecido, pero aunque fuese capaz de llegar hasta ella, ¿acaso sus espadas, aunque estuviesen protegidas por los encantamientos del Gremio, tendrían algún efecto en la carne mágica con la que Kerrigor se envolvía?

Algo se agitó en el agua, donde la vista ya no alcanzaba, y los braceros

aumentaron el tempo de su tamborileo, el frenético borboteo de su canto se alzó con más fuerza y claridad.

Piedra de Toque entrecerró los ojos y comprobó lo que temía haber visto; la niebla, con sus zarcillos helados, se abría paso por el agua, entre las filas de muertos, manteniéndose dentro del pasillo que habían formado.

—Juega con nosotros —dijo Piedra de Toque con un hilo de voz sorprendiéndose de que le faltara el aliento de aquella manera.

Se sentía como si acabara de correr un kilómetro, el corazón le latía muy fuerte, pom pom, pom pom, pom pom...

Un aullido horrendo se alzó por encima del tamborileo de los muertos, Piedra de Toque dio un salto atrás y Zapirón estuvo a punto de salir disparado. El aullido fue aumentando en fuerza hasta hacerse insoportable y entonces una silueta inmensa desgarró la niebla y la oscuridad y cargó hacia ellos con asombroso ímpetu levantando a su paso cortinas de rocío.

Piedra de Toque gritó o chilló, no supo muy bien, tiró lejos la vela, desenvainó la espada izquierda y con ambos aceros dispuestos, esperó para recibir la carga de rodillas, con el agua a la altura del pecho.

—¡El mordicante! —bramó Zapirón, y saltó de los hombros de Piedra de Toque para plantarse al lado de Sabriel, que seguía cubierta de escarcha.

Piedra de Toque apenas tuvo tiempo de enterarse de lo que acababa de decirle el gato y de ver la rauda imagen de algo parecido a un oso enorme envuelto en llamas, que gritaba como si estuviese a punto de ser sacrificado, cuando el mordicante se estrelló contra el rombo protector y las espadas en alto.

Saltaron chispas plateadas produciendo un estrépito que ahogó el chillido y lanzó lejos a Piedra de Toque y al mordicante. Piedra de Toque perdió pie y se hundió en el agua soltando burbujas por la nariz y la boca abierta en un grito. Le entró el pánico al pensar que el mordicante no tardaría en echársele encima y se incorporó con tanta brusquedad que notó un fuerte tirón en los músculos del estómago.

Salió volando del agua, con las espadas otra vez dispuestas, pero el rombo protector seguía completo y el mordicante se retiró a refugiarse en el pasillo formado por los braceros. Ya no hacían ruido, pero se oía algo más, algo que Piedra de Toque no reconoció hasta que se le salió el agua de las orejas.

Eran carcajadas y su eco se propagaba en la neblina que se adentraba sobre el agua, acercándose más y más, hasta que envolvió al mordicante que se batía en retirada y lo ocultó a la vista.

—¿Te ha asustado mi sabueso, hermanito? —se oyó una voz preguntar desde la niebla.

—¡Aaay! —exclamó Sabriel cuando Zapirón clavó las uñas en su cuerpo físico.

Abhorsen la miró emarcando, interrogante, una ceja plateada.

—Algo tocó mi cuerpo en el reino de los vivos —le explicó la muchacha—. Creo que ha sido Zapirón. ¿Qué estará pasando?

Se encontraban en el borde mismo de la muerte, allí donde hace frontera con la vida. Ningún muerto había intentado detenerlos y habían cruzado sin dificultades la Primera Puerta. Tal vez se debiera a que cualquier muerto se habría echado a temblar ante la presencia de dos Abhorsen...

Aguardaron. Sabriel no sabía por qué. En cierta manera, Abhorsen parecía capaz de ver o adivinar lo que ocurría en el reino de los vivos. Como un ladrón al acecho, esperó con el cuerpo ligeramente encorvado, la oreja pegada a una puerta inexistente.

Sabriel, por su parte, montaba guardia como un soldado, no fuera que apareciese algún muerto. Los pilares rotos convertían esta parte del Reino de la Muerte en una atractiva carretera de salida al reino de los vivos y por ello había esperado encontrarse allí con muchos difuntos dispuestos a aprovechar la existencia de aquel «agujero». Pero no fue así. Daba la impresión de que estaban solos en aquel río gris y monótono, sin más compañía que la de los remolinos y el oleaje.

Abhorsen cerró los ojos, se concentró más aún, luego los abrió como platos y le rozó el brazo a Sabriel.

—Ya casi es la hora —dijo suavemente—. Cuando salgamos, quiero que te lleves a Piedra de Toque y que... y que corráis hacia la escalera austral. No te detengas, no te detengas por nada del mundo. Una vez fuera, sube a la cima de la Colina del Palacio y ve al Patio de Occidente. Ahora no es más que un campo vacío. Piedra de Toque conoce el camino. Si las Clarvis han montado guardia como está mandado y no se han hecho un lío con los cuándoos, habrá una papelonave esperando...

—¡Una papelonave! —exclamó Sabriel—. ¡Pero si yo tuve un accidente y quedé hecha trizas!

—No era la única en funcionamiento —le aclaró Abhorsen—. El Abhorsen que la construyó, creo que fue el cuadragésimosexto, transmitió sus saberes a otros. En fin, que allí la encontraréis. Las Clarvis también estarán, o habrá un mensajero que te dirá dónde encontrar el cuerpo de Kerrigor en Ancelstierre. Tu cometido es acercarte lo más posible al Muro con la papelonave, cruzarlo, encontrar el cuerpo y destruirlo.

—¿Y tú qué harás? —murmuró Sabriel.

—Aquí tienes a Saraneth —le contestó Abhorsen, sin mirarla a los ojos—. Dame tu espada y... y pásame a Astarael.

La séptima campana. Astarael, la afligida. La plañidera.

Sabriel no se movió, no hizo ademán alguno para entregarle la espada y la campana. Abhorsen metió a Saraneth en su bolsa y ató la correa. Comenzó a desatar la correa que sujetaba a Astarael, pero Sabriel le aferró la mano con fuerza.

—Debe de haber otro modo —lloró—. Podemos huir juntos...

—No —dijo Abhorsen con firmeza y le apartó la mano con suavidad. Sabriel dejó caer los brazos y su padre sacó con cuidado a Astarael de la bandolera asegurándose de que no sonara—. ¿Es el caminante quien escoge el camino, o es el camino el que escoge al caminante?

Como atontada, Sabriel le entregó la espada..., la espada que pertenecía a su padre. Dejó caer otra vez los brazos al costado del cuerpo con un gesto de impotencia.

—He recorrido el Reino de la Muerte hasta el precipicio que conduce a la Novena Puerta —dijo Abhorsen con calma—. He conocido los secretos y los horrores de los nueve recintos. No sé qué habrá más allá, pero todos los seres vivos deben llegar hasta allí cuando les toca la hora. Es la norma que rige nuestra tarea de Abhorsen, pero también vale para todos nosotros. Eres la quincuagesimotercera Abhorsen, Sabriel. No te he enseñado tan bien como habría debido, déjame que te dé la última lección. A todos los seres y a todas las cosas les llega su hora de morir.

Se inclinó y la besó en la frente, justo donde comenzaba el borde de su yelmo. Por un instante, la muchacha se quedó quieta, como un títere sin hilos, después se echó en los brazos de su padre y sintió el suave roce de la tela de la sobrevesta. Tuvo la impresión de estar encogiéndose hasta volver a ser la niña que corría a abrazar a su padre en la puerta del colegio. Como entonces, oyó el lento latir de su corazón. Pero ahora lo percibía como el levísimo toque de los granos de un reloj de arena y fue contando esas cien veces cien ganadas con tanto esfuerzo y que iría descontando hasta que a su padre le llegara la hora de morir.

Se aferró a su padre con fuerza mientras él desplegaba los brazos en cruz con la espada en una mano y la campana en la otra. Después lo soltó.

Se volvieron los dos a la vez, se zambulleron y salieron al reino de los vivos.

Kerrigor volvió a reír; su obscena carcajada se elevó como si recorriera las notas de una escala hasta interrumpirse y dar paso a un silencio cargado de malos presagios. Los muertos retomaron su tamborileo, esta vez con más suavidad, y la niebla avanzó con implacable determinación. Empapado y a punto de perecer ahogado. Piedra de Toque la observaba con los nervios tensos, como el ratón que queda prendado por la mirada engatusadora de la serpiente. En lo más profundo de su mente se dio cuenta de que resultaba más fácil ver la blancura de la niebla. En lo alto, las nubes se habían disipado y los bordes del embalse volvieron a quedar iluminados por la luz del sol. Pero se encontraban a más de cuarenta pasos del borde...

A sus espaldas, un crujido lo hizo estremecer, se dio la vuelta y... el terror se transformó en alivio, ¡Sabriel y su padre regresaban a la vida! El hielo se desprendía de ellos en pequeños copos formando ráfagas y la capa que cubría la cintura de Abhorsen se partió en varios témpanos pequeños que se alejaron flotando.

Piedra de Toque parpadeó al notar que la escarcha se desprendía de sus cuerpos.

Ahora Sabriel tenía las manos vacías y Abhorsen empuñaba la espada y la campana.

—¡Gracias al Gremio! —exclamó Piedra de Toque cuando los vio abrir los ojos y moverse.

Nadie lo oyó porque en ese preciso instante un terrible grito enfurecido estalló en mitad de la niebla, un grito tan fuerte que estremeció las columnas y rizó la superficie del agua.

Piedra de Toque se volvió otra vez y comprobó que la niebla se hacía girones y daba paso al mordicante agazapado en el agua, del que sólo se veían los ojos y la enorme boca que escupía llamas aceitosas. Detrás de él, algo que podría haber sido tomado por un hombre, tendía su mano alargada y la posaba sobre la cabeza del mordicante hecha con barro de ciénaga.

Kerrigor había intentado que el cuerpo que habitaba en ese momento se pareciera al Rogir de antaño, pero el resultado delataba una seria merma en sus habilidades, así como una falta de memoria y buen gusto. Medía más de dos metros, y en su silueta destacaban el pecho colosal y la cintura de avispa. La cabeza era demasiado flaca y alargada y la boca iba de oreja a oreja. Resultaba imposible sostenerle la mirada pues sus ojos, sí así podía llamárselos, eran dos rendijas estrechísimas que despedían llamas producidas por la magia libre.

Pese a tanta deformidad, conservaba una pizca del aspecto del Rogir de antaño. Se toma un hombre, se lo hace maleable, se estira, se retuerce y...

La horrenda boca se abrió en un bostezo cada vez más grande hasta que Kerrigor lanzó una carcajada, una carcajada breve interrumpida por el chasquido de las quijadas al cerrarse. Y entonces habló con una voz deformada e imposible, como su cuerpo.

—Soy afortunado. ¡Tres portadores de sangre... de sangre para partir pilares! ¡Tres portadores!

Al oír la voz de Kerrigor, tan parecida a la de Rogir, sonora y siniestra, húmeda como un fruto agusanado, Piedra de Toque no pudo apartar de él los ojos. Veía al nuevo ser, al despiadado Kerrigor, y veía también el otro cuerpo más armonioso, el de Rogir, el que él había conocido. Y ante sus ojos surgieron otra vez la daga hundiéndose en la garganta de la reina, y la sangre saliendo a borbotones, y el cáliz dorado...

Una mano lo aferró, tiró de él dándole la vuelta, le arrebató la espada izquierda. Regresó a la realidad, boqueó en busca de aire, y entonces vio a Sabriel. Empuñaba su espada izquierda, lo asió de la mano y tiró de él hacia el sur. Él se dejó llevar, corrió detrás de ella desmañadamente salpicando agua por todas partes. El cerco se estrechaba; Piedra de Toque comenzó a ver las cosas más próximas, igual que en un

sueño recordado a medias.

Vio al padre de Sabriel, el Abhorsen, por primera vez sin la capa de escarcha. Era duro, decidido, pero le sonrió e inclinó la cabeza levemente cuando pasaron a su lado. Piedra de Toque se preguntó por qué iba en dirección contraria... hacia Kerrigor, hacia la daga y el cáliz expectante. Zapirón estaba enroscado sobre sus hombros, qué raro en él, tan reacio a enfrentarse a los peligros... Tenía Zapirón algo más, algo peculiar... Sí, ya no llevaba el collar. Quizá lo mejor era que regresara, volviese a ponerle el collar a Zapirón e intentase luchar contra Kerrigor...

—¡Corre! ¡Maldita sea, corre! —gritó Sabriel al ver que se daba la vuelta.

El grito lo sacó de aquella especie de trance en el que había caído. La náusea lo invadió en oleadas: habían abandonado el rombo protector. El vómito llegó sin avisar, volvió la cabeza de inmediato sin dejar de correr. Cayó en la cuenta de que Sabriel tiraba de él y se obligó a avanzar a más velocidad, pese a que notaba las piernas agarrotadas, insensibilizadas por los pinchazos. Volvió a oír los cánticos y el tamborileo de los difuntos, cada vez más rápido. Oyó también voces, voces agudas cuyo eco se perdía en la enorme caverna. El aullido del mordicante y un zumbido raro, como un crepitar, que percibió con la piel más que con el oído.

Llegaron a la escalera austral, pero Sabriel no aminoró la marcha y, dando un salto, abandonó la penumbra del embalse para quedar sumida en la oscuridad total. Piedra de Toque perdió su mano, volvió a encontrarla y juntos subieron a trompicones, lanzando estocadas a ciegas, adelante y atrás, arrancando chispas a la piedra. A sus espaldas persistían el tumulto, el aullido, los gritos, el tamborileo, todo ello amplificado por la vastedad del embalse. Comenzó entonces otro sonido que se impuso al clamor reinante con la claridad de la perfección.

Al principio sonó suave, como un diapasón al que hubiesen dado un ligero toque, pero fue aumentando más y más y se convirtió en notas puras arrancadas por una trompeta de inagotable aliento, hasta que no quedó más que sonido. Era el tañido de Astarael.

Sabriel y Piedra de Toque pararon en seco, casi en mitad de la zancada. Sintieron la tremenda necesidad de abandonar sus cuerpos, de quitárselos de encima como un pesado fardo. Su espíritu, esa parte esencial del ser, quería internarse en la muerte, zambullirse alegremente allí donde la corriente era más fuerte para ser arrastrado hasta el final mismo.

—¡Piensa en la vida! —gritó Sabriel, su voz apenas logró elevarse por encima de aquella nota pura.

Sintió que Piedra de Toque se moría, que le faltaba la voluntad necesaria para aferrarse a la vida. Era como si hubiera estado esperando aquel llamado para acudir al Reino de la Muerte.

—¡Resiste! —volvió a gritar, soltó la espada y lo abofeteó con fuerza—. ¡Vive!

Pero él siguió agonizando. Desesperada, la muchacha lo agarró por las orejas y lo besó salvajemente, le mordió los labios y dejó que la sangre salada llenara sus bocas. Los ojos de Piedra de Toque recuperaron parte de su brillo; Sabriel notó que volvía a concentrarse, a agarrarse de la vida, a vivir. Él dejó caer la espada, la tomó en sus brazos y le devolvió el beso. Posó la cabeza sobre el hombro de Sabriel y ella hizo lo mismo, y así se quedaron, fuertemente abrazados hasta que la única nota de Astarael se fue apagando.

Por fin se hizo el silencio. Se separaron delicadamente. Piedra de Toque tanteó el suelo en busca de su espada, pero Sabriel encendió una vela para evitar que se cortara en la oscuridad. Se miraron en medio de aquella luz vacilante. Los ojos de Sabriel estaban húmedos; la boca de Piedra de Toque, manchada de sangre.

—¿Qué ha sido? —preguntó Piedra de Toque con voz ronca.

—Astarael —contestó Sabriel—. La última campana. Convoca a todo aquel que la oye para que entre en el Reino de la Muerte.

—Kerrigor...

—Volverá —susurró Sabriel—. No dejaré de hacerlo hasta que su cuerpo verdadero sea destruido.

—¿Y tu padre? —murmuró Piedra de Toque—. ¿Y Zapirón?

—Mi padre está muerto —dijo Sabriel. Estaba serio, pero los ojos se le llenaron de lágrimas—. Cruzará rápidamente la Última Puerta. En cuanto a Zapirón, no sé qué ha sido de él.

Se tocó el anillo de plata que llevaba en el dedo, frunció el ceño y se agachó para recoger la espada que le había quitado a Piedra de Toque.

—En marcha —ordenó—. Debemos llegar al Patio de Occidente. Deprisa.

—¿El Patio de Occidente? —inquirió Piedra de Toque mientras recuperaba su espada. Se sentía confundido y enfermo, pero hizo un esfuerzo y se incorporó—. ¿Del Palacio?

—Sí —contestó Sabriel—. Vamos.

Capítulo 24

El sol los cegó; por sorprendente que pudiera parecer, era poco más de mediodía. Pisaron los escalones de mármol de la cueva sin dejar de parpadear con fuerza, como topos a los que hubiesen espantado de la madriguera.

Sabriel miró a su alrededor y vio los árboles soleados, la tranquila extensión de hierba, la fuente seca. Todo parecía tan normal, tan alejado de la enloquecida cámara de los horrores deí embalse, sepultada en lo más profundo, bajo sus pies.

Miró el cielo y aquella inmensidad azul hizo que se le nublara la vista; por el rabillo del ojo, las nubes en retirada formaban apenas unas cuantas líneas borrosas. «Mi padre está muerto —pensó—. Se ha ido para siempre...»

—El camino describe una curva al suroeste de la Colina de Palacio —dijo una voz, cerca de ella, desde lo alto del cielo.

—¿Qué?

—El camino que va al Patio de Occidente.

El que hablaba era Piedra de Toque. Sabriel cerró los ojos, se dijo que debía concentrarse, volver al presente. Abrió los ojos y contempló a Piedra de Toque.

Estaba hecho un desastre: la cara cubierta de sangre por la herida del labio, el pelo mojado y aplastado, la armadura y la ropa completamente mojadas. Blandía aún la espada, apuntándola hacia el suelo, y de la punta de su acero caían gotas de agua.

—No me habías dicho que eras príncipe —le comentó Sabriel, con ánimos de conversar, como quien habla del tiempo. Le sonó extraño el tono de su voz, pero no tenía fuerzas para remediarlo.

—No lo soy —contestó Piedra de Toque. Mirando al cielo siguió—: La reina era mi madre, pero mi padre era un oscuro noble del norte, que vivió con ella unos años tras la muerte del príncipe consorte. Murió en un accidente de cacería antes de que yo naciera... Oye, ¿no deberíamos irnos hacia el Patio de Occidente?

—Supongo que sí —contestó Sabriel sin ánimos—. Mi padre me dijo que allí encontraríamos una papelonave esperándonos y a las Clarvis, que nos indicarán dónde ir.

—Ya —dijo Piedra de Toque.

Se acercó a Sabriel, observó su mirada ausente, aferró su mano inerte y ella se dejó guiar hacia la fila de hayas que bordeaba el sendero, en el extremo occidental del parque. Sabriel lo siguió obediente, apurando el paso cuando Piedra de Toque avivó el suyo, hasta que prácticamente echaron a correr. Piedra de Toque tiraba de su brazo y de tanto en tanto volvía la vista atrás para comprobar cómo estaba; Sabriel avanzaba con los movimientos espasmódicos de los sonámbulos.

Cuando se encontraban a cien metros de las cuevas ornamentales, las hayas dieron paso a un prado de donde partía un camino que ascendía la Colina de Palacio

describiendo dos curvas pronunciadas antes de llegar a la cima.

El camino estaba bien pavimentado; sin embargo, después de más de veinte años de no recibir los cuidados debidos, en algunos puntos, las losas se habían levantado o hundido, y se apreciaban profundos surcos y agujeros. Sabriel tropezó en una de ellas y habría caído de bruces si Piedra de Toque no la hubiese agarrado a tiempo. Ese pequeño tropiezo consiguió arrancarla de los efectos de la conmoción mayor que lo había precedido, y la muchacha se notó entonces más alerta, más capaz de dominar la ciega desesperación que la invadía.

—¿Por qué corremos?

—Nos siguen esos carroñeros —contestó Piedra de Toque secamente mientras señalaba el parque—. Los que retenían a los niños parque junto a la puerta.

Sabriel miró hacia donde él señalaba y descubrió unas siluetas que avanzaban despacio por el sendero flanqueado de hayas. Estaban los nueve, caminaban muy juntos, reían y hablaban. Parecían seguros de que Sabriel y Piedra de Toque no lograrían escapar a su asedio y exhibían el mismo talante que los batidores cuando siguen a su estúpida presa conduciéndola al inevitable final. Uno de ellos descubrió a Sabriel y a Piedra de Toque vigilándolos e hizo un gesto que no quedó muy claro por la distancia que los separaba, pero que probablemente sería obsceno. Sus risas le llegaron a Sabriel transportadas por el viento. Las intenciones de aquellos hombres eran claramente hostiles.

—Me pregunto si tienen tratos con los muertos —dijo Sabriel sombríamente, sin poder disimular el asco—, para poder hacer lo que hacen cuando la luz del sol asiste a los vivos...

—Está claro que no vienen a nada bueno —dijo Piedra de Toque mientras volvían a emprender la marcha y pasaban del paso vivo a la carrera—. Llevan arcos y saben disparar, no como los aldeanos de Nestowe.

—Es cierto —admitió Sabriel—. Espero que allá arriba haya una papelonave...

No tuvo necesidad de explicar lo que ocurriría si no llegaban a encontrar una. Ninguno de los dos estaba en condiciones de pelear, ni de echar mano de la magia del Gremio; nueve arqueros podían acabar con ellos... o capturarlos. Si esos hombres trabajaban para Kerrigor, tras la captura, acabarían pasados a cuchillo en la oscuridad del embalse...

El camino se volvió más empinado y los dos siguieron corriendo en silencio, con el aliento entrecortado, sin decir palabra. Piedra de Toque tosió y Sabriel lo miró, preocupada, hasta que notó que ella también tosía. Se encontraban en un estado tan deplorable que no hacía falta una flecha para acabar con ellos. La colina ya se encargaría de hacerlo.

—No,.. No falta... mucho —dijo Piedra de Toque casi sin resuello al doblar la curva pronunciada. Ambos aprovecharon para aliviar unos segundos las piernas

agarrotadas en las zonas planas y luego siguieron remontando la cuesta.

Sabriel se echó a reír amargamente; tosía y se reía porque todavía les faltaba una eternidad. La risa se transformó en grito de sorpresa cuando algo le dio a traición en las costillas. Cayó de lado sobre Piedra de Toque, y los dos aterrizaron sobre las duras losas. Una flecha disparada desde lejos había dado en el blanco.

—¡Sabriel! —gritó Piedra de Toque, la voz cargada de miedo y rabia.

Volvió a gritar su nombre y entonces Sabriel sintió de repente que la magia del Gremio cobraba vida dentro de él. Y a medida que todo lo abarcaba, como la ola expansiva de un estallido, él se levantó de un salto, estiró los brazos en dirección del enemigo, apuntando al certero tirador. Ocho soles pequeños surgieron de la punta de sus dedos, crecieron hasta alcanzar el tamaño de sus puños cerrados y salieron disparados, dejando blancas estelas en el aire. Un segundo más tarde, desde abajo les llegó un grito que daba fe de que los soles habían encontrado al menos uno de sus blancos.

Medio atontada por el flechazo, Sabriel se preguntó de dónde sacaba fuerzas Piedra de Toque para lanzar un hechizo de esa especie. El asombro pasó a ser sorpresa cuando, con un movimiento fluido, lo vio inclinarse, levantarla, con mochila y todo, para acabar acunándola en sus brazos. Ella lanzó un grito cuando la flecha que llevaba clavada se movió, pero Piedra de Toque no pareció darse por aludido. Echó la cabeza hacia atrás, profirió una amenaza que sonó a rugido feroz, y echó a correr sendero arriba ganando velocidad e ímpetu. La boca se le llenó de espuma que fue cayéndole por la barbilla y salpicando a Sabriel. Se le engrosaron las venas y los músculos del cuello y la cara; la mirada se le tornó salvaje y se le llenó de energía ciega.

Se había vuelto loco y nada iba a detenerlo, a menos que lo descuartizaran. Sabriel se estremeció entre sus brazos y ocultó la cabeza en su pecho, demasiado inquieta para contemplar aquella cara salvaje y desfigurada que tan poco parecido guardaba con el Piedra de Toque que ella conocía. Pero al menos se alejaba del enemigo...

Y corrió dejando atrás el camino, saltando los bloques caídos de lo que en otros tiempos había sido un portal, sin detenerse, pasando de piedra en piedra con la agilidad de las cabras. Su cara se había teñido del mismo rojo brillante que lucían los coches de bomberos; el pulso le latía en el cuello con la frecuencia con la que los colibríes agitan las alas. Olvidándose de su propia herida y presa del súbito temor de que a su amigo le estallase el corazón, Sabriel empezó a gritarle, a suplicarle que se calmara.

—¡Piedra de Toque! ¡Estamos a salvo! ¡Bájame! ¡Para! ¡Por favor, detente!

No la escuchó; estaba totalmente concentrado en el sendero. Cruzó corriendo el portal y siguió por el sendero amurallado, las ventanas de la nariz ensanchadas, la

cabeza moviéndose de un lado a otro, como un sabueso que siguiese un rastro.

—¡Piedra de Toque! ¡Piedra de Toque! —sollozó Sabriel golpeándole el pecho con los puños—. ¡Hemos conseguido huir! ¡Estoy bien! ¡Detente! Él siguió adelante, cruzó otro arco, recorrió un camino elevado, las piedras se iban desmoronando a su paso, bajó un corto tramo de escaleras saltando allí donde faltaban los escalones. Una puerta cerrada lo detuvo un instante y Sabriel suspiró aliviada; pero él la pateó con furia, hasta que la madera podrida cedió, y pasó con cuidado, para no pinchar a Sabriel con las astillas.

Detrás de la puerta había un campo abierto muy amplio, bordeado de paredes en ruinas. Los hierbajos crecían altos, interrumpidos de vez en cuando por algún árbol deforme, nacido de alguna semilla transportada por el viento. En el borde occidental, sobre un muro cuyos ladrillos habían caído colina abajo hacía mucho tiempo, había dos papelonaves, una apuntaba al sur, la otra, al norte, y vieron también a dos personas, dos siluetas indefinidas recortadas contra el fondo naranja del sol poniente.

Piedra de Toque avanzó con unos andares que sólo podían describirse como un galope, aplastando los hierbajos a su paso, como una nave surcando el mar de los Sargazos. Corrió hasta alcanzar a las dos siluetas de pie, depositó a Sabriel en el suelo, ante ellas, y cayó desplomado, con los ojos en blanco, las piernas temblorosas. Sabriel intentó arrastrarse hasta él, pero sintió en el costado un dolor lacerante que la obligó a quedarse sentada y mirar a las dos mujeres y las papelonaves que había estacionadas detrás de ellas.

—Hola —saludaron al unísono—. Por el momento, somos las Clarvis. Vosotros debéis de ser la Abhorsen y el rey.

Sabriel siguió mirándolas con la boca seca. El sol le daba en los ojos y no conseguía verlas con claridad. Las dos eran mujeres jóvenes, de largas y brillantes cabelleras rubias y penetrantes ojos azules. Llevaban blancos vestidos de lino, con largas mangas abiertas. Vestidos recién planchados que hicieron que Sabriel se sintiera muy, pero muy sucia y primitiva, con el pantalón bombacho empapado de agua del embalse y la armadura sudada. Sus voces y sus caras eran idénticas. Muy guapas. Gemelas.

Sonrieron y se arrodillaron, una al lado de Sabriel, la otra, junto a Piedra de Toque. Sabriel sintió que la magia del Gremio manaba de ellas poco a poco, como agua que sube a la fuente, y luego la notó fluir en su interior y calmar el dolor de la herida dejada por la flecha. Tendido a su lado, Piedra de Toque se fue tranquilizando y su respiración se hizo menos agitada hasta que se sumió en la calma de un sueño tranquilo.

—Gracias —dijo Sabriel con voz ronca. Intentó sonreír, pero parecía haber olvidado cómo se hacía—. Nos siguen unos negreros..., aliados humanos de los muertos...

—Ya lo sabemos —contestó el dúo—. Pero están a diez minutos de camino. Tu amigo, el rey, corrió muy, pero muy deprisa. Lo vimos correr ayer. O mañana.

—Ah —dijo Sabriel, mientras se incorporaba con esfuerzo y recordaba que su padre le había dicho que las Clarvis confundían los cuándos.

Más le valía averiguar lo que necesitaba saber antes de que las cosas se volvieran realmente confusas.

—Gracias —volvió a decir.

La flecha cayó entonces al suelo y la muchacha consiguió enderezarse del todo. Era una flecha de caza, de punta estrecha, no un estilete perforador de armaduras. Sólo se habían propuesto demorar su huida. Se estremeció y notó el agujero que había entre las placas de la armadura. No notaba la herida del todo cerrada, sólo más asentada, como si se la hubiese hecho hacía una semana y no apenas minutos antes.

—Mi padre dijo que estaríais aquí..., que habéis estado observándonos y viendo dónde tiene Kerrigor su cuerpo.

—Sí —contestaron las Clarvis—. Bueno, no exactamente. Sólo nos han permitido ser las Clarvis de hoy, porque somos las mejores pilotos de papelonave del...

—La mejor es Ryelle... —aclaró una de las gemelas, señalando a la otra—. Pero como iba a necesitar una papelonave para volver volando a casa, hubo que conseguir dos papelonaves y por eso...

—También ha venido Sanar —concluyó Ryelle, señalando a su hermana.

—Hemos venido las dos —dijeron a coro—. No nos queda mucho tiempo. Podéis montar en la papelonave de tonos rojos y dorados... La pintamos con los colores reales la semana pasada, cuando nos enteramos. Pero antes debemos hablar del cuerpo de Kerrigor.

—Sí dijo Sabriel.

Se trataba del enemigo de su padre, de su familia, del reino entero. Y a ella le había sido encomendada la misión de acabar con él. Aunque la carga fuese pesada y sus hombros demasiado débiles para soportarla, debía seguir adelante.

—Su cuerpo está en Ancelstierre —dijeron las gemelas—. Pero nuestra visión no alcanza mucho más allá del Muro, de manera que no tenemos un mapa ni sabemos los nombres de los lugares. Tendremos que enseñártelo... y tú tendrás que acordarte.

—Bien —convino Sabriel, sintiéndose como la alumna torpe que promete resolver un problema que supera por completo su capacidad—. Bien.

Las Clarvis asintieron y volvieron a sonreír. Tenían los dientes muy blancos y muy parejos. Una de ellas, tal vez Ryelle, Sabriel no podía estar segura porque ya había vuelto a confundirlas, sacó una botella de cristal verde claro de la vaporosa manga de su túnica, el destello revelador de la magia del Gremio indicó que la botella no estaba allí antes. Sanar, la otra mujer, se sacó de la manga una larguísima varita de marfil.

—¿Lista? —preguntaron a la vez, y la respuesta afirmativa llegó antes de que la pregunta hubiese llegado siquiera a la mente cansada de Sabriel.

Ryelle descorchó la botella con un sonoro pop y tras un rápido ademán, vertió el contenido en línea horizontal. Con igual rapidez, Sanar pasó la varita por la cortina de agua y la congeló en el aire formando con ella un cristal de hielo transparente. Una ventana congelada, suspendida delante de Sabriel.

—Mira bien —le ordenaron las mujeres, y Sanar dio un roque de varita en la ventana de hielo. Ésta se empañó y por un instante mostró una escena en la que se veían el muro y la nieve que caía en remolinos. La imagen detenida se puso entonces en movimiento, como una película filmada desde un coche en marcha. En el Colegio Wyverley el cinematógrafo siempre había sido visto con malos ojos, pese a ello, Sabriel había ido al cine de Bain en varias ocasiones. Aquello se le parecía bastante, pero era en color, y oía los sonidos naturales con tanta claridad como si estuviera allí. La ventana mostraba las típicas tierras de labranza ancelstierranas: un largo campo de trigo maduro, a punto para la cosecha, y el conductor del tractor detenido al fondo hablaba con otro hombre montado en un carro, tirado por dos percherones que esperaban imperturbables espiando detrás de las anteojeras.

La imagen se acercó hasta que los dos hombres quedaron en primer plano y giró alrededor de ellos captando un trozo de conversación, y siguió por un camino, subió una colina y atravesó un bosquecillo hasta llegar a un cruce, donde la grava se confundía con una carretera asfaltada más importante. Había allí una señal y el «ojo» o lo que fuese que lo veía todo, se acercó a ella, hasta que el poste abarcó toda la ventana de hielo. En la señal se leía: «Wyverley, 4 kilómetros», y apuntaba hacia la carretera principal, y por allí enfilaron a toda velocidad hacia el pueblo de Wyverley.

Segundos más tarde, la imagen móvil se hizo más lenta para mostrar las conocidas casas del pueblo de Wyverley: la herrería convertida en taller mecánico; la taberna de Wyvern; la cuidada casa del agente de policía con su farolito azul. Eran todos lugares que Sabriel conocía. Se concentró más, porque seguramente, tras haberte mostrado un punto de referencia fijo, la visión pasaría rápidamente por otras partes de Ancelstierre que ella desconocía.

Pero la imagen siguió moviéndose despacio. A paso de hombre recorrió el pueblo, abandonó la carretera y enfiló un camino de herradura que llevaba a la colina boscosa conocida con el nombre de Punta Acedera. Una colina bastante alta, se veía bien, cubierta por un alcornocal de árboles añejos. El único punto de interés era un monumento funerario rectangular en la cima... El monumento... La imagen cambió, se acercó a las enormes piedras verde grisáceas, cortadas en forma de dado y firmemente apiladas. Un capricho de data reciente, según recordaba Sabriel de las clases de historia local. Tenía algo menos de doscientos años. Había estado a punto de visitarla, pero algo la había hecho cambiar de idea...

La imagen volvió a mudar, se hundió entre las piedras, metiéndose entre las juntas de mortero, zigzagueando alrededor de los bloques hasta llegar a la cámara oscura que se ocultaba en su interior. La ventana de hielo se apagó por un instante; luego se hizo la luz. Debajo del monumento funerario descansaba un sarcófago de bronce en cuyo exterior pululaban infinidad de marcas del Gremio, pervertidas mediante encantamientos de magia libre. La visión pasó por alto estas marcas cambiantes y penetró el bronce. Un cuerpo yacía en el interior, un cuerpo viviente, envuelto en magia libre.

La escena cambió, avanzó con dificultad, a trompicones, hasta llegar a la cara del cuerpo. Una cara hermosa que se aproximó más y más flotando en el aire hasta adquirir nitidez, una cara que mostraba a Kerrigor tal como había sido. Las facciones del rostro humano de Rogir indicaban que había tenido la misma madre que Piedra de Toque.

Sabriel lo miró fijamente, asqueada y fascinada a la vez, por el parecido entre los dos hermanastros, hasta que de pronto, la imagen se tornó borrosa, empezó a dar vueltas y a virar al gris en un trasfondo de agua corriente. La muerte. Algo enorme y monstruoso vadeaba a contracorriente, un recorte irregular de oscuridad, sin forma, sin más facciones que dos ojos ardientes, que despedían llamas sobrenaturales. Al parecer era capaz de ver más allá de la ventana de hielo y se abalanzó hacia delante, con los brazos tendidos y alargados como nubarrones de tormenta.

—¡Engendro de Abhorsen! —gritó Kerrigor—. Tu sangre manará a borbotones sobre los pilares...

Aquellos brazos estuvieron a punto de atravesar la ventana, pero el hielo se resquebrajó de pronto y los trozos cayeron al suelo donde formaron un montoncito de nieve fangosa y derretida.

—Has visto —dijeron las Clarvis al unísono.

No era una pregunta. Sabriel asintió, presa de un estremecimiento, sin poder dejar de pensar en el parecido entre el cuerpo humano original de Kerrigor y Piedra de Toque. ¿En qué punto se habrían bifurcado sus senderos? ¿Qué había empujado a Rogir hacia el camino que conducía a la abominación llamada Kerrigor?

—Disponemos de cuatro minutos —anunció Sanar—. Hasta que vengan los negreros. Te ayudaremos a llevar al rey a la papelonave, ¿quieres?

—Sí, por favor —respondió Sabriel.

A pesar de la aterradora visión del espíritu de Kerrigor en su forma más pura, la experiencia la había imbuido de renovada determinación. El cuerpo de Kerrigor se encontraba en Ancelstierre. Lo encontraría, lo destruiría y luego se ocuparía de su espíritu. Pero antes deberían encontrar el cuerpo...

Las dos mujeres levantaron a Piedra de Toque gruñendo a causa del esfuerzo. En circunstancias normales no era un peso pluma, y en esos momentos, empapado tras

los chapuzones en el embalse, pesaba como una losa. Pese a su aspecto un tanto etéreo, las Clarvis se las arreglaron de maravillas.

—Te deseamos suerte, prima —dijeron mientras caminaban despacio hacia la papelonave roja y dorada, tan cerca del borde de la pared derruida que el mar de Saere relucía blanquiazul allá abajo.

—¿Prima? —murmuró Sabriel—. Supongo que en cierta manera somos primas, ¿verdad?

—Todos los hijos de las grandes cartas del Gremio estamos emparentados —conviniere las Clarvis—, aunque el clan se va reduciendo...

—¿Sabéis... Sabéis siempre lo que va a ocurrir? —les preguntó Sabriel mientras depositaban a Piedra de Toque en la parte posterior de la cabina de mando y lo sujetaban con los cinturones utilizados normalmente para asegurar el equipaje. Las dos Clarvis se echaron a reír.

—¡No, y damos gracias al Gremio! Nuestra familia forma el linaje más numeroso y el don se reparte entre muchos. Nuestras visiones llegan hechas trizas y de a trozos, en atisbos y despojos. Cuando nos vemos obligadas, toda la familia une fuerzas para que podamos aguzar la vista... como ha hecho hoy a través de nosotras. Mañana, volveremos a los sueños y la confusión, a no saber dónde, cuándo ni qué vemos. Ahora sólo nos quedan dos minutos...

De repente abrazaron a Sabriel y la sorprendieron con la abierta calidez del gesto. Ella correspondió al abrazo de buena gana, agradecida por su preocupación. Al desaparecer su padre, se había quedado sola y sin familia; quizás encontrara unas hermanas en las Clarvis y quizá Piedra de Toque llegara a...

—Dos minutos —le dijeron ambas a la vez, una en cada oído. Sabriel las soltó y a toda prisa sacó de la mochila *El Libro de los Muertos* y los dos tomos sobre magia del Gremio y los metió al lado de Piedra de Toque, que roncaba levemente. Después de pensárselo dos veces, guardó también el impermeable forrado de borrego y la capa para el barco. Las espadas de Piedra de Toque fueron a parar a las sujeciones especiales, pero la mochila y el resto de su contenido tuvieron que quedarse en tierra.

—Próxima parada, el Muro —murmuró Sabriel al tiempo que abordaba la nave, tratando de no pensar en lo que podría ocurrir si se veían obligados a realizar un aterrizaje forzoso en alguna zona primitiva.

Las Clarvis ya estaban listas en su nave verde y plateada, y mientras Sabriel se ataba las correas, las oyó silbar y comprobó que la magia del Gremio comenzaba a fluir en el aire. La muchacha se humedeció los labios con la lengua, inspiró hondo, hizo acopio de fuerzas y se unió a ellas. El viento comenzó a soplar por la parte trasera de la nave alborotando cabelleras rubias y morenas, levantando las papelonaves por la cola y agitando sus alas.

Sabriel inspiró otra vez al finalizar el silbido propiciatorio del viento y acarició el

papel suave y laminado del casco. Le vino a la mente una imagen fugaz de la primera papelonave, destrozada y ardiendo en las profundidades de Hoyo Sagrado.

—Espero que esta vez nos vaya mejor —susurró antes de silbar con las Clarvis la última nota, el sonido puro y claro que despertaría la magia del Gremio de sus aviones,

Al cabo de un segundo, dos papelonaves de brillante mirada abandonaron de un salto el palacio en ruinas de Belisaere, planearon hasta llegar a la rompiente del mar de Saere y se elevaron en círculos cada vez más altos, por encima de la colina. La nave verde y plateada viró al noroeste. La roja y dorada tomó rumbo al sur.

Al notar la ráfaga de aire frío en la cara y la extraña sensación que da el volar, Piedra de Toque se despertó y preguntó con voz adormilada:

—¿Qué ha pasado?

—Vamos a Ancelstierre —gritó Sabriel—. ¡Cruzaremos el Muro, buscaremos el cuerpo de Kerrigor y lo destruiremos!

—Ah —dijo Piedra de Toque que sólo había oído «cruzaremos el Muro»—, Bien.

Capítulo 25

—Disculpe usted, mi coronel —dijo el soldado, haciendo la venia ante la puerta del cuarto de baño de su superior—. Le traigo saludos del oficial de guardia. Me dice que le diga que si puede usted ir a verlo de inmediato.

El coronel Horyse suspiró, dejó la cuchilla de afeitar y utilizó la manopla de toalla para quitarse el jabón de la cara. Esa mañana lo habían interrumpido cuando se disponía a rasurarse y, a lo largo del día, había intentado completar la tarea en varias ocasiones. Quizá fuera signo de que debía dejarse bigotes.

—¿Qué ocurre? —preguntó, resignado.

Ocurriera lo que ocurriera, seguro que no era nada bueno.

—Un avión, mi coronel —contestó el soldado, impasible.

—¿Viene del Cuartel General del Ejército? ¿Lanza un cilindro con mensajes?

—No lo sé, mi coronel. Está del otro lado del Muro.

—¿Cómo? —gritó Horyse, soltó la cuchilla, recogió el yelmo y la espada e intentó salir corriendo todo al mismo tiempo—. ¡Imposible!

Cuando por fin consiguió organizarse y bajar al Puesto de Observación de Vanguardia, una posición de resistencia octogonal que se adentraba en la frontera, a cincuenta metros del Muro, comprobó con sus propios ojos que sí era posible. La luz mermaba conforme avanzaba la tarde, era probable que del otro lado se estuviese poniendo el sol, pero la visibilidad era lo bastante buena para distinguir la forma lejana de un avión que descendía poco a poco en una serie de largos círculos verticales... al otro lado del Muro. En el Reino Antiguo.

El oficial de guardia miraba con unos prismáticos de observador de artillería, con los codos apoyados en el parapeto de sacos terreros de la posición. Horyse se detuvo un instante para recordar el nombre de su subalterno, que era nuevo en la guarnición de la frontera, y luego le dio una palmada en el hombro.

—Jorbert. ¿Me deja que eche un vistazo?

El joven oficial bajó los prismáticos de mala gana y se los entregó a su coronel con la misma cara del niño al que acaban de quitarle una piruleta de la boca.

—Mi coronel, se trata sin lugar a dudas de un avión —dijo animándose mientras hablaba—. Es completamente silencioso, como un planeador, aunque está claro que lleva algún tipo de motor. Un vehículo muy maniobrable y bellamente pintado. Son dos... Llevan gente dentro, mi coronel,

Horyse no le contestó; cogió los prismáticos y, como su subalterno, apoyó los codos en los sacos terreros. Al principio no logró ver la nave y se apresuró a hacer un barrido a derecha e izquierda con los prismáticos, luego zigzagueó hacia arriba y abajo, entonces la descubrió, más baja de lo que había calculado, iniciando casi la maniobra de aterrizaje.

—Dé la alerta —le ordenó bruscamente, al darse cuenta de que la nave aterrizaría muy cerca del Paso Fronterizo, tal vez a unos cien metros de la puerta.

Oyó que Jorbert repetía su orden a un sargento quien a su vez la gritaba a los centinelas y éstos a los suboficiales de guardia hasta llegar a las bocinas de manivela y la vieja campana que colgaba delante del comedor de oficiales.

Resultaba difícil descifrar con exactitud quién o qué viajaba en la nave hasta que ajustó el enfoque y vio aparecer la cara de Sabriel, aumentada a un tamaño reconocible pese a la distancia. Sabriel, la hija de Abhorsen, acompañada por un hombre desconocido, o algo con forma de hombre. Por un instante, Horyse sopesó la posibilidad de ordenar a los hombres que se detuvieran, pero a sus oídos llegaron el taconeo de las botas sobre el paso de tablas y los gritos de los sargentos y cabos, y concluyó que cabía la posibilidad de que no se tratara de Sabriel. El sol se estaba poniendo y esa noche sería la primera de luna llena...

—¡Jorbert! —gritó devolviéndole los prismáticos al sorprendido oficial—. Vaya a ver al brigada del regimiento, preséntele mis respetos y pídale que organice personalmente una patrulla de exploradores, saldremos a ver esa nave más de cerca.

—¡Muchas gracias, mi coronel! —el teniente Jorbert se deshizo en agradecimientos; estaba claro que se sentía incluido en la patrulla. Su entusiasmo sorprendió a Horyse, al menos por un instante.

—Dígame, Jorbert, ¿por casualidad ha pedido el traslado al Cuerpo de Aviación?

—En efecto, mi coronel —contestó Jorbert—. En ocho ocasiones...

—Le recuerdo —dijo Horyse interrumpiéndolo—, que sea lo que sea eso de ahí fuera, puede tratarse de una criatura voladora y no de una máquina... y quizás esté pilotada por seres medio putrefactos que deberían estar muertos y bien muertos, o por seres producto de la magia libre que jamás han estado realmente vivos. Le recuerdo que tal vez no sean aviadores, ni mariscales del aire ni nada parecido.

Jorbert asintió sin ningún rigor militar, hizo la venia y dio media vuelta.

—Y la próxima vez que esté de guardia no olvide la espada —le gritó Horyse—. ¿Nadie le ha dicho nunca que en ocasiones el revólver no es suficiente?

Jorbert volvió a asentir, rojo como un pimiento, estuvo a punto de hacer otra vez la venia pero salió disparado por la trinchera de comunicación dejándola a medias. Uno de los soldados del Puesto de Observación de Vanguardia, un cabo con la manga cubierta de galones que probaban sus veinte años de servicio, y una marca del Gremio en la frente que indicaba su historial en la frontera, sacudió la cabeza mientras observaba al joven oficial alejarse.

—¿Por qué sacude la cabeza, cabo Anshy? —le preguntó Horyse, irritado por no haber podido afeitarse como estaba mandado y por la aparición potencialmente peligrosa de una nave.

—Tienen el cerebro lleno de pajaritos —contestó el cabo de forma alegre aunque

un tanto ambigua.

Horyse abrió la boca, dispuesto a reprenderlo, luego la cerró y reprimió una sonrisa. Antes de que le entrara la risa, abandonó la posición y se dirigió a la confluencia de trincheras, donde su grupo se encontraría con el brigada del regimiento para cruzar el Muro.

No llegó a dar ni cinco pasos cuando se le borró la sonrisa de la cara.

La papelonave aterrizó suavemente levantando una nube de nieve. Sabriel y Piedra de Toque se quedaron allí sentados, temblando bajo el impermeable y la capa, respectivamente; poco después, se incorporaron despacio, salieron de la nave, pisaron la nieve y se hundieron en ella hasta la rodilla. Piedra de Toque le sonrió a Sabriel; tenía la nariz roja y brillante y las cejas escarchadas.

—Lo hemos conseguido.

—Por ahora —contestó Sabriel mirando a su alrededor con cautela.

Alcanzaba a ver la mole larga y gris del Muro, y del lado ancelstierrano, el sol otoñal color miel. Allí, donde ella se encontraba, la nieve se acumulaba contra la piedra gris, el cielo estaba encapotado y el sol casi había desaparecido. Estaba lo bastante oscuro para que los muertos salieran a merodear.

A Piedra de Toque se le congeló la sonrisa en los labios al ver la reacción de su compañera de penurias; sacó las espadas de la papelonave y le entregó la izquierda a Sabriel. Ella la envainó; fue un impulso negativo, un recuerdo más de pérdida.

—Será mejor que saque también los libros —dijo inclinándose para recuperarlos de la cabina.

Los dos libros de magia del Gremio estaban intactos, la nieve apenas los había afectado, pero *El Libro de los Muertos* parecía haberse humedecido. Cuando Sabriel lo tuvo en sus manos, comprobó que la humedad no era obra de la nieve. La cubierta rezumaba gotas de sangre oscura y espesa. Sin pronunciar palabra, la limpió en la costra dura de la nieve dejando una mancha cárdena. Después guardó los libros en los bolsillos del impermeable.

—¿Por qué... por qué estaba así el libro?—preguntó Piedra de Toque, poniendo toda su convicción en parecer curioso más que asustado.

—Creo que reacciona a la presencia de muchas muertes —contestó Sabriel—. En este lugar existe un gran potencial para resucitar a los muertos. Se trata de un sitio muy débil...

—¡Chisss! —la interrumpió Piedra de Toque, señalando hacia el Muro.

Varias siluetas negras contra la blanca nieve avanzaban hacia ellos, en amplia línea, a paso veloz y sostenido. Iban armados con arcos y lanzas, y al menos Sabriel logró comprobar que llevaban fusiles en bandolera.

—No hay problema —dijo Sabriel, pese a que notó en el estómago la punzada de

los nervios—. Son soldados del lado anceístierrano... de todos modos, despediré a la papelonave...

Comprobó rápidamente si se habían dejado algo en la cabina de mando, pasó entonces la mano por el morro de la papelonave, justo encima del ojo parpadeante. Tuvo la impresión de que cuando ella hablaba la estaba mirando.

—Vete ya, amiga. No quiero correr el riesgo de que te lleven a Ancelstierre y te desmonten. Vuela donde quieras, al glaciario de las Clarvis, si te apetece, a la casa de Abhorsen, donde cae el agua.

Se apartó e hizo las marcas del Gremio que inducirían a la papelonave a elegir su destino y a las alas a llevarla hasta allí. Las marcas entraron en su silbido y la papelonave se movió con la nota aguda y aceleró hasta surcar el cielo cuando ésta llegó a lo alto de la escala.

—¡Caray! —exclamó alguien—. ¿Cómo lo has hecho?

Sabriel se dio media vuelta y se encontró frente a frente con un joven oficial anceístierrano sin resuello, que lucía la solitaria estrella dorada de alférez en los tirantes. Estaba a cincuenta metros del resto de la patrulla, pero no parecía temeroso. Sin embargo, empuñaba una espada y un revólver y levantó ambos cuando Sabriel dio un paso al frente.

—¡Alto! ¡Sois mis prisioneros!

—En realidad somos viajeros —le aclaró Sabriel, sin detenerse—. ¿Ese que está ahí detrás no es el coronel Horyse?

Jorbert se volvió para echar un vistazo, advirtió su error y se dio otra vez media vuelta justo a tiempo para ver a Sabriel y Piedra de Toque sonreír, luego reprimir una risita y a continuación romper en carcajadas agarrándose la barriga.

—¿De qué os reís? —exigió saber el teniente Jorbert al ver que los otros dos se desternillaban de risa y las lágrimas les bañaban las mejillas.

—De nada —dijo Horyse.

Hizo una seña a sus hombres para que rodearan a Sabriel y a Piedra de Toque, mientras él se les acercaba y les tocaba la frente con el dedo para comprobar los códigos del Gremio que llevaban dentro. Satisfecho, los sacudió a ambos hasta que dejaron de reír como posesos. Para sorpresa de algunos de sus hombres, los rodeó a los dos con los brazos y los condujo a través del Paso Fronterizo, en dirección a Ancelstierre, donde brillaba el sol.

Al ver que lo dejaban allí para cubrir la retirada, Jorbert preguntó indignado a nadie en particular:

—¿De qué se reían?

—Ya ha oído al coronel —respondió el brigada Tawklish—. De nada. Fue una reacción histérica. Es todo. Esos dos han pasado por incontables peripecias, acuérdesese de lo que le digo.

Y a continuación, con el tono que sólo los brigadas suelen emplear para dirigirse a los jóvenes oficiales, hizo una pausa y acabó de aplastar del todo a Jorbert con un sensato, medido y contenido «mi teniente».

El calorcillo envolvió a Sabriel como una manta suave en cuanto abandonaron la sombra proyectada por el Muro y se encontraron inmersos en el otoño ancelstierrano. A su lado, Piedra de Toque vaciló y dio un traspié, la cara vuelta hacia arriba, mirando sin ver el sol.

—Parecéis extenuados —dijo Horyse, empleando el tono amable y pausado que reservaba a los soldados traumatizados por la guerra—. ¿Os apetece comer algo o preferís dormir primero?

—Yo quiero comer, sin ninguna duda —contestó Sabriel, tratando de sonreír agradecida—. No quiero dormir. No hay tiempo. Dígame, ¿cuándo hubo luna llena? ¿Hace dos días?

Horyse la miró y pensó que ya no le recordaba a su hija. En muy poco tiempo se había convertido en Abhorsen, una persona completamente incomprensible para él...

—No, habrá esta noche —dijo.

—Pero si he estado en el Reino Antiguo al menos dieciséis días...

—El tiempo se comporta de forma muy extraña entre los dos reinos —dijo Horyse—. Algunas de nuestras patrullas han jurado haber pasado allí dos semanas pese a regresar a los ocho días de haber partido. Toda una complicación para el encargado de las pagas...

—Esa voz que sale de la caja que hay en el poste —los interrumpió Piedra de Toque, mientras abandonaban el sendero zigzagueante que atravesaba las alambradas defensivas y bajaban por una estrecha trinchera de comunicación—. No hay magia del Gremio en la caja ni en la voz...

—Ah —dijo Horyse y miró el altavoz que anunciaba el cambio de guardia—. Me sorprende que funcione. Va con electricidad, señor Piedra de Toque. Ciencia, no magia.

—Esta noche no funcionará —dijo Sabriel en voz baja—. Toda la tecnología fallará.

—Sí, tiene mucha fuerza —dijo Horyse con su potente vozarrón. Y a continuación susurró—: Por favor, no hables hasta que hayamos llegado a mi refugio subterráneo. Mis hombres ya te han oído decir lo de la luna llena y esta noche...

—De acuerdo —contestó Sabriel, abrumada—. Lo siento.

Recorrieron el resto del trayecto en silencio, avanzando trabajosamente por la zigzagueante trinchera de comunicación, dejando atrás a los soldados de las trincheras de batalla, firmes y dispuestos en sus posiciones. Todos interrumpían sus conversaciones cuando ellos pasaban, pero las continuaban en cuanto los veían girar la siguiente curva y perderse de vista.

Finalmente, bajaron una serie de peldaños y entraron en el refugio subterráneo de Horyse. Dos sargentos montaban guardia en la puerta; en esa ocasión se trataba de magos del Gremio pertenecientes a los Exploradores del Paso Fronterizo, y no de soldados de infantería de la guarnición. Otro soldado salió corriendo hacia la cocina de campaña, a buscar comida. Horyse se ocupó de encender un mechero de alcohol y preparar té.

Sabriel se lo bebió sin notar demasiado alivio. Ancelstierre y el reconstituyente universal de su sociedad, el té, ya no le resultaban tan sólidos y fiables como había creído.

—Y ahora —dijo Horyse—, cuéntame por qué no tienes tiempo de dormir.

—Mi padre murió ayer —dijo Sabriel, sin que le mudara la expresión—. Las flautas eólicas dejarán de funcionar esta noche. Cuando salga la luna. Los muertos de aquí se levantarán con la luna.

—Lamento lo de tu padre. Lo lamento mucho —dijo Horyse. Tras cierta vacilación, agregó—: Pero ahora que estás aquí, ¿no podrás volver a aplicarles un nuevo vínculo que los ate?

—Si eso fuera todo, sí, podría —contestó Sabriel—. Pero aún nos espera algo peor. ¿Ha oído el nombre de Kerrigor, coronel?

Horyse dejó la jarra de té.

—Tu padre lo mencionó una vez. ¿No es uno de los muertos mayores, que está preso al otro lado de la Séptima Puerta?

—No es uno de los mayores, sino probablemente el mayor —aclaró Sabriel, sombríamente—. Por lo que sé, es el único espíritu muerto que, además, es adepto de la magia libre.

—Y miembro renegado de la familia real:

—Todo esto le da fuerzas —prosiguió Sabriel—. Pero existen también ciertos puntos débiles. El dominio que Kerrigor tiene de la magia libre y gran parte de su poder, tanto en el reino de la vida como en el de la muerte, dependen de la existencia de su cuerpo original. Lo ocultó hace mucho tiempo, cuando decidió convertirse en un espíritu muerto... y lo escondió aquí, en Ancelstierre. Cerca del pueblo de Wyverley, para ser más precisa. —añadió Piedra de Toque, con la voz todavía ronca y reseca por efecto de los vientos gélidos que hubo de soportar durante el vuelo no suavizados aún por el té caliente—. Y ya no está preso, sino que camina libremente por el reino de los vivos.

—Y ahora vendrá a buscarlo... —dijo Horyse con gran habilidad profética.

En apariencia se lo veía calmado; los años pasados en el Ejército lo habían dotado de un duro caparazón que ocultaba sus sentimientos. Pero la procesión iba por dentro; en el fondo de su corazón abrigaba la esperanza de que el miedo que lo carcomía no le hiciera temblar la mano en la que sostenía la jarra de té.

—¿Y cuándo vendrá?

—Al caer la noche —contestó Sabriel—. Llegará acompañado del ejército de los difuntos. Si logra salir del Reino de la Muerte cerca del Muro, tal vez venga antes.

—El sol... —comenzó a decir Horyse.

—Kerrigor domina los elementos, es capaz de traer la niebla y nublar el cielo.

—¿Qué podemos hacer, Abhorsen? —inquirió Horyse con un ademán de impotencia, mirándola con ojos interrogantes.

Sabriel sintió que le ponían sobre los hombros un gran peso, una carga que se sumaba al gran cansancio que sentía, pero se obligó a contestar.

—El cuerpo de Kerrigor está en un sarcófago encantado, debajo de un monumento funerario, un monumento que se encuentra en lo alto de una colina llamada Punta Acedera, a menos de sesenta kilómetros de aquí. Debemos ir hasta allí lo antes posible y... y destruir el cuerpo.

—¿Y así habremos destruido a Kerrigor?

—No —contestó Sabriel negando con la cabeza, llena de añoranza—. Pero lograremos debilitarlo... y quizá podamos acabar con él.

—Bien —dijo Horyse—. Todavía nos quedan tres o cuatro horas de luz, pero debemos darnos prisa. Entiendo que Kerrigor y sus... sus huestes cruzarán el Muro por aquí, no podrán aparecer por arte de birlibirloque en Punta Acedera, ¿verdad?

—No —contestó Sabriel—. Tendrán que volver a la vida en el Reino Antiguo y cruzar físicamente el Muro. Tal vez lo más acertado sea no detenerlo.

—Me temo que no puedo estar de acuerdo —dijo Horyse—. Para eso está la guarnición fronteriza.

—En ese caso, muchos de sus soldados morirán inútilmente —dijo Piedra de Toque—. Por el mero hecho de interponerse en su camino. Todo aquel que se cruce en el camino de Kerrigor será destruido.

—¿De modo que quieres que dejemos que esta... esta cosa y una horda de difuntos caigan sobre Ancelstierre?

—No exactamente —contestó Sabriel—. Me gustaría luchar contra él en el momento y el lugar que nosotros decidamos. Si me presta todos los soldados que lleven la marca del Gremio y conozcan un poco la magia del Gremio, quizá dispongamos de tiempo suficiente para destruir el cuerpo de Kerrigor. Debemos tener en cuenta, además, que estaremos casi a cuarenta y cinco kilómetros del Muro. El poder de Kerrigor se verá poco afectado por la distancia, pero muchos de sus esbirros estarán muy debilitados. Tal vez tan debilitados que bastará con destruir o dañar sus cuerpos para devolverlos al Reino de la Muerte.

—¿Y el resto de la guarnición? ¿Pretendes que nos quedemos de brazos cruzados y dejemos a Kerrigor y su ejército cruzar la frontera?

—Probablemente no le quede otra salida.

—Entiendo —murmuró Horyse. Se levantó y se paseó dando seis pasos hacia delante y seis pasos hacia atrás, todos los que permitía el refugio subterráneo—. Por suerte, o por desgracia, soy el oficial de máxima graduación al mando de toda la frontera. El General Ashenber ha regresado al sur por... por razones de salud. Se trata, en cualquier caso, de una situación temporal. El cuartel general del Ejército se muestra remiso a otorgar mayor graduación a quienes llevamos la marca del Gremio. De manera que yo debo tomar la decisión...

Dejó de pasear y miró a Sabriel y a Piedra de Toque, pero fue como si estuviera viendo algo que se encontraba más allá de ellos y de las planchas de zinc que cubrían el refugio. Y al final, habló.

—Muy bien. Os daré doce magos del Gremio, la mitad de la dotación completa de los exploradores, pero les sumaré fuerzas más mundanas. Un destacamento que os escoltará hasta... ¿cómo se llamaba? Punta Acedera. No puedo prometeros que no vayamos a luchar en la frontera.

—También lo necesitaremos a usted, coronel —dijo Sabriel, tras el silencio que siguió a la decisión del soldado—. Es el mago del Gremio más fuerte de esta guarnición.

—¡Imposible! —exclamó Horyse con mucha decisión—. Estoy al mando de la frontera. Mi deber está aquí.

—De todas maneras, jamás podrá rendir cuentas de lo que ocurra esta noche —dijo Sabriel—. Al menos a ningún general del sur, ni a nadie que no haya cruzado el Muro.

—Lo... lo pensaré mientras comes algo —declaró Horyse cuando oyó el tintinear de los platos sobre una bandeja que anunciaba, con mucho tacto, la llegada de un ordenanza de la cocina—. ¡Pase!

El ordenanza entró; del borde de los platos de plata se elevaba una nubecilla de vapor. Cuando depositó la bandeja, Horyse se acercó a él a grandes zancadas gritando a voz en cuello:

—¡Mensajero! Que vengan el ayudante, el mayor Tindall y el brigada de la compañía «A», el teniente Aire de los exploradores, el sargento y el intendente. Los quiero a todos en el centro de operaciones dentro de diez minutos. Ah..., convoque también al oficial de transporte. Y avise al personal de comunicaciones que esté preparado para una codificación.

Capítulo 26

Después del té, los acontecimientos se sucedieron a una velocidad pasmosa. Excesiva, para el gusto de Sabriel y Piedra de Toque, que seguían agotados. A juzgar por los ruidos provenientes de fuera, los soldados corrían de aquí para allá mientras ellos daban cuenta de un almuerzo algo tardío. A continuación, antes de que pudiesen comenzar a digerir siquiera, Horyse regresó y les ordenó que se pusiesen en marcha.

Era como hacer de actor secundario en una obra del colegio, pensó Sabriel, mientras salía tambaleándose de la trinchera de comunicación y se plantaba en la plaza de armas. A su alrededor había una actividad febril, pero no se sintió parte de ella. Notó que

Piedra de Toque le rozaba el brazo y le sonrió para infundirle valor; él lo estaba pasando peor que ella.

Al cabo de pocos minutos, a empujones los hicieron cruzar la plaza de armas, en dirección de una hilera de camiones estacionados, un coche descubierto del estado mayor y dos artefactos extrañísimos, con recubrimiento de acero. Tenían forma de rombo, a cada lado llevaban torreras para las ametralladoras e iban montados sobre orugas. Sabriel dedujo que se trataba de tanques. Un invento relativamente reciente. Sus motores rugieron, como los de los camiones, echando humo azul por el tubo de escape. Hasta ese momentó, todo iba bien, pensó Sabriel, pero los motores se detendrían en cuanto soplara el viento desde el Reino Antiguo. O cuando llegase Kerrigor...

Horyse los condujo al coche del estado mayor, abrió la puerta trasera y les hizo una seña para que subieran.

—¿Vendrá con nosotros? —inquirió Sabriel, vacilante, y se sentó en el mullido asiento de cuero pugnando por vencer el cansancio y las ganas de echarse a dormir.

—Sí —respondió Horyse, tranquilamente. Se mostró sorprendido de su propia respuesta y muy distante—. Sí, iré con vosotros.

—Usted tiene el don de la visión —sugirió Piedra de Toque levantando la vista tras ajustar la vaina de la espada y sentarse—. ¿Qué vio?

—Lo de siempre —contestó Horyse.

Ocupó el asiento del copiloto y le hizo una seña al conductor, un veterano de los exploradores, de cara afilada, cuya marca del Gremio era prácticamente invisible en la frente curtida por los elementos.

—¿Qué quiere decir? —inquirió Sabriel, pero la pregunta no se oyó pues el conductor le dio al arranque y el coche se puso en marcha entre toses y resoplidos, y la voz de tenor del vehículo destacó en medio de la algarabía de tonos bajos de camiones y tanques.

Piedra de Toque dio un brinco al oír el ruido y la vibración repentinos, luego

sonrió avergonzado a Sabriel, que había posado la mano sobre su brazo, como quien calma a un niño asustado.

—¿Qué quiso decir con «lo de siempre»? —preguntó Sabriel.

Piedra de Toque la miró y en su mirada la tristeza y el cansancio se disputaban el primer puesto. Tomó una de sus manos y le trazó una línea en la palma, una línea definitiva, final.

—Ah —musitó Sabriel.

Olfateó el aire y contempló la nuca de Horyse con los ojos nublados. Sólo vio los cortos mechones de pelo plateado que asomaban por el borde de su yelmo.

—Tiene una hija de mi misma edad en... en alguna parte del sur —le susurró la muchacha mientras la recorría un estremecimiento y aferraba la mano de Piedra de Toque con tanta fuerza que los dedos de éste se tornaron tan pálidos como los de ella —. ¿Por qué... Ay... por qué todo tiene que...?

El coche se puso en movimiento con un bandazo, precedido por dos escoltas en motocicleta y seguido de los nueve camiones espaciados cien metros unos de otros. En medio del chirrido y el traqueteo de las orugas, los tanques enfilaron un camino lateral que llevaba a un apartadero del ferrocarril donde serían cargados y despachados a Wyverley Halt. Era improbable que llegasen antes del anochecer. El convoy que iría por carretera estaría en Punta Acedera antes de las seis de la tarde.

Sabriel guardó silencio los primeros quince kilómetros del trayecto; viajó con la cabeza gacha, aferrando con fuerza la mano de Piedra de Toque. Él también permaneció callado pero vigilante; miraba el paisaje que iban dejando atrás al abandonar la zona militar, observaba las prósperas granjas de Ancelstierre, los caminos acordonados, las casitas de ladrillo, los vehículos particulares y los carros tirados por caballos que se apartaban para darles paso en cuanto veían aproximarse a los dos policías de rojos gorros, montados en las motocicletas.

—Ya estoy bien —dijo Sabriel en voz baja, cuando aminoraron la velocidad al cruzar el pueblo de Bain.

Piedra de Toque asintió, sin apartar la vista del paisaje, mirando los escaparates de las tiendas de la Calle Principal. Las gentes del pueblo también observaban a la comitiva, porque era raro ver soldados fronterizos, perfectamente pertrechados para la batalla, con espadas, bayonetas y escudos, y se notaba claramente que Sabriel y Piedra de Toque provenían del Reino Antiguo.

—Deberemos parar en la comisaría de policía y avisar al comisario —anunció Horyse, y el coche estacionó ante un imponente edificio de blancas paredes en cuyo frente destacaban dos farolas azules y un sólido cartel que indicaba que se trataba de la Jefatura Superior de Policía de Bainshire.

Horyse se puso en pie, indicó al resto del convoy que continuara, de un salto salió del vehículo y subió las escaleras; ataviado con el uniforme caqui y la cota de malla

resultaba un curioso anacronismo. Un agente de policía que en ese momento bajaba las escaleras, se mostró dispuesto a detenerlo, pero cambió de opinión y le hizo la venia.

—Estoy bien —repitió Sabriel—. Puedes soltarme la mano.

Piedra de Toque sonrió y flexionó la mano que la muchacha le tenía firmemente asida. Ella se mostró sorprendida, le sonrió a su vez, y poco a poco, lo soltó; ambos apoyaron las manos sobre el asiento, los meñiques rozándose apenas.

En cualquier otro pueblo, los curiosos se habrían apiñado en torno a un coche del estado mayor en el que iban dos pasajeros tan peculiares. Pero estaban en Bain, y Bain se encontraba cerca del Muro. La gente echaba un vistazo y al ver las marcas del Gremio, las espadas y armaduras, seguían su camino. Los precavidos por naturaleza o los que tenían cierto don de la visión, se marchaban a sus casas y atrancaban las puertas y los postigos, no sólo con los pasadores de hierro y acero, sino también con ramitos de serbal y retama. Otros, los más precavidos de todos, se iban al río y desde allí llegaban a los islotes donde se apostaban y esperaban sin siquiera fingir que estuvieran pescando.

Horyse salió al cabo de cinco minutos, acompañado de un hombre alto y corpulento, de semblante serio, con rasgos aguilenos ridiculizados por unos diminutos quevedos que le colgaban de la punta de la nariz. Tras estrechar la mano del coronel, Horyse regresó al coche; el conductor fue cambiando de marchas con notable destreza y en cuestión de instantes estuvieron otra vez en camino.

Cuando se disponían a dejar atrás el último de los edificios del pueblo, detrás de ellos se oyó el tañido profundo y lento de una campana. Poco después, se oyó otra que tañía desde la izquierda, seguida de otra que lo hacía más adelante. Y no tardó en formarse una especie de concierto de campanadas.

—Reaccionan deprisa —gritó Horyse hacia la parte trasera del coche—. Se ve que el comisario los ha hecho practicar más de una vez.

—¿Las campanas son un aviso? —preguntó Piedra de Toque.

Se trataba de algo que le resultaba familiar y comenzó a sentirse más cómodo, pese a que aquel sonido anunciara funestos presagios. No tenía miedo; además, después de haber estado en el embalse por segunda vez, tenía la sensación de que podía enfrentarse a cualquier temor.

—Sí —contestó Horyse—. Les avisa que deben recogerse antes del anochecer. Cerrar puertas y ventanas. No abrir a los extraños. Iluminar el interior y el exterior de las casas. Preparar velas y lámparas de aceite para cuando se vaya la luz eléctrica. Vestir ropa plateada. Y si los pillan al aire libre, deben buscar un curso de agua.

—Solíamos recitarlo en los cursos inferiores —recordó Sabriel—. Aunque dudo que la gente lo recuerde, ni siquiera la de esta zona.

—Pues se sorprendería usted, señora —la interrumpió el conductor, torciendo la

boca, sin apartar la vista del camino—. Las campanas llevan veinte años sin tocar de este modo, pero son muchos los que se acuerdan. Avisarán a quienes no lo sepan, no se preocupe usted por eso.

—Eso espero —contestó Sabriel y, como un fogonazo, los recuerdos pasaron por su mente. Vio las dos terceras partes de los habitantes de Nestowe aniquiladas por los difuntos; vio a los supervivientes hacinados en los secaderos de pescado situados en un islote—. Eso espero.

—¿Cuánto falta para llegar a Punta Acedera? —inquirió Piedra de Toque.

El también recordaba, pero sus recuerdos giraban en torno a Rogir. Pronto volvería a ver la cara de su hermanastro, aunque sería sólo una cascara, un mero instrumento de aquello en lo que se había convertido...

—Una hora, como mucho —contestó Horyse—. Estaremos allí alrededor de las seis. En este cacharro podemos hacer una media de cuarenta y cinco kilómetros por hora. Notable, ¿no? Al menos para mí lo es. Estoy muy acostumbrado a la frontera y al Reino Antiguo, a la pequeña parte que hemos conocido en el curso de nuestras patrullas, claro está. Me habría gustado conocerlo más a fondo..., haberme internado más hacia el norte...

—No le faltara oportunidad —dijo Sabriel.

Su voz no le sonó demasiado convencida ni siquiera a ella. Piedra de Toque no dijo nada y Horyse no contestó, de manera que continuaron viaje en silencio y no tardaron en dar alcance al convoy de camiones y en adelantar a cada uno de los vehículos que lo formaban hasta volver a colocarse al frente. Por todas las comarcas por las que iban pasando, los precedían las campanadas; los campanarios de cada ciudad, de cada aldea recibían la advertencia y la transmitían.

Tal como había previsto Horyse, llegaron al pueblo de Wyverley justo antes de las seis. Los camiones se detuvieron en fila, ocupando todo el pueblo, desde la cabana del policía hasta la taberna de Wyverley; los hombres se apearon antes de que los vehículos pararan y formaron rápidamente a los costados del camino. El camión con el equipo de señales estacionó debajo de un poste de teléfono y dos hombres se afanaron por conectar a ellos unos cables. Los policías militares se dirigieron a ambos extremos del pueblo para desviar el tráfico. Sabriel y Piedra de Toque se bajaron del coche y esperaron,

—No difieren mucho de la Guardia Real —comentó Piedra de Toque, observando a los hombres que se apresuraban a ocupar sus posiciones, mientras los sargentos gritaban órdenes y los oficiales se reunían alrededor de Horyse, que hablaba por un teléfono recién conectado—. Deben darse prisa y esperar.

—Me habría gustado verte en la Guardia Real —dijo Sabriel—. Y conocer el Reino Antiguo en..., quiero decir antes de que partieran los pilares.

—En mis tiempos, quieres decir —comentó Piedra de Toque—. A mí también me

habría gustado. Entonces, aquello se parecía más a lo que aquí ves. Me refiero a cuando todo está normal. Había calma y tranquilidad. Todo iba despacio. A veces me parecía que la vida era demasiado lenta, demasiado previsible. Pero cómo preferiría aquello a...

—Yo también pensaba igual cuando estaba en la escuela —le confesó Sabriel—. Soñaba con el Reino Antiguo. Con la magia del Gremio genuina. Con los muertos por vincular mediante ataduras definitivas. Con los príncipes que había que...

—¿Rescatar?

—Desposar —contestó Sabriel con aire ausente.

Observaba con mucha atención a Horyse. El coronel hablaba por teléfono y ponía cara de estar recibiendo malas noticias.

Piedra de Toque guardó silencio. De pronto lo vio todo con mucha claridad: vio a Sabriel, vio su cabello negro como el azabache que brillaba bajo el sol de la tarde. «La quiero —pensó—. Pero si hablo ahora y digo algo indebido, tal vez nunca...»

Horyse le devolvió el teléfono a un soldado del equipo de señales y se dirigió hacia ellos. Piedra de Toque lo vio acercarse y de repente fue consciente de que quizá sólo iba a disponer de cinco segundos a solas con Sabriel para decirle algo. Tal vez fueran los últimos cinco segundos que iban a pasar juntos...

«No tengo miedo», se dijo.

—Te quiero —susurró—. Espero que no te importe.

Sabriel lo miró y sonrió a pesar de sí misma. La tristeza por la muerte de su padre seguía presente, así como sus temores por el futuro, pero en cierto modo, ver que Piedra de Toque la miraba lleno de aprensión, le infundió esperanzas.

—No me importa —musitó ella inclinándose hacia él. Frunció el ceño y añadió —: Creo que... Creo que tal vez yo también te quiero, que el Gremio me ampare, pero ahora es...

—La línea de teléfono del Paso Fronterizo acaba de estropearse —anunció Horyse lúgubrementemente, gritando para imponerse a la algarabía de las campanas, pese a que estaba lo bastante cerca para hablar en tono normal—. Hace una hora, una bruma comenzó a envolver el Muro. Llegó a las trincheras de vanguardia a las cuatro y cuarenta y seis. A partir de ese momento, nos ha sido imposible ponernos en contacto por teléfono o por medio de mensajero con las compañías de la avanzada. Estaba hablando con el oficial de guardia, ese muchacho que se mostró tan interesado en tu avión. Dijo que la niebla estaba a punto de alcanzar su posición. Y fue entonces cuando la línea se quedó muda.

—De modo que Kerrigor no esperó a que anoheciera —dijo Sabriel—. Está manipulando el tiempo.

—Por las horas que nos indicaron en la frontera —dijo Horyse—, esa niebla, y lo que sea que en ella se oculte, avanza hacia el sur a razón de treinta kilómetros por

hora. Si va en línea recta, nos alcanzará a eso de las siete y media. Estará oscuro y la luna no habrá salido.

—En marcha, pues —le ordenó Sabriel—. El camino de herradura que conduce a Punta Acedera arranca detrás de la taberna. ¿Voy yo delante?

—Mejor no —contestó Horyse.

Dio media vuelta y se puso a gritar órdenes acompañándolas de enérgicos ademanes. A los pocos segundos, los hombres se dirigieron a la parte trasera de la taberna y enfilaron el camino a Punta Acedera. En primer lugar marchaban los exploradores del Paso Fronterizo, todos ellos arqueros y magos del Gremio, A continuación iba el primer pelotón de infantería, con las bayonetas caladas y los fusiles dispuestos. Cuando dejaron atrás la taberna, formaron en punta de lanza. Horyse, Sabriel, Piedra de Toque y el conductor iban a continuación. Detrás de ellos seguían otros dos pelotones y los expertos en comunicaciones, que iban desenrollando cable de teléfono de un carrete inmenso, difícil de maniobrar.

Entre los alcornocales reinaba el silencio; los soldados avanzaban con todo el sigilo posible; se comunicaban por señas en lugar de hablar, lo único que interrumpía la calma era el traqueteo ocasional de las armaduras o el equipo y el ruido de sus pisadas.

El sol se filtraba entre la copa de los árboles con sus rayos alegres y dorados, pero su calor comenzaba a perder intensidad, como el vino blanco, de sabor potente y baja graduación.

Cuando estuvieron cerca de la cima de la colina, sólo los exploradores del Paso Fronterizo continuaron avanzando. El pelotón de infantería que marchaba a la cabeza siguió por un desvío más bajo, que ceñía el costado norte; los otros dos pelotones marcharon hacia el suroeste y el sureste, donde formaron un triángulo defensivo alrededor de la colina. Horyse, Sabriel, Piedra de Toque y el conductor prosiguieron la marcha.

A unos doscientos metros de la cima, los árboles desaparecían para dar paso a unos tupidos matorrales de hierbajos y cardos. En el punto más alto estaba el monumento funerario: un cuadrado macizo de piedras verdegrisáceas, grande como una cabana. Los doce exploradores se distribuyeron a su alrededor, cuatro de ellos se habían puesto ya a hacer palanca con una larga barra metálica en el extremo de una piedra, con el fin de sacarla de su sitio.

Cuando Sabriel y Piedra de Toque llegaron arriba, la piedra cayó con un golpe seco dejando al descubierto los bloques de abajo. Al mismo tiempo, todos los magos del Gremio allí presentes notaron un ligero zumbido en los oídos y un fuerte mareo.

—¿Lo habéis sentido? —preguntó Horyse inútilmente, porque quedaba bien claro que sí por las expresiones de todos y porque se habían tapado los oídos con las manos.

—Sí —contestó Sabriel. En menor medida, se trataba de la misma reacción causada por los pilares rotos dentro del embalse—. Me temo que empeorará a medida que nos acerquemos al sarcófago.

—¿A qué distancia está?

—Cuatro bloques de profundidad —dijo Sabriel—. O cinco... Lo vi desde... desde una perspectiva muy rara.

Horyse asintió e indicó a los hombres que siguieran apartando las piedras con la palanca. Se pusieron a ello con ahínco, pero Sabriel se dio cuenta de que no dejaban de mirar la posición del sol. Todos los exploradores eran magos del Gremio con diferentes poderes: todos sabían qué traería consigo la puesta de sol.

En un cuarto de hora consiguieron abrir en un extremo un agujero de dos bloques de ancho y dos de profundidad, y las náuseas fueron en aumento. Dos de los exploradores jóvenes, hombres que rayaban los veintitantos, habían tenido un violento acceso de vómito y se encontraban un poco más abajo, tratando de recuperarse. Los demás trabajaban más despacio, pues debían dedicar parte de sus energías a aguantar las arcadas y calmar el temblor de brazos y piernas.

Fue toda una sorpresa comprobar que, pese a la falta de sueño y el deplorable estado general en que se encontraban, Sabriel y Piedra de Toque consiguieron resistir con relativa facilidad los embates de la náusea que emanaban del monumento. La situación en la colina, donde brillaba el sol y soplabla una brisa que por momentos daba calor y por momentos refrescaba, no era comparable al miedo frío y negro del embalse.

Cuando el tercer bloque cedió, Horyse ordenó a sus hombres que descansaran brevemente; todos descendieron la colina, en dirección a los árboles, donde el aura enfermiza del monumento perdía fuerza. El personal de comunicaciones había instalado allí un teléfono, el auricular descansaba sobre el carrete vuelto patas arriba. Horyse lo cogió, pero se volvió hacia Sabriel antes de que el soldado de comunicaciones pudiera darle a la manivela para cargarlo.

—¿Hay algún preparativo que hacer antes de que quitemos los últimos bloques? Me refiero a los de tipo mágico.

Sabriel pensó un instante, pugnando por olvidarse del cansancio, y meneó la cabeza.

—Creo que no. En cuanto accedamos al sarcófago, es posible que tengamos que abrirlo mediante un encantamiento... Voy a necesitar la ayuda de todos. A continuación, habrá que realizar los ritos finales sobre el cuerpo..., el hechizo habitual de la cremación. También entonces encontraremos resistencia. Confío en que sus hombres hayan realizado encantamientos conjuntos de magia del Gremio.

—Por desgracia, no —le dijo Horyse, frunciendo el ceño—. El ejército no reconoce oficialmente la existencia de la magia del Gremio, aquí casi todo el mundo

es autodidacta.

—No importa —dijo Sabriel, tratando de parecer confiada, consciente de que todos la estaban escuchando—. Saldremos adelante.

—Bien —dijo Horyse con una sonrisa.

Eso le daba aspecto de sentirse confiado, pensó Sabriel. Intentó sonreír a su vez sin mucha certeza acerca del resultado. En realidad, aquello fue más bien una mueca de dolor.

—Veamos ahora hasta dónde ha llegado nuestro huésped intruso —prosiguió Horyse, sin dejar de sonreír—. ¿Con qué está conectado este teléfono, sargento?

—Con la policía de Bain —contestó el sargento de comunicaciones girando con entusiasmo la manivela de carga—. Y con el Cuartel General del Norte, mi coronel. Tendrá que pedirle al cabo Synge que lo ponga en comunicación. Él se ocupa de la centralita que está en el pueblo.

—Bien —dijo Horyse—. ¿Oiga? ¿Synge? Póngame con Bain. No, dígame al Cuartel General del Norte que no puede comunicarse conmigo. Eso es, cabo. Gracias... ¿Sí...? ¿La Jefatura Superior de Policía de Bainshire? Soy el Coronel Horyse. Quiero hablar con el Comisario Jefe Dingley... Eso es. Hola, Comisario. ¿Le ha llegado algún informe sobre una intensa y extraña niebla...? ¿Qué? ¿Ya? No, por ningún motivo se le ocurra investigar nada. Encargúese de que todo el mundo se meta en sus casas. Que echen los postigos y cierren las ventanas... Sí, el procedimiento habitual. En efecto, sea lo que sea lo que ha cruzado es... muy peligroso. ¿Oiga? ¿Oiga?

Depositó el auricular muy despacio y señaló hacia lo alto de la colina.

—La niebla avanza por el norte de Bain. Debe de ir mucho más deprisa. ¿Es posible que el tal Kerrigor sepa qué nos proponemos?

—Sí —contestaron a la vez Sabriel y Piedra de Toque.

—Será mejor que nos pongamos en marcha —anunció Horyse echando un vistazo al reloj—. Calculo que disponemos de menos de cuarenta minutos.

Capítulo 27

Los últimos bloques salieron despacio de sus encajes, tirados por hombres pálidos, cubiertos de sudor, de manos y piernas temblorosos y aliento entrecortado. En cuanto el camino quedó despejado, retrocedieron con paso inseguro alejándose del monumento funerario, en busca de los lugares donde lucía el sol para combatir el frío terrible que les carcomía los huesos. Uno de los soldados, un hombre pulcro, de bigote rubio claro, se precipitó colina abajo y se puso a vomitar tumbado en el suelo hasta que llegaron los camilleros y se lo llevaron.

Sabriel miró el negro agujero dentro del monumento funerario y captó el resplandor levísimo e inquietante que se desprendía del sarcófago de bronce. También sintió náuseas, se le erizó el vello de la nuca y se le puso la carne de gallina. Flotaba en el aire un hedor denso de magia libre, y notó un sabor metálico en la boca.

—Habrà que abrirlo con un hechizo —anunció la Abhorsen, y le dio un vuelco el corazón—. Los sarcófagos tienen protecciones muy fuertes. Creo que... lo mejor será que entre yo primero y me siga Piedra de Toque tomándome la mano, y a continuación vaya Horyse tomado de la mano de éste y así sucesivamente hasta formar una cadena que refuerce la magia del Gremio. ¿Conocéis todos las marcas del Gremio correspondientes al hechizo para abrir cosas?

Los soldados asintieron y contestaron:

—Sí, señora.

Uno de ellos respondió:

—Sí, Abhorsen.

Sabriel lo miró. Era un cabo de mediana edad, llevaba en la manga galones que indicaban que llevaba mucho tiempo en servicio. Parecía uno de los menos afectados por la magia libre.

—Puedes llamarme Sabriel, si quieres —le dijo, incómoda porque se hubiese dirigido a ella utilizando el título.

El cabo negó con la cabeza.

—No, señorita. Conocí a su padre. Es usted como él. Ahora es la Abhorsen. Hará usted que este difunto cabrón, usted perdone, desee haberse quedado muerto y donde estaba.

—Gracias —contestó Sabriel no muy segura de sí misma.

Sabía que el cabo carecía del don de la visión, era algo que se notaba siempre, pero su fe en ella era tan concreta...

—Tiene razón —dijo Piedra de Toque. Le hizo una seña, acompañada de una leve reverencia, para que entrara delante de él—. Acabemos lo que hemos venido a hacer, Abhorsen.

Sabriel se inclinó a su vez, con un movimiento que tenía mucho de ritual. La

Abhorsen se inclinaba ante el rey. Inspiró hondo, su rostro adoptó una expresión decidida. Formando mentalmente las marcas del Gremio que correspondían a la apertura de cosas, aferró la mano de Piedra de Toque y echó a andar hacia el monumento funerario abierto; su interior oscuro y lleno de sombras ofrecía un crudo contraste con los cardos iluminados por el sol y las piedras volteadas. A sus espaldas, Piedra de Toque se volvió para agarrarse de la mano callosa de Horyse; la otra mano del coronel asía firmemente la del teniente Aire; Aire se agarraba a la del sargento, el sargento a la del cabo que llevaba muchos años en el ejército, y así colina abajo. En total eran catorce magos del Gremio, aunque sólo dos de primera categoría.

Sabriel notó cómo se concentraba la magia del Gremio a lo largo de la fila; las marcas brillaron cada vez más en su mente hasta que fue tal su resplandor que dejó de ver con claridad. Avanzó arrastrando los pies y se metió en el interior del monumento funerario; con cada paso que daba, se renovaban los ataques de náusea, los pinchazos en brazos y pies, los temblores incontrolables. No obstante, las marcas se mantuvieron firmes en su mente, más fuertes que el asco.

Llegó hasta el sarcófago de bronce, pegó la mano a él con la palma abierta y dejó que la magia del Gremio fluyera. Se produjo una explosión instantánea de luz y un grito espeluznante invadió el monumento funerario. El bronce comenzó a quemar y Sabriel retiró la mano sin poder evitar que la palma enrojecida se ampollara. Un segundo después, de los bordes del sarcófago comenzaron a salir chorros de vapor caliente; Sabriel se vio obligada a alejarse; los componentes de la fila fueron cayendo como piezas de dominó al salir del monumento y bajar la colina.

Sabriel y Piedra de Toque fueron despedidos a quinientos metros de la entrada del monumento funerario. Sin saber cómo, la cabeza de Sabriel acabó aterrizando sobre la barriga de Piedra de Toque. Él tenía la suya posada sobre una mata de cardos, pero los dos se quedaron quietos, agotados por la fuerza de las defensas de la magia libre. Miraron el cielo azul, teñido ya con los tonos rosados del inminente ocaso. A medida que los soldados se fueron incorporando a su alrededor, cayó una lluvia de improperios.

—No se ha abierto —observó Sabriel, en voz baja, con total naturalidad—. No contamos con el poder o la habilidad...

Hizo una pausa y agregó:

—Ojalá Zapirón no se... Ojalá estuviese aquí. A él se le ocurriría algo...

Piedra de Toque guardó silencio y luego comentó:

—Necesitamos más magos del Gremio... Funcionaría si las marcas estuviesen lo bastante reforzadas.

—Más magos del Gremio —repitió Sabriel con tono cansado—. No estamos del lado adecuado del Muro...

—¿Qué me dices de tu escuela? —inquirió Piedra de Toque y luego, cuando

Sabriel se levantó de golpe, gritó—: ¡Ay! —Y volvió a gritar—: ¡Ay! —cuando la muchacha se inclinó y lo besó con fuerza hundiéndole más la cabeza en los cardos.

—¡Piedra de Toque! Tendría que haberseme ocurrido... Los cursos de magia avanzada. Debe de haber al menos treinta y cinco chicas con la marca del Gremio y conocimientos básicos...

—Bien —murmuró Piedra de Toque desde el fondo de los cardos.

Sabriel le tendió las manos, lo ayudó a levantarse y percibió su olor a sudor y el aroma fresco y penetrante de los cardos aplastados. Se había incorporado a medias cuando, de repente, la muchacha pareció perder el entusiasmo y Piedra de Toque estuvo a punto de volver a caerse.

—Las chicas están allí, podemos contar con ellas —dijo Sabriel con cautela, como si pensara en voz alta—. Pero, ¿tengo yo derecho a meterlas en algo que...?

—Ya están metidas de todos modos —la interrumpió Piedra de Toque—. Lo único que impide que Ancelstierre no sea como el Reino Antiguo es el Muro, y no durará mucho cuando Kerrigor haya destruido los pilares restantes.

—No son más que colegialas —dijo Sabriel con tristeza—. Pese a que siempre nos hemos creído mujeres hechas y derechos.

—Las necesitamos —insistió Piedra de Toque.

—Sí —dijo Sabriel contemplando cómo los hombres se apiñaban e intentaban acercarse al monumento funerario venciendo todos sus temores.

Horyse y algunos de los magos del Gremio más poderosos volvían la vista hacia la entrada, donde el bronce seguía brillando.

—El hechizo ha fallado —dijo Sabriel—. Pero Piedra de Toque acaba de recordarme dónde podemos conseguir más magos del Gremio.

Horyse la miró con la ansiedad retratada en el rostro.

—¿Dónde?

—En el Colegio Wyverley. Al que yo iba. Se trata de las alumnas de quinto y sexto curso de magia, y su maestra, la magitrix Greenwood. Está a poco más de un kilómetro de aquí.

—Dudo que dispongamos de tiempo para enviarles un mensaje y esperar a que vengan —comenzó a decir Horyse mirando el sol que se iba poniendo, luego el reloj cuyas agujas comenzaron, en ese mismo momento, a girar en sentido inverso. Aquello lo asombró, pero lo pasó por alto—. Se me ocurre otra cosa... ¿Crees que sería posible mover el sarcófago?

Sabriel pensó en el hechizo protector que había encontrado y contestó:

—Sí. Gran parte de las defensas se encontraban en el monumento funerario, para esconderlo. Ahora nada nos impide que movamos el sarcófago, salvo los efectos secundarios de la magia libre. Si aguantamos las nauseas, conseguimos levantarlo y...

—¿Y el Colegio Wyverely es un edificio antiguo y sólido?

—Más que colegio parece un castillo —contestó Sabriel, al comprender en qué estaba pensando—. Es más fácil de defender que estas colinas.

—¿Y agua corriente? Eso ya sería pedir demasiado. ¡Muy bien! Soldado Macking, vaya ahora mismo a ver al mayor Tindall y dígame que tenga lista a su compañía, nos marchamos dentro de dos minutos. Regresaremos a los camiones e iremos al Colegio Wyverley... Aparece en el mapa, está a algo más de un kilómetro...

—Al suroeste —aclaró Sabriel.

—Al suroeste. Repítamelo.

El soldado Macking repitió el mensaje arrastrando las palabras y luego salió corriendo, a todas luces encantado de poder alejarse del monumento funerario. Horyse se volvió hacia el cabo que llevaba tiempo en el ejército y le ordenó:

—Cabo Anshey. Se le ve a usted bastante fuerte. ¿Cree que podría poner una cuerda alrededor del ataúd?

—Supongo que sí, mi coronel —contestó el cabo Anshey. Descolgó una cuerda enrollada de la cincha, al tiempo que hablaba y con la mano señalaba a los otros soldados—. Eh, vosotros, traed las cuerdas,

Al cabo de veinte minutos, con la ayuda de una grúa de tijera y varias cuerdas, consiguieron levantar el sarcófago y depositarlo en un carro tirado por un caballo, confiscados ambos a un granjero de la zona. Tal como Sabriel había supuesto, cuando estuvo cerca de los camiones, los motores dejaron de funcionar, las luces eléctricas se apagaron y el teléfono se quedó mudo.

Lo curioso fue que al caballo, una yegua vieja y pacífica, no pareció afectarle en absoluto el sarcófago reluciente, pese a que en su superficie de bronce bullían perversiones de las marcas del Gremio que revolvían el estómago. No era una yegua feliz, pero tampoco estaba atemorizada.

—Tendremos que conducir el carro —le dijo Sabriel a Piedra de Toque mientras los soldados, con la ayuda de largos postes, depositaban el ataúd suspendido en el aire y desmontaban la grúa de tijera—. Dudo que los exploradores consigan soportar las náuseas por más tiempo.

Piedra de Toque se estremeció. Como todos los demás, estaba pálido, tenía los ojos enrojecidos y le castañeteaban los dientes.

—Yo tampoco estoy seguro de conseguirlo.

Sin embargo, cuando tiraron de la última cuerda y los soldados se alejaron, Piedra de Toque ocupó el pescante y cogió las riendas. Sabriel se sentó a su lado controlando la sensación de que iba a echar hasta las tripas. No se volvió a mirar el sarcófago.

Piedra de Toque chasqueó la lengua y tiró de las riendas. La yegua levantó las orejas, se puso en marcha y empezó a tirar. No iba demasiado deprisa.

—¿No podrá ir más rápido...? —preguntó Sabriel, nerviosísima.

Tenían más de un kilómetro de camino y el disco del sol, teñido de rojo sangre,

rozaba casi la línea del horizonte.

—La carga es muy pesada —contestó Piedra de Toque con calma, y entre palabra y palabra aspiró rápidas bocanadas de aire, como si le costase hablar—. Llegaremos antes de la puesta de sol.

A sus espaldas, el sarcófago emitía zumbidos y risitas entrecortadas. Ninguno de los dos mencionó que Kerrigor podía presentarse, envuelto en un sudario de bruma, antes de que cayera la noche. Sabriel comenzó a echar furtivas miradas hacia el camino que iban dejando atrás. De ese modo, y muy a su pesar, conseguía espiar la asquerosa superficie cambiante del ataúd. Las sombras se fueron alargando y cada vez que atisbaba la corteza pálida de algún árbol o un mojón encalado, el miedo le revolvió las tripas. ¿Qué sería esa niebla que se enroscaba allá adelante, en el camino?

El Colegio Wyverley parecía encontrarse a más de un kilómetro y medio. El sol mostraba las tres cuartas partes de su cara redonda cuando los camiones abandonaron el camino y doblaron hacia el sendero de ladrillo que conducía a las verjas de hierro forjado del Colegio Wyverley. «Estoy en casa», pensó Sabriel fugazmente. Sin embargó, eso ya no era cierto. Había sido su casa buena parte de su vida, pero ahora formaba parte del pasado. Se trataba de la casa de su niñez, cuando sólo era Sabriel. Ahora era también la Abhorsen. Su casa estaba en el Reino Antiguo, así como sus responsabilidades. Pero éstas viajaban con ella, las llevaba consigo a todas partes.

Las bombillas eléctricas, que alumbraban con su intensa luz desde las dos antiguas farolas de vidrio situadas a ambos lados de la verja, al paso del carro y de su extraña carga, se convirtieron en dos meras chispas. Una de las verjas se había salido de los goznes y Sabriel advirtió que los soldados debían de haber entrado por la fuerza. Las verjas no solían estar cerradas antes de que cayera la noche. Debían de haberlas atrancado al oír las campanas, pensó Sabriel, y esa idea hizo que reparara en algo más...

—La campana del pueblo —exclamó cuando el carro pasó junto a varios camiones detenidos y dio la vuelta para detenerse cerca de las inmensas puertas que daban al edificio principal de la escuela—. Ha dejado de tocar.

Piedra de Toque detuvo el carro y escuchó, aguzando el oído hacia el cielo oscurecido. Era cierto, ya no se oía la campana del pueblo de Wyverley.

—Se encuentra a más de un kilómetro de aquí —sugirió tras vacilar—. Quizá estemos demasiado lejos y el viento...

—No —dijo Sabriel. Notó el aire fresco del atardecer en la cara. No soplaba el viento—. Desde aquí se oía siempre. Kerrigor debe de haber llegado al pueblo. ¡Daos prisa, entremos el sarcófago ahora mismo!

Saltó del carro y corrió en dirección a Horyse, que se encontraba en la escalera que conducía a la puerta entreabierta hablando con una silueta envuelta en sombras

que había dentro. Cuando Sabriel se acercó más, abriéndose paso entre los grupos de soldados, reconoció la voz. Era la señora Umbrade, la directora.

—¡Cómo se atreven a irrumpir de esta manera en esta institución! —decía, muy pomposa—. Soy amiga personal del teniente general Farnsley, y quiero que sepa que... ¡Sabriel!

Encontrarse delante a

Sabriel, en tan extrañas circunstancias y ataviada como iba, hizo que la señora Umbrade tuviera un instante de asombrada vacilación. En ese segundo de silencio, en que permaneció muda como un pez, Horyse hizo señas a sus hombres. Antes de que la señora Umbrade pudiera protestar, las puertas se abrieron de par en par y un tropel de hombres armados pasó como si de una riada se tratase a ambos lados de la boquiabierta mujer.

—¡Señora Umbrade! —gritó Sabriel—. Tengo que hablar ahora mismo con la señora Greenwood y las chicas de los cursos superiores de magia. Será mejor que lleve a las demás alumnas y al personal a los pisos más altos de la torre Norte.

La señora Umbrade no se movió, boqueaba como un pez de colores hasta que Horyse se plantó ante ella y le espetó:

—¡Muévase de una vez, mujer!

Antes de que el coronel cerrara la boca, ella había desaparecido. Sabriel se volvió y comprobó que Piedra de Toque había organizado el traslado del sarcófago y luego la siguió.

En el vestíbulo de la entrada se toparon con una hilera de soldados que iban entrando las cajas desde los camiones estacionados fuera, y las apilaban a lo largo de las paredes. Eran cajas de color caqui que llevaban las marcas «balas 303» o «Granadas

B2E2», las apilaban debajo de las fotos de los equipos de hockey vencedores de campeonatos o de las orlas con las estudiantes del cuadro de honor. Los soldados también habían abierto de par en par las puertas que daban a la gran sala y se habían puesto a cerrar los postigos y a colocar los bancos de pie, contra las ventanas cerradas.

La señora Umbrade se dirigió al otro extremo del vestíbulo de entrada, donde esperaba el personal, apiñado y visiblemente nervioso. Detrás de ellos, desde lo alto de la escalera principal, observaban todos los monitores, formados en fila. Detrás de ellos, más arriba en la escalera, desde donde no se veía casi nada, había una pandilla de alumnas de quinto y sexto. Sabriel supo que las demás alumnas estarían en los corredores que había detrás, muertas de curiosidad por saber a qué se debía tanto jaleo.

Cuando la señora Umbrade se reunió con el personal, se apagaron todas las luces. Reinó un instante de pasmado silencio, luego el ruido se redobló. Chillidos de las

niñas, gritos de los soldados, golpes y estrépitos al chocar la gente entre sí o con el mobiliario.

Sabriel se quedó donde estaba y conjuró las marcas del Gremio correspondientes a la luz. Acudieron veloces y fluyeron hacia la punta de sus dedos como agua fría de un aguacero. Las dejó un instante en el aire, luego las lanzó hacia el techo donde formaron muchos puntos luminosos que crecieron hasta adquirir el tamaño de platos y proyectaron sobre el vestíbulo una luz amarillenta. Alguien más se había encargado de crear luces parecidas desde donde se encontraba la señora Umbrade y Sabriel reconoció la obra de la magistrix Greenwood. Al reconocerlas sonrió torciendo apenas la comisura de la boca. Sabía que las luces se habían apagado porque Kerrigor acababa de pasar junto a la central eléctrica y que se encontraba a mitad de camino entre la escuela y el pueblo.

Como era de esperar, la señora Umbrade no le decía nada útil a las maestras, sino que seguía despotricando contra la falta de educación y comentaba algo sobre cierto general. Sabriel vio a la magistrix detrás de la silueta alta y encorvada de la directora de ciencias y le hizo señas con la mano.

—Es inaudito, en mi vida había visto nada más asombroso que nuestra... —decía la señora Umbrade cuando Sabriel se le acercó y, con mucha suavidad, trazó las marcas del silencio y la inmovilidad en la nuca de la profesora.

—Lamento interrumpir —se excusó Sabriel, y se puso al lado de la silueta temporalmente congelada de la directora—, pero se trata de una emergencia. Como pueden ver, el ejército tomará las riendas. Estoy ayudando al coronel Horyse, al mando de las tropas. Es preciso que todas las alumnas de los cursos superiores de magia bajen a la gran sala, con usted al frente, magistrix Greenwood. Los demás, alumnas, personal, jardineros, todo el mundo, deberán subir a las plantas más altas de la torre Norte y encerrarse allí hasta mañana al amanecer.

—¿Por qué? —inquirió la señora Pearch, la profesora de matemáticas—. ¿A qué viene todo esto?

—Algo ha escapado del Reino Antiguo —le contestó Sabriel brevemente al tiempo que veía cómo cambiaban sus expresiones—. Dentro de poco seremos atacados por las huestes de los difuntos.

—¿Debo deducir entonces que mis alumnas estarán en peligro? —preguntó la profesora Greenwood abriéndose paso entre dos maestras de inglés con cara de susto. Miró a Sabriel a la cara, como si acabara de caer en la cuenta, y luego añadió—: Abhorsen.

—Todos estaremos en peligro —contestó Sabriel sombríamente—. Sin embargo, si no contamos con la ayuda de los magos del Gremio que hay en este colegio, no habrá una sola posibilidad de...

—De acuerdo —la interrumpió la señora Greenwood, decidida—. Hay que

organizarse. Iré a buscar a Sulyn y Ellimere. Son las únicas magas del Gremio entre los monitores, se ocuparán de organizar a las demás. Señora Pearch, será mejor que se ocupe de... de la evacuación hacia la torre Norte, pues imagino que la señora Umbrade estará... pues... digamos que sumida en sus pensamientos. Señora Swann, reúna a las cocineras y las criadas, que consigan agua, comida y velas. Señor Arkler, tenga la bondad de traer las espadas del gimnasio...

Al ver que todo estaba bajo control, Sabriel suspiró y salió a paso veloz, pasando junto a los soldados que encendían lámparas de aceite en el corredor. Pese a todo, fuera había más luz que dentro; los últimos rayos de sol teñían el cielo de tonos rojizos y anaranjados.

Piedra de Toque y los exploradores habían bajado el sarcófago del carro y lo tenían atado. Brillaba con su propia y horrible luz interior; las marcas cambiantes de la magia libre flotaban por toda su superficie como espumarajos o coágulos en la sangre. Los exploradores tiraban de las cuerdas y eran los únicos que se atrevían a acercarse. Los soldados estaban en todas partes; colocaban alambre espinoso, llenaban sacos terreros con la tierra de los rosedales, preparaban las posiciones de ataque en la segunda planta, ataban las bengalas a su sitio. Pese a la intensa actividad, alrededor del reluciente ataúd de Rogir había un círculo vacío.

Sabriel se dirigió hacia Piedra de Toque y notó la pesadez de las piernas, y el rechazo de su cuerpo ante la idea de acercarse más a la maldita luminosidad del sarcófago. De él emanaban olas más potentes de náusea, pues el sol casi se había puesto. En la penumbra, parecía más grande y más fuerte, y su magia más poderosa y maligna.

—¡Tirad! —gritó Piedra de Toque, y él también tiró de las cuerdas junto con los soldados—. ¡Tirad!

Poco a poco, el sarcófago se deslizó por las viejas piedras del camino y avanzó despacio hacia la escalera de entrada, donde otros soldados se afanaban por terminar de clavar las maderas que formaban una rampa sobre los escalones.

Sabriel decidió dejar que Piedra de Toque siguiera con su labor y recorrió el sendero de entrada hasta que alcanzó a ver las verjas de hierro. Allí se quedó vigilando, mientras con las manos acariciaba nerviosamente los mangos de las campanillas. Seis en total; probablemente no servirían de nada ante la fuerza tremenda de Kerrigor. Palpó también una espada desconocida que le resultó extraña al tocarla pese a haber sido forjada por el constructor del Muro.

El constructor del Muro. Eso le recordó a Zapirón. Quién sabe lo que había sido de aquella extraña combinación de irascible acompañante de los Abhorsen y centelleante engendro de la magia libre creado para matarlos. Había dejado de existir, eliminado de un plumazo por el llamado lastimero de Astarael...

«Me fui de aquí sin saber casi nada del Reino Antiguo y ahora vuelvo sin haber

aprendido mucho más —pensó Sabriel—. Soy la Abhorsen más ignorante que ha habido en los últimos siglos y quizá la que ha sido sometida a la más dura de las pruebas...»

El repiqueteo de disparos interrumpió sus reflexiones, seguido del silbido de un cohete que surcaba el cielo dejando una estela amarilla que llegaba hasta el camino. Se oyeron luego más disparos. Enm rápida sucesión... Luego un repentino silencio. El cohete estalló y en el aire se abrió un blanco paracaídas que descendió lentamente. Gracias a la luz cruda y brillante del magnesio, Sabriel vio la niebla avanzar por el camino; se extendía espesa y húmeda hacia la oscuridad hasta donde alcanzaba su vista.

Capítulo 28

Sabriel se obligó a andar otra vez en dirección de las puertas principales, en lugar de echar a correr como alma que lleva el diablo. Había muchos soldados que podían verla; algunos seguían colocando ristas de linternas en el borde de los escalones; otros sostenían unos rollos de alambre, con toda la pinta de estar dispuestos a soltarlo y huir. La miraron con gran ansiedad cuando pasó junto a ellos.

Eí sarcófago acababa de deslizarse por la rampa y entraba en ese momento en el corredor. Sabriel podría haber pasado dejándolo atrás, pero prefirió esperar fuera y observar qué ocurría. Al cabo de un instante, se dio cuenta de que Horyse se encontraba a su lado; una mitad de su cara estaba iluminada por las linternas, la otra estaba cubierta de sombras.

—La niebla... La niebla ha llegado casi a la verja —dijo a borbotones, demasiado deprisa como para infundir calma a nadie.

—Ya lo sé —dijo Horyse—. Esos disparos venían de un piquete. Seis hombres y un cabo.

Sabriel asintió. Había notado sus muertes como leves puñetazos en el estómago. Y en ese mismo momento comenzó a endurecerse para no notar nada más, para embotar sus sentidos. Esa noche se producirían muchas, muchas muertes.

Notó entonces algo, no se trataba de una defunción en curso, sino de cosas muertas. Se irguió cuan alta era y exclamó:

—¡Coronel! ¡El sol ya se ha puesto... y algo se acerca, marcha delante de la niebla!

Desenfundó la espada mientras hablaba; el acero del coronel brilló en el aire un segundo después. Los soldados encargados de las alambradas se volvieron, asombrados, luego salieron escaleras arriba y entraron en el corredor. A ambos lados de la puerta, los cuatro centinelas prepararon las ametralladoras montadas sobre trípodes y depositaron las espadas sobre los muros formados por sacos terreros.

—¡Los de la segunda planta, atención! —gritó Horyse.

Sabriel oyó entonces descorrerse los cincuenta cerrojos de otros tantos fusiles. Por el rabillo del ojo vio salir a dos exploradores y tomar posición detrás de ellos, con las flechas y los arcos dispuestos. Sabía que estaban preparados para entrarla de un tirón, si hacía falta...

En la calma expectante sólo se oían los ruidos habituales de la noche. El viento silbaba entre las copas de los árboles más altos, al otro lado de la tapia que rodeaba el colegio, y comenzó a aumentar en intensidad a medida que el cielo se iba oscureciendo. Los grillos iniciaron su canto. Fue entonces cuando Sabriel lo percibió: el chirrido de las articulaciones de los muertos que habían perdido el cartílago hacía tiempo; las pisadas silenciosas de los pies de los fallecidos, seguidas del tac tac de los

huesos que, como tachuelas, chocaban contra el suelo a través de la carne necrósica.

—Braceros —dijo, muy nerviosa—. Cientos de braceros.

No había acabado de decirlo cuando una pared maciza de carne muerta golpeó contra las verjas de hierro derribándolas con gran estrépito. A continuación, las siluetas con vagas formas humanas se abalanzaron en tropel hacia ellos, las bocas muertas tragaban aire y siseaban en una horrenda y fantasmal imitación del grito de guerra.

—¡Fuego!

En el breve intervalo que siguió a esta orden, Sabriel se vio asaltada por el horrenda idea de que los fusiles no funcionasen. A continuación, las armas soltaron un estampido y las ametralladoras rugieron con furia tremenda al proyectar carga tras carga de balas trazadoras que rebotaron con violencia contra el suelo donde dibujaron una especie de encaje. Las balas destrozaban carne muerta, astillaban huesos, derribaban a los braceros... pero éstos se levantaban y seguían avanzando hasta que quedaban literalmente, destrozados, hechos trizas, enzarzados en las alambradas.

Los disparos comenzaron a disminuir, y antes de que cesaran por completo, otra oleada de braceros saltó por encima de la tapia y cruzó a toda carrera la puerta desde donde prosiguió avanzando a rastras. Eran cientos, iban tan juntos que arrasaron con la alambrada y continuaron adelante, hasta que las armas dieron cuenta de los últimos, al pie mismo de la escalera. Algunos de ellos, que todavía conservaban un vestigio de inteligencia, se retiraron y fueron alcanzados por las llamas de las granadas de fósforo blanco lanzadas desde la segunda planta.

—¡Sabriel, entra! —ordenó Horyse cuando fueron abatidos los últimos braceros y, ya en el suelo, comenzaron a dar vueltas en círculos hasta que una lluvia de balas se enterró en sus cuerpos con un ruido sordo y dejaron de moverse.

—Sí —respondió Sabriel, observando el suelo alfombrado de cuerpos, las llamas parpadeantes de las linternas y los grumos de fósforo ardiendo como velas en un espantoso osario.

El pestazo a cordita le impregnaba la nariz, el pelo, la ropa, mientras los cañones de las ametralladoras brillaban al rojo vivo a su lado. Los braceros ya estaban muertos, pero aun así, aquella destrucción masiva le revolvía las tripas mucho más que cualquier hechizo de magia libre...

Entró tras envainar la espada. Fue entonces cuando se acordó de las campanas. Tal vez habría podido aplastar aquella invasión de braceros enviándolos pacíficamente de vuelta a la muerte sin... Pero era demasiado tarde. ¿Y si la derrotaban?

Sabía que a continuación llegarían los braceros fantasmas, y que era imposible detenerlos por la fuerza física o mediante las campanas, a menos que se presentaran en números reducidos..., algo tan poco probable como que amaneciera pronto...

Había más soldados en el corredor; vestían cotas de malla y yelmos, y llevaban escudos y lanzas de anchas puntas manchadas de plata y las marcas del Gremio más sencillas, dibujadas con tiza y saliva. Fumaban y bebían té en tazas del segundo mejor juego de porcelana del colegio. La muchacha se dio cuenta de que estaban allí para luchar cuando fallaran las armas de fuego. Se notaba en ellos un nerviosismo contenido que no alcanzaba el grado de bravuconada, sino una mezcla extraña de competencia y cinismo. Fuera lo que fuese, obligó a Sabriel a pasar entre ellos con tranquilidad, como si no tuviese ninguna prisa.

—Buenas tardes, señorita.

—Qué bien escuchar las armas, ¿eh? ¡Allá, en el Norte, casi nunca tenemos ocasión de practicar!

—A este paso no van a necesitarnos.

—No es como en la Frontera, ¿eh, señora?

—Buena suerte con el tipo que está encerrado en la caja de cigarros, señorita.

—Buena suerte a vosotros —contestó Sabriel, tratando de agradecer sus palabras con una sonrisa.

A continuación las armas volvieron a escucharse y la muchacha dio un respingo y se le borró la sonrisa; los soldados dejaron de prestarle atención, otra vez se concentraron en cuanto ocurría fuera. No estaban ni por asomo tan tranquilos como fingían, pensó Sabriel, y entró por las puertas laterales del corredor que daban a la gran sala.

Allí dentro, el miedo flotaba en el aire. El sarcófago se encontraba en un extremo de la sala, colocado encima de la tarima del orador. Todo el mundo se había alejado lo más posible y se había situado en el extremo opuesto. Los exploradores se encontraban en un costado, bebiendo té. La magistrix Greenwood conversaba con Piedra de Toque en el centro, y las treinta y tantas niñas... jovencitas, en realidad... estaban alineadas en la pared frente a los soldados. Era una extraña parodia de un baile.

Detrás de las gruesas paredes de piedra y de las ventanas con los postigos cerrados de la gran sala, los disparos podían confundirse con un granizo particularmente intenso, y las granadas con truenos, aunque resultaba difícil si sabías lo que estaba pasando. Sabriel se dirigió al centro de la gran sala y gritó:

—¡Magos del Gremio! ¡Acercaos!

Las jóvenes lo hicieron más deprisa que los soldados, que ya daban signos de cansancio después de las arduas tareas del día y por la proximidad del sarcófago. Sabriel miró a las alumnas, vio sus caras relucientes y francas; el miedo se reflejaba en ellas, pese al entusiasmo ante el sabor de lo desconocido. Dos de sus mejores compañeras, Sulyn y Ellimere, se encontraban entre la multitud, pero se sentía muy alejada de ellas. Probablemente diera también esa impresión, pensó, al ver que la

miraban con respeto y quizá con algo similar a la duda. Las marcas del Gremio que lucían en la frente parecían frágiles copias cosméticas, aunque le constaba que eran reales. Era muy injusto que tuviesen que verse mezcladas en todo aquello...

Sabriel se dispuso a hablar y en ese preciso momento cesaron de repente los disparos, como si hubiesen estado esperando que ella abriera la boca. En medio del silencio se oyó la risa nerviosa de una de las muchachas. Sabriel notó entonces muchos fallecimientos, todos a la vez, y un miedo conocido le recorrió la espalda con sus dedos helados. Kerrigor se acercaba. Los disparos habían cesado por obra de su fuerza descomunal, no porque el ataque hubiera perdido fuerza. A la Abhorsen le llegaron débiles gritos desde fuera. La lucha era ahora con armas más antiguas.

—Deprisa —ordenó yendo hacia el sarcófago—. Debemos tomarnos de las manos con fuerza y formar un corro alrededor del sarcófago. Magistrix, por favor, coloque a la gente... Teniente, intercale a sus hombres entre las muchachas...

En otras circunstancias habrían arreciado los chistes picaros y las risitas. Sin embargo, rodeados de difuntos como estaban, y con la inquietante presencia del sarcófago, sonó como lo que era, una simple orden. Los hombres ocuparon sus puestos, las muchachas los tomaron de la mano con decisión. Segundos más tarde, alrededor del sarcófago se había formado un círculo de magos del Gremio.

Así, unidos de las manos, a Sabriel no le hizo falta hablar. Notaba la presencia de cuantos, formaban el corro. Piedra de Toque estaba a su derecha e irradiaba un calor poderoso y familiar. La señora Greenwood ocupaba el sitio de su izquierda, la sentía menos fuerte, pero llena de habilidad, y así, hasta completar el círculo.

Poco a poco, Sabriel visualizó las marcas del Gremio correspondientes al hechizo de apertura. Las marcas crecieron, su fuerza fluyó por todo el corro, cobrando intensidad hasta que comenzó a proyectarse hacia su interior, como los círculos concéntricos cada vez más cerrados de un torbellino. Una luz dorada envolvió el sarcófago; de ella emanaban rayos visibles que giraban en sentido horario, cada vez a más velocidad.

Sabriel continuó manteniendo la fuerza de la magia del Gremio obligándola a fluir hacia el centro, valiéndose de las energías irradiadas por los magos del Gremio. Los soldados y las colegialas comenzaron a flaquear, algunos caían de rodillas, pero las manos seguían unidas y el corro, completo.

El sarcófago giró lentamente encima de la tarima produciendo un espantoso chirrido, como una gigantesca bisagra sin aceitar. De los bordes de la tapa salían chorros de vapor, pero la luz dorada lo disipaba. Sin dejar de chirriar, fue girando más deprisa hasta convertirse en una mancha de bronce, vapor blanco y luz de un amarillo intenso. Y de repente, soltando un grito que rompía los tímpanos, se detuvo, la tapa salió volando por encima de las cabezas de los magos del Gremio y se estampó contra el suelo, a treinta pasos de distancia.

La magia del Gremio también desapareció, como arrasada por su propio éxito, y el corro se deshizo pese a que más de la mitad de sus participantes seguía en pie.

Con paso vacilante, firmemente asida de la mano de Piedra de Toque y de la magistrix, Sabriel se acercó al sarcófago y miró dentro.

—Vaya —dijo la señora Greenwood contemplando asombrada a Piedra de Toque—. ¡Se parece a ti!

Antes de que Piedra de Toque pudiera responder, desde el corredor les llegó el estrépito de los aceros y los gritos cada vez más agudos. Los exploradores que seguían en pie desenvainaron las espadas y corrieron a las puertas; antes de llegar a ellas, otros soldados comenzaron a entrar; iban ensangrentados y con cara de terror corrían a buscar refugio en los rincones o se dejaban caer al suelo, presa del llanto, de la risa o de los temblores.

Tras esta primera invasión llegaron los soldados fuertemente armados del corredor. Todavía conservaban cierto control. En lugar de salir corriendo, se abalanzaron contra las puertas y las atrancaron a toda prisa.

—¡Ha cruzado la puerta principal! —gritó uno de ellos en dirección a Sabriel, pálido de miedo.

No hacía falta preguntar a quién se refería. No había duda alguna.

—¡Deprisa, los ritos finales! —gritó Sabriel.

Se soltó, levantó las manos sobre el cuerpo y trazó mentalmente las marcas del fuego, la purificación y la paz. No miró con detenimiento aquel cuerpo. Rogir se parecía demasiado a Piedra de Toque cuando estaba dormido e indefenso.

Sintió un gran cansancio; el cuerpo de Rogir seguía rodeado de protecciones de magia libre, pero la primera marca no tardó en planear en el aire. Piedra de Toque le había puesto la mano en el hombro para transmitirle su fuerza. Los demás miembros del corro se habían incorporado para volver a asirse de las manos... y entonces la Abhorsen notó cierto alivio. Iban a conseguirlo... El cuerpo humano de Kerrigor sería destruido y así terminarían con gran parte de su poder...

Fue entonces cuando toda la pared norte estalló lanzando al aire una lluvia de ladrillos; una nube de polvo, que cayó como un mazazo, derribó y asfixió a todos.

Sabriel quedó tendida en el suelo, tosiendo, con las manos empujaba débilmente el suelo, mientras con las rodillas se arrastraba tratando de levantarse. Tenía los ojos llenos de polvo y arenilla; las linternas se habían apagado. Sin poder ver nada, comenzó a tantear a su alrededor y sólo encontró el bronce aún caliente del sarcófago.

—Debéis pagar el precio en sangre —dijo una voz crepitante, inhumana.

La voz era familiar, aunque no utilizara los tonos desolados y transparentes de Kerrigor, sino el discurso terrible de la noche transcurrida en Hoyo Sagrado, cuando se incendió la papelonave.

La Abhorsen parpadeó con fuerza y se alejó a rastras del sonido que salía del

sarcófago. Aunque no volvió a hablar de inmediato, notó que se le acercaba y que el aire crepitaba y zumbaba a su paso.

—Debo entregar mi última carga —dijo la criatura—. De ese modo, el acuerdo quedará sellado y podré tomar represalias.

Sabriel volvió a parpadear; las lágrimas le rodaban por las mejillas. Poco a poco recuperó la vista; tras la cortina de lágrimas vio una imagen y los primeros rayos de la luna que entraban a raudales por la pared destrozada, era una imagen distorsionada por el polvillo rojizo de los ladrillos pulverizados.

Todos los sentidos de Sabriel gritaban en su interior. Magia libre, muertos, peligro por todas partes...

La criatura que en otros tiempos había sido Zapirón ardía a poco más de quinientos metros. Era más bajita y rechoncha de lo que había parecido al principio, aunque muy deforme, un cuerpo lleno de bultos que avanzaba despacio hacia ella en lo alto de una columna de energías que daban más y más vueltas.

Un soldado se puso en pie detrás de aquella cosa, sacó la espada y se la hundió hasta el mango en la espalda. Apenas se dio cuenta; el hombre lanzó un grito y estalló en blancas llamas. En cuestión de segundos quedó reducido a cenizas y su espada se convirtió en una masa de metal al rojo vivo que quemó las gruesas planchas de roble del suelo.

—Te traigo la espada de Abhorsen —dijo la criatura, lanzando a un costado un objeto de contornos indefinidos—. Y la campana llamada Astárael.

La depositó con cuidado; su badajo de plata tintineó levemente al tocar el mar de polvo.

—Acércate, Abhorsen. Hace mucho rato que deberíamos haber comenzado.

Aquella cosa lanzó entonces una carcajada, un sonido como el que produce un fósforo al encenderse, y empezó a moverse alrededor del sarcófago. Sabriel se aflojó el anillo que llevaba en el dedo y se alejó, dejando el sarcófago entre ambos; miles de pensamientos le pasaron por la cabeza. Kerrigor estaba muy cerca, pero tal vez todavía quedaba tiempo para convertir a aquella criatura en Zapirón y completar los ritos finales...

—¡Detente!

Aquella palabra fue como recibir el repugnante lengüetazo de un reptil en toda la cara; estaba cargada de fuerza. En contra de su voluntad, Sabriel se quedó quieta, igual que la cosa ardiente. La muchacha intentó mirar más allá, entornó los ojos para protegerse de la luz y trató de adivinar qué pasaba en el otro extremo de la sala. Aunque no le hacía falta verlo.

Era Kerrigor. Los soldados que habían atrancado la puerta quedaron esparcidos a su alrededor, sin vida, pálidas islas de carne en medio de un océano de negrura. Había perdido toda forma, aunque en la oscuridad se percibían rasgos semihumanos. Ojos

de fuego incandescente y una boca inmensa, enmarcada en ascuas ardientes, de tonos rojos muy oscuros, como los de la sangre seca.

—La Abhorsen es mía —graznó Kerrigor con voz profunda y líquida; era como si las palabras fueran de lava hirviente y salieran bullendo mezcladas con baba—. Me la dejarás a mí.

La cosa que había sido Zapirón crepitó y volvió a moverse dejando a su paso un reguero de chispas en forma de estrella.

—¡He esperado demasiado tiempo para permitir que otros me priven de mi venganza! —siseó acabando la frase con un maullido agudo que conservaba algo del felino que había sido.

Entonces se abalanzó sobre Kerrigor; como una cometa eléctrica y brillante se hundió en la oscuridad de su cuerpo golpeando su negra sustancia como un martillo para ablandar carne.

Durante unos instantes, fue tal el asombro causado por lo súbito del ataque, que nadie se movió. A continuación, la forma oscura de Kerrigor se fue solidificando poco a poco; de él partieron largos zarcillos de amarga noche que envolvieron a su brillante agresor y lo fueron asfixiando y absorbiendo con la voracidad implacable de un pulpo cuando enrosca a una tortuga.

Desesperada, Sabriel buscó a Piedra de Toque y a la magistrix Greenwoód. El polvo de ladrillo continuaba cayendo lentamente a través del aire bañado por la luz de la luna, como un gas letal color herrumbre; los cuerpos yacían en el suelo, aparentemente víctimas de su veneno asfixiante. Pero no, habían sido alcanzados por los ladrillos o las astillas de madera de los bancos rotos.

Sabriel vio primero a la magistrix; yacía a poca distancia, ovillada sobre un costado. A simple vista podía pensarse que se había desmayado, pero Sabriel sabía que estaba muerta. Una astilla en forma de estilete, que había salido despedida cuando los bancos se hicieron pedazos, le había dado de lleno, y la madera, dura como el hierro, la había traspasado.

Sabía que Piedra de Toque seguía vivo... Lo vio apoyado contra una pila de escombros. La luz de la luna se reflejaba en sus ojos.

La Abhorsen se acercó a él sorteando los cuerpos y los escombros, los charcos de sangre recién derramada y a los heridos desahuciados.

—Me he roto la pierna —dijo Piedra de Toque con una mueca de dolor. Incluyó la cabeza en dirección al agujero de la pared y agregó—: Corre, Sabriel. Aprovecha ahora que está ocupado. Corre hacia el sur. Lleva una vida normal.

—No puedo —contestó ella en voz baja—. Soy la Abhorsen. Además, ¿cómo ibas a correr tú, con esa pierna rota?

—Sabriel...

La muchacha ya se había alejado. Recogió a Astarael; sus manos expertas la

mantuvieron callada, aunque no era necesario, porque la campana estaba cubierta de polvo de ladrillo y su voz había sido silenciada. No sonaría en todo su esplendor hasta que no la limpiaran con paciencia, magia y mucho temple. Sabriel la contempló un segundo y volvió a dejarla en el suelo.

La espada de su padre se encontraba a unos pasos de distancia. La alzó y observó las marcas del Gremio fluir por la hoja. En esta ocasión, no recorrían la inscripción normal, sino que decía: «La Clarvi me vio, el constructor del Muro me hizo, el rey me enfrió y Abhorsen me empuña para que ningún muerto pueda hollar los parajes de la vida. Porque no es ése su camino».

—No es ése su camino —murmuró Sabriel.

Se puso en guardia y miró hacia el fondo de la sala donde se retorció la negra mole de Kerrigor.

Capítulo 29

Todo apuntaba a que Kerrigor había puesto fin al ser producto de la magia libre que había llevado el nombre de Zapirón. La gran nube de oscuridad volvía a estar completa, en su interior no había señal alguna del fuego incandescente ni del brillo que hasta unos instantes antes había luchado en su mismo centro.

Estaba muy quieto y Sabriel abrigó la leve esperanza de que estuviese herido. Y entonces lo comprendió horrorizada. Kerrigor estaba digiriendo, como hace el glotón después de darse un banquete.

La Abhorsen se estremeció solamente al pensarlo y notó en la boca el sabor amargo de la bilis. Su fin no iba a ser mejor. Tanto ella como Piedra de Toque iban a ser apresados vivos, y así los mantendría aquel ser despreciable para poder degollarlos y desangrarlos hasta morir allá abajo, en la oscuridad del embalse...

Sacudió la cabeza para borrar aquella imagen. Tenía que haber una salida... A tanta distancia del Reino Antiguo, lo lógico era que Kerrigor se hubiese debilitado... Al menos lo suficiente como para tener menos fuerza que la magia del Gremio de la Abhorsen. Sabriel no estaba segura de que una sola campana pudiera con él. Tal vez dos, en concierto, consiguieran el efecto deseado.

La oscuridad reinante en la sala aparecía veteada por los rayos de luna que entraban a través de la pared derruida, a espaldas de Sabriel. Todo estaba en calma. Hasta los heridos se alejaban en silencio, sofocando los gritos, susurrando un último deseo. Ponían freno a sus agonías porque los quejidos podían llamar la atención de alguno de aquellos indeseables. En la sala rondaban cosas peores que la muerte...

Y en la oscuridad reinante, la silueta de Kerrigor era más negra aún. Sabriel no le quitaba la vista de encima mientras iba desatando las correas que sujetaban a Saraneth y a Kibeth. Se sintió rodeada de muertos, pero ninguno de ellos entró en la sala. Fuera todavía quedaban hombres para la lucha o el festín. Lo que ocurría en la sala era asunto de su amo.

Las correas estaban desatadas. Kerrigor no se movía, había cerrado los ojos llameantes y la boca ardiente.

Con un rápido movimiento, Sabriel envainó la espada y sacó las campanas.

Kerrigor se movió entonces. Su negra mole avanzó rauda y recorrió la mitad de la distancia que mediaba entre ambos. Y creció, se hizo más alto hasta alcanzar el techo abovedado. Abrió los ojos y de ellos salieron las llamas enfurecidas de mil incendios y entonces habló.

—Juguetes, Abhorsen. Llegan tarde. Demasiado tarde.

De su boca no salían sólo palabras, sino una tremenda energía, la energía de la magia libre, que heló los nervios de Sabriel y le agarrotó los músculos. Luchó con todas sus fuerzas para tañer las campanas, pero tenía las muñecas paralizadas...

Con desesperante lentitud, Kerrigor avanzó, planeando a escasos centímetros del suelo, hasta situarse a tres palmos de distancia. La miró entonces desde lo alto, como una estatua colosal tallada en un trozo de noche, derramando sobre ella el aliento que hedía a matadero.

Alguien, una muchacha que tosía débilmente y exhalaba el último aliento, rozó el tobillo de Sabriel con una suave caricia. De aquella caricia moribunda partió una pequeña chispa de dorada magia del Gremio y, poco a poco, recorrió las venas de Sabriel, calentando a su paso las articulaciones, liberando los músculos.

Llegó entonces a las muñecas y las manos de Abhorsen... y las campanas tañeron.

No era el sonido claro y nítido de siempre, pues en cierta manera, la mole de Kerrigor absorbía todo sonido y lo distorsionaba, pero tuvo su efecto. Kerrigor retrocedió y perdió tamaño hasta que apenas llegó a doblar a Sabriel en altura.

Por desgracia, no estaba sometido a la voluntad de Sabriel. Saraneth no había conseguido someterlo con su hechizo vinculante y Kibeth sólo había logrado hacerlo retroceder.

Sabriel volvió a tañer las campanas y se concentró en el difícil contrapunto entre ambas poniendo todos los sentidos en su magia. Kerrigor caería bajo su dominio, caminaría por donde ella mandara...

Durante un segundo así lo hizo. Aunque no fue hacia la muerte, porque la muchacha carecía de la fuerza suficiente, sino que fue hacia su cuerpo original y se metió dentro del sarcófago roto. Todavía no se habían apagado los ecos de las campanadas cuando Kerrigor comenzó a cambiar. Los ojos y la boca de fuego formaron una masa como de cera derretida, la materia oscura de la que estaba hecha se transformó en una estrecha columna de humo y se elevó hacia el techo. Se sostuvo en el aire, entre las vigas y luego, con un espantoso grito, descendió sobre la boca abierta del cuerpo de Rogir.

El grito estridente partió a Saraneth y Kibeth en mil pedazos plateados que cayeron como estrellas fugaces para apagarse en el suelo. Los mangos de caoba se convirtieron en polvo que se escurrió entre los dedos de Sabriel como si fuera humo.

Sabriel clavó la vista un segundo en sus manos vacías, en las que todavía conservaba la huella de los mangos de las campanas. Luego, de manera inconsciente, empuñó la espada y avanzó hacia el sarcófago. Antes de que lograra verlo, Rogir se incorporó y la miró, la miró con los profundos ojos llameantes de Kerrigor.

—Qué pesadez —dijo con una voz que sonaba una pizca más humana—. Debí recordar que eras una mocosa conflictiva.

Sabriel lanzó una estocada, su acero arrancó chispas blancas al golpear el pecho de su enemigo, lo traspasó y la punta asomó del otro lado. Kerrigor se limitó a reírse a carcajadas, se inclinó, aferró la hoja con ambas manos y la apretó hasta que los nudillos se le volvieron blancos contra la plata reluciente de la espada. La Abhorsen

tiró de su arma, pero no consiguió sacarla.

—Las espadas no pueden dañarme —dijo Kerrigor con una risita que se parecía mucho a la tos de un moribundo—. Ni siquiera las forjadas por el Constructor del Muro. Y mucho menos ahora, cuando por fin he logrado arrogarme el último de sus poderes. El poder que regía antes del Gremio, el poder que permitió la construcción del Muro. Tengo a esa marioneta destrozada que es mi hermanastro, y te tengo a ti, mi Abhorsen. ¡Tengo el poder y tengo la sangre necesaria para partir pilares!

Empujó la espada más adentro, hasta que se le hundió del todo en el pecho y el mango quedó firmemente apretado contra su piel. Sabriel intentó soltarla, pero él fue más veloz y la mano gélida de Kerrigor la aferró del brazo. Y empezó a tirar de ella sin que pudiera resistirse.

—¿Dormirás, sin percatarte de nada, hasta que los pilares mayores estén preparados para recibir tu sangre? —susurró Kerrigor; su aliento seguía apestando a carroña—. ¿O recorrerás todo el camino alerta y despierta?

Por primera vez, Sabriel lo miró fijamente a la cara. En el fuego infernal que ardía en sus ojos percibió..., ¿qué era? ¿Acaso una leve chispa blanca y refulgente? Apartó la mano de la espada y notó que el anillo de plata se le deslizaba por el dedo. ¿Se hacía más grande, quizá?

—¿Qué prefieres, Abhorsen? —prosiguió Kerrigor. Sus labios se extendieron tanto que la piel comenzó a resquebrajarse en las comisuras, el espíritu que llevaba dentro corroía incluso aquella carne conservada gracias a la magia—. Tu amado se arrastra hacia aquí, qué espectáculo más lamentable... Pero el siguiente beso será para mí...

El anillo colgaba de la mano de Sabriel, oculto a su espalda. Se había ensanchado y la muchacha notaba que seguía creciendo.

Los labios cubiertos de ampollas de Kerrigor se acercaron a los de Sabriel; entretanto, el anillo seguía creciendo. El aliento de Kerrigor era repulsivo, apestaba a sangre, pero la Abhorsen había superado ya las náuseas y las ganas de vomitar. Apartó la cabeza en el último instante y notó en la mejilla el roce de la carne seca, embalsamada.

—Un beso fraternal —dijo Kerrigor riendo entre dientes—. Un beso para un tío que se conoce desde la cuna, o un poco antes, pero no me basta...

Sus palabras volvieron a sonar como algo más que palabras. Sabriel notó que una fuerza le aferraba la cabeza, se la movía hasta dejarla cara a cara con él y le entreabría la boca en expectante éxtasis.

Pero tenía la mano izquierda libre.

Kerrigor inclinó la cabeza, y cuando lo hizo, su cara se hizo grande, enorme... y entonces fue cuando se vio entre ambos un destello plateado y el anillo quedó trabado en su cuello.

La fuerza que dominaba a Sabriel dejó de fluir de repente y la muchacha echó la cabeza hacia atrás y trató de apartarse de un salto. Pero Kerrigor no le soltó el brazo. Parecía sorprendido, aunque nada inquieto. Levantó la mano derecha para tocar el anillo; al hacerlo se le cayeron las uñas dejando al descubierto las huesudas falanges.

—¿Qué es esto? Una reliquia de...

El anillo comenzó a estrecharse cortando la carne blanda de su cuello y dejando al descubierto la intensa negrura del interior. Ésta tampoco pudo escapar, algo la empujaba hacia dentro donde latía pugnando por salir. Dos ojos llameantes miraron incrédulos.

—Imposible —dijo Kerrigor con voz ronca.

Gruñendo como un perro rabioso, apartó a Sabriel de un empujón y la tiró al suelo. Y con el mismo movimiento, se sacó la espada hundida en el pecho, la hoja salió despacio produciendo el mismo ruido que una escofina al desbastar madera dura.

Con la velocidad de la serpiente, el brazo y la espada asestaron un estoque que alcanzó a Sabriel de lleno y le atravesó la armadura y la carne para hundirse en el suelo. El dolor estalló entonces y Sabriel gritó mientras su cuerpo, ensartado en el acero, se retorció y se curvaba.

Kerrigor la dejó allí, traspasada como el insecto de una colección, y se acercó a Piedra de Toque. Con la vista nublada por el dolor, la Abhorsen vio a Kerrigor arrancar una larga estaca de uno de los bancos.

—Rogir —dijo Piedra de Toque—. Rogir...

La— staca cayó acompañada de un aullido iracundo. Sabriel cerró los ojos para no ver y se hundió en un mundo propio, en un mundo lleno de dolor. Sabía que debía hacer algo para detener la sangre que le manaba del estómago... pero ahora que Piedra de Toque estaba muerto se quedó inmóvil y dejó que la sangre siguiera saliendo a borbotones.

Fue entonces cuando la Abhorsen se dio cuenta de que no había sentido la muerte de Piedra de Toque.

Volvió a mirar. La estaca se había partido al chocar contra su cota de malla. Kerrigor se disponía a arrancar otra estaca, pero el anillo de plata se fue deslizado hasta sus hombros y a medida que descendía le iba cortando la carne a tiras, como si un despepitador de manzanas estuviera arrancándole el espíritu muerto al cadáver corrupto.

Kerrigor se debatió y gritó, pero el anillo le ciñó los brazos. Dando brincos como un loco, se abalanzó hacia un lado, luego hacia el otro, tratando de quitarse el cintillo de plata que lo sujetaba, y lo único que consiguió fue que la carne siguiera cayendo a tiras, hasta que quedó reducido a un agitado remolino de oscuridad, contenido por un anillo de plata.

El remolino se precipitó sobre sí mismo, como un edificio demolido, y quedó convertido en un montoncito de sombra ondulante alrededor del anillo de plata reluciente. Un ojo rojo brillaba en el centro de la plata: era el rubí, que había crecido en consonancia con el metal.

Las marcas del Gremio volvían a verse en el anillo, pero Sabriel no podía leerlas. No lograba fijar la vista y estaba todo muy oscuro. La luz de la luna parecía haberse apagado. No obstante, supo lo que debía hacer. Saraneth... Tanteó la bandolera, pero la sexta campana no estaba en su sitio, tampoco la séptima, ni la tercera. «Qué descuido el mío —pensó Sabriel—, vaya descuido, debo completar el hechizo del vínculo». Acarició un momento a Belgaer y a punto estuvo de sacarla... Y cambió de parecer, porque con esa campana sólo podía hacer hechizos de liberación. Al final sacó a Ranna gimiendo de dolor con cada pequeño movimiento.

Notó a Ranna increíblemente pesada aunque se tratase de una campana tan diminuta. Sabriel la apoyó un momento sobre su pecho para cobrar fuerzas. Tendida de espaldas, traspasada por su propia espada, agitó la campana.

Ranna emitió un dulce sonido, un sonido reconfortante, como una cama ansiada durante mucho tiempo. El eco de aquel sonido se propagó por la sala y llegó hasta donde unos cuantos hombres seguían luchando contra los muertos. Cuantos lo oyeron dejaron de pelear y se tumbaron en el suelo. Aquellos que habían recibido heridas graves, se dejaron llevar dulcemente a la muerte uniéndose a los difuntos que habían seguido a Kerrigor; aquellos que habían recibido heridas menos graves, cayeron en un sueño reparador.

El montoncito de sombra en que había quedado reducido Kerrigor se partió en dos hemisferios nítidos, unidos en el ecuador por un anillo de plata. Un hemisferio era negro como el carbón; el otro, de un blanco brillante. Poco a poco, se fundieron hasta producir dos formas definidas, dos gatos, unidos por el cuello como siameses. El anillo de plata se partió entonces por la mitad, se convirtió en dos collares que fueron a colocarse alrededor del cuello de los felinos completando la separación de los animales. Los anillos perdieron su brillo y poco a poco cambiaron de color y textura hasta transformarse en correas de cuero rojo de las que colgaban sendas campanitas; eran miniaturas de Ranna.

Los dos gatitos se quedaron sentados. Uno era blanco, el otro negro. Ambos se inclinaron hacia delante moviendo el cuello y escupieron un anillo de plata. Los gatos bostezaron y los anillos rodaron en dirección a Sabriel; luego se hicieron un ovillo y se echaron a dormir.

Piedra de Toque contempló cómo los anillos rodaban por el polvo; la plata destellaba bajo la luz de la luna. Chocaron contra el costado de Sabriel, pero la muchacha no los recogió. Seguía aferrando a Ranna con ambas manos. La campana estaba en silencio, posada debajo de sus pechos. La espada se alzaba encima de ella;

bajo la luz de la luna, la hoja y la empuñadura proyectaban una sombra en cruz sobre su cara.

Piedra de Toque vio entonces como un fogonazo que le iluminó el pensamiento y se acordó de un episodio de su niñez. Una voz, la voz de un mensajero que se dirigía a su madre:

—Majestad, somos portadores de malas noticias. La Abhorsen ha muerto.

EPÍLOGO

La muerte parecía más fría que nunca, pensó Sabriel, y se preguntó por qué, hasta que se dio cuenta de que seguía tendida. En el agua. Y que la arrastraba la corriente. Luchó durante un instante, pero luego se dejó llevar.

—A todos los seres y todas las cosas les llega su hora de morir... —susurró.

El mundo de los vivos y sus preocupaciones parecía muy lejano. Piedra de Toque estaba vivo y se alegró por ello, puesto que significaba que era capaz de seguir sintiendo. Kerrigor había sido derrotado y estaba preso aunque no muerto de verdad. Sabriel había completado su obra. No tardaría en trasponer la Novena Puerta y alcanzar el descanso eterno...

Algo la asió de los brazos y las piernas, la sacó del agua y la puso de pie.

—Todavía no te ha llegado la hora —dijo una voz, una voz seguida del eco de otras cincuenta.

Sabriel parpadeó al verse rodeada de multitud de siluetas humanas que brillaban intensamente encima del agua. Eran muchas, imposibles de contar. No se trataba de espíritus de los muertos, sino de cosas parecidas a la enviada de su madre que había invocado con el barquito de papel. Sus siluetas eran vagas, si bien reconocibles, pues todas lucían ropajes de color azul oscuro, con llaves plateadas. Eran todos los Abhorsen.

—Regresa —corearon—. Regresa.

—No puedo —sollozó Sabriel—. ¡Estoy muerta! No tengo fuerzas...

—Eres la última Ábhorsen —susurraron las voces mientras las siluetas brillantes se iban acercando más a ella—. No puedes fenecer hasta que hayas conseguido quien te sustituya. Tienes fuerza si la buscas dentro de ti. Vive, Ábhorsen, vive...

Y entonces encontró la fuerza. Le bastó para arrastrarse, vadear las aguas, remontar el curso del río y llegar poquito a poco de vuelta a la vida, seguida de sus brillantes escoltas que, en último momento, dieron un paso atrás. Una de estas siluetas, tal vez la de su padre, le rozó la mano en el instante preciso en que Sabriel abandonó el Reino de la Muerte.

Al abrir los ojos entrevio una cara borrosa; Piedra de Toque la miraba fijamente. Percibió entonces unos sonidos lejanos, estridentes campanadas que parecían fuera de lugar, hasta que cayó en la cuenta de que se trataba de las campanas de una ambulancia que salía del pueblo a toda velocidad. No sintió la presencia de ningún muerto, tampoco notó las vibraciones de la magia libre, ni las del Gremio. Era lógico, Kerrigor había desaparecido y se encontraban a casi sesenta kilómetros del Muro...

—Vive, Sabriel, vive —musitaba Piedra de Toque aferrándole las manos heladas, los ojos tan nublados por las lágrimas que no había notado que ella lo estaba mirando.

Sabriel sonrió e hizo una mueca cuando recuperó la sensación de dolor. Observó a

su alrededor preguntándose cuánto tardaría Piedra de Toque en darse cuenta.

En algunas partes de la sala brillaba otra vez la luz eléctrica y los soldados volvían a colocar linternas. Había más supervivientes de los que ella había calculado; se ocupaban de los heridos, apuntalaban las paredes a punto de derrumbarse, barrían el polvo de ladrillo y la tierra de cementerio.

Había también muchos difuntos y Sabriel suspiró al dejar vagar sus sentidos. El coronel Horyse yacía sin vida en la escalera de la entrada; la magistrix Greenwood; Ellimere, su inocente compañera de estudios; seis muchachas más; la mitad de los soldados...

Paseó la mirada por lugares más cercanos y vio a los dos gatos dormidos, los dos anillos de plata junto a ella, en el suelo.

—¡Sabriel!

Piedra de Toque se había dado cuenta al fin. Sabriel dirigió hacia él la mirada y levantó la cabeza despacio. Él le había quitado la espada y varias de sus compañeras del colegio habían realizado el encantamiento de la curación que, por el momento, había bastado. Como era de esperar, Piedra de Toque seguía con la pierna rota.

—Sabriel —repitió—. ¡Estás viva!

—Sí —dijo Sabriel, sorprendida—. Estoy viva.